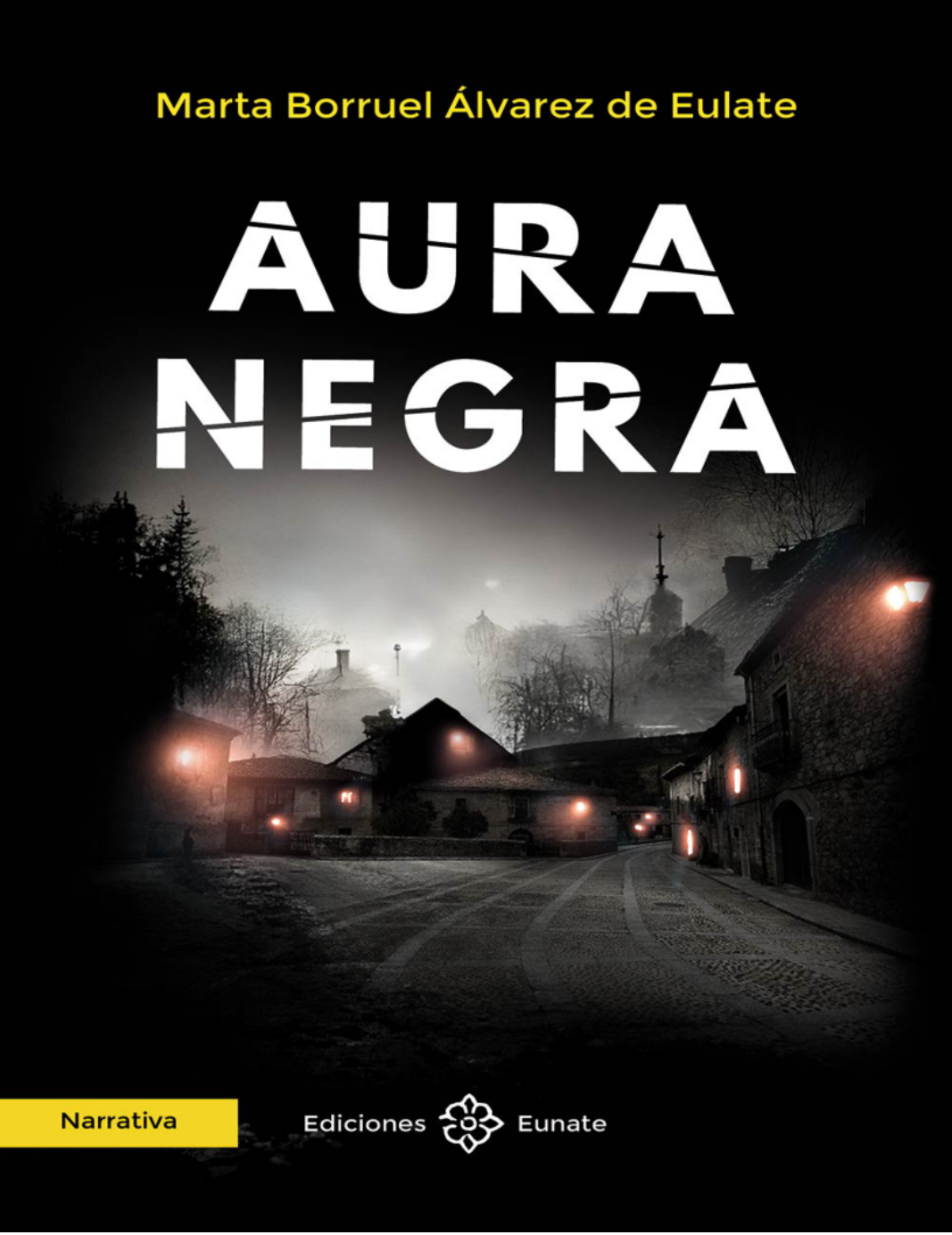
Marta Borruel Álvarez de Eulate

# AURA NEGRA



Narrativa

Ediciones Eunate

Marta Borruel Álvarez de Eulate

# AURA NEGRA

Ediciones Eunate

Composición y diseño de cubierta: Carlos Ortega-Iglobal 3D
Fotografía de autora: Ana Osés

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares, mediante alquiler o préstamo públicos.
Dirîjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 7021970 / 93 2720445).

©2023 Ediciones Eunate
e-mail: eunate@eunateediciones.com
www.eunateediciones.com
©Marta Borruel Álvarez de Eulate
ISBN: 978-84-7768-462-6

*Para mi madre*
*Y también para Amaia y para Ion*

«Recordar es fácil para quien tiene memoria,
olvidar es difícil para quien tiene corazón».
Gabriel García Márquez

Con las primeras sombras de la noche salió de su casa y se dirigió al cementerio. Un relámpago iluminó la senda desde la que emergían, al fondo, dos enormes cipreses que protegían la puerta del camposanto. Avanzó con decisión mientras el sonido de un lejano trueno retumbaba entre las montañas. Las gotas de lluvia fueron doblando su tamaño hasta cubrir de agua las laderas que descendían hasta Aura. Tenía la espalda empapada y las manos ateridas, pero no se arredró y se dirigió casi corriendo hacia la tumba que estaba buscando. Un escalofrío partió de su nuca y recorrió toda su espina dorsal cuando la localizó y pudo leer el nombre esculpido en la lápida. Contuvo un sollozo que amenazó con estallar en su garganta y se dispuso a cumplir con su cometido.

De entre unos arbustos aledaños a la caseta de piedra que se erigía en el centro del cementerio, extrajo una azada y una pala, cuidadosamente envueltas en papel de periódico para que la humedad no las oxidara. Un destello súbito iluminó la garita, coronada por una cruz de piedra robusta y desgastada. Cuando era niña, allí se encerraban los chavales las noches de tormenta para relatar historias de miedo: un hombre con pies de lobo que se acercaba hasta las lindes del pueblo; una mujer cuyo pelo se volvió blanco al escuchar durante horas el gemido de su bebé muerto al nacer. Cuentos, relatos que les aceleraban el pulso y les secaban la boca mientras, abrazados a sus rodillas, intentaban envalentonarse y que sus carcajadas ahuyentaran los espíritus.

Reprimió el miedo intenso que amenazó con paralizarla y arrastró las herramientas hasta la tumba. Las lágrimas se mezclaban con el agua de la lluvia mientras intentaba limpiar las líneas que formaban el nombre que tanto había querido. Una por una fue repasando las letras, extrayendo del surco de mármol el barro que el tiempo había adherido con extrema paciencia. Por fin, consiguió serenarse. Se puso en pie, cogió la azada y, con todas sus fuerzas, comenzó a retirar la tierra de alrededor de la lápida.

La noche pasó casi sin darse cuenta y justo antes del amanecer, cuando la negrura se vuelve grisácea y una levísima luz comienza a abrirse paso, la mujer se derrumbó exhausta sobre el ataúd que poco a poco había emergido de entre las frías entrañas de la tierra. Apoyó la cabeza contra la cruz herrumbrosa que todavía permanecía clavada a la madera y suplicó su perdón por dejarlo allí, en aquel inhóspito

lugar que en unas horas quedaría sepultado por las aguas.

Dolorida, magullada, sin saber siquiera si aún tendría tiempo de ponerse a salvo, se incorporó como pudo, apoyándose en el ataúd. Cuando por fin lo consiguió, se retiró de la cara el pelo lacio, mojado y sucio, y miró al frente, hacia la tenue claridad que se abría paso entre los cipreses.

Y entonces lo vio. Era un niño, apenas un muchacho, pero la había visto, no cabía la menor duda, porque tenía los ojos desorbitados de miedo. Como si hubiera visto un fantasma.

La joven se acercó hasta la loma desde la que se divisaba la silueta del pueblo y desde allí intentó adivinar cuál de las pequeñas casas que se arracimaban en torno a la iglesia sería la de su abuela. Recordó las instrucciones que él le había transmitido: «baja del autocar poco antes de llegar al pueblo. Desde allí, el sendero parte pegado al río y discurre por una vereda sombría atrapada entre zarzas y chopos. Sigue el camino hasta el final, hasta su desembocadura en una ladera húmeda en lo alto de una colina desde la que podrás divisar la aldea». Y ese era el punto exacto en el que se encontraba en ese instante. «Tu casa es una de las más grandes, la que está situada a la izquierda de la iglesia. Los días de sol, la cruz del templo proyecta una enorme sombra sobre el patio trasero y el repique de las campanas reverbera contra la chapa metálica de la caseta donde se guardan los aperos».

Esbozó una sonrisa sombría y encendió un cigarrillo protegiendo la llama, que se revolvía intrépida contra el viento. A sus pies, su viejo bolso de cuero y una bandolera con algo de dinero, tabaco y los papeles que él le había dado. Volvió a cerciorarse de que todo estaba en orden. No quería estar allí. No quería hacer lo que había ido a hacer. Pero evocó de nuevo la advertencia que él le había hecho: «la primera impresión del pueblo asusta. Es triste y desapacible. Pero que no se te olvide, allí está tu hogar. Cuanto antes lo asumas, mejor».

Inspiró hondo, llenando de humo sus pulmones. Sus ojos, fríos, casi cristalinos, repasaban el perímetro de la aldea, subían por las fachadas hasta los tejados, se detenían en los balcones y los miradores iluminados y bajaban hasta los jardines, umbríos y densos, como si el follaje verde oscuro pretendiera engullir las casas, las calles, las sendas, el camposanto.

«Lo peor no es el frío, es la humedad. Te penetra hasta el tuétano. Te hiela la sangre y el aliento. Te impide moverte. Te dificulta hasta la respiración. No sabes lo que es el frío hasta que vives en Aura».

Recordó sus palabras y se estremeció. El aire, helado y repleto de frías partículas de agua, se introdujo por el cuello de su abrigo erizándole la piel, congelando su nuca y acrecentando su malestar. Como si se tratara de un lamento lejano, el tañido de las campanas irrumpió con claridad provocándole un mal presagio. Pero no quiso pensar en ello. Apagó el cigarrillo pisándolo con determinación e inició el descenso, acompañada únicamente por los exiguos jirones de

niebla que se adherían a su chaquetón y por algunos ladridos remotos.

Había llegado a Aura.

# I

—¡Ya está aquí!

El grito resquebrajó la quietud de la tarde y retumbó en el recinto sagrado del pequeño cementerio aledaño a la iglesia.

—¡Está muerta!

Aquellas exclamaciones, extemporáneas en aquel reducto de paz, sobrecogió a los dos hombres que, enfrascados en la contemplación de una antigua inscripción grabada en una lápida, se miraban ahora desconcertados.

—¡Está muerta!

—Por el amor de Dios, ¿es Michel el causante de ese griterío?

El más joven de los hombres levantó la vista, cerró los ojos hasta que se convirtieron en una estrecha línea grisácea y oteó el camino por el que se percibían los lamentos.

—Desde aquí no lo veo bien, pero juraría que sí.

—Lo suponía. Cuando llegaste aquí hace... ¿cuánto hace? ¿Medio año? ¿Uno, quizá?

—En realidad dos años y medio, padre.

—¡Bendito sea el Señor, cómo pasa el tiempo! Como recordarás, cuando llegaste a Aura te dije que el secreto para administrar estas parroquias pequeñas reside en conocer bien a los vecinos. Michel siempre viene a verme cuando algo le altera o le preocupa. Y por la magnitud de esos bramidos, deduzco que el problema no puede esperar. Ven, sentémonos aquí mientras aguardamos.

El padre Anselmo señaló un viejo tronco de árbol que alguien había transformado en un coqueto banco pegado a la fachada oriental de la iglesia y, tras tomar asiento y arrebujarse en el recio gabán, se dispusieron a esperar a Michel, un pobre desgraciado que había aparecido en Aura surgido de la nada.

Nadie sabía quiénes eran sus padres ni las circunstancias de su concepción. Algunos afirmaban que era hijo de una pareja de zíngaros que trabajaban como acróbatas en el circo que se instaló a unos quince kilómetros del pueblo el año de la gran sequía. Otros aseguraban que la madre era una vecina que desapareció de la aldea poco después de que Michel llegara al mundo. Las habladurías eran muchas.

Lo cierto es que el niño apareció una tarde en el pajar de un vecino. Lo habían dejado abandonado con la esperanza de que alguien lo

recogiera, porque estaba envuelto en una toquilla blanca tejida con cálida lana de oveja y en sus manos diminutas llevaba enredado un rosario de nácar. El dueño del pajar corrió con el pequeño bulto bajo el brazo hasta la iglesia y el padre Anselmo convocó de inmediato una reunión en la que instó a los vecinos a que expusieran todo lo que sabían sobre el rapaz abandonado. Dado que nadie pudo aportar luz al misterio de su concepción, conminó a los responsables del abandono a testimoniar apelando al secreto de confesión que los amparaba.

—Me pasé días y días tras la cortina del confesionario esperando que alguien declarara la verdad, más no sirvió de nada. Nadie confesó.

El niño fue acogido en la iglesia y criado por Prudencia, el ama que cuidaba de la vicaría y que no dejó de lamentarse por su llegada desde el instante en que lo vio y hasta el mismo día de su fallecimiento. Michel, ese fue el nombre popularmente aceptado entre los parroquianos como el más conveniente para el niño, tardó más de dos años en sostenerse en pie y mucho más en aprender a dar palmitas, gatear o reír alborozado al estilo de lo que suelen hacer casi todas las criaturas. Se mantenía abstraído y ajeno al mundo que lo rodeaba. Conforme se hizo mayor, comenzó a emitir unos irritantes sonidos guturales que erizaban el vello de Prudencia, convencida como estaba de que provenía de una semilla que el demonio había depositado en la villa. Esos sonidos espeluznantes fueron dando paso, tras años de trabajo y esfuerzo por parte de la maestra, a un habla bastante correcta, quizá un poco parca en palabras y expresiones, pero de excelente dicción. El problema era que existía un único asunto que a Michel le interesara y al que dedicaba todos sus esfuerzos: la muerte. La muerte lo cautivaba; lo atraía y horrorizaba a partes iguales. Permanecía durante horas balanceándose de adelante atrás, de atrás adelante, mientras retorcía su raída gorra entre las manos, con la mirada fija en el suelo, murmurando oraciones y lamentos a modo de letanía. Los vecinos de Aura se acostumbraron a sus gritos y a su extraña forma de ser. Algunos incluso se apiadaban de él y las noches más frías, aquellas en las que la niebla descendía hasta el fondo del valle, le permitían quedarse en sus establos, donde permanecía oculto al calor de los animales.

Pero ni siquiera esas noches en las que el viento baqueteaba las contraventanas irrumpiendo en los zaguanes, deslizándose bajo las puertas o escurriéndose por el tiro de la chimenea, se preocupaban Prudencia y el padre Anselmo por su paradero. Sabían que estaba a salvo porque el chico, a pesar de sus limitaciones, tenía un instinto de salvaguarda muy desarrollado. Michel era una criatura salvaje que

vivía en perfecta comunión con los animales y que tenía el don de aparecer en lugares insospechados en el momento más inoportuno. Los novios le tiraban piedras cuando se acercaba a espiarlos hasta la orilla de la acequia; los niños se burlaban de él y lo imitaban con saña; y más de uno se había llevado un susto de muerte al verlo aparecer en el cementerio o descubrirlo durmiendo en el interior de cualquier alacena.

Contaría ya con más de treinta años, pero desde hacía algo más de un lustro su obsesión por la muerte se había acrecentado.

Gritaba continuamente que nadie iba a poder salvarse, que todos los habitantes del pueblo iban a fallecer. Había sido inútil explicarle la escasa base científica que tenía esa afirmación; infructuoso apelar al sufrimiento de los niños que, crédulos, lloraban al escucharlo; y estéril amenazar con dejarlo encerrado en la sacristía. Todo fue en vano.

—Así que no lo intentes. Tiene esa obsesión en su cabeza y, como es una criatura dura de mollera, no es capaz de discernir entre la realidad y su imaginación. Ve la muerte en todas partes.

—¿Y usted ha intentado hablar con él sobre este asunto, verdad?

El viejo sacerdote de cejas pobladas y pelo cano le miró a los ojos y suspiró:

—Cientos, miles, millones de charlas hemos mantenido ese rapaz y yo. Y voy a decirle una cosa, a veces pienso que en parte tienen razón quienes dicen que tiene relación con el mismísimo demonio. Ese desventurado ve, oye y se entera de todo lo que pasa en Aura, pero su pobre mente no llega a ordenar las imágenes que percibe y los sonidos que escucha, así que vive en un caos, en un galimatías imposible de descifrar. Lo podrá comprobar una vez más enseguida, porque ya lo tenemos aquí.

Efectivamente, hasta donde se encontraban sentados había llegado Michel, que los miraba sin ver desde una distancia de apenas dos metros.

—Ha llegado ya. ¡La muerte está aquí! ¡Ha llegado la muerte!

La letanía, monótona, interminable, tenía algo de hipnótica, y el joven Eduardo, sin poder evitarlo, se quedó mirándolo abstraído sin más objetivo que seguir la cadencia de aquel susurro.

—¡Calla! Y dinos quién ha llegado, ¡por el amor de Dios!

La estentórea voz de don Anselmo lo apartó de su ensimismamiento.

—La muerte. La muerte está aquí. Ya ha llegado.

Don Anselmo se levantó, puso una mano sobre el hombro del muchacho y le dijo con cierta socarronería:

—Entonces, ve a buscarla y dile que se vaya.

El joven huyó asustado y se ocultó tras una higuera que extendía sus ramas sobre la entrada al camposanto. Don Anselmo se dirigió al joven diácono:

—Venga conmigo, Eduardo, tenemos mucho que hacer. No se preocupe por este pobre desdichado.

Michel se quedó observándolos mientras se alejaban, con los hombros encogidos y la cabeza gacha a causa del frío. Cuando los vio entrar en la vieja casa en la que vivía el cura, dirigió sus pasos hacia la mujer de cabellos blancos que había visto bajando la colina. Mientras caminaba, iba murmurando:

—Que se vaya. Le diré que se vaya. Le diré a la muerte que se vaya...

Su primera impresión no fue muy halagüeña. Un viento helado sacudía las ramas de los árboles, y el río, que bajaba encabritado y desabrido, arrojaba gélidas gotas de agua que al impactar contra su rostro se convertían en dardos de hielo. Estaba deseando llegar al pueblo. Desde lo alto de la loma, justo donde la había dejado aquel autocar destartalado, parecía que la distancia no era tan grande, pero por el tiempo que llevaba caminando, calculó que por lo menos había recorrido cuatro kilómetros y aún no se había aproximado a las primeras casas de Aura. La vereda descendió por un risco bastante escarpado alejándose, por fin, de aquel maldito río, y la guió entre helechos y abetos hasta un camino mucho más ancho que atravesaba lo que parecían ser campos de labranza, ahora congelados.

Comenzó a descender lentamente suspirando por un caldo caliente que, intuía, no conseguiría en aquel inhóspito paraje. Conforme se fue acercando al pueblo, observó que, pese a todo, existían señales de que allí había vida: brotaba humo de algunas chimeneas y continuaba escuchándose el ladrido distante de algún perro que ya había olisqueado su presencia. Su oído registró además una serie de golpes de martillo, un estruendoso aldabonazo, algunas voces lejanas... «Aura no está muerta», pensó.

Se estremeció, pero siguió avanzando resuelta. Tenía que cumplir con su cometido. Y cuanto antes lo hiciera, antes podría marcharse. Él le había indicado que la casa de su abuela era la que se encontraba junto a la iglesia.

—La nueva, claro, porque la otra está bajo las aguas. La reconocerás fácilmente porque es enorme, con una amplia galería en la fachada sur y un imponente porche en el lado más cercano al río. Es una casa monumental, de las más grandes del valle, con una estructura muy sólida y un diseño impecable. La iglesia, ya la verás, está a escasos diez metros y es mucho menos agraciada. Nunca tendrá el porte ni el donaire de la antigua, la que está sumergida.

Mientras recordaba sus palabras y casi sin darse cuenta, se había ido acercando a la primera de las casas de aquella aldea inhóspita. Intentaba aplazar el momento de encontrarse con la vieja y pensó que lo mejor sería avisarla indirectamente de su presencia en Aura. Conocía bien cómo funcionaban esas comunidades cerradas y sabía que en, cuanto la vieran, las habladurías se diseminarían como el

polen de las anteras en primavera.

Así que se dirigió a un imponente caserón de recia balconada y alero agudo. Se detuvo ante la puerta, se arrebujó en el abrigo como si pudiera encogerse hasta desaparecer y, por fin, sacó la mano del cálido bolsillo para golpear con decisión la aldaba de cobre. El sonido reverberó como si hubiera golpeado contra un yunque. Se quedó quieta, expectante, intentando adivinar por los pasos renqueantes que se acercaban despacio cómo sería la persona que abriría aquel portón. Se mantuvo en vilo mientras el pasador del cerrojo chirriaba quejumbroso y la cancela se desatrancaba con un chasquido metálico. Cuando por fin la puerta se abrió, se encontró frente a una mirada franca y líquida. Aquellos ojos acuosos, un poco demasiado juntos pero diáfanos e inquisitivos, correspondían a un hombre de pelo blanco azulado. Calzaba unos zuecos raídos y vestía una camisa azul oscura atravesada por un único tirante que apenas sostenían unos pantalones cuatro o cinco tallas más grandes que ceñía a la cintura con una cuerda de esparto. «Tendrá cerca de mil años», pensó ella fugazmente mientras lo saludaba con corrección. Él adivinó su desconcierto y le explicó:

—Acabo de venir de la huerta y no me ha dado tiempo a cambiarme. Si hubiera sabido que iba a tener visita, me habría adecentado un poco.

Su voz era amable y el tono revelaba simpatía natural. Ella se relajó enseguida y sonrió. Cuando lo hizo, sus ojos claros, casi transparentes, se convirtieron en dos pequeñas hendiduras azules. Era rubia, con el pelo casi blanco, y una mirada de escarcha que se dulcificaba cuando sonreía, algo que no parecía ser su tendencia natural. La boca era pequeña y elegante, de labios finos y rectos bajo una nariz pequeña y ligeramente respingona. Bernardo se sorprendió al escuchar su voz: dura, profunda y distante. Una voz que no cuadraba en absoluto con su aspecto.

—No se preocupe. No es de mi incumbencia.

El anciano asintió sin decir nada y la observó interesado. Ella dijo:

—Estoy buscando a una mujer. Su nombre es Delia Linde. ¿La conoce?

—Joven, en este valle nos conocemos todos y Delia Linde no es una excepción. Ella ya vivía en Aura antes de que las aguas lo anegaran todo y aquí sigue residiendo.

—¿Y cuál es su casa? Si puede saberse...

—Su casa está justo al lado de la iglesia. La reconocerá por la riqueza de su balaustrada. ¿Es usted pariente?

—Algo así.

—Permítame avisarla: su... pariente ¿la está esperando? No suele recibir muchas visitas. Es una mujer muy solitaria.

Ella torció la sonrisa, lo miró con una mezcla de sarcasmo y frialdad y respondió suave pero certeramente:

—No es de su incumbencia. Gracias.

Él no cerró la puerta hasta que la vio alejarse por el camino empedrado que trepaba hasta la parte alta del pueblo, donde se hallaba situada la iglesia. ¿Quién sería aquella joven de hielo que había llegado en un día tan desapacible?

# III

A las tres horas de su llegada al pueblo, Aura entera se había enterado de la presencia de la joven. Cuando Lina, la mujer de Bernardo, supo que había sido él quien le había mostrado la senda que conducía a casa de Delia, lo había acusado de cometer una gran imprudencia que podía, incluso, poner en peligro a su querida vecina.

—Mujer, hasta ahora no te ha importado lo que le pase a esa vieja huraña.

—Debes aprender a distinguir, Bernardo. Que esa anciana no hable con nadie, excepto con Rosa, que sea una amargada o una ermitaña, no significa que se merezca ningún mal. Tenías que haber preguntado qué clase de parentesco las unía. Creo recordar que nadie vino a darle el pésame cuando murió su marido.

—¡Deja ya de hacer cábalas, mujer! Conociéndote, no tardarás en enterarte del misterio.

—Pretendes hacerme quedar como una alcahueta, pero te equivocas. Me preocupa que Delia pueda estar en peligro. Ese es el único interés que tengo en esta historia.

—¿Peligro? ¿Merecer algún mal? Solo sabemos que ha recibido una visita, seguramente de una persona de su familia. Por el amor de Dios, cada día eres más entrometida.

Ella ni siquiera lo miró. Mientras él hablaba, Lina se calzó unas botas de lluvia con un cálido relleno de borrego, cogió su abrigo y el paraguas del perchero situado junto a la puerta y le dirigió una mirada jactanciosa. Él suspiró resignado.

—¿Se puede saber a dónde vas ahora?

—A ver si Angelita sabe algo de esa chica.

—Y luego dices que no eres cotilla...

—¡Y no lo soy! Soy una buena vecina, que es diferente.

Salió de la casa dando un portazo para dirigirse, por la calle principal del pueblo, hasta un enorme caserón de amplios ventanales y una terraza decorada con una decena de tiestos rojos, ahora vacíos, que atravesaban la mayor parte de la fachada. Observó que la luz de la planta baja estaba encendida y llamó con suavidad a los cristales de la ventana situada a apenas un metro de la puerta principal.

—Entra, Lina. Pensaba llamarte ahora.

Angelita la hizo pasar con premura, sin poder contener las ganas de hablar.

—Me imagino que quieres saber quién es la chica que ha aparecido

esta tarde. No lo sé todavía, pero a mi marido le da mala espina.

—Pero, entonces ¿tu marido la conoce?

—¡Qué la va a conocer! Pero dice, con mucha lógica, que nadie en su sano juicio se presentaría sin avisar en casa de una anciana, en una tarde tan negra como esta. Podría matarla del susto, ¿no crees?

—Claro que sí. Es lo que le acabo de decir a Bernardo. Que me da miedo que pueda pasarle algo a Delia. ¿Deberíamos acercarnos a su casa?

—Mi marido ha dicho que nos mantengamos al margen de este asunto.

—Pues si lo dice tu marido, que además es el alcalde, no nos queda más remedio que obedecer.

—No seas ingenua, Lina. Mi marido dice lo que tiene que decir y nosotras haremos lo que tengamos que hacer. Me pongo las botas, cojo el abrigo y nos acercamos por el camino de la acequia.

Serían poco más de las ocho, pero la noche era tan fría y negra que la vida del pueblo se había extinguido hacía ya varias horas. Las dos mujeres se dirigieron con paso presuroso hasta la casa de Delia situada como a unos diez minutos andando en dirección al molino. El camino iba pegado al canal de la acequia y el agua, en algunos tramos, sonaba enfurecida y virulenta, lo que les hacía acelerar el paso, elevar la voz y aligerar el tono para disimular el nerviosismo que poco a poco se les iba apoderando.

—¿Tú te acuerdas, Lina? ¿Recuerdas cuando vivíamos en el pueblo verdadero? Cuántas veces viene a mi memoria el robledal...

—¡Cómo no me voy a acordar! Aquellos sí fueron buenos años. Años felices. Pero llegaron las aguas y se estropeó todo. Entonces comenzó la mala suerte y desde entonces no nos la hemos quitado de encima.

—Qué tremenda injusticia se cometió con Aura. —Y su voz sonó tan apesadumbrada que Angelita se dio la vuelta para mirarla a los ojos y asentir con firmeza.

Recorrieron en silencio los últimos metros hasta que, por fin, tras un recodo, se encontraron con la parte de atrás de la casa de Delia.

—¡Mira! No tiene ninguna luz encendida.

La majestuosa casa se alzaba contra la fachada sur de la iglesia. Era de piedra, con el tejado muy inclinado, como si quisiera mantener la cabeza gacha ante la gran cruz que coronaba la bóveda del templo. Todas las contraventanas, de madera maciza, permanecían cerradas y no se oía ningún ruido ni se percibía ninguna señal de movimiento. Se acercaron sigilosas, preguntándose con la mirada dónde estarían Delia

y aquella chica misteriosa que había llegado apenas unas horas antes.

—Es muy raro que, habiendo llegado una visita, se hayan ido a dormir tan temprano, ¿no te parece?

Al otro lado de la calle, en la casa que estaba situada justo enfrente de la de Delia, la vida se atisbaba por entre los visillos de las dos ventanas de la planta baja.

—¿No estará en casa de Rosa?

—¡Quiá! Delia no es de visitar a nadie.

—Con Rosa sí se trata.

Así era. Años atrás ambas solían acudir dos días por semana a la iglesia: los martes para atender las necesidades que don Anselmo detectaba en las visitas que realizaba a lo largo y ancho del valle de Erill; y los sábados para preparar la misa del domingo. El grupo estaba formado por dos docenas largas de mujeres del pueblo que se habían comprometido a aligerar la carga del vicario. Rosa seguía asistiendo a esas reuniones, no así Delia, que había dejado de participar en todas las actividades comunitarias de Aura.

Angelita se puso un dedo sobre los labios y se acercó hasta una de las contraventanas.

—Yo suelo dejarlas entornadas, sin trabar el pasador —cuchicheó—. A ver si Delia hace lo mismo...

Comenzó a tirar de una de las hojas de la contraventana que respondió con suavidad a la presión de su mano. Poco a poco, comenzó a distinguirse un suave haz de luz proveniente de los rescoldos de una chimenea que había estado encendida. Contuvo el aliento mientras se esforzaba por vislumbrar una figura en el interior. Era difícil atisbar a través de los cristales. De repente, una sombra negra saltó sobre su cabeza mientras profería un chillido estremecedor. Angelita, con el corazón sobresaltado, se cubrió la cabeza en un instintivo ademán de defensa mientras Lina daba cuatro pasos hacia atrás hasta tropezar con unas jardineras de camelias famélicas susurrando roncamente:

—¡Es un gato! ¡No te preocupes! ¡Solo es un gato!

Pero a Angelita le costaba recobrar la respiración. Sentía el corazón en las entrañas y le parecía que hasta le había dado un vahído.

—¡Maldito bicho! ¡Jesús, qué susto! Vámonos de aquí, Lina. Se me han quitado las ganas de saber quién es esa mujer.

Pero al día siguiente el pueblo entero seguía ocupado en descubrir la intriga.

La voz de alarma la había dado en la taberna Martín «el molinero», que vivía en un caserón al lado del río. Afirmaba que la joven misteriosa había pasado la noche en su pajar y que, por si esto fuera poco para la habitual quietud de la villa, esa misma noche también había visto dos sombras deslizarse por el camino de la acequia.

—Serían cerca de las nueve. Y ya me diréis quién puede estar a esas horas por la calle, si no es con intención de delinquir o de hacer mal.

Los parroquianos asintieron y algunos incluso comenzaron a proferir en voz alta que habría que llamar a la policía o por lo menos al alguacil. El alcalde, que en su fuero interno sospechaba enfurecido que una de esas sombras pertenecía a su mujer, frunció el ceño pensativo y por fin habló con la determinación inherente a su cargo:

—¡Un poco de calma, señores, por favor! No nos dejemos llevar por la maledicencia.

La mayoría calló y se dispuso a escuchar con atención.

—Buscaré a esa joven y le preguntaré qué está haciendo aquí.

—Eso. Que te diga para qué ha venido.

—Y si es verdad que es familia de Delia.

El barullo y las conversaciones cruzadas irrumpieron de nuevo en la tasca en la que se congregaban más de una docena de parroquianos. Blanca se encontraba detrás de la barra secando minuciosamente los vasos, que iba retirando del escurridor antes de depositarlos en perfecto orden sobre la barra de madera. Su marido, Félix, atendía las mesas y participaba de las conversaciones mientras se fumaba el enésimo cigarrillo del día. Estaban, además, Santiago, el alcalde; Bernardo; Miguel, el maestro; un par de jóvenes de las casas más retiradas del pueblo; tres de los que vivían en la antigua Aura; y el padre Anselmo, acompañado del diácono Eduardo Casals, que estaban tomando sendos cafés en una mesa un poco alejada de los demás mientras observaban la agitación que aquella mujer había generado.

—¡Un poco de silencio, por favor!

El alcalde intentó hacerse oír por encima de los murmullos.

—No sirven de nada las conjeturas ni las suposiciones. Dejadme a mí este asunto.

De pronto, la puerta se abrió de golpe y el viento empujó una

ráfaga contra el cálido interior que atemperó la estancia y provocó que pequeñas chispas huyeran de la chimenea. Todos se volvieron de golpe ante el estrépito que el aire provocó al traspasar la puerta entreabierta y antes de que ninguno pudiera siquiera abrir la boca, una joven blanca como la nieve dijo con voz profunda y algo ronca:

—Misterio resuelto. ¡Ya sé dónde se esconden los habitantes de este pueblo!

Tras unos segundos que todos percibieron como mucho más largos de lo que exige la cortesía, el alcalde por fin reaccionó:

—¿Qué hace usted aquí, joven?

—Tomarme un café, si es que eso es posible.

El alcalde sonrió como un niño cogido en falta.

—Claro, claro. No me refería a qué hace en el bar, sino qué le ha traído por estos lares. No es usted de por aquí, ¿verdad?

—No. No lo soy.

De nuevo reinó el silencio. La mujer miró al alcalde. Tenía ojos claros y fríos como el invierno. Su rostro, de armónicas proporciones (mentón prominente, pómulos altos), contrastaba con una expresión gélida que no invitaba ni al diálogo ni a la camaradería. Era delgada y fibrosa, de estatura mediana y una capacidad ilimitada de atraer todas las miradas, como ocurrió en la taberna en cuanto su cabellera rubia, casi blanca, refulgió a la luz de los apliques que iluminaban la estancia.

—¿Hay algún problema con que no sea de aquí?

—Ninguno, faltaría más. Ha dicho que quiere un café, ¿lo quiere solo o con un poco de leche?

Blanca fue la primera en reaccionar. Dejó el trapo blanco sobre el mostrador y se dirigió a la cafetera. La chica se acercó hasta donde se encontraba:

—Solo, por favor. ¿Y puedes darme algo para comer?

—Te puedo ofrecer un trozo de bizcocho. Está un poco duro, pero sabroso. Lo hago yo con manzanas de casa.

—Perfecto. Muchas gracias.

El alcalde sentía sobre él demasiadas miradas conminativas, así que se apresuró a acercarse hasta la joven.

—Permítame presentarme. Soy Santiago, alcalde de Aura. Le doy la bienvenida a nuestro pueblo.

La mujer le miró a los ojos y él se sorprendió de su claridad. Jamás habría imaginado que los ojos podían llegar a ser transparentes. Ella asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

—No es usted de aquí, ¿verdad?

—¿De Aura? No, señor.

—No. Me refiero a si es usted de aquí, de nuestro país...

—He nacido y me he criado a unos setecientos kilómetros de aquí, y sí, le confirmo que somos compatriotas.

Lo dijo con un tono sereno y un deje sarcástico que hizo sonreír al diácono Eduardo que, junto al padre Anselmo, no perdía ripio de la conversación.

—Se lo decía por su pelo... Por los ojos... Es igual —la incomodidad del alcalde era patente—, no era mi intención molestarla.

—No se preocupe —respondió la joven sin intención de aclarar ningún dato sobre su biografía.

—Me han dicho que ha venido usted a ver a Delia.

—Le han dicho bien, señor alcalde.

—¿Sabe dónde vive?

—Lo sé porque aquel señor de allá —y señaló a Bernardo con un movimiento de cabeza— tuvo la amabilidad de indicármelo. Seguí el camino y llegué hasta la casa que él me dijo, pero a ella no la encontré.

—Pues eso es muy raro. Delia casi nunca se aleja de su casa y menos en una noche tan desapacible como la de ayer.

—Pues entonces, señor, solo cabe una explicación —y revolvió con energía el café de su taza antes de tomárselo a ligeros sorbos.

—¿Y esa es...?

El alcalde sentía las sonrisas condescendientes de los parroquianos sobre su cabeza. Se estaba empezando a poner nervioso. Aquella joven, insolente y altanera, lo estaba poniendo en evidencia, así que la pregunta le salió con un tono de impaciencia que no quería evidenciar.

Ella volvió a llevarse la taza de café a los labios antes de responder.

—Que no quiere verme.

Y se encogió de hombros grácil y candorosamente.

—¿Pero no ha dicho que es usted familia?

—No se lo he dicho. Se lo dije ayer a aquel caballero. —Y volvió a señalar con la cabeza a Bernardo, quien asintió con una ligera sensación de incomodidad—. Y que sea familia no significa que quiera verme, ¿verdad? Hay familias que no mantienen el contacto. Algunas, incluso, se odian.

—Espero que no sea ese su caso... Perdone, ¿cómo ha dicho que se llama?

La joven lo miró y, aunque sus ojos respondieron «sabe muy bien que no se lo he dicho», su voz, acompañada de una ligera sonrisa,

espetó:

—Me llamo Estela y soy la nieta de Delia.

# V

Delia colocó dos tiestos con pensamientos en el alféizar y se volvió hacia un gato negro de ojos dorados y penetrantes que, sentado a su lado, permanecía observándola impasible.

—Como me vuelvas a tirar otra planta, te voy a dar con la escoba.

Aunque su tono fue de enfurruñamiento, la cálida caricia, justo detrás de las orejas, que acompañó a sus palabras no provocó la más leve inquietud en el minino, que ronroneó satisfecho.

—Ven. Vámonos a casa. El día está frío.

Hacía por lo menos diecinueve años que Delia vivía sola en aquella casa que había sido y seguía siendo la envidia de toda la comarca. Cuando las aguas anegaron Aura su marido intentó consolarla:

—No llores, mujer. Aguas abajo construiremos una casa como no se ha visto nunca en este maldito valle. Te prometo que no echarás de menos la cochiquera en la que hemos vivido.

—No digas eso, Moses. No es una cochiquera. Es nuestro hogar. Aquí hemos sido felices.

—Y también muy desgraciados, Delia. Y también muy desgraciados.

Delia había asentido intentando que las lágrimas quedaran retenidas en sus pestañas.

De eso hacía casi treinta años y la vida, desde entonces, se le había escapado como el rocío entre las briznas de la hierba.

Entró en el salón, espacioso, enmarcado por un ventanal que ofrecía una hermosa vista de un jardín cubierto de escarcha. El fuego crepitaba en la chimenea con un sonido silbante e hipnótico. Sobre la mesa de roble descansaba un frutero con castañas, membrillos y un pomelo. Frente al hogar, en una butaca algo raída por el uso pero de apariencia cálida y confortable, descansaba una toquilla de lana gruesa junto a un ovillo, unas agujas de punto y una bufanda de color caldero.

—Ven aquí a sentarte en tu capazo mientras yo sigo con la labor.

El gato se desperezó sigiloso junto al fuego y se acercó despacio hasta un pequeño cuenco de leche situado bajo la ventana.

Delia se echó la toquilla sobre los hombros, cogió las agujas de hacer punto y, como si se hubiera quedado congelada en pleno movimiento, concentró su mirada en las llamas que danzaban en la chimenea mientras sus recuerdos volaban treinta años atrás, hasta su casa, no esta tan señorial, sino la humilde casita en la que había

vivido con su marido desde que se casaron.

Por fin tensó la hebra de lana con el dedo índice y la colocó sobre la aguja que sostenía bajo el brazo izquierdo. A continuación la deslizó con suavidad por debajo de la otra aguja y volvió al estado inicial para coger el siguiente punto. Sus manos volaban, ágiles. Llevaba tejiendo toda su vida y los movimientos le salían de manera mecánica, sin necesidad de pensar. Por eso habían vuelto a ella los recuerdos. Por eso y por su llegada.

La noche anterior había contemplado, fascinada y desconcertada, cómo aquella chica de pelo casi blanco y ojos penetrantes aporreaba la puerta mientras gritaba su nombre. Sorprendida, la había escuchado asegurar que se llamaba Estela. Y se había quedado paralizada por la conmoción cuando la chica, dándose al fin por vencida, la había llamado abuela antes de alejarse mascullando algo con rabia.

Al recordarlo, sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca. «Abuela». Qué no hubiera dado ella años atrás por que alguien la llamara así. Pero ahora no. Ahora era tarde. Ya no había remedio.

Cuando la chica se fue, ella se derrumbó en la butaca hasta que el fuego se apagó y comenzó a sentir cómo el frío se iba ramificando desde sus pies hasta su corazón. Se levantó apresuradamente justo en el momento en el que el gato saltó tirando la maceta con estrépito. El ruido la sobresaltó y el frío desapareció de repente, y dio paso al miedo, a la tensión. Se acercó sin hacer ruido hasta la ventana para, enfurecida, comprobar cómo aquellas dos arpías caminaban presurosas hacia el camino de la acequia.

—Malditas seáis —murmuró entre dientes.

Se abstuvo de increparlas, de decirles que no quería volver a verlas. Todos en Aura sabían de su empeño por la soledad y por lo general, todos respetaban su deseo. Salvo que fuera estrictamente necesario, nadie la visitaba en casa y nadie la molestaba cuando los domingos se acercaba hasta la iglesia. Solía entrar cuando el tañido de la última campanada aún resonaba en el interior del templo; y salía mientras el sacerdote todavía estaba dando la bendición. De vez en cuando intercambiaba dos frases de cortesía en la carnicería o en la panadería, pero nada más. Ese aislamiento no había sido repentino, ni tampoco buscado. No respondía a una afrenta o a una discusión. Ni siquiera a una ofensa involuntaria. Simplemente, un día se cansó de la compasión de sus vecinos, de sus expresiones de pena, de las exiguas sonrisas, de las miradas indulgentes...

Moses y ella habían tenido mala suerte. Nada más se les podía reprochar. Y nada menos.

Se levantó dispuesta a prepararse unas sopas de leche. Mientras rebanaba pequeños trocitos de pan, recordó que su madre siempre le dijo que Moses era un buen hombre.

—Es honesto, hija, y eso es lo más importante. Nunca te abandonará.

«Acertaste, madre», pensó con la mirada fija en los leves círculos concéntricos que iba formando la leche a punto de hervir. «Moses solo me abandonó cuando murió».

Se habían conocido en el pueblo, aunque él no era de Aura sino de una aldea situada a unos treinta kilómetros más al norte, justo al otro lado del desfiladero. Era el Día de la Virgen y la mayoría de las jóvenes se encontraban afanadas engalanando sus ventanas con rosas, margaritas, lirios del valle y, en el caso de las más pudientes, con alguna orquídea salvaje de las que vendían en el mercado de abastos de la ciudad. Ella había dejado junto a su rejilla un ramillete de flores silvestres y un pañuelo en el que había bordado su inicial en un suave color malva. Estaba nerviosa. Le daba miedo que ninguno de los mozos recogiera su agasajo —las mejillas le ardían solo de pensarlo— y suplicó en silencio por ver su pañuelo de hilo prendido en alguna solapa.

Las chicas del pueblo se habían citado en la plaza y desde allí se dirigieron con sus mejores galas hasta la iglesia. Los mozos las escoltaban divertidos y algunos, los más osados, se atrevían a cortejarlas con algún piropo. Las señoras las miraban con condescendencia y algo de envidia por la juventud perdida y ellas sentían que, por un día, el universo entero giraba al compás de sus pasos. Finalizada la misa, cuando el cura por fin les dio su bendición, salieron todas en estampida hacia las carretas que las llevarían hasta la ermita. Allí tendría lugar la ofrenda a la Virgen y el baile popular.

Delia se juntó con las demás. Estaban Lina y Angelita. También Nieves, Fonsina, Felicitas. Y por supuesto, Rosa. Su gran amiga Rosa. La subida la realizaron cantando y riendo, gritando alborozadas de una carreta a otra. Los conductores, hombres rudos y de pocas palabras, sonreían con disimulo.

Hicieron caminando los últimos metros de un camino escarpado que hasta llegar a la ermita se encaramaba entre riscos y piedras. A lo lejos, los mozos las esperaban con la gorra en una mano y un ramo de flores en la otra. Las chicas reían entusiasmadas cuando descubrían su ramo en las manos adecuadas. Algunas de ellas ya sabían quién había sido el que había tomado el ramo de su ventana. Pero muchas otras lo

desconocían. Este era el caso de Delia, que no encontraba al portador de su ramillete, pulcramente atado con unas briznas de trigo trenzadas. Su mirada vagaba inquieta buscando su portador y rogando en silencio por que no se cumplieran sus peores presagios. Hasta que de pronto lo vio. Era un hombre alto, moreno, de aspecto un poco retraído, pero con unos ojos marrones y profundos que la observaban con franqueza y complicidad. Reconoció su pañuelo en el bolsillo de su chaqueta y su ramillete entre sus fuertes y largos dedos.

Ella disimuló su turbación cuchicheando con Rosa mientras observaba su porte con atención.

Por fin se encontraron a apenas un metro de distancia. Se presentó como Moses, nacido en el norte del valle de Erill pero recién llegado al pueblo después de haberse abierto camino como serrador en los bosques de ultramar. Hasta allí se había trasladado cuando murió su madre, acompañando a su padre, y allí habían vivido hasta que este falleció, hacía apenas seis meses. Con el dinero que habían ahorrado, Moses pudo volver y pensar en instalarse.

—Me gustaría visitarte algún día, si te parece bien.

Delia lo miró a los ojos y descubrió que no le saltaba el corazón en el pecho, ni se le arremolinaban los pensamientos. No sintió el rubor quemando sus mejillas. Pero sí encontró alegría, confianza y un cierto sosiego. Sonrió sin responder, pero se asió del brazo que él le ofrecía para entrar a la ermita a depositar su ramillete.

Su noviazgo fue tranquilo, apacible como una noche de verano, sin escenas de celos, malentendidos o humillaciones. Jamás sintieron la desazón de la desconfianza ni dudaron de su compromiso. A veces Delia se preguntaba si eso sería el amor. Pero a su lado fue feliz. Durante los dos años que duró su noviazgo consolidaron una amistad que duraría toda la vida.

«Lo importante es que sea honesto, hija. Y que no se disperse». Su madre tenía razón. Moses nunca desvió el rumbo. Aun así, un mal día se perdió.

# VI

Desde la casa de enfrente, Rosa escudriñó la ventana del salón de su vecina. La niebla tan solo le permitía atisbar una difusa sombra, pero la imaginó sentada ante la chimenea, tejiendo una labor que terminaría donando a la iglesia. No lo pensó más. Se puso el abrigo, cogió las llaves de la repisa del recibidor y cruzó resuelta la calle.

—¡Delia! —Rosa anunció su llegada desde la puerta mientras descorría ella misma el pasador de la entrada.

—Pasa Rosita, estoy en el salón.

«¿Dónde si no?», pensó Rosa, pero no dijo nada. Había hecho todo lo posible para que la siguiera acompañando a las reuniones del grupo parroquial, para que se involucrara en el día a día del pueblo, pero todo había sido en vano. Suspiró resignada.

—¡Qué calorcito hace aquí!

—Siéntate, Rosa. Acerca esa butaca. ¡Si estás helada!

—No he hecho más que cruzar la calle, pero ¡caray! El frío se te mete en los huesos.

Se quedaron unos minutos en silencio mientras Rosa se calentaba las manos en la lumbre y Delia recogía la labor que estaba tejiendo. Por fin le dijo con suavidad, casi disculpándose:

—Supongo que ya te has enterado.

—Claro que me he enterado, Delia. Cómo no me voy a enterar. ¿Y se puede saber por qué no le abriste la puerta?

Delia calló. ¿Qué podía decirle? ¿Que ya era demasiado tarde? ¿Que el dolor era demasiado grande? En vez de eso, por un instante, su pensamiento volvió a aquellos días.

Al principio se aferraba a las cartas. Durante años fueron su única tabla de salvación. Lo que la preservó de hundirse en la tristeza y sucumbir al abatimiento. Una y mil veces releyó aquellas cartas mientras en su mente se iba conformando la imagen de aquella mujer, seguramente de aspecto dulce y aniñado, que había enamorado a su hijo. Un hijo que por fin había sentado la cabeza alejándose de aquellos que tanto daño le habían hecho. «¿Dónde pasarán la Navidad?», se preguntaba... Tampoco este año podrán venir. Y se imaginaba a su hijo, contrito, escribiendo que lo sentía con aquella letra diminuta y apretada, asegurándole que el trabajo era muy absorbente y que si quería prosperar no podía desfallecer. ¿Acaso no querías que tu hijo se forjara un futuro? ¿Que por fin hiciera algo de

provecho? Sí. Claro que sí. Y entendía que ese era el precio que debía pagar.

Pero la niña... ¡Ay, la niña! Fue entonces la mujer más feliz de Aura. A todos los vecinos les mostró aquella carta. Cuatro frases que se sabía de memoria: «Tan solo estas líneas para deciros que habéis sido abuelos. Es una niña preciosa a la que vamos a llamar Estela. Ha sido un parto largo, pero todo ha ido bien. La semana que viene os escribiré contándoos más detalles. ¡Y tú que pensabas que no sentaría cabeza, mamá!». Aquella cuartilla, ajada y arrugada, había sido su salvavidas, la boya a la que se había aferrado cuando las aguas turbulentas arrastraron su vida dejando únicamente recuerdos.

—Dime, Delia, ¿por qué?

Miró a Rosa y por un instante se olvidó de dónde estaba y cuál era la pregunta a la que debía responder, pero se repuso enseguida y contestó tranquila.

—Ha sido una impresión muy grande, Rosa. Y no tuve fuerzas para recibirla en mi casa.

—¡Claro que ha sido una impresión grande! Pero mujer, piensa en la chiquilla. Acaba de llegar de muy lejos. Le habrá costado mucho venir de... ¿Dónde viven ahora?

—No lo sé, Rosa. Hace mucho tiempo que les perdí la pista.

Y su voz se acalló con un pesar profundo.

Aquellas cartas que le habían dado la vida, que habían conseguido rescatarla de la locura, llegaron a su fin. Fue un día cualquiera, uno como cualquier otro, y desde entonces sufría, no tanto por el silencio como por la pérdida.

—Pues entonces, más a mi favor.

Delia la miró sin entender. Los años habían acentuado esa tendencia a enredarse en sus pensamientos hasta evadirse de la realidad. O quizá la culpable fuera la soledad. ¿Quién podría saberlo?

—Dices que les perdiste la pista. ¿Hace cuánto tiempo que no sabes nada de ellos? ¿Cuántos años llevas sin recibir ninguna carta?

Rememoró una vez más aquellas cuartillas y el alborozo con el que se las leía a sus vecinas, al padre Anselmo y, por supuesto, a su querida Rosa.

—Hace ya varios meses, años incluso, que no recibo ninguna carta. Tú no lo entiendes. Yo no conozco a esa nieta. ¿Qué puede decirle una vieja como yo a una joven como ella? ¿Qué voy a explicarle?

—Escúchame, Delia. ¿Y qué tienes tú que explicar? En todo caso, espera a ver qué te dice ella. Que te cuente por qué su padre dejó de escribir. Por qué ella no se ha puesto en contacto contigo hasta ahora.

Y prepárate para lo peor.

—Lo peor...

—Sí. No quiero ser agorera pero quizá tenga noticias de tu hijo, o de tu nuera. A lo mejor les ha pasado algo. Tienes que hablar con ella y descubrir qué es lo que la ha traído a Aura.

Delia asintió, pero volvió a quedarse ensimismada en la remembranza de los días pasados. De aquellos años en los que se sucedieron las misivas. Hasta Moses parecía que se alegraba cuando le contaba las andanzas de Víctor, sus esfuerzos por encontrar trabajo a pesar de todos los problemas que había tenido; su afán de superación; su emoción al contarles que había conocido a una chica con la que compartía su amor por la naturaleza y su ambición de tener una vida sencilla y tranquila.

—No te entiendo, Delia. Lo intento y no puedo.

—No estoy preparada, Rosa. No me encuentro con fuerzas para enfrentarme a esa chica.

Su voz era suave pero tajante y Rosa entendió que era inútil insistir.

# VII

Se había encendido un cigarrillo y caminaba embistiendo al viento que le azotaba los cabellos mientras evitaba que alguna chispa de la lumbre incandescente le alcanzase el rostro. El frío era peor de lo que había imaginado. Aquella humedad se le había introducido a través del aliento y sentía cómo se iba ramificando por sus brazos, su pecho, sus piernas, hasta llegar a los pies.

«Maldito pueblo —pensó recordando la conversación que había tenido lugar en la cantina—. En cuanto pueda me largo lejos de aquí a un lugar cálido en el que no exista el invierno ni las preguntas, en el que la gente te deje en paz y en el que nadie me hable».

Avanzaba deprisa, en parte para luchar contra el frío, pero también porque la ira, la furia que sentía contra aquella vieja que no le había dejado entrar en su casa había dado alas a sus pies. Marchaba riñendo con ella en sus pensamientos, reprochándole su actitud, tachándola de amargada y solitaria mientras, sin querer reconocerlo, añoraba el sentimiento de haber sido querida por una abuela.

Arrojó la colilla con todas sus fuerzas contra la tierra del camino y la pisoteó como si así pudiera destruir su pasado. ¡Maldita sea! El alcalde le había asegurado que hablaría con ella para intentar convencerla de que la recibiera. Mientras tanto, le había sugerido que podía alojarse en un pequeño motel situado, según le había entendido, a tres kilómetros del pueblo en dirección sur, muy cerca del embalse de Aura. Allí se dirigía en medio de un vendaval de nieve helada que le impedía caminar. Sentía que le pesaban los pies y que sus dedos se quebrarían como el cristal. Desechó la idea de encender otro cigarrillo. El viento se lo impediría, empeñado como estaba en minar su moral y su paciencia. El empuje de la ventisca, que en ese momento había lanzado una ráfaga de gran virulencia, impidió que se percatara del coche que lenta y silenciosamente se había situado casi a su lado.

Giró la cabeza en dirección al vehículo. El pelo se le había enredado en la cara y tan solo pudo entrever que alguien abría la puerta y le exhortaba a que se sentara en el asiento.

—¡Vamos! ¡Suba! Soy Eduardo. La he visto antes en el bar. Yo estaba sentado en la mesa de la esquina, junto al padre Anselmo. Suba. Se va a quedar helada.

Ella lo miró sin decir nada, pero encogió los hombros como si estuviera derrotada y se derrumbó con brusquedad sobre el asiento,

tirando de la manilla de la puerta con todas sus fuerzas para evitar que aquel aire helado siguiera ensañándose con ella. Se golpeó el chaquetón para quitarse la nieve. Tenía la nariz y los labios rojos y los ojos acerados.

—Encantado de conocerla, Estela.

—No me llames de usted, por favor. Somos jóvenes y suena ridículo. —Su tono fue brusco y condescendiente, pero él hizo caso omiso.

—De acuerdo, Estela. Me imagino que vas a la posada. Puedo acercarte. Hace demasiado frío para ir andando.

—Gracias. Hace un frío del carajo. ¿Este pueblo es siempre así de desagradable?

Eduardo sonrió para sus adentros, pero respondió con humildad.

—No siempre. En ocasiones lo es mucho más.

Ella se limitó a mirar por la ventanilla y él durante varios metros condujo en silencio. Parecía enfrascada en sus pensamientos, su aspecto era duro pero a la vez desvalido. Por fin, dijo con precaución:

—Las personas, especialmente las de edad avanzada, necesitan un tiempo para aceptar cualquier imprevisto que rompa su rutina.

—Ya veo. —Y se volvió a mirarlo con desdén—. ¿Qué eres? ¿Psicólogo? ¿Psiquiatra? ¿Simple observador?

—Diácono.

—¿Cómo?

—Que soy diácono. El diácono Eduardo Casals.

Le produjo una secreta satisfacción haberla dejado muda, pero el golpe de efecto duró tan solo unos instantes.

—Vale. Un cura. Vamos a dejar una cosa clara: no quiero hablar contigo. No quiero confesarme. No quiero hablar de mi abuela. Punto.

—No quiero preguntar. No quiero saber. Solo pretendo ayudar. Y no soy cura.

Y después de ambas declaraciones, el camino transcurrió en silencio hasta que ella lo quebró con bastante menos virulencia que la que había exhibido unos minutos antes.

—Gracias por llevarme al motel.

—No hay de qué. Aprovecharé para visitar a Esteban.

Y aunque ella no mostró ningún interés, él continuó hablando:

—Esteban es quizá el habitante de más edad de Aura. Y los lugareños dicen que es inmortal.

Un movimiento involuntario de una de sus cejas le indicó que, aunque no mostrara interés, estaba escuchando atentamente, así que siguió:

—Las gentes del valle dicen que Esteban ya vivía aquí la noche en que el diablo decidió asentarse en Aura. Verás. Según la leyenda, una noche de hace muchos años, un pobre desgraciado que acababa de fallecer llamó a las puertas del infierno. Belcebú salió a recibirlo sorprendido de verlo allí, pues en vida no había causado desdicha ni dolor ajeno y se había conducido siempre de manera correcta y conforme a la ley de Dios. El hombre, al darse cuenta de su error, suplicó que no lo acogiera y que intercediera por él ante los ángeles que acompañan a las almas del purgatorio instándole a que revisaran su caso, pues se había producido un flagrante error. Y el diablo accedió a interceder por él a cambio de que le permitiera alojarse en su cuerpo durante unas horas con el propósito de visitar la tierra. Una vez dentro, le dijo que se encaminara a un lugar dichoso, a un sitio feliz y el pobre desgraciado encaminó sus pasos hacia Aura.

»Aura era entonces una villa con un gran trasiego. Los hombres cantaban en los carromatos tirados por bueyes cuando, a la caída del sol, volvían de la siega. Las mujeres acudían al río y cuidaban de los animales. Por la noche, cuando una ligera y refrescante brisa comenzaba a susurrar entre las hojas de los limoneros y de los rosales, salían a tomar la fresca. El hombre poseído por el demonio se plantó en la plaza del pueblo un domingo de mayo y al ver a los niños lanzándose agua de la alberca y a los ancianos hablando tranquilamente mientras liaban tabaco con sus manos encallecidas, no pudo soportar tanta felicidad y en ese mismo instante lanzó una maldición. «Aura será negra —dijo—. Negra como el carbón y como la noche. Vuestras casas serán anegadas. Las oscuras aguas arrasarán todo y bestias, hombres, mujeres y niños moriréis sin redención».

»Cuando pronunció esas palabras todos en el pueblo se quedaron atónitos. Un silencio inquietante y aterrador recorrió la aldea y paralizó la vida de Aura hasta que, de repente, uno de los jóvenes que todavía sostenía el porrón en la mano, soltó una carcajada que resonó con fuerza. Las niñas volvieron a jugar al corro, el panadero continuó amasando pan y los labriegos prepararon sus aperos para continuar labrando la tierra tras unas horas de merecido descanso. El hombre se fue por donde había venido y nadie reparó en él. Pero la maldición ya estaba proferida y muchos, muchos años después, los habitantes de Aura la recordarían con desconsuelo. Dime, ¿qué te ha parecido?

—Que he oído cuentos mejores.

Sonreía y aunque su rictus era de una ligera suficiencia, sus ojos brillaban con interés.

Eduardo volvió a mirar hacia la carretera mientras seguía

conduciendo entre ráfagas de aguanieve que se abalanzaban sobre el parabrisas del coche obligándole a conducir muy lentamente.

—Bueno, ya te había avisado de que se trataba de una leyenda.

—Y, por tanto, mentira.

—Las leyendas tienen una cierta base de verdad.

—¿Crees entonces que el diablo llegó hasta Aura en el alma de un hombre para lanzar una maldición?

Y el tono hizo que su comentario sonara aún más despectivo.

—Lo que creo es que las gentes de por aquí todavía creen que las cosas pasan accidentalmente y así quizá se desentienden de la responsabilidad de sus actos. Pero lo cierto es que la profecía se cumplió y Aura se anegó. Hemos llegado. Ahí está la venta.

Sonrió con secreta satisfacción porque su implacable mirada azul le había indicado, sin lugar a duda, que había conseguido intrigar a la mujer de hielo.

# VIII

Marcia estaba doblando la ropa blanca recién lavada. Una suave fragancia a lavanda y a jabón impregnaba el aire de la estancia. Le sorprendió escuchar un aldabonazo en el portalón y recordó que Joaquín había salido a por gasoil, así que, resignada, dejó las toallas y las sábanas sobre un arcón de madera y bajó los dos amplios tramos de escaleras hasta llegar al recibidor. En cuanto abrió la puerta, un aire helado se precipitó sobre el interior arrojando miles de partículas de agua, y dos personas embozadas hasta las cejas ocuparon el centro de la habitación. El estupor inicial cedió en cuanto pudo reconocer el rostro de una de ellas:

—¡Eduardo! No esperaba a nadie en mitad de esta ventisca.

El diácono se soplaba las manos mientras golpeaba con sus recios zapatos el alistado suelo de roble.

—La verdad es que nos ha costado llegar. Y en los escasos metros que hemos recorrido desde donde hemos aparcado el coche, el temporal se ha ensañado con nosotros.

Miró a su acompañante y colocó una mano sobre su hombro.

—Marcia, te presento a Estela.

La joven la miró y Marcia no pudo evitar preguntarse quién sería aquella joven.

—¡Vaya! Encantada de conocerte. No eres de por aquí, ¿verdad?

—No.

Eduardo intervino solícito.

—Estela es la nieta de Delia Linde. Ha venido a visitarla y va a necesitar un lugar donde alojarse.

—¿La nieta de Delia?

Marcia no pudo evitar un respingo de sorpresa, pero sí logró contener el tono de su voz.

—Claro que puedes quedarte aquí, Estela. Aprecio mucho a tu abuela. Recuerdo muy bien el día que naciste. Delia llegó caminando desde su casa, casi cinco kilómetros por el sendero que va junto al río. Llegó presurosa y emocionada para enseñarme la carta que envió tu padre anunciando tu nacimiento. Es un verdadero placer conocerte.

—Gracias.

No dijo una sola palabra más, pero a Eduardo le pareció que su semblante reflejaba un cierto alivio.

—Te voy a dar mi habitación preferida: la que tiene las mejores

vistas sobre Aura. No sobre la nueva Aura, sino sobre la antigua, la que está bajo las aguas.

Estela miró al joven diácono, pero este se limitó a despedirse de ambas mujeres.

—Debo volver a la iglesia, el padre Anselmo me espera con el grupo de los martes y antes quiero saludar a Esteban.

En cuanto cerró la puerta, Marcia se volvió hacia Estela y se sintió en la obligación de llenar el incómodo silencio que aquella huraña joven dejaba tras de sí.

—Se refiere a un grupo de mujeres de Aura que se reúne con don Anselmo todos los martes. No me preguntes para qué, porque nunca lo he terminado de entender. No me interesa mucho la iglesia, la verdad.

—A mí tampoco.

Marcia sonrió afable y la acompañó hasta su habitación.

Cuando Estela por fin se quedó sola, tiró el bolso sobre la mecedora que había junto al ventanal, se quitó el abrigo y las botas y se dejó caer como un fardo sobre la cama. Desde su llegada a ese pueblo maldito había permanecido en un insoportable estado de tensión. No había considerado siquiera la posibilidad de que la vieja se negara a recibirla y se preguntó qué consecuencias podría tener esa actitud en el plan que la había llevado hasta aquel remoto lugar. Debía hacerse cuanto antes con el testamento. Pero, antes, debería ingeniárselas para entrar en su casa, ganarse su confianza y acceder, además de a su pasado, a sus posesiones. Se preguntó cómo sería Delia. Él le había dicho que era dulce y afectuosa. «Pero no te dejes engañar, bajo ese falso candor hay una mujer aguerrida y lista. Tu abuela siempre ha tenido mucho temperamento».

Estela resopló con hastío al pensar en él y decidió borrarlo de su mente. Se acercó a la ventana. La luz, tenue y débil, apenas lograba colorear las aguas pantanosas que se extendían a lo lejos bajo una maraña de troncos desnudos. Recordó la historia que le había contado el diácono sobre Aura y sonrió con escepticismo ante la inocencia e ingenuidad de los crédulos, ya fuera en Dios o en las fábulas que, en todos los pueblos, también en el suyo, se van transmitiendo de generación en generación.

Y volvieron a su recuerdo las leyendas que su madre le narraba. Y se vio a sí misma, con los puños apretados y las pupilas dilatadas por el miedo, escuchando aquella historia sobre los sacrificios humanos que los lagos de Maramures exigían a los habitantes de las aldeas cercanas. Su madre procedía de Rumanía, de una región situada a unos 150 kilómetros de Ucrania. Jamás le sonrió la fortuna. Dejó de

creer muy pronto porque la vida le enseñó temprano a no fiarse de nadie, a no confiar en su suerte y a no esperar al mañana. Sin embargo, nunca pudo, o nunca quiso, desterrar de su memoria los cuentos que a la luz de la lumbre se contaban en su aldea sobre ritos e inmolaciones en los profundos lagos excavados en el arco de los Cárpatos y que poco a poco le fue narrando; tal vez para ahuyentarla, o quizá para estampar recuerdos de aquella vida que no consiguió darle.

Alejó también este recuerdo y encendió un cigarrillo.

Marcia le había dicho que la avisara si quería comer algo y lo cierto es que estaba hambrienta. Sopesó la posibilidad de pedirle que le subiera algo a su habitación, pero concluyó que no le vendría mal comenzar a hacer indagaciones sobre su abuela. Tenía que descubrir la manera de llegar hasta ella o no podría escapar jamás de Aura.

Media hora después, escuchaba fascinada la cháchara de Marcia, una mujer de la que manaban palabras como el agua de la fuente de Tritón. Y mientras ella sorbía con fruición la sopa de ajo más sabrosa y apetecible que hubiera probado nunca, se fue enterando de que Delia se había quedado viuda hacía ya diecinueve años, cuando ella apenas tenía cuatro; que su hijo se había marchado y desde entonces vivía pendiente de sus cartas; y que, poco a poco, había ido marchitándose en aquella casa palaciega que era la envidia de toda la comarca.

—Vienen gentes de los valles del otro lado de la montaña con el único objetivo de ver la galería. Es una verdadera obra de arte. La de horas que dedicó tu abuelo a lijar, cepillar y barnizar cada uno de los barrotes de la balaustrada; cada panza; cada pináculo, cada bellota... Está hecha de madera de nogal y el pasamanos está ensamblado en una sola pieza, al estilo de los que se hacen en Austria. Tu abuelo siempre decía que las cabañas del Tirol eran las más estables y duraderas del mundo. No sé si es cierto porque no las he visto, pero de lo que sí estoy segura es de que la casa de tu abuela no tiene nada que envidiar a las del Tirol ni a las de ningún otro sitio del mundo. Espera a verla en el mes de agosto, cuando las surfinias cuelgan del balcón desparramándose casi hasta el suelo. ¿Te pongo más sopa?

Estela asintió complacida.

—Tu padre sí que era feliz aquí, entre estos montes. Pero como se suele decir, el hombre propone y Dios dispone. ¿Qué tal está?

Estela la miró con desconfianza. Y Marcia se apresuró a aclarar.

—Hace tanto tiempo que no se le ve por aquí...

—Mi padre está bien.

Pero como lo último que le apetecía era pensar en él, desvió la

conversación y le preguntó a Marcia por el camino más rápido para llegar al pueblo.

—No vayas por la carretera, por donde te ha traído Eduardo, porque es más largo. Toma el camino que sale junto al silo que tenemos frente a la casa; después, cuando la senda se bifurque, toma la de la izquierda, la que va pegada al río. Y síguela hasta que llegues al camino de la acequia. Lo reconocerás porque está empedrado. No es que sea muy cómodo para caminar, pero por lo menos dejarás de pisar en blando. Ya lo verás, por estos lares se forma mucho fango a causa de la nieve. El último tramo no tiene pérdida y te deja casi en casa de tu abuela.

Estela se levantó con intención de irse.

—Te aconsejo que inicies el camino de regreso sobre las tres. Aquí, para las cuatro ya es de noche y no conviene que hagas ese recorrido sola en la oscuridad.

Respondió educadamente que lo intentaría, mientras pensaba que aquel era un pueblo dominado por el miedo. ¿Qué le importaban a ella las tinieblas, ni la soledad?

Debía reconocer que, desde allí, la vista del pueblo era espeluznante. La niebla había descendido hasta posarse sobre el valle y el camino, que en realidad descendía suavemente hasta llegar a una alameda, parecía perderse en los confines de un vacío absoluto. Instintivamente aligeró el paso desechando la idea de encender un cigarrillo por no detenerse para encenderlo. Como le había indicado Marcia, agradeció dejar atrás la mezcla de barro y nieve que dificultaba y ralentizaba su paso y caminó con cuidado por el empedrado que se clavaba en sus pies a pesar de las gruesas suelas de sus botas.

Antes de ver a su abuela, decidió preguntar al alcalde si había hablado ya con ella, pero no sabía dónde vivía. Descartó volver a llamar a la primera casa del pueblo, la de Bernardo, para preguntar por su ubicación, y decidió vagar sin rumbo por entre las calles de Aura a la espera de encontrarse con alguien que le ayudara a encontrar al regidor.

Aura era un pueblo tranquilo y recogido que vivía a espaldas de una imponente cadena montañosa blanca en invierno, verde en los albores de la primavera y negra el resto del tiempo. Apenas unos veinte kilómetros hacia el norte, la carretera desembocaba en un magnífico lago de aguas oscuras rodeado por algunos de los picos más altos de la cadena montañosa que había modelado el perfil agreste y escarpado que tenía toda la región. La vida en Aura había sido sencilla y tranquila hasta que comenzaron a sucederse los acontecimientos que desembocarían en la terrible desgracia del 7 de agosto, un día luminoso y soleado que, sin embargo, trajo la desventura a casi todos los habitantes del pueblo.

Las calles por las que ahora caminaba Estela pertenecían a otra Aura, la nueva, la que había resurgido de su propia destrucción, la que mantenía, o eso pensaban, el espíritu de una época que ya no existía pero que se había forjado en la lucha por la subsistencia, por la vida en un terreno hostil, en una tierra en la que moraban almas y espíritus bajo las montañas que les procuraban refugio y resguardo.

La mayoría de las viviendas se arracimaban alrededor de la iglesia levantada en lo alto de una loma y desde la que se divisaban todas las casas de Aura, desde las aledañas, como la de su abuela, hasta aquellas que se habían construido hacía apenas unos meses y que se

habían erigido junto a los campos de maíz más cercanos al río, casi en la muga con sus vecinos de Sobou.

Casi todas las casas eran parecidas, esbeltas y coronadas con recios tejados puntiagudos que dificultaban la acumulación de nieve y hielo. Las ventanas estaban protegidas por macizas contraventanas que por las noches debían atrancarse con un travesaño para impedir que el ímpetu del viento las desencajara de sus goznes. Muchas de ellas tenían además algún coqueto balcón con dos o tres macetas; una enredadera que trepaba por la fachada; algún ventanuco en la buhardilla y un arbusto o rosal en la puerta de la entrada. De entre todas, había varias que destacaban por su estructura y su porte. Y la de su abuela era desde luego la más imponente. La enorme terraza de madera lucía desafiante exhibiendo su magnificencia sobre las demás. El tejado era oscuro y sólido, los ventanales más grandes que los del resto de las construcciones y hasta la puerta parecía más regia con su aldaba de bronce y el blasón del linaje de la familia tallado en piedra sobre el dintel.

Sus ojos se posaron entonces en una pequeña puerta abierta de la que salía un reflejo cobrizo. La casa era una de las más grandes y, aunque se encontraba a oscuras, de una portezuela de lo que parecía ser un granero o un pequeño almacén, se desparramaba un haz de luz. Encogió los hombros bajo el abrigo en un gesto instintivo, cerró los puños dentro de los bolsillos y se acercó a echar un vistazo. Apenas eran las tres y media de la tarde, pero la vida y la luz parecían haber desaparecido de Aura.

«Aura negra», pensó.

La puerta estaba entornada y en el interior se oía una especie de repiqueteo, de compás metálico. Se preguntó si sería la casa de un herrero. Pero el ruido no se le hacía extraño y recordó que era el mismo sonido que advirtió el día anterior, cuando atravesó por primera vez aquel pueblo silencioso y frío.

—¿Hola? —dijo en voz alta—, ¿hay alguien ahí?

El sonido continuó igual. Ni más lento, ni más rápido. Ni más fuerte, ni más suave.

Se acercó un poco más y se decidió a abrir la puerta con delicadeza. La luz se fue haciendo más intensa a medida que iba deslizando la hoja hacia su derecha cuando, repentinamente, el ruido cesó y, como si se tratara de una señal, también ella se mantuvo expectante.

De repente, súbita e inesperadamente, un grito rasgó el aire y le provocó un latido acelerado del corazón que sintió como si girase en su cavidad. Tras el aullido, que podía ser tanto humano como animal,

se escuchó claramente una voz que, con perfecta dicción, incluso recalcando cada sílaba, bramó:

—¡Es-tás muer-ta!

Estela se quedó helada. Su primer impuso fue el de cerrar la puerta, pero fuera quien fuese quien estuviera dentro fue mucho más rápido que ella. De un fuerte golpe, empujó la puerta contra la pared y Estela se encontró de bruces frente a un rostro desfigurado por el miedo que chillaba sin cesar:

—¡Muerta! ¡Muerta! ¡Estás muerta!

Aquella letanía angustiosa provocó que un leve hálito de vida volviera a las casas de Aura. En una de ellas se encendió una luz, en otra chirrió el gozne de una puerta, en una más se atisbó el tenue movimiento de un visillo.

Ella mantuvo la vista fija en los ojos de aquel hombre que la miraba sin ver. Tenía unas hermosas facciones, armoniosas e incluso atractivas, que contrastaban cruelmente con unos ojos vacíos, inexpresivos, que permanecían absortos en algo que solo él podía ver.

Estela se percató enseguida de que aquel hombre no pensaba hacerle daño. Siseó con suavidad.

—Sssss. Calma. Ssss. Tranquilízate. No pretendía asustarte.

Él, más aterrorizado aún, comenzó otra letanía:

—Él está muerto y tú también. Él está muerto y tú también. Él está muerto y...

A fuerza de suplicar, Estela consiguió que Michel hablara cada vez más bajo. Su voz era ya apenas un susurro. Ella tomó su mano y no pudo evitar fijarse en que era una mano hermosa, con unos dedos fuertes y largos que inesperadamente se cerraron sobre los de ella como un garfio. Comenzó a arrastrarla hacia el interior del habitáculo mientras volvía a proferir aquellos inquietantes gritos.

—Espera, espera. Vamos a hablar aquí fuera...

Pero él no la miraba. No desfallecía en su intento por arrastrarla hacia el interior. Y no dejaba de repetir su inexplicable perorata.

—¡Quieto!

Cuando ella clavó los pies en el suelo trasladando su peso y toda su fuerza a ese punto de apoyo, él por fin suavizó su presión y la observó detenidamente con aquella mirada que podía haber sido tan atrayente y que sin embargo se mostraba difusa e inalcanzable.

—No grites —le dijo ella suavemente—. Vas a asustar a todo el pueblo.

Michel soltó la mano de Estela para poder juntar las suyas propias, como en acto de oración. La mano izquierda envolviendo la derecha

como si buscara su protección, los dedos pulgares cruzados, el izquierdo sobre el diestro, apoyados sobre su pecho a la altura del corazón. Desde esa postura, Michel comenzó entonces a moverse rítmicamente, hacia adelante, hacia atrás, adelante, atrás... A Estela le inundó un profundo sentimiento de compasión, un sentimiento muy similar al que aparecía cada vez que pensaba en su madre. Le sonrió con tristeza e intentó tranquilizarlo.

—No estoy muerta. ¿Ves? Soy nueva en el pueblo. Por eso te has asustado. Pero soy... Soy la nieta de Delia, la hija de Víctor. ¿Tú te acuerdas de Víctor?

Michel la miró sin comprender y sin variar un ápice su postura. Seguía con las manos entrelazadas y manteniendo la cadencia de su rítmico e hipnótico movimiento.

—¿Cómo te vas a acordar? Hace mucho tiempo que se fue...

—Recuerdo a Víctor. Él no es bueno. Su amigo Emilio tampoco. Ellos no son buenos.

—¿Te refieres a Emilio? ¿Emilio Márquez?

—Víctor y Emilio no son buenos. No se portan bien. La muerte fue a por ellos.

Estela intentaba averiguar el sentido de aquellas palabras, cuando, de repente, Michel la miró y sus ojos cobraron vida, como si hubieran sido encendidos por un interruptor. La observó pensativo durante unos instantes, como si no supiera qué decir, y por fin sentenció:

—Tú ya estás muerta.

# X

Por la pista que atravesaba el castañal y que iba a desembocar en las traseras de las casas que rodeaban la plaza, se acercaba caminando José el pastor, cuando llegaron a sus oídos los gritos despavoridos de Michel. Aunque no le extrañó que el muchacho se desgañitase, sí le escamó la potencia de su voz y el palmario terror en su timbre. Tiró el cigarrillo al suelo y azuzó a su perro que correteaba varios metros atrás deteniéndose en cada arbusto.

Cuando llegó al cobertizo de la casona de Arias en el que dormía a veces aquel desdichado, Estela ya se había fundido con las sombras que la niebla había alojado.

—¿Qué ha pasado chaval? ¿Qué ha sido?

—Está muerta.

—¿Quién está muerta?

—La chica. La que se acaba de ir.

El pastor lo tranquilizó afirmando que era imposible hablar con una muerta. Le costó, pero al cabo de un rato Michel se calmó y se quedó sentado, con los hombros hundidos, las manos sobre su cabeza y parapetado tras el eterno movimiento oscilante que tanto le calmaba.

El pastor se dirigió entonces a la taberna en la que se guarecían de la tarde unos cuantos parroquianos. Una vez se despojó del chambergo pidió un tinto y se lo endilgó casi de golpe.

—¡Pues vaya sed da la montaña! —dijo uno de los asiduos con socarronería.

—La montaña no, pero sí los gritos de ese infeliz, que no hay dios que los pueda soportar.

Varios de los allí presentes se mostraron de acuerdo y hubo quien no dudó en culpar a la extraña.

—No digo que sea culpa suya, ojo, digo que es una coincidencia. Pero en cuanto ha llegado ella, el chico se ha desquiciado. Eso es un hecho.

—También lo es que ese zagal lleva diciendo que ve muertos desde que tiene uso de razón.

—Sí, pero desde ayer parece que está más asustado.

—Amenazado, incluso.

Sentado en una de las mesas más alejadas de la puerta, el padre Anselmo intentaba abstraerse de la conversación. Apenado por el sentimiento de rechazo creciente que aquella joven provocaba, se

preguntó si alguno de ellos alojaba algo de compasión en sus encallecidos corazones.

—Mi mujer ha dicho que ha visto a «esa» por el camino que viene de la posada. En una tarde como esta... ¿Quién en su sano juicio iría sola por esos andurriales?

—Pues a mis oídos ha llegado que se le ha visto deambular cerca de la casa del alcalde.

—¿Y cómo sabemos que es la nieta de Delia? Si puede saberse... Si resulta que ella misma se niega a recibirla...

No se pudo contener más. Se puso en pie y alzando la voz dijo:

—¡Pero vamos a ver! Si ella dice que es su nieta, ¿por qué debemos dudar? Sabemos que se aloja donde Marcia, porque así se lo aconsejó ayer nuestro alcalde. Si la han visto en el camino de la posada es que, con seguridad, estaba viniendo hacia el pueblo. Y si se encontraba cerca de la casa de nuestro regidor —y cuando dijo esto intentó que no se le notara el retintín— es porque quiere preguntarle si ha podido hablar con su abuela. Las cosas son así de simples.

—¿Y cómo explica el terror de Michel? Ha dicho que ella está muerta.

—¿Y tú crees, Martín, que ese desgraciado tiene en la cabeza discernimiento alguno? Por el amor de Dios. Es Michel, nuestro Michel. El mismo que se pasa días enteros mirando a las musarañas, repitiendo listas interminables de nombres u observando una hilera de hormigas. Y te recuerdo que Michel lleva diciendo que hay muertos en Aura desde aquel fatídico 7 de agosto.

—Lo sé. Pero esta vez es diferente. Esta vez tiene miedo de verdad.

Varios confirmaron con determinación la veracidad de este alegato, por lo que el padre Anselmo dejó sobre la mesa el dinero para pagar el café y dijo:

—Tengo que volver a la iglesia con el grupo de oración. Pero en cuanto termine, voy a buscar a esa chiquilla para hablar con ella. Y verán como no tienen sentido ninguna de sus preocupaciones.

—Hágalo, padre. Hable con ella. Y ya nos dirá qué descubre.

El párroco miró a aquel hombre que tenía el ceño fruncido y la piel recia y oscurecida por el trabajo al aire libre en la cantera y contestó:

—Descuide. Estarán ustedes pertinentemente informados de mis pesquisas.

Cuando el viejo sacerdote llegó a la Iglesia, las mujeres del grupo de oración se encontraban enzarzadas en una diatriba referida a la misa del domingo. En la vetusta y húmeda sacristía, el padre Anselmo

elevó los ojos al cielo mientras colgaba en el perchero su abrigo de paño negro. Accedió a la nave central de la iglesia, apenas iluminada por las tenues luces de las capillas laterales y las frágiles llamas de los cirios consagrados a las ofrendas, y se acercó a ellas.

Las mujeres callaron mientras ocupaba su sitio en una de las sillas dispuestas en círculo y se mostraron expectantes. Eduardo, el joven diácono, lo miró con alivio.

—Padre Anselmo —dijo con voz reposada—, nos encontramos ante una ligera diferencia de pareceres.

—Siento discrepar —argumentó una de las mujeres elevando sutilmente el tono—. No es una diferencia de pareceres sino una contraposición en toda regla. Desde que se constituyó esta reunión, hace ya más de diez años, se ha seguido un riguroso orden en la limpieza del templo, en la decoración de las capillas, en el lavado de las casullas y limpieza de los objetos de culto y ceremonial. No creo que sea el momento de alterar esa disposición.

—Discúlpeme, padre, pero Josefina está faltando a la verdad.

Sabina, una feligresa de las más antiguas y pudientes de Aura, le dirigió su mirada de halcón y sus ojos pretendieron, por un instante, taladrar su ánimo y su espíritu.

El padre Anselmo suspiró hondo de manera imperceptible. Desde que constituyó aquella congregación había habido rivalidad, mezquinas rencillas que no servían más que para ejemplificar las miserias cotidianas y la falta de ideas espirituales más ambiciosas. El anciano sacerdote, cansado, zanjó la discusión alegando que debían debatir una cuestión urgente. Las mujeres lo miraron sin poder disimular su entusiasmo, pues intuían que su petición estaba relacionada con la extraña que apenas veinticuatro horas antes había aparecido en el pueblo.

—Todas conocéis a Delia desde hace tiempo. ¿Por qué creéis que se niega a recibir a su nieta?

Entre todas le fueron contando lo que ya sabía, aunque añadiendo matices y detalles que terminaron por dibujar la semblanza de una mujer apreciada en el valle a la que la infelicidad había terminado por encerrar en una cárcel de amargura.

—Fue la partida del hijo lo que acabó con ella.

—Quién iba a pensar que se terminaría marchando...

—Era apenas un muchacho…

—¿Es que acaso no recordáis lo que pasó? No finjáis una pena que no sentís. El pueblo es desde entonces un lugar mucho más tranquilo.

El tono de Sabina restalló en la fría estancia y durante un instante,

todas contuvieron la respiración. No se oyó ni el más leve sonido hasta que Rosa dijo secamente:

—Víctor y mi hijo Emilio no eran malos chicos. Eran jóvenes y tuvieron mala suerte. Nadie los ayudó. Al contrario. Siempre vivieron sometidos bajo el escarnio de la envidia.

Ante el cariz que tomaba la conversación, el padre Anselmo decidió intervenir.

—No queremos remover el pasado ni hablar de aquellos que ya no están. Pero… ¿sabemos dónde puede estar ahora el hijo de Delia?

Las mujeres callaron mientras negaban con la cabeza. Hasta que una de ellas dijo:

—Víctor dejó de enviar cartas tras varios años escribiendo con regularidad.

—Delia nunca lo dice, pero sufre mucho por su culpa. Por su falta de noticias.

—Dime, Rosa, ¿tú tienes alguna pista de dónde puede estar?

La interpelada esperó unos instantes antes de responder:

—Sé que vivieron muchos años en el extranjero. Delia siempre decía que era una vida demasiado nómada para una niña, pero Víctor tenía un buen trabajo y no podía perderlo…

—Una excusa demasiado simple como para que nadie en su sano juicio pudiera creérsela —afirmó Sabina con aversión—, ¿alguna de vosotras ha dado pábulo a esa explicación? —Y sin esperar a que ninguna respondiera, sentenció con rotundidad—, porque yo tampoco.

—Sabina, te lo advierto —casi susurró Rosa—: déjala en paz o tendrás que vértelas conmigo. Llevas toda la vida murmurando a sus espaldas. ¡Y vosotras también! No sé cómo no os da vergüenza.

Las demás mujeres se revolvieron ofendidas. ¿Quién estaba murmurando? ¿No había sido acaso el propio padre Anselmo quien había requerido su consejo? ¿No estaban todas ellas apenadas por la pobre Delia?

El padre Anselmo nunca dejaba de sorprenderse. Llevaba ya muchos años en aquella parroquia. Era feliz al abrigo de los altos mallos. El frío mantenía su mente despierta y su espíritu activo. No le importaba la crudeza del invierno, que durante muchas semanas los mantenía aislados, o que las nieblas del embalse se desplegaran por la campiña como si quisieran hacerla desaparecer. Amaba aquellas rocas, el brezo que valientemente surgía en primavera y el lejano ulular de los lobos. Pero cuanto más en comunión se sentía con la naturaleza, más incomprensible le resultaba el ser humano. Más miserable e insignificante le parecía. Se preguntaba si realmente los animales, los

bellos caballos que trotaban por las laderas, el perro que fielmente lo recibía en la rectoría o ese mísero gato que dormía al abrigo de un rayo de sol, eran seres inferiores. Él, desde luego, no lo creía.

Zanjó la disputa afirmando que tenía prisa.

—Iré a buscar al alcalde para que me ayude. Entre los dos intentaremos mediar ante Delia y su nieta. La mayoría de los conflictos familiares se sustentan en la falta de diálogo.

Se levantó del banco, paseó la mirada sobre sus interlocutoras, que lo observaban expectantes, y añadió:

—Las mantendré informadas, no se preocupen.

Y se apresuró a la sacristía a recoger de nuevo el abrigo y la bufanda.

Hasta allí lo siguió Rosa.

—¿No puede esperar, Rosa? Me gustaría llegar hasta casa de Delia y no quiero que se me haga muy tarde.

—Quisiera acompañarle, padre. Soy su amiga desde hace más de cincuenta años y créame, sé que se sentirá amenazada e incluso asustada por su presencia. Creo que es mejor que yo los acompañe.

El padre Anselmo la miró resignado:

—Está bien. Vayamos pues a buscar al alcalde y visitaremos juntos a Delia.

# XI

Echaron a andar por el camino que, bordeando la iglesia, lleva hasta la amplia vereda jalonada de abetos que desemboca en casa del alcalde. Rosa hablaba sin parar, pero a don Anselmo no le molestaba porque su perorata le permitía hacerse una idea más detallada de la personalidad de Delia.

La conocía desde hacía muchos años, por supuesto, pero no era una feligresa muy constante ni muy asidua a los oficios de la iglesia. Era una mujer menuda, con unos brillantes ojos azules y un porte erguido y elegante. Sus ademanes eran suaves, su tono muy cordial y, a diferencia de las «oficiantas», las mujeres del grupo que todas las semanas se reunían en la iglesia, Delia era una mujer parca en palabras. Recordó, no sin cierta vergüenza, el día en que se presentó en su casa sin avisar.

Se había propuesto visitar a todas las familias de Aura, de la antigua Aura, para ver si así animaba a algunos fieles descarriados a que retornaran a la iglesia. Durante casi tres meses estuvo visitando casi a diario cada una de las casas que conformaban el extenso valle de Erill, excepto los domingos que, como todos saben y como Dios dejó escrito, se hicieron para descansar. Una fría mañana de invierno recaló en casa de Moses y Delia, que estaba situada muy cerca de la orilla oriental del actual embalse. Llamó a la puerta y, al momento, salió a recibirlo su hijo, un joven que entonces tendría apenas quince años, «el padre de la extraña joven que tanto está dando que hablar ahora», se dijo a sí mismo.

El muchacho le dirigió una mirada vidriosa. Parecía como si hubiera estado durmiendo. Lo atendió con corrección, pero costaba entender lo que decía porque pronunciaba las palabras arrastrando las eses y alargando las vocales unas milésimas de segundo más de la cuenta. Un haz de entendimiento le iluminó entonces y se dio cuenta de que aquel adolescente imberbe estaba borracho como una cuba.

—Anda a llamar a tus padres —le espetó con voz severa.

El chico entró en la casa tambaleándose. A los pocos minutos salieron Moses y Delia visiblemente nerviosos. Lo invitaron a sentarse en un sencillo salón decorado con exquisito gusto en el que destacaba un mueble de caoba que ocupaba la pared frente a la puerta y que alojaba una cristalera para guardar las tazas de porcelana y las copas talladas; y un pequeño espacio de mármol en el que resaltaba una

hermosa talla del Sagrado Corazón de Jesús.

Alabó aquella figura que mostraba al hijo de Dios sentado sobre una silla, exactamente igual a las seis que se ordenaban en torno a la mesa del salón.

—La ha hecho Moses —indicó Delia con orgullo—. Como puede observar, está sentado sobre una de nuestras sillas.

—Que también habrá tallado usted, supongo. Permítame decirle que es usted un artista.

Delia sonrió con satisfacción y lo miró con arrobo. Este, un hombre callado pero afable, se limitó a elevar los hombros, quitándose importancia pero agradeciendo los comentarios. Delia le ofreció una taza de caldo y don Anselmo aceptó el consomé con satisfacción. Mientras sostenía la taza humeante entre las manos, intentando calentar sus dedos, les explicó el motivo de su visita:

—Quiero estar al servicio de la comunidad, por lo que, si ustedes precisan de mis servicios, mi puerta siempre estará abierta, a cualquier hora del día o de la noche. Me gustaría que vieran en mí a su humilde servidor en vez de al típico cura.

Moses y Delia asintieron y lo miraron con gratitud. O eso le pareció a él. Y entonces Delia dijo suavemente:

—Lo que necesitamos es que Aura no desaparezca. Aquí están nuestros recuerdos, nuestros ancestros y este es el legado que queremos traspasar a nuestros hijos.

—Comparto su opinión, Delia, y le aseguro que lucharé por Aura codo a codo con todos ustedes como el primero de los vecinos. Vamos a necesitar el arrojo y la fuerza de todos los habitantes del pueblo, especialmente de los jóvenes como su hijo.

Moses asintió y Delia lo miró con inquietud.

—Y hablando de su hijo...

Delia, envarada, se mantenía expectante, a la espera de sus palabras.

—Siento decirles esto, pero me veo en la obligación de advertirles. Quizá no se hayan dado cuenta, pero me ha dado la impresión de que su hijo no se encontraba... En fin —el padre carraspeó. Su mirada tenía un matiz de disculpa—, ... que no se encontraba en su sano juicio. Daba la sensación de estar borracho.

Delia entonces se revolvió en su asiento. Su mirada se tornó defensiva y su tono, sin perder nunca la compostura, se agrió:

—Don Anselmo, con todos los respetos, no creo que sea asunto de nadie...

Pero Moses la interrumpió con un gesto tranquilo:

—Padre Anselmo: nuestro hijo toma una medicación para la cabeza. Son unas pastillas que le ha recetado el médico y ya nos advirtió que los efectos secundarios podían producir un estado de somnolencia y aturdimiento que dura horas.

Moses habló sin ira, como si estuviera cansado de repetir esa frase. Don Anselmo lo miró en silencio, sin saber qué decir. De repente el caldo le pareció demasiado fuerte para su frágil estómago. Delia miró a su marido con el mismo arrobo que había mostrado minutos antes al hablar de la talla del Corazón de Jesús y, con mucha más amabilidad, le explicó al sorprendido cura que a su hijo le habían diagnosticado un trastorno leve pero que exigía un tratamiento agresivo y, por qué no decirlo, demasiado caro.

A partir de ese momento la conversación discurrió por otros derroteros mucho más superficiales. Cuando se despidieron, el padre Anselmo se disculpó por su comentario y les aseguró que había aprendido una importante lección:

—Jesucristo dijo: «no juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y se os perdonará». Y yo les pido perdón por haber juzgado sin conocimiento.

Tanto Moses como Delia se apresuraron a asegurar que no había nada que perdonar, que era normal su reacción, un error común entre los habitantes del pueblo, otro de los efectos secundarios que debían soportar.

Cuando por fin salió de aquella casa, se volvió para observar el camino que dejaba atrás y le pareció ver cómo, desde una de las ventanas del segundo piso, el muchacho le dirigía una mirada vidriosa y una alelada sonrisa entre infantil y cínica.

Inmerso en sus recuerdos, apenas escuchó a Rosa que terminó su perorata cuando ya estaban frente a la casa del alcalde. Este les abrió la puerta con el semblante serio y el ceño fruncido, y les aseguró que se sentía encantado de colaborar en el caso de la chica misteriosa. Les confirmó que la había visto merodeando por las proximidades de su casa sin decidirse a entrar. Y no. Él tampoco había querido salir, para evitar inquietarla y para no tener que enfrentarse de nuevo a su arisca mirada de hielo. Esto último lo pensó, pero no lo dijo.

—El pueblo está preocupado —aseguró en cambio—, y lo entiendo. No sabemos nada de ella, ni siquiera podemos constatar si es verdad lo que dice.

El padre Anselmo replicó con una cierta impaciencia. Con los años se había vuelto cada vez más reticente a las muestras de insolidaridad. Y si había algo que no soportaba era la maledicencia.

—Hasta el momento no ha hecho nada malo, salvo decir que quiere ver a su abuela.

—Pero no sabemos si eso es cierto. Insisto.

—Tampoco tenemos ningún indicio de que no lo sea. ¡Por el amor de Dios! Debemos terminar con esta situación. Escúcheme bien. Rosa ha estado en su casa y Delia le ha asegurado que no quiere recibir a esa chica. Se encuentra asustada, vulnerable... Lo cual es muy comprensible. Póngase en su lugar. Delia no la conoce, no la ha visto nunca, jamás ha sabido qué es tener una nieta. No es tan difícil de entender, diantre. Quiero proponerle —y al decir esto el padre Anselmo moduló la voz hasta conseguir un tono mucho más grave— que sea usted el que vaya a hablar con ella para convencerla de que debe darle una oportunidad.

—¿Yo? ¿Quiere que vaya yo a hablar con Delia?

—En efecto. ¿No es usted la persona elegida por los habitantes de este valle para administrar el municipio? ¿Y no incluye eso dirimir las posibles complicaciones vecinales que puedan acaecer?

El tono del viejo sacerdote comenzaba a traslucir su impaciencia y el alcalde, a quien no le gustaba nada sentirse cuestionado, comprendió que era mejor colaborar. Después de todo, no le costaba tanto ir a casa de Delia y conminarle a que hablara con aquella joven. Imaginó entonces lo contenta que se pondría su esposa cuando, esa noche, tras quitarse el abrigo y colgarlo en el perchero, espetara circunspecto: «siento llegar tarde, pero vengo de mediar en el enfrentamiento entre Delia y esa chica que afirma ser su nieta». «¡No me digas!», respondería ella. «Cuéntamelo todo mientras te preparo la cena. Ven, siéntate a la mesa y empieza desde el principio. Y no te dejes nada». Y él le contaría toda la historia, haciendo hincapié en su decisiva aportación. Y su mujer le escanciaría un generoso vaso de vino y le serviría un plato de gachas como a él le gustaban, con abundante tocino fresco, sin reparar en la grasa o en su propensión a la indigestión. La visión del tocino y del vino le arrancó una sonrisa involuntaria. Se puso en pie y dijo:

—Tiene usted razón, padre. Es responsabilidad del alcalde de Aura, aquí presente, mediar en este conflicto vecinal. Déjenme que coja el abrigo y la bufanda y me pongo en marcha.

—Santiago, si te parece bien, me gustaría acompañarte —expuso Rosa con suavidad—. Es probable que así Delia se sienta menos amenazada.

—Estoy de acuerdo —dijo el padre Anselmo—. Es una buena idea que Delia vea una cara amiga.

«Yo no soy ningún enemigo», comenzó a decir el alcalde, pero ante los exagerados aspavientos de Rosa y del padre Anselmo, afirmando con alharaca que jamás habrían pensado siquiera semejante posibilidad, decidió que ya tenía satisfecho su ego y que, cuanto antes terminaran, antes se encontraría ante un plato de buenas gachas.

—Ea, pues. Salgamos.

Cuando llegaron a su casa, Delia dormitaba junto al fuego con las agujas de punto descansando sobre su regazo. Tenía la cabeza ligeramente recostada sobre el respaldo de la butaca. La noche anterior no había podido pegar ojo. Los recuerdos habían acudido a ella y las imágenes de la vida pretérita se había mezclado con las del sueño conformando una realidad que no llegaba a vislumbrar ni como real ni como imaginada.

Sus primeros recuerdos se remontaban hasta aquella romería en la que el aire olía a espliego. ¿O era la chaqueta de Moses la que desprendía ese aroma? No lo recordaba, pero se veía a sí misma con la cabeza apoyada contra su pecho, aspirando el aroma de su chaqueta, que olía a espliego y a jazmín. Bailaban al son de un acordeonista que había llegado de un pueblo cercano y que estaba haciendo las delicias de los vecinos de Aura. ¡Todavía podía oír en su cabeza los acordes de aquel vals! Nunca lo había visto antes, hasta que lo tuvo frente a ella con su ramillete en una mano y su pañuelo bordado en la solapa de su chaqueta, pero supo que la acompañaría durante toda su vida. La música seguía sonando y sus pies giraban y se entrelazaban con los de Moses sin equivocarse ni una sola vez, como si hubieran estado toda la vida bailando juntos.

Los golpes secos en la puerta la transportaron a la nueva Aura, la que se había erigido sobre las aguas. «Voy, voy», musitó mientras salía, no sin esfuerzo, de ese confortable estado de ensoñación.

En cuanto vio a Rosa acompañada por el alcalde, no pudo evitar una mirada de reproche que esta debió advertir, porque le explicó con amabilidad:

—Delia, solo queremos hablar. No queremos incomodarte, pero has de entender que debemos resolver esta situación.

—Rosa tiene razón, señora Delia. Esa joven, Estela, dice que es su nieta. Lleva ya un par de días por aquí. La primera noche durmió en un pajar y, aunque ahora está alojada en el hostal de Marcia, estoy seguro de que no va a descansar hasta que no pueda hablar con usted. Y los vecinos comienzan a incomodarse. Se hacen preguntas...

Calló porque se acordó de su mujer y de la cena que le prepararía esa noche, cuando se enterara de su labor de mediación, y se le hizo la boca agua. Rosa continuó en su lugar.

—Lo mejor para evitar habladurías es que la recibas, Delia. ¿Qué mal puede hacerte conocer a tu nieta? ¿Es que no recuerdas cuánto suspiraste por que vinieran a verte? ¿Cuánto habrías dado por que hubieran venido siquiera una Navidad?

—Pero eran otros tiempos, Rosa. Y ellos vivían muy lejos. Y las cosas nunca fueron fáciles. Primero el dinero, luego el trabajo... Los niños requieren mucha atención y responsabilidad y yo entendía que no pudieran venir. Siempre lo entendí.

—Pues más a mi favor. Nunca es tarde, Delia, y es ahora cuando tu nieta te reclama.

—No lo entiendes, Rosa. Sí que es tarde.

El alcalde decidió meter baza, no fuera que aquella mujer le restara el protagonismo que le correspondía.

—Señora Delia, conocerá usted el refrán «nunca es tarde si la dicha es buena», ¿no es cierto? ¿Y qué dicha puede ser mejor que la de encontrarse con su nieta? Podrán recuperar el tiempo perdido. Podrán... ¡Quién sabe! Sabrá por lo menos cómo está su hijo.

—Señor alcalde —y la voz de Delia sonó estrangulada—, sé que mi hijo está bien.

Contuvo el aliento. Cómo explicar la situación de su familia a aquel hombre que tenía menos cerebro que las ranas que croan en verano a la orilla de la charca. Cómo decirle que se había aburrido de escribir y de esperar. De añorar y de aguardar con el corazón en vilo. De envidiar a los demás. De mirar a esas familias imperfectas que cada noche se gritan, se importunan y molestan, pero que siguen unidas frente a todo. Porque, a veces, también ella tenía ganas de gritar que precisamente eso, esa normalidad, era lo que siempre quiso. Cenar juntos en la cocina y quejarse porque estaban demasiado apiñados; mandar a hacer un recado y que nadie le hiciera caso hasta que, harta, tuviera que dar un grito para que dejaran de hacer lo que estuvieran haciendo y se dispusieran a ayudarla; quedarse con su nieta y que no la dejara dormir por la noche mientras Moses se quejaba del egoísmo de los jóvenes; sugerir a su nuera, sin que se molestara, que la mejor forma de quitar el dolor de tripa de un bebé es un algodón empapado en manzanilla con anises... Todo eso y mucho más le fue arrebatado. Y, aunque al principio su alma no lo podía soportar, poco a poco se había ido acostumbrando a que estuvieran lejos de ella, en una vida paralela, en una parábola no coincidente con su trayectoria. Pero

ahora ya era demasiado tarde. Ahora su hijo, su nuera y su nieta vivían en otra dimensión: en la de los recuerdos. En la de los sueños. En la vida que pudo ser y no fue pero que a veces, en su cabeza, era más real que la que había vivido. Todo aquello no le podía explicar a aquel hombre, así que asintió resumiendo:

—Me basta con saber que se encuentran bien.

—Pues vaya, no me parece a mí que, en los tiempos en los que estamos, sea tan difícil venir una vez al año...

—Santiago, no es este el motivo de nuestra visita.

El tono de Rosa fue tajante y su mirada encendida, así que el alcalde retomó la conversación donde la había dejado.

—Señora Delia, le pido que reconsidere su postura. Me puedo imaginar que es difícil para usted abrir las puertas de su casa a una nieta a la que no conoce, pero créame, con el tiempo, lo agradecerá. Es lo mejor para todos.

—Alcalde, siento de verdad que mi nieta le importune. Entiendo que los vecinos estén atónitos ante mi actitud. Que desaprueben mi comportamiento y que no compartan mi decisión. Pero es mi vida. Es mi familia y es exclusivamente de mi incumbencia si yo hablo o no con mi nieta.

Santiago comenzaba a sentirse molesto. Había pensado que aquello sería coser y cantar, pero había descubierto que aquella adorable viejecita era terca como una mula. Pensó en alegar que se equivocaba, que también era algo que concernía a los vecinos, en especial a Michel, quien se había sentido asustado y amedrentado ante su presencia, pero decidió callar. Rosa le hizo un gesto con la mano como queriendo decir «suficiente» y él tuvo que cambiar en su cabeza el diálogo que esa noche mantendría con su mujer. Seguiría hablando de la mediación, claro está, pero resaltaría ante todo la tozudez y obstinación de Delia. E incluso su egoísmo.

Delia los acompañó hasta la puerta, que mantuvo abierta hasta que se perdieron por la senda del jardín, camino de la acequia. Mientras los miraba partir, sintió de nuevo la fragancia del espliego y el jazmín. Un aroma imposible en ese invierno frío y lluvioso pero que provenía de aquella noche lejana en la que recostó su cabeza contra la chaqueta de Moses. La noche en la que comenzó todo.

# XII

Cuando se cansaron de bailar, Moses la llevó hasta una pequeña loma donde se erguía un imponente sauce llorón. Allí, entre las guirnaldas de sus verdes hojas, él le habló de los duros años que había vivido trabajando en la tala de secuoyas en California. Le aseguró que la soledad y la añoranza pueden sufrirse físicamente y que, en esos casos, el corazón pesa, el alma se desborda y la melancolía se expande por las articulaciones, por los pulmones, por la espalda..., de manera que dar un mísero paso supone un esfuerzo colosal. Eso fue lo que él sintió cuando se vio diminuto bajo la inmensidad del bosque y el majestuoso porte de aquellos árboles.

Su madre había fallecido unos meses antes a causa de la tuberculosis, una enfermedad que se presentó a traición, se instaló en sus rutinas y no se marchó hasta que acabó con el último hálito de vida de la frágil Mercedes. Sobrecogido por su crueldad, Moses se pasaba el día vigilando el pañuelo que ella aferraba entre sus manos para comprobar si en él había algún rastro de sangre. Al final del proceso, los accesos de tos eran tan continuados y violentos que no les daba tiempo de lavar y secar los pañuelos de algodón, por lo que le fueron dando las servilletas de la mantelería de hilo que ella guardaba, primorosamente doblada, en el primer cajón de la cómoda. Cuando Mercedes pudo por fin descansar, su hijo sacó la mantelería, descolgó de la cuerda los pequeños pañuelos tendidos al sol, quitó las sábanas de la cama, sacó la funda de la almohada y el embozo que colocaba encima para evitar que se ensuciara con el rastro de la sangre y quemó toda la ropa en una hoguera que encendió en la parte trasera de la casa, junto al cobertizo.

Su padre, demudado y desorientado, se pasó un par de semanas sin saber qué hacer. Era un hombre parco en palabras que había querido mucho a su esposa, a la que extrañaba con profundo dolor. A eso había que añadir la convivencia con un mocetón de catorce años, reservado y tímido, con el que apenas hablaba.

Su rumbo comenzó a girar una tarde tabernaria. Uno de los vecinos con los que compartía un vaso de vino vespertino al finalizar la faena le habló de un barco que partiría rumbo a los confines del mundo y en el que podía enrolarse todo el que quisiera ganar un jornal.

—El trabajo es duro. Una serrería no es baladí y dicen que allí crecen los árboles más altos de la tierra.

—Veinte hombres con los brazos extendidos no bastan para rodear el tronco de algunos de esos gigantes —comentó un joven inquieto, interesado también en aquella oportunidad.

El padre de Moses, Antonio, se mantenía en silencio mientras reflexionaba sobre la vida que habían dejado atrás. Los últimos años no habían sido buenos. Habían transcurrido en el contexto de una pobreza miserable que, estaba seguro, había agravado la enfermedad de Mercedes y acelerado su muerte. Pero es que habían sido siete años de desgracias. Como si de una plaga bíblica se tratara, primero llegó la sequía, que arrasó plantaciones enteras y mató a miles de animales; después las riadas de un invierno extrañamente largo que se despidió con lluvias torrenciales en los albores del mes de julio. Y, por último, cuando parecía que volvía a encauzarse la senda de la vida, el destino les había traído la filoxera, que, además de la viña, mató la esperanza de jornaleros y hombres del campo.

A partir de entonces había ido encadenando períodos de desesperación, a la búsqueda de cualquier empleo, con otros en los que tenía la suerte de trabajar a destajo en la recolección de algunas cosechas. Esos días terminaba deslomado, doblado por un intenso dolor en los riñones, pero aliviado porque al menos las dos o tres semanas próximas tendrían algo que comer.

Pero como en la cantina no se hablaba de otra cosa, el padre de Moses fue diseccionando la ocurrencia hasta convertirla en una posibilidad. Día tras día la esperanza fue creciendo y, con ella, el sueño de un futuro mejor, el horizonte de una vida nueva en la que poder ahogar la tristeza que aún sentía. A su alrededor, los jóvenes se mostraban más decididos y, sin embargo, a la hora de la verdad, casi todos se achantaron, como si sospecharan que el sacrificio que les esperaba en las lejanas montañas fuera demasiado exigente.

Por fin, cuando Antonio comunicó a su hijo que había decidido marchar a California a trabajar de leñador, Moses no lo dudó un instante y afirmó que se iría con él. Su padre hizo todo lo posible por quitarle la idea de la cabeza, pero el chico se mantuvo firme. Él también quería alejarse de la casa en la que tanto había sufrido. El olor a sangre se había instalado en sus sentidos. La visión de su madre, demacrada, aferrada a aquellos pañuelos empapados; el ruido de los desvencijados muelles cada vez que ella rompía a toser... Tan solo quería huir. Su padre se escudaba en que no tenía dinero suficiente para adquirir dos pasajes hasta que un día, Moses no pudo más y comenzó a llorar mientras tiraba al suelo los cajones de la cómoda vacía. Después arrojó al suelo el cazo de bronce donde cocinaba el

caldo y el guiso de patatas que a ella tanto reconfortaba, e hizo añicos el retrato que presidía el vasijero del salón y en el que aparecían los dos, su padre sentado, y su madre de pie con la mano sobre su hombro dedicando una asustada sonrisa a la cámara.

Antonio lo abrazó con todas sus fuerzas para impedir que rompiera más recuerdos y el chaval rompió a llorar con amargura mientras suplicaba que le permitiera salir de aquel ataúd en el que su madre había estado sepultada en vida. Y en ese momento Antonio tomó una decisión. Venderían todo: la casa; los animales que todavía mantenían en el cobertizo y que se reducían a una oveja, una cerda y dos gansos; los aperos de labranza; y al fiel Dogo. Con el dinero recaudado viajarían los dos a América sin volver la vista atrás.

El día de la partida, Moses abrazó a su padre antes de montar en el carro que los llevaría, atravesando campos interminables, hasta el puerto de donde partiría un viejo vapor construido en Glasgow con destino Nueva York.

El viaje lo hicieron en un camarote de tercera clase y tuvo escasos momentos inolvidables y muchos espeluznantes. Entre los primeros, la camaradería, la quietud del mar bajo el oscuro manto estrellado; las canciones de los emigrantes que, aunque provenían de pueblos distintos, contaban todas lo mismo. Y entre los segundos, las enfermedades, el mareo, las enormes olas que rompían contra el cascarón de proa, y la comida.

Cuando al cabo de un mes desembarcaron en el puerto de Nueva York, Moses se lamentó de su propia imaginación, que había sido incapaz de concebir un mundo como aquel. Mientras descendían por la pasarela, las piernas apenas le sostenían. El firme oscilaba bajo sus pies y la cabeza no lograba sostener en su retina una imagen fija. Uno de los marineros que desembarcaron con ellos le dijo que aquel era un engaño del cerebro, que se creía que todavía estaba en el barco, y le aseguró que cuando por fin comprobara que había desembarcado, dejaría de oscilar.

Tras descansar apenas unas horas bajo la techumbre de uno de los inmensos hangares del puerto, un hombre de poblado mostacho, una gorra con visera y las manos más descomunales que Moses hubiera visto nunca, los reunió en diferentes grupos de unos veinte hombres cada uno y les pidió, en un castellano casi incomprensible, que aguardaran allí a que llegara el transporte. Al cabo de un rato, llegaron varios camiones de estilo militar en los que Moses y su padre se apretujaron junto al resto de componentes del grupo y emprendieron la marcha hasta la estación para tomar un tren que los

llevaría a la costa oeste de los Estados Unidos. El viaje en un ruidoso ferrocarril duró dos o tres días que pasaron volando mientras observaba extasiado el caleidoscopio que le ofrecía la ventanilla del vagón.

Finalmente llegaron a San Francisco y aún tuvieron que volver a montar en un autocar que los trasladó hasta un recóndito lugar, Willow Creek, donde fueron alojados en una destartalada pero acogedora pensión situada en el centro del pueblo y desde la que se veían las imponentes montañas que en apenas unas horas comenzarían a rasurar con la precisión de un barbero.

Apenas diez horas después, ya se encontraban en la puerta de la cabaña del patrón, recibiendo las indicaciones del tajo, y para la hora de comer, ya habían talado su primera secuoya. A partir de ese momento, los días entre aquellos enormes árboles se sucedieron sin grandes diferencias entre sí. Las semanas y los meses se fueron difuminando sin que Moses fuera consciente de que allí, en los umbríos bosques de California, estaba muriendo el último rescoldo de la niñez y despertando el albor de una juventud desarraigada. Fue más o menos entonces, cuando ya habían pasado cerca de once meses, cuando comenzó a sentir cómo su cuerpo sucumbía a la derrota. Cómo la aflicción crecía en su interior sin que pudiera hacer nada para retrasar su avance. Quería dormir, no pensar en el pueblo, no recordar la mísera tumba que daba cobijo a su madre.

Su padre comprendió que su hijo estaba enfermo de melancolía. No llegó solo a esa conclusión. Tenía una relación íntima con una mujer que había emigrado con su marido, un experimentado pastor al que habían contratado para vigilar los rebaños en las extensas llanuras de California y que un día tuvo la mala fortuna de morir fulminado por un rayo cuando estaba cuidando las ovejas bajo un fuerte chaparrón. La cadena de oro que llevaba, y que era la única herencia que había recibido de su familia al abandonar el caserío de Urrabe, había actuado de transmisora y se había quedado fundida en su cuello. Su viuda, para evitar la miseria y la vuelta a un país del que se había despedido para siempre, se dedicó entonces a preparar el rancho de los leñadores que, exhaustos, bajaban de los montes ansiosos por sentarse frente a un plato caliente. Antonio encontró en Maite a una compañera con la que terminó por ahogar el amargo recuerdo de su esposa. Ella fue la que le aconsejó que hablara con su hijo.

—El chico está solo y se siente abandonado. Ha cogido un mal punto. Dedícale tiempo y mejorará.

Y eso hizo. Prácticamente todo lo que ganaban lo iban ahorrando,

pero como no tenía la obligación que tenían otros de enviar dinero a casa, decidieron darse a sí mismos algunos lujos, como asistir a un par de combates de boxeo, ver algún partido de béisbol y, sobre todo, tomar alguna que otra cerveza en la cantina de los aserraderos.

Poco a poco, padre e hijo fueron construyendo la relación que nunca habían tenido. Compartían conversación y rancho en el tajo y comenzaban a hablar del futuro con optimismo. En ocasiones evocaban el recuerdo de Mercedes: su espanto si los viera comiendo aquellas hamburguesas; su enfado cuando supiera que habían dejado de ir a la iglesia; o sus carcajadas al enterarse del susto que se había llevado Moses cuando se encontró de frente con el primer hombre de raza negra que había visto en su vida.

Moses cumplió los veinte años y, aunque seguía sintiendo el desarraigo y la añoranza, se acostumbró a vivir entre esos recios hombres que trabajaban como mulos para poder enviar unos dólares a sus familias. Su padre y él se establecieron en una pequeña cabaña, no muy lejos de la serrería. Formaban parte de una cuadrilla que pasaba días enteros en el bosque escogiendo, talando y cortando los árboles que luego transportaban unos inmensos tráileres por unas carreteras que parecían no tener fin. Era un trabajo peligroso y de vez en cuando se producían accidentes. Cuando eso ocurría, todos dejaban de trabajar y se afanaban por escuchar los gritos que los montes reverberaban implorando la rápida llegada de un médico. Uno de esos desgraciados había de ser su padre, un día de verano en el que la visibilidad era excelente y el aire se mantenía quieto y manso sobre sus cabezas. Aquel día, una de las ramas de más altura se desprendió de forma inesperada (después comprobarían que estaba casi seca) y fue a caer sobre dos de los operarios que esperaban a una distancia considerable a que se desplomara el gigante.

Moses al principio no fue consciente de los gritos de auxilio que la montaña había propagado y que llegaron nítidos desde el tajo en el que estaba talando su padre. Uno de sus compañeros de cuadrilla levantó la cabeza, se puso un dedo sobre los labios y escuchó expectante.

—Chssss. ¿No oís?

Los demás hombres obedecieron y se miraron en silencio. Las manos encallecidas reposaban sobre la sierra mientras aguzaban el oído, hasta que, suavemente, como una ligera brisa, escucharon un murmullo, un sonido que poco a poco fue conformándose en un sobrecogedor grito de auxilio.

Todos corrieron hacia la zona de la que provenía aquel

fantasmagórico aullido. Y Moses lo supo, lo intuyó en sus entrañas y en su estómago e hizo los últimos metros corriendo como un gamo mientras repetía para sí mismo: «que no sea mi padre, Dios, que no sea mi padre».

A Delia todavía se le humedecen los ojos al recordar sus primeras confidencias bajo el imponente sauce llorón. Moses no ofreció muchos más detalles. Solo le dijo que, aunque durante mucho tiempo sufrió por no haber podido decirle a su padre lo feliz que había sido a su lado y lo agradecido que estaba por haber podido ir con él, poco a poco se fue dando cuenta de que, a su manera, ya lo había hecho. Se lo había dicho sin necesidad de pronunciar palabra durante las horas que compartieron contemplando asombrados esos partidos de fútbol americano que nada tenían del fútbol que ellos habían conocido; lo había hecho mientras almorzaban en el tajo y recordaban la tortilla de cebolla de Mercedes y el queso de Braulio, el pastor. Lo había hecho todas las veces que habían reído juntos, que habían mirado atrás sin dolor y que habían hablado de su regreso al hogar.

Esa tarde, mientras Moses desgranaba sus recuerdos, Delia le tomó de la mano intentando infundir algo de consuelo, pero no dijo nada, pues temía que algún sollozo la traicionara. Él la miró en silencio y respondió besando la punta de sus fríos y menudos dedos.

Ahora, tantos años después, sigue recordando a Moses con ternura. Qué joven era entonces. Aun así, qué seguridad transmitía, y qué sosiego. Delia nunca vaciló a su lado, ni sintió miedo o debilidad. Quizá por eso, cuando la vida de Moses se desmoronó, el estupor fue más poderoso que la tragedia.

# XIII

Eduardo caminaba presuroso hacia la iglesia. Habían transcurrido apenas dos años y medio desde la primera vez que recaló en Aura, el suficiente como para saber que los vecinos no creían que aquella iglesia fuera la verdadera casa de Dios. Su morada estaba en realidad bajo las aguas oscuras y pantanosas del embalse encajado entre las rocosas montañas del valle de Erill, tres kilómetros río arriba desde el punto exacto en el que se encontraban. Al pensar en el embalse recordó a Estela. Estaba seguro de que había logrado despertar su curiosidad acerca de la leyenda de Aura, pero era demasiado altiva para reconocerlo. Se preguntó qué la habría llevado a presentarse en el pueblo sin avisar. ¿Estaría necesitada de dinero? Rechazó esos pensamientos acusándose a sí mismo de comulgar en demasía con las costumbres del pueblo. ¿Desde cuándo le habían importado a él los cotilleos? Él, que tanto los había padecido...

Cuando abrió la puerta de la iglesia, una mezcla de olor a incienso y cera penetró en su nariz, helada como las frías losas del suelo. Sacó los dedos de la manga de paño, acarició apenas el agua bendita de la pila bautismal y avanzó por la nave central hacia el altar mientras se persignaba con una precipitada señal de la cruz. Irrumpió en la sacristía provocando el sobresalto del padre Anselmo, que se encontraba doblando ceremoniosamente los paños bordados con los que cubría altar y cáliz, y, sin esperar ningún saludo ni agasajo por su parte, espetó:

—Disculpe, padre. Temía que ya se hubiera ido.

—En cuyo caso, el fuerte golpe que ha atestado usted en la puerta habría asustado al mismísimo Jesucristo. ¿A qué vienen esas prisas?

—Quería hablar con usted sobre esa chica, la nieta de Delia.

—¿Le ha ocurrido algo?

—No. A ella no le ha pasado nada. Pero en el pueblo están alterados y pensaba que debía usted saberlo, por si podemos hacer algo.

—No me diga más. Algunas de nuestras más devotas feligresas le han transmitido su intranquilidad por la buena de Delia.

—Así es. Se preguntan si realmente es la nieta de Delia o se trata tan solo de una farsante que quiere aprovecharse de la anciana.

—Y le habrán dicho, además, que no lo dicen por fisgonear.

—Nada más lejos de su intención. Lo hacen tan solo por un desvelo

sincero.

Y cuando sonrió, un pícaro hoyuelo se abrió paso en su mejilla izquierda. El padre Anselmo elevó la comisura derecha en un gesto socarrón.

—Le voy a decir algo, Eduardo. A lo largo de mi larga vida he tenido la oportunidad de atender diversas parroquias, en diferentes ubicaciones, algunas grandes, otras más chicas, pero todas, sin excepción, coinciden en una cosa.

—Lo sé, en el interés por las vidas ajenas.

—Yo iría un poco más allá y lo calificaría de verdadero afán por la murmuración u obsesión por parasitar las vidas de los demás. En fin, demos un paseo mientras me cuenta, a grandes rasgos, lo que le han dicho.

Los dos hombres salieron por una estrecha galería lateral que desembocaba en el pequeño camposanto en el que tantas veces se reunían, entre estelas funerarias y tumbas más o menos abandonadas.

A Eduardo le gustaba conversar con el anciano sacerdote. Este le había contado que habían transcurrido ya más de cincuenta años desde que se había vestido por primera vez con casulla y alzacuellos y que aquel frío y lejano día se convirtió en el más dichoso de la vida de su madre, que siempre quiso que se ordenara. Su padre, en cambio, ni siquiera asistió a la ceremonia. Odiaba a los curas y a las «meapilas» del estilo de su esposa, a la que ridiculizaba en cuanto tenía ocasión llamándola santurrona y mojigata y, en ocasiones, cuando estaba borracho, chupacirios, puritana o beata. Ella no respondía a sus chanzas. Ni siquiera dejaba ver que le molestasen. Se limitaba a apretar los labios y a seguir trabajando en su objetivo: que Anselmito se metiera cura. Esa iba a ser la más dulce y certera de las venganzas. Mientras tanto, que el cazurro de su marido berreara lo que quisiera. Los sueños de doña Elvira se cumplieron en todo su esplendor y el día que Anselmo cantó misa Antonio dejó de insultar a su mujer y se limitó a rezongar y a beber con más devoción si cabe. Duró pocos años, para satisfacción de Elvira, quien, a partir de entonces y durante un largo período de tiempo, acompañó a su hijo por las parroquias en las que residió en calidad de ama de la casa del cura y, sobre todo, de señora madre del pastor. Había muerto hacía ya muchos años, pero el padre Anselmo la recordaba con ternura. Aseguraba que ella nunca lo obligó a tomar los hábitos religiosos, sino que se limitó a anunciarle un futuro que ella sabía cierto, porque Dios así se lo había asegurado. Eduardo había asentido en silencio al escuchar eso. Ojalá fuera tan crédulo como su maestro.

Hacía ya más de treinta años que el padre Anselmo había recalado en la pequeña parroquia de Aura para dar auxilio espiritual a una congregación rural y dispersa que se arremolinaba en torno a una gran mole desde la que se divisaba todo el valle. Aquella montaña servía de dique de contención natural tanto de entrada como de salida, de tal manera que los habitantes de aquellas pequeñas aldeas tenían más dificultades para acceder a la ciudad y, a cambio, habían conservado mejor sus costumbres y sus paisajes en comparación con aquellos pueblos más accesibles por carretera. El padre Anselmo tardó en comprender el carácter cerrado e incluso algo arisco de los lugareños, muchos de ellos campesinos y ganaderos, pero con el tiempo aprendió a valorar sus silencios y a no desconfiar de sus recelos.

Tras aquella primera visita a casa de Delia y su precipitada y preconcebida conclusión acerca de lo que le pasaba a aquel joven, mantuvo una relación que podría calificar incluso de cordial con ese matrimonio tranquilo y compenetrado, que no siempre acudía a la iglesia pero que era querido y respetado por todos los habitantes de Aura.

—Mi querido Eduardo —dijo el padre Anselmo—, lo mejor es que dejemos que las aguas sigan su curso. ¡Quiénes somos ninguno de nosotros para juzgar cómo deberían comportarse los demás! Delia necesita su tiempo.

El joven asintió en silencio y, ante su semblante serio e incluso algo entristecido, el viejo sacerdote inquirió:

—¿No está de acuerdo?

—Por supuesto, padre. Usted sabe que yo, mejor que nadie, comprendo el cataclismo que puede provocar una visita inesperada. Dejémosle espacio para que lo asimile.

El padre Anselmo sonrió con indulgencia y respondió:

—Amén.

—Ave María Purísima.

El padre Anselmo miró por encima de sus anteojos y acalló un suspiro de impaciencia. No le gustaba que le distrajeran mientras charlaba con Eduardo y mucho menos para una cuestión menor como la que, estaba seguro, iba a plantearle Rosa.

—Sin pecado concebida, hija, pero ya sabes que tenemos un horario establecido para las confesiones...

—Lo sé, lo sé, padre. Solo quiero hablar con usted un momento acerca de Delia.

Eduardo se despidió alegando que tenía un asunto que resolver y el padre Anselmo se resignó a escuchar el caudal precipitado de palabras

que Rosa comenzó a recitar casi en un lamento.

—Es nuestra responsabilidad hacer algo, padre. Convencerla de que reciba a su nieta. Usted quizá no lo sepa, pero Delia lleva soñando con este momento desde que murió Moses. Víctor, el padre de la chica, era y sigue siendo amigo de mi hijo. Juntos aprendieron a andar en bici, juntos acudieron al colegio y juntos le asistieron a usted como monaguillos, ¿no lo recuerda? Juntos enfrentaron la juventud, una juventud que no les dio más que disgustos hasta que tuvieron que huir. Usted sabe qué pasó con Aura, padre. Conoce el dolor que estoicamente soportó este pueblo y sabe que entonces no había oportunidades. ¿Y qué iban a hacer? ¿Había otra manera de ganar un jornal? ¡No pudieron hacer otra cosa, padre Anselmo! Así que se fueron. Huyeron de este valle que convirtió su hogar en un cementerio. A diferencia de mi hijo, Víctor se casó enseguida. ¡Y qué contenta estaba Delia el día que recibió la noticia de la boda! Por entonces vivía en Bolivia, había encontrado trabajo en una industria exportadora y le habían trasladado allí. Qué orgullosa estaba su madre. Pasaron en Bolivia unos años, ahora no recuerdo cuántos y, nada más volver, nació la niña. Tampoco vinieron entonces porque a los dos meses de llegar se fueron a vivir a México. Un nuevo destino. Y de ahí a Costa Rica, Guatemala y, por último, que yo sepa, Francia. A partir de entonces las cartas comenzaron a espaciarse. Yo le decía: «Anímate, Delia, que cualquier día te los encuentras aquí de sorpresa». Pero ella me miraba con ojos tristes y no decía nada. Sé que ya no recibe ninguna misiva. Es probable que después de tantos años ya no tengan nada que decirse. ¡Han pasado casi veinticinco años, padre! Es normal que no sepa qué decir, cómo actuar, pero... ¿No cree que debemos ayudarla? Yo por lo menos lo considero mi deber. Y le suplico que considere si es también el suyo. En el nombre de Dios, ¿va a usted a ayudarla?

Cuando por fin Rosa calló, el padre Anselmo se levantó:

—Agradezco sus palabras que, estoy seguro, son pronunciadas desde la amistad que usted tiene con Delia. Puedo asegurarle que me ocupo de todos y cada uno de mis feligreses, incluidas las ovejas más descarriadas o perdidas, y antes de que quede la menor duda, le aseguro que no es este el caso. Debemos esperar, Rosa, créame. Delia decidirá cuándo quiere recibir a su nieta. Y le ruego que usted haga lo mismo. Cuanto más la presionemos, más acorralada se va a sentir.

A Rosa se le ensombreció ligeramente la mirada, pero asintió asegurándole que tenía razón.

—Así lo haré, padre. Solo quiero lo mejor para ella. Lleva tanto

tiempo sola...

—Lo sé Rosa, y dice mucho de usted. Delia tiene mucha suerte de tenerla como amiga. Dígame, ¿cuántos años llevan juntas?

Delia sonrió. Un recuerdo lejano comenzó a abrirse paso entre la maraña de sus pensamientos y vio a dos jóvenes, casi niñas, escribiendo cuidadosamente con una pulcra y nítida caligrafía la receta que la maestra les estaba dictando de memoria. Las clases de cocina fueron una idea de doña Carmen, la señora que vivía en la casa palaciega y a la que todas las niñas admiraban por su porte. Ella correspondía con amabilidad a su admiración y, a veces, se detenía a conversar con ellas a la salida de misa. Un domingo templado de otoño, la señora Carmen se sorprendió al comprobar que aquellas mozuelas, algunas ya mayores, justo sabían preparar los platos básicos de la cocina local y apenas habían oído hablar de deliciosas preparaciones como el papillote y la salsa bechamel, o técnicas como el flambeado y el *brasier*. Resuelta como era, aquella misma tarde habló con el cura para exponerle que su propia cocinera, una mujerona algo arisca que había nacido en el norte de la región de Bretaña, dictaría algunas de sus recetas a las jóvenes mayores de 12 años. Las reuniones serían en la sacristía y le instaba a informar cuanto antes a los progenitores de las afortunadas.

Las clases comenzaron una semana después. Delia y Rosa se apretujaron en los tres primeros bancos de la iglesia junto a las demás niñas y atendieron, con el cuaderno sobre las rodillas, las explicaciones de Margot. La cocinera de doña Carmen les dictaba las recetas deprisa y con un cerrado acento francés y se impacientaba si le hacían demasiadas preguntas sobre la elaboración. Aun así, las chicas estaban entusiasmadas y apuntaban términos como crema pastelera o *vichisoisse*, como si saber escribir la receta fuera suficiente para saber preparar el plato.

En aquellas sesiones, Delia descubrió que tenía maña y gusto para la cocina y fue, con mucha diferencia, la joven que mejor aprovechó aquella oportunidad de charlar con una cocinera de verdad. Diez sesiones con aquella mujerona enfurruñada le sirvieron para aprender el fundamento de la cocina. Rosa, en cambio, se sentía sobrepasada por términos e ingredientes de los que jamás había oído siquiera hablar. Pero no le importaba. Acudía dichosa a aquellas clases porque, entre cuchicheos y maliciosa complicidad, comenzó a forjarse una amistad que cincuenta años después todavía compartían.

El padre Anselmo la miró con cariño. Rosa tenía los ojos empañados.

—Más de cincuenta años, padre. Llevamos juntas más de cincuenta años.

El sacerdote apretó su mano.

—Ahora márchese tranquila. Todo se arreglará.

# XIV

Eduardo seguía pensando en lo que le había dicho el viejo sacerdote. No quería inmiscuirse, pero, quizá por su propia experiencia, se sentía obligado a mediar en lo que parecía un conflicto familiar durante demasiado tiempo enquistado.

Esperaba encontrarla en las inmediaciones del hostal y, efectivamente, allí estaba, fumando solitaria y distraída mientras contemplaba el cauce del río. El agua bajaba con ímpetu y golpeaba las piedras que conformaban las orillas. A unos dos metros de distancia del caudal, apoyado el hombro en el tronco de un imponente roble, Estela permanecía de pie, con la mirada absorta en los remolinos de la corriente. Parecía helada, aun así, se mantenía inmóvil, salvo por la cadencia de su brazo izquierdo cada vez que acercaba el cigarrillo a su boca.

La contempló unos instantes antes de acercarse y pensó que, allí, encogida y silenciosa, con el cuello del abrigo protegiendo su nuca, parecía indefensa y, desde luego, mucho menos arrogante. Se acercó a ella intentando hacer el mayor ruido posible para no incomodarla y, cuando estuvo a su lado, volvió a sentirse algo sobrecogido por su mirada. Ella no sonrió, se limitó a tirar la colilla y a pisarla despiadadamente antes de saludar a su manera, a un mismo tiempo cordial y desasosegante.

—Vaya, vaya. ¿Cómo tú por aquí? ¿Te ha mandado mi abuela?

Y aunque intentó sonreír, él creyó apreciar en su tono una ligera ansiedad apenas perceptible.

—No. Pero me gustaría hablarte de ella. ¿Quieres que demos un paseo?

Dirigieron sus pasos hacia el camino que, despegándose del cauce del río, subía por una suave loma en cuyo alto se vislumbraba una casa imponente.

—Es la casa palaciega de los antiguos señores del valle. La levantaron hace más de quinientos años y, según dicen, todavía pertenece a la misma familia. Tengo entendido que hasta aquí venía tu abuela en numerosas ocasiones.

—Espero que no fuera para liarse con el señor.

Él no dijo nada de su tono rudo y burlón y continuó como si no la hubiera oído.

—Según me han dicho, le encantaba cocinar y durante unos años

vivió aquí una cocinera francesa. Me imagino lo exótico que sonaría entonces: «francesa». Y Delia fue una de sus alumnas más aventajadas. Con ella aprendió a cocinar, a presentar una mesa y, lo que es más importante, a hacer pan.

—¿Por qué es importante hacer pan?

Eduardo se detuvo de golpe y la miró con extrañeza.

—Será una broma, ¿no? —y añadió con chanza—, porque el pan es lo más rico del mundo. ¿O conoces algún alimento mejor?

Creyó que no se dignaría responder, pero al cabo de unos segundos Estela afirmó rotunda:

—El chocolate.

—No me convence, pero lo acepto.

Continuaron avanzando ágilmente por un camino que poco a poco se iba empinando. El aire irrumpía contra sus rostros en forma de ráfagas y la humedad les hacía tiritar.

—Respira. —Y Eduardo inhaló el aire hinchando el pecho y estrechando las fosas nasales—. Este aire es muy sano. Supongo que no habías estado nunca en Aura, ¿no?

—No.

—Pero tu padre te habría hablado de este lugar…

Claro que me ha hablado —pensó ella—, pero no en los términos que tú supones. En vez de eso respondió lacónica:

—Bueno, me dijo que era el lugar donde él había nacido. Pero no me ha contado mucho más.

—¿Y es como te esperabas?

—En cierto modo sí.

Lo dijo sinceramente, aunque él no percibió la ironía. Se esperaba un poblacho pequeño y aislado; un lugar frío e inhóspito, a pesar de la belleza del entorno; y, sobre todo, un pueblo habitado por entrometidos como él. Por fisgones y cotillas, por chismosos e hipócritas capaces de destrozar una familia. Pero volvió a mantenerse en silencio. Cuando ya habían perdido de vista las tenues luces del pueblo, el camino giró a la derecha y se aupó hacia la entrada del palacio. La verja estaba cerrada; aun así, recorrieron los aledaños de los jardines y observaron los magníficos detalles arquitectónicos de la vivienda.

—¿Cómo acababa la historia?

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—A la del diablo. Dijiste que lanzó una maldición asegurando que Aura se volvería negra.

—Y así fue… —De reojo vio que ella no sonreía, sino que se

mantenía a la espera. —La llegada del demonio a estos lugares no es más que una leyenda, por supuesto. Pero como sabemos, todas las leyendas tienen una parte de verdad y, desgraciadamente, ese cuento que servía para asustar a los niños en las noches de invierno se convirtió en una triste realidad. Ya hemos llegado.

Estela se paró en seco.

—¿Dónde estamos? No sabía que nos encamináramos a algún lugar en concreto.

—Todo camino tiene un destino, ¿no te parece? Aunque a veces se mantenga oculto a nuestra vista.

Junto a ellos trotaba ahora un pequeño perro labrador que jadeaba agitando el rabo. Estela se preguntó de dónde habría aparecido cuando de pronto, un poco oculta entre los árboles pero majestuosa sobre lontananza, atisbó una gran casa de pequeñas ventanas y una robusta puerta de madera que se mantenía entreabierta.

—¿Quién vive aquí?

—Esteban. ¿Lo recuerdas? El otro día te dije que era el hombre más viejo del valle, quizás el más viejo que hayas conocido nunca. Me suelo acercar al atardecer para asegurarme de que se encuentra bien. Él nos dirá cómo acaba la historia. Me gusta escucharle. Para mí es algo así como un abuelo.

Al advertir su silencio, Estela lo miró y preguntó:

—¿Lo querías mucho?

—¿A quién?

—A tu abuelo.

—No. Jamás llegué a conocerlo.

Estela continuó observándolo inquisitiva, pero no dijo nada. Sacudió los hombros para hacer ver que no le interesaba en absoluto aquella historia y le dijo:

—Yo tampoco conocí al mío. A ninguno de los dos. Y tampoco pasa nada.

# XV

A pesar de su edad, Esteban se movía ágilmente en el pequeño cuarto de estar en una de cuyas esquinas refulgía el fuego de una chimenea. A su lado, en un reducido sillón cargado de cojines desgastados, reposaba un gato gris de ojos adormilados. El anciano los invitó a sentarse en un banco de madera que entre Estela y Eduardo colocaron cerca del fuego.

—Arrímense, arrímense sin miedo.

Él echó al minino y se acomodó en el viejo sillón. Cogió una vara de metal que tenía apoyada sobre el frontal de la chimenea y se dispuso a revolver las castañas que estaba asando en un recipiente metálico lleno de agujeros que había colocado cerca de la lumbre.

—En unos minutos estarán. ¿Se les ofrece beber algo?

Negaron con vehemencia el ofrecimiento y Eduardo dijo:

—Hemos venido para que le cuente a Estela la historia de Aura.

—Aura negra —musitó el anciano.

El hombre cogió su cayado, lo sujetó a la altura de la barbilla y, mirando fijamente a las brasas incandescentes que chisporroteaban en la chimenea, murmuró casi para sí:

—La noche en que Aura quedó sepultada bajo las aguas, miles de animales huyeron. Animales grandes y pequeños, ligeros, pesados, veloces, rastreros... Todos escaparon de este valle maldito. A nosotros en cambio, nos tuvieron que expulsar.

Estela sintió un escalofrío. La oscuridad y el frío que reinaban en aquella enorme casa a pesar del fuego encendido le hicieron encogerse dentro del abrigo. Mantenía las manos en los bolsillos y los hombros adelantados hacia el fuego, como si quisiera introducirse en su halo. Miró a aquel anciano de edad infinita, a tenor de las arrugas de su cara, y se preguntó por qué en todos los lugares en los que había vivido tenía esa sensación de desamparo, de destierro. Ahogó un suspiro de fastidio y miró a Esteban con esos ojos helados que los reflejos anaranjados de la estancia no conseguían suavizar.

Este no pudo evitar sorprenderse ante esa mirada. Ella lo sabía y, a veces, potenciaba esa sensación de extrañeza en su interlocutor entornando los ojos.

—No sé quién eres. Pero sí sé que este lugar te pertenece.

Ella se sobresaltó, pero no dijo nada. Eduardo en cambio sonrió:

—Qué difícil es engañarte, Esteban. Estela es la nieta de Delia y de

Moses.

El anciano apoyó la cabeza sobre las huesudas manos que sujetaban el cayado y asintió, pero enseguida recordó que Eduardo le había pedido que relatase la historia de Aura.

—Cuando yo era niño, las gentes de por aquí ya hacía muchos años que hablaban del embalse de la Vera Cruz. Los chicos pensábamos que se trataba de una amenaza, de un cuento para asustarnos, como el del hombre del saco o el jinete sin cabeza. Hasta que un día, mi padre nos llevó a ver la presa. Partimos de casa por la mañana temprano y anduvimos por caminos y senderos muy empinados. Las hojas secas estaban resbaladizas y mi hermana tropezaba a cada paso. Pero él no nos dejó flaquear. Conocía estos montes como la palma de su mano. Sabía dónde estaban las madrigueras y los escondites de la mayoría de los animales; conocía la senda del oso y la linde hasta la que bajaban los lobos las noches de invierno en busca de alimento. Por fin llegamos a lo alto de un pico que sobresalía de entre todos los demás y desde allí nos asomamos a ver el valle. Todavía recuerdo, como si fuera ayer, aquella sensación de vértigo. «Así es como nos deben de ver las águilas», pensé envidiando a las poderosas aves, testigos privilegiadas de tanta belleza. A lo largo de todo el valle, pequeños pueblos se diseminaban entre las colinas que descendían hasta el trazado de un bravo y caudaloso río. En lontananza, las cumbres nevadas se confundían con las nubes que se deshacían por momentos en jirones algodonosos.

—Mirad —dijo entonces mi padre—. Allí está el muro.

Y entonces lo vi. A mi izquierda, apoyado entre dos enormes montañas, se sujetaba un mamotreto enorme, una pared gigantesca de cemento que parecía detener el ímpetu del viento.

—¿Para qué sirve ese muro, padre? —preguntó mi hermana.

—Por ahora para nada, pero si no nos andamos con cuidado, esa presa será nuestra perdición. Os he traído aquí para que veáis que la amenaza del embalse es real. Si se lleva a cabo, las vacas que pastan en aquel prado, las ovejas que corretean por ese camino, y todas esas casitas que ahora veis, incluida la nuestra, quedarán sepultadas bajo las aguas. Todo lo que veis morirá y nuestra tierra desaparecerá para siempre.

—Pero, padre —dije yo—, eso no puede ser. ¿Quién querría destruir esta tierra tan bonita?

—Alguien que busca dinero, que quiere enriquecerse a toda costa, hijo. Por eso os digo que os andéis con cuidado. No será ahora, ni el mes que viene. Quizá tampoco dentro de cuatro o seis años, pero la

amenaza existe. Recordad este muro y no dejéis nunca que nadie os convenza de que el embalse será la solución a nuestros problemas, porque no lo será. Lo recordaréis, ¿verdad? Nos apresuramos a asentir y a jurarle que nunca nos fiaríamos de aquel muro y emprendimos el regreso a casa algo más taciturnos.

»No fueron seis años sino cincuenta los que transcurrieron hasta que se presentó un nuevo Plan Hidrológico. Nos dijeron que aguas abajo, en los llanos, la gente sufría por la sequía; aseguraron que todos nos haríamos ricos, los del llano —porque convertirían las tierras de secano en fértiles huertas de regadío—, y nosotros, los de la montaña —porque recibiríamos importantes emolumentos a cambio de abandonar nuestras casas—. Mi padre, ya mayor, dejó de comer, se puso enfermo de pura aprensión. La amenaza que tanto había temido se había hecho realidad en el anochecer de su vida.

»Por aquel entonces, el eco de las campanas de Aura empezó a resonar por todo el valle. Un estremecimiento recorría nuestra espina dorsal cuando oíamos su lúgubre tañido, porque casi siempre eran emisarias de malas noticias. Todavía resuena en mis oídos aquel ruidoso lamento. Dong. Dong. Dong.

»Las campanas nos anunciaron que se procedería a la entrega de las actas de ocupación para todo el que las quisiera recoger. Por su sonido supimos que no pocos vecinos habían aceptado el dinero que la Administración les había ofrecido. Y las campanas fueron, nuevamente, las que nos reunieron en la plaza, un día tras otro, para celebrar largos y estériles conciliábulos con los que se pretendía organizar la resistencia. Quienes habían aceptado el dinero querían aligerar el peso de su traición intentando convencer al resto de que lo más sensato era cobrar y marcharnos sin mirar atrás. Quienes habíamos dejado bajo la tierra de Aura madre, abuelos y, en mi caso, hasta un hijo recién nacido, nos resistíamos. Aura era nuestra vida, nuestro sustento, nuestro hogar.

»Un apremiante repique de campanas, más rápido de lo habitual, nos reunió una mañana en la plaza y así supimos que, aguas abajo, la gente se había manifestado exigiendo la inundación de nuestro pueblo y reivindicando el agua que necesitaban. Fue aquello y no tanto las primeras máquinas que derrumbaron los fresnos que durante siglos habían guarnecido la vereda del río lo que terminó por destruir Aura. Porque no nos podíamos creer que nuestros vecinos del llano quisieran despojarnos de nuestras casas. No podíamos entender por qué, para que ellos vivieran, debíamos morir nosotros.

»Fueron semanas aciagas. Meses de desesperación. Mi padre murió

una mañana incapaz de soportar la visión de Aura inundada. La policía, que se había instalado en el pueblo desde hacía un par de semanas, no podía contener el tumulto que se arremolinó a la salida del pueblo para acudir al entierro. Algunos de los amigos de mi padre, hombres curtidos por toda una vida de trabajo, hombres que nunca habían dicho una palabra de más, lloraban derrotados mientras las mujeres abrazaban a mi madre y la llevaban en volandas hasta el cementerio. Mi hermana iba con su marido detrás del féretro y yo..., yo iba con el puño en alto espoleado por las caras encendidas de los vecinos de Aura, y allí mismo, alentado por sus gritos ensordecedores y ahogado por mis propias y amargas lágrimas, juré a mi padre que lograríamos detener la destrucción de Aura.

»Pero no pudo ser. Las excavadoras entraron una semana después. Las campanas tañían desesperadas conminando a todos los habitantes del valle a concentrarse en Aura para intentar frenar lo inevitable. Todo fue en vano. La policía acordonó el pueblo y día tras día, noche tras noche, fueron dinamitando las viejas casas de la vieja Aura. Los campesinos del fondo del valle escuchaban las cargas que reverberaban en cada monte, en cada ermita, en cada vivienda de las que se asentaban en las colinas y algunos de ellos, arrepentidos, se presentaron en la Casa del Valle afirmando que no querían el agua. No a ese precio. Nadie les hizo caso y los funcionarios les recomendaron que se fueran cuanto antes.

»Ese mismo día, Benito, el mejor amigo de mi padre, se mató en el corral de su casa justo antes de que la volaran. Había conseguido burlar el perímetro que el personal de seguridad contratado por la empresa constructora había establecido alrededor del pueblo. Una vez dentro del recinto, accedió a la casa en la que había nacido y en la que habían nacido también su padre y su hijo, y allí, abrazado a su perro, apoyó la escopeta de caza bajo su barbilla y se pegó un tiro. El disparo resonó en el puesto que la policía había levantado en medio de la plaza e hizo que cuatro oficiales que se encontraban dentro tramitando papeleo tiraran sus cigarros y salieran corriendo a la calle hartos de esas gentes que se comportaban como auténticos animales.

»La muerte de Benito provocó nuevos altercados. Pero las gentes de Aura ya estaban cansadas y, sobre todo, ya habían perdido la esperanza. Casi todas las edificaciones habían sido destruidas, incluidos los corrales, los silos, la escuela y la pequeña plaza de la fuente. Tan solo quedaban en pie la iglesia, las cuatro viviendas situadas a su alrededor y la casa palaciega. Esta última fue la única que se salvó. La desmontaron piedra a piedra, señalizando y

numerando bien cada fragmento, y la volvieron a montar justo en frente de esta casa. La habéis tenido que ver al llegar aquí.

—Sí, la hemos visto.

El rictus de Estela había abandonado su habitual tono de condescendencia y ahora parecía el de una niña hipnotizada por la hechizante lectura de un cuento.

—¿Y la iglesia? ¿No la trasladaron?

—No. Decidieron que no tenía suficiente valor arquitectónico. La mañana en la que iban a derribarla, casi todos los habitantes de Aura nos congregamos en el alto de un collado desde el que se veía nuestra plaza, esa en la que tantas veces nos habíamos reunido. Observamos aquellas campanas que tanto nos habían acompañado en esos meses, la cruz que se elevaba orgullosa por encima de las casas derruidas y muchos de nosotros no pudimos evitar el llanto.

»Desde donde estábamos, podíamos escuchar al oficial al mando de la detonación. Nos sabíamos a la perfección el protocolo de demolición porque, desgraciadamente, lo habíamos visto poner en práctica demasiadas veces para derruir nuestras casas. Las cargas ya estaban situadas. Era un trabajo que hacían al atardecer, de manera coordinada y cuidadosa. Podíamos ver, a lo lejos, el puesto desde el que se produciría la descarga. Se trataba de una pequeña y desvencijada techumbre bajo la cual se había instalado una especie de bloque compacto y cuadrado sobre el que se situaba una especie de T metálica. Los dos hombres a cargo de la detonación se mantenían expectantes, mirando a un guardia que en ese momento se acercó hasta la plaza para hacer la última comprobación.

»Incapaces de asimilar la última de las afrentas que se iba a acometer contra Aura, vigilamos todos y cada uno de los pasos que se dieron aquella mañana para acabar con el símbolo de unión de todo un pueblo. Ya habían sacado el sagrario, el cuadro barroco que, según se decía, era tan valioso, y las estatuas de san Esteban y la Virgen. Ya solo quedaba la iglesia. ¡Por Dios, si hasta en la gran guerra se respetaron los templos!

»No debíamos estar allí. Estaba estrictamente prohibido, pero fue tal la multitud que nos congregamos aquel fatídico día que los guardias debieron pensar que la alternativa de dispersarnos era mucho peor. Con nosotros se hallaba el párroco, el padre Anselmo, que nos pedía que mantuviéramos la calma y abogaba por la resignación cristiana. El pobre hombre... Todavía lo recuerdo con el misal entre las manos intentando convencerse, como hacíamos todos nosotros, de que aquella pequeña iglesia en la que nos juntábamos a celebrar la

fiesta en honor a santa María, en la que escuchábamos arrebolados la misa del Gallo o los coros de santa Águeda, no era más que un montón de piedras sin valor. Engañarnos para no sufrir. Qué ingenuidad.

»El guardia que se encontraba en la plaza terminó su recorrido, se cercioró de que todo estaba en orden y levantó un brazo. Desde el centro de mando los dos hombres tomaron posesiones junto al bloque con la manivela en forma de T. Uno de ellos puso sus manos sobre los extremos de la barra horizontal y esperó a que el guardia bajara el brazo, señal indicativa de que debía proceder a la explosión.

»Se dice que a veces los segundos parecen horas. Pero lo cierto es que aquel momento se congeló durante un instante que se hizo eterno. Hasta los pájaros dejaron de cantar expectantes ante el estruendo que, preveíamos, se desparramaría por el valle, siguiendo el curso del río, hasta llegar a los llanos. Pero el instante pasó, el guardia dejó caer el brazo y el oficial a cargo del detonador empujó hacia abajo la barra metálica con todas sus fuerzas, desplazando todo su peso sobre la manivela.

Al igual que aquel aciago día, Esteban cerró los ojos para no ver la explosión. No quería ver cómo se derrumbaba la torre de la iglesia, no soportaría ver las campanas en el suelo, la nube de polvo tragándose los recuerdos de tantos años. Con los ojos cerrados, se dispuso a escuchar el fragor del estruendo. Pero nada pasó. Abrió los ojos y se encontró de frente con aquella mirada convertida en agua.

—¿Y qué pasó? —dijo Estela.

—Nada.

—¿Nada?

—Así es. Sorprendentemente algo falló. Sin ser todavía conscientes de que la explosión había resultado fallida, presenciamos cómo los dos hombres a cargo de la detonación comenzaban a maldecir en voz alta. Uno de ellos, el encargado de explotar la carga, se echó las manos a la cabeza y se mesó los cabellos sin poder comprender lo que había pasado. Casi al mismo tiempo, el padre Anselmo cayó de rodillas dando gracias a Dios y todos nosotros comenzamos a chillar y a lanzar vivas en honor de santa María, nuestra patrona.

»¿Qué ocurrió? Nadie lo ha sabido nunca. Hay quienes piensan que se trató de un sabotaje. Si fue así, jamás se pudo probar y nunca descubrieron al culpable. Otros aseguran que fue un fallo técnico imposible de prever. Algunos incluso creen que aquel hombre a cargo de la detonación, el que enfurecido tiró la gorra contra el suelo, colocó mal la carga en un desesperado intento por ayudar a los vecinos de esa Aura en la que llevaba varias semanas viviendo y a la que había

empezado a querer. Y si nos pregunta a nosotros, los que pertenecemos a la vieja Aura, le diremos que además de estas razones, existió la intercesión de santa María, que no quiso que derrumbaran la que era y sigue siendo su casa.

Eduardo observaba encantado la reacción de Estela, que miraba al anciano con una luz de compasión en sus ojos. Había sido muy dura la historia de Aura y se alegraba de comprobar cómo aquella joven, que de alguna manera también pertenecía al valle, comprendía el sentir de sus vecinos.

—Las aguas lo cubrieron todo rápidamente —prosiguió Esteban—. Pero la iglesia sigue en pie y al final del verano, tras las agónicas semanas de sequía estival, la torre emerge orgullosa de las aguas profundas del embalse para recordarnos a todos la injusticia que aquí tuvo lugar.

»Pero no se deje engañar, joven, porque desde entonces Aura está maldita. Todos nos fuimos, huimos de allí. Algunos muy lejos, otros nos quedamos cerca de las aguas del embalse. Un embalse, el de la Vera Cruz, que en realidad es la tumba de la verdadera y luminosa Aura. Con ella quedaron enterradas las ilusiones, las esperanzas y las vidas de todo un pueblo y emergió otra, la Aura negra. Quizá ahora seamos más ricos, no lo creo; pero lo que sí sé es que somos mucho más desgraciados, porque todos sufrimos una pérdida irreparable.

Estela asintió. Desde el momento en que había pisado aquella inhóspita tierra había sentido esa oscuridad. Recordó el tañido de las campanas que había escuchado la primera vez que vio el pueblo desde la colina situada sobre la parte oriental del embalse. Entonces le habían provocado un mal presagio. Se removió inquieta.

—Escuché el tañido de las campanas —dijo—. Las oí doblar el día que llegué. Pero serían las de la nueva iglesia, claro.

El anciano la miró con detenimiento, cerró los ojos durante un instante y entonces dijo:

—No. Las campanas de la nueva iglesia no tienen badajo. Nadie quiso, después de aquello, volver a escuchar el tañido de otras campanas que no fueran las del viejo templo.

—Entonces...

—Las gentes de por aquí sabemos que, muchas noches, suenan en el silencio del valle las viejas campanas de Aura. Si las ha oído, es porque, a pesar de que ha nacido lejos de este valle, no hay duda, usted lleva a Aura en su interior.

Iniciaron el camino de descenso uno al lado del otro, pero en

completo silencio. Estela iba fumando y él, de refilón, veía el humo que mezclado con el vaho salía despedido de detrás de sus cabellos. Por fin ella dijo:

—No todos los habitantes de por aquí se creerán esas historias, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—Campanas que suenan sin que nadie las toque, una iglesia que se salva por la intercesión divina... A eso me refiero.

—Creo que en la vida se producen hechos que nos resultan inexplicables y que nosotros interpretamos según nuestras convicciones. En el pueblo en el que me crié había un buen hombre que cuidaba de tres colmenas situadas en la falda de un pequeño monte, muy cerca de mi casa. En aquella pradera, cubierta en primavera por miles de flores, las abejas zumbaban alrededor de sus pequeños habitáculos. Cuando iba a retirar la miel, aquel hombre metía el brazo desnudo en sus colmenas sin temor a que ninguna de ellas le picara. Jamás se cubría la cara y se reía de los apicultores que se parapetaban tras una malla antes de recoger la miel de sus abejas. Un día, el hombre enfermó y sus hijos lo trasladaron al hospital de la ciudad. Desgraciadamente, no pudo superar la enfermedad y poco después falleció. Cuando al día siguiente el hijo se acercó a las colmenas para recoger la miel, descubrió que casi todas las abejas yacían muertas en su interior. ¿Casualidad? La ciencia asegura que estas muertes masivas pueden deberse a múltiples factores. Pero...

—No me gusta ser una crédula.

—No creo que la espiritualidad, nuestra dimensión humana, esté reñida con la certeza. Estela —dijo entonces con voz seria—, déjame acompañarte a casa de tu abuela. Me gustaría convencerla de que aceptara conocerte.

Estela valoró la proposición y por fin aplastó el cigarro contra una piedra y le dijo:

—Está bien. Vamos. Terminemos con esto cuanto antes.

# XVI

Estela se encontraba sentada ante una mesa dispuesta bajo un gran ventanal en el que había dos raquíticos geranios. Desde la cocina llegaba un sutil aroma a canela y anís. Se sentía nerviosa e incómoda. Intentaba recordar todo lo que él le había contado.

—El pueblo viejo era entonces un montón abigarrado de casas, graneros y corrales. El frío de la sierra hizo que todos los paisanos construyeran sus hogares bien pegados. Por aquel entonces, la casa de tus abuelos ya era la más bonita del pueblo gracias a los detalles de las contraventanas, a la balaustrada de la escalera que tu abuelo tallaba parsimoniosamente... Aún puedo oler el aroma de la madera y escuchar el sonido del cepillo sobre las tablas. Fsss. Fsss. Fsss. Ese sonido aún me hipnotiza.

Cuando él le hablaba de su vida en el pueblo, Estela intentaba absorber todo lo que le contaba porque necesitaba tener un recuerdo al que aferrarse para afrontar su inmunda realidad cotidiana.

De su madre ya lo sabía casi todo, incluso lo que nunca debería haber conocido. Sus ojos claros, esos que tanta atención despertaban en los demás, eran de ella, de Ioana, una belleza caucásica cuya hermosura no le había servido de nada para evitar la miseria. Ioana se había criado en los montes Cárpatos, en una zona en la que se contaban historias al calor de la hoguera, en parte para transmitir el conocimiento de generación en generación, en parte para olvidar la escasez. Pasó su niñez al abrigo de un hogar en el que aprendió a soñar y a imaginar una vida mejor, para ella y para sus padres, campesinos callados y temerosos de la providencia. Por eso, cuando Ioana les dijo que había encontrado un trabajo en la ciudad, no se lo tomaron nada bien. Pero ella se empeñó. La noche anterior a su partida, la madre de Ioana le había suplicado que se olvidara de aquella idea, le aseguró que había tenido un sueño y le gritó, llorando, que tenía el presentimiento de que nunca volverían a verse. Ioana la tranquilizó y le juró que regresaría al cabo de once meses, la duración exacta del contrato de trabajo con el que llegó a Cluj-Napoca, una capital bulliciosa y alegre, muy diferente de su melancólica aldea natal. Pero, desgraciadamente, el presagio de aquella mujer casi analfabeta se cumplió.

Ioana trabajaba cerca de la universidad, en un mesón que recibía a multitud de estudiantes que, una vez terminadas las clases, se

cobijaban entres sus gruesos muros a tomar vino caliente en jarra de barro. La algarabía era constante y Ioana, que al principio se había sentido algo apocada, enseguida comenzó a apreciar y envidiar las vidas de aquellos jóvenes, la mayoría de su misma edad, que no se preocupaban por el futuro sino por exprimir el día a día.

Durante esos meses no le faltaron pretendientes, su pelo lacio y rubio y sus finas facciones, de una tonalidad mucho más pálida que la habitual por esos lugares, conseguían despertar el interés y la curiosidad de los estudiantes. Pero ella se mostraba cohibida y retraída porque no quería dar ningún paso en falso. Se había criado en una cultura muy cerrada, en la que la transgresión de las normas aprendidas desde el mismo momento del nacimiento se pagaba con el rechazo familiar y social.

Hasta que conoció a Lazslo y las normas saltaron por los aires.

Lazslo se presentó una noche en la que el mesón estaba extrañamente tranquilo. Apenas tres o cuatro mesas estaban ocupadas por pequeños grupos que charlaban y bebían casi en silencio. La nieve y el viento hacían crujir las recias tablas, como si el mesón fuera un barco a la deriva. Lazslo pidió un café y un aguardiente y se acodó en la barra del bar, justo donde se encontraba ella secando las vajillas de barro recién fregadas. Se presentó como un pequeño empresario dedicado a la exportación de diferentes productos y, al enterarse de que ella provenía de la región de los lagos de Maramures, rugió de satisfacción. Él había nacido en un pequeño pueblo situado a escasos 60 kilómetros del suyo, al otro lado del lago, y llevaba sin volver a su casa por lo menos siete años así que ella le puso al corriente de las últimas novedades. Al hablar de su tierra, de sus padres, de sus amigas de la infancia, de la pequeña escuela en la que había estudiado..., Ioana sintió cómo la nostalgia se aferraba a su alma hasta dejarla casi sin respiración. Él se ofreció a acompañarla hasta la solitaria habitación en la que vivía y ella aceptó, confiada y agradecida de encontrar un brazo amigo en el que apoyarse.

A pesar de que las semanas siguientes Ioana fue más feliz de lo que había sido nunca, la desgracia comenzó a gestarse en su vida aquella noche, sin que ella se diera cuenta. Desde ese momento, fue creciendo hasta que cuando, sobrecogida, por fin la vio, comprendió que ya era imposible de derrotar.

Lazslo se convirtió pronto en un acompañante habitual. Se enamoró tanto de él como de la mujer en la que creyó que se convertiría si sellaban un compromiso. De pronto comprendió que podría tener a su alcance algunos lujos con los que jamás se hubiera atrevido a soñar:

una casa más grande para sus padres, con un baño que no funcionara acarreando baldes de agua desde el lago; e incluso, por qué no, un apartamento en Cluj-Napoca. Su madre enmudecería ante la visión de las tiendas y su padre tomaría aguardiente en el mesón, en una de esas vasijas de barro que tan esmeradamente limpiaba. Podría comprarse ropa nueva: unos guantes de piel, zapatos de tacón alto para las ocasiones especiales. Todo eso y mucho más podía vislumbrar cuando caminaba del brazo de Lazslo.

Él se encontraba cómodo con ella y desde el principio le habló sobre sus negocios. Ella, arrebolada, respondía como si entendiera algo de balances de resultados, deudas o beneficios, feliz porque él la hiciera partícipe de sus preocupaciones. Su relación avanzó a velocidad de crucero y transcurridas cinco semanas, ella ya quedó a su entera merced. Perdió su virginidad en un desvencijado hotel del centro y, a pesar de que todo había sido demasiado rápido, algo rudo y con un cierto regusto vulgar, se empecinó en sentirse feliz porque supuso que el compromiso sería el siguiente paso.

Y no se equivocó, una noche como otra de las muchas que iba a recogerla al mesón, mientras caminaban abrazados por las oscuras calles adyacentes a la iglesia de San Miguel, Lazslo le dijo que debía irse. Uno de sus negocios en España no iba como debería y su socio le había pedido que volviera cuanto antes para hablar con el banco y pedir una refinanciación. Ella se sintió tan vulnerable que él se apresuró a asegurarle que no se preocupara porque nunca la abandonaría. Y allí mismo, entre esas estrechas calles, le pidió que lo acompañara y se casara con él…

Delia llevaba un rato observando a Estela que, ajena a su mirada, se limitaba a mirar por la ventana. La oscuridad exterior le devolvía su propio reflejo, pero a ella no parecía importarle. En esa postura relajada, con las manos sujetando sus brazos por debajo del pecho y la cabeza un poco ladeada, tenía un aspecto tan vulnerable que Delia sintió un amago de culpabilidad por el intenso sentimiento de rechazo que le provocaba. Al final se sobrepuso, volvió sobre sus pasos hasta la cocina y regresó de nuevo hacia la sala de la chimenea asegurándose de hacer ruido. Ahora parecía otra. Estela estaba de pie, con los brazos pegados a los costados y una expresión dibujada en su rostro que no pudo descifrar. La joven agradeció el té y rodeó la taza con sus manos, aliviada por el calor y el aroma que desprendía.

Delia seguía intrigada. Sentada frente a aquella chica no dejaba de pensar en Moses. Hasta creyó ver su gesto adusto de recriminación.

Sin embargo, se sobrepuso y decidió que, a pesar de que no debía, escucharía lo que tuviera que decirle. Y, aunque Estela no dijo mucho, para Delia fue suficiente.

En primer lugar, le habló de su madre, algo que a Delia le extrañó, pero la disculpó pensando que ella misma la había incitado con su alusión a esos ojos extraordinarios.

—Los he heredado de mi madre —dijo sin poder ocultar su orgullo—, aunque los míos son más claros.

Se detuvo un momento antes de continuar y cuando lo hizo su tono era aún más duro.

—Mi madre murió hace unos meses.

# XVII

En la cama, Delia se revolvía agitada. El desasosiego que sentía era tan grande que le daba miedo sufrir un ataque al corazón. No se atrevía a levantarse por si se topaba con ella y de nuevo se flageló por su absurdo comportamiento. «Qué tonta eres, Delia», se decía. «Tonta, más que tonta. ¿Quién te ha mandado invitarla a dormir? ¿Quién?». ¿Pero qué iba a hacer? ¿Qué podía hacer? Si, de todas formas, el mal ya estaba hecho...

Intentó concentrarse en el sueño, pero el rostro de Estela regresaba una y otra vez a su cabeza y, sin querer, volvía a oír su voz narrándole la historia de una vida que ella no conocía.

Se habían presentado de improviso, Estela junto a ese ayudante de cura. En mala hora los había dejado pasar porque, en cuanto la tuvo en frente, no pudo echarla de su casa. Estela la saludó con un apretón de manos. Durante un instante tomó su mano entre las suyas y Delia temió que no podría ocultar su temblor. Si Estela se dio cuenta, no dijo nada. Se limitó a explicar:

—Llegué hace un par de días al pueblo. Tenía muchas ganas de conocerla, así que primero le doy las gracias por recibirme. Nunca he pasado por algo similar, pero puedo entender que es una situación muy desconcertante para usted.

¿Desconcertante? Le dieron ganas de reír a carcajadas. ¿Desconcertante había dicho? Eduardo debió de darse cuenta porque rápidamente intervino proponiéndoles que tomaran asiento.

—Me alegro de que os hayáis podido conocer. Estoy seguro de que ambas recordaréis este día como uno de los más importantes de vuestras vidas y, como supongo que tenéis mucho de qué hablar, si os parece, voy a ir un momento hasta la iglesia.

Y dirigiéndose a Estela dijo:

—Dentro de una hora paso a recogerte para llevarte al hostal.

Cuando se fue, Delia se refugió en la cocina con la excusa de preparar un té mientras la chica se apostaba junto a la chimenea dispuesta a esperarla. Frenética, consiguió colocar las tazas, la jarra de la leche y el azucarero en una bandeja y se acordó incluso de colocar en un platito unas tortas de anís. Tomó la bandeja con ambas manos y se dispuso a salir de la cocina, pero de inmediato volvió a depositarla sobre la mesa. Sentía el estómago encogido. Inspiró profundamente varias veces y por fin, asió la bandeja con fuerza y se dirigió al salón.

La observó sin ser vista y cuando vio su mirada perdida, como la de una niña asustada, sintió que su espíritu se apaciguaba y que la curiosidad iba tomando forma. Por fin se sentaron a charlar y todo fue mucho más fácil.

Estela tenía un tono de voz grave, algo disonante con su aspecto, y no muy expresivo. Le contó que estaba cansada de saltar de país en país. Que echaba de menos un hogar estable, una casa que fuera «su» casa y un sitio que rememorar cuando imaginara su infancia. Le aseguró que habían vivido felices y que nunca habían tenido ningún problema hasta que su pobre madre enfermó.

Delia, silenciosa y todavía anonadada, no sabía qué decir. Se dio cuenta de que a Estela todavía le costaba hablar de su madre y supuso que el duelo era reciente por lo que decidió no indagar. Por el contrario, casi sin darse cuenta, se encontró hablando de Moses y contándole la historia de la que había sido su vida juntos.

Cuando Moses volvió de los Estados Unidos, apenas seis semanas después de la muerte de su padre en los bosques de California, no le costó mucho encontrar un trabajo. Su padre había sido muy conocido en muchos de los pueblos del valle y él se sintió reconfortado por las muestras de condolencia que recibió a su llegada. Delia también estaba conmovida. Recordaba la tarde de la romería, el dolor reflejado en sus ojos, su sentimiento de soledad, y se le henchía el corazón de ternura. Cuando, el domingo siguiente, él se presentó en la iglesia de su pueblo, ella habría chillado de felicidad. Fue Rosa la que le avisó de que había entrado en el templo y había subido las escaleras que llevaban hasta el coro, donde habitualmente se sentaban los hombres. Y fue Rosa la que se volvió a mirar, a cada instante, para vigilar cada uno de sus movimientos, mientras Delia, algo azorada pero encantada con los comentarios de su amiga, le pedía sonriente que se callara.

A partir de ese día, se reconocieron formalmente como novios. Él le confesó que, aunque había estado enamorado de una chica americana, nunca había tenido una novia formal y ella le dijo que, si no tenía inconveniente, informaría a sus padres de sus intenciones. En casa, su madre escuchó sus pretensiones y le dijo «es honesto hija mía. Y eso es lo importante». Su padre también se vio contento de que aquel muchacho del que se decía que había vuelto de América con una gran bolsa de dinero cortejara a su única hija.

No esperaron muchos años para vivir juntos. Moses compró una casa abandonada muy cerca de la iglesia y él mismo la restauró. Los vecinos, que lo veían trabajar sin descanso, admiraban su precisión

tallando la madera. Se pasaba horas cincelando y cepillando, colocando puertas y contraventanas, luciendo las vigas del tejado y acondicionando el acceso al jardín.

Al cabo de un tiempo la casa estaba terminada, así que una mañana de abril se casaron en la pequeña iglesia del pueblo, la misma que, años después, dormiría sepultada bajo las aguas. Los recuerdos se abrían paso en su cabeza casi sin descanso. Un poco desordenadamente le fue desgranando a Estela los años que vivieron en aquella Aura que ya no existía. Mientras Moses se dedicaba a hacer trabajos de ebanistería por todas las casas del valle, ella pasaba la mañana en los quehaceres de la casa. Oreaba las sábanas y la ropa de cama, quitaba el polvo a todas las puertas y ventanas, enceraba las tablas del suelo cuando era necesario, y lavaba la ropa.

Con la ropa cargada en un cesto que a veces transportaba bajo el brazo y otras sobre la cabeza, se dirigía hasta el lavadero, que no tenía más que una pequeña pileta de agua situada bajo un soportal de piedra que apenas contaba con espacio para dejar los canastos de la ropa. Allí se reunía con Rosa y otras seis o siete mujeres del pueblo que acudían casi a diario a hacer la colada. Mientras enjabonaban y aclaraban, intercambiaban confidencias y chismes llegados de todos los pueblos del valle. Los días de sol, extendían varias cuerdas entre los árboles del exterior del lavadero y allí iban colgando sábanas, sayas, pantalones y camisas de dormir.

Aquellos primeros años pasaron felices y presurosos. Pero enseguida llegaron las lavadoras y, con ellas, el final de aquellos momentos de charla y camaradería.

Un día de finales de agosto, cuando ella llevaba casada apenas cuatro meses, su amiga Rosa anunció que se había comprometido con Estanis. Todas se extrañaron porque nunca los habían visto juntos, pero ninguna dijo nada. Al contrario, gritaron alborozadas, comenzaron a salpicarse y terminaron empapándose de agua.

De camino a casa, Delia le dijo que se alegraba mucho y que esperaba que fuera tan feliz como lo eran Moses y ella. Pero Rosa torció ligeramente el rictus y le dijo que no creía en cuentos ni en romanticismos. Ella ya tenía una edad, 25 años, y en su casa le habían insinuado que debía ir buscando una solución a su problema. Su hermano, dos años más joven que ella, había anunciado su compromiso con una joven de una localidad cercana y había dejado claro que en la casa familiar, que algún día pasaría a ser de su propiedad, no le importaba que siguiera residiendo su madre (su padre hacía mucho que había fallecido), pero que su hermana no

estaba bajo su responsabilidad. Además, ella había demostrado ser una mujer egoísta e interesada que miraba solo por su bienestar, sin pensar en la molestia que podría suponer para su futura cuñada tenerla a su lado todo el día.

Todo esto se lo dijo su hermano por boca de su madre, de manera que esa noche, cuando se sentaron a la mesa para cenar, Rosa le dijo:

—No te preocupes. No quiero ser una carga. Encontraré un lugar donde vivir y os dejaré en paz.

—Bien —respondió él.

Y jamás se volvió a hablar del tema. Sin saber exactamente qué hacer ni dónde acudir, Rosa se acercó a la iglesia, no para hablar con don Anselmo sino con Prudencia, el ama del cura que tenía fama de casamentera. Esta, apenas comenzó a contar su historia la tomó de la mano y le dijo:

—Rosita, tengo la solución. Y es buena, no te creas. Eso sí, no te asustes. La mayoría de las mujeres no se casan por amor. Eso es para los ricos. Se casan para tener una casa en la que vivir. Como tú. Y los hombres se casan para tener a alguien que les atienda. Como Estanis.

—¿Estanis? ¿Estanis el flojo?

—Espera un momento y déjame terminar.

—Prefiero morir cualquier noche a la intemperie.

—Calla, niña, y déjame hablar. Estanis tiene fama de flojo, sí, pero ¿sabes por qué? Porque no le hace falta trabajar. Tiene mucho dinero. Dinero que le dejó su padre con la venta de las tierras que están donde el molino. Y ¿sabes lo mejor? Está buscando mujer.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Lo de la mujer o lo del dinero?

—Ambas.

—Pues porque me lo dijo el otro día. Ahí mismo, casi donde estás tú. «Si supieras de alguna buena, pero buena de verdad, ¡eh!, me avisas». «Y ¿a quién consideras tú una buena?», le dije. «A una que no sea una zángana ni una parrandera. Que sea mujer de su casa. Y que no me sise». Ya ves. Cumples todos los requerimientos.

Rosa sonrió, aunque sollozaba por dentro, y le dio permiso para hablar con Estanis.

Este se presentó una tarde de domingo con la excusa de hablar con su hermano sobre la venta de unos marranos. La miró varias veces sin disimulo y, cuando ya se iba, ella lo acompañó hasta la puerta. Era por lo menos diez años mayor, robusto y algo desaliñado; le asomaba la barriga por encima de un pantalón que daba la impresión de estar encajado en las ingles. Tenía unas manos enormes y las uñas negras

como el tizón. Al hablar, torcía un poco la boca, lo que le daba un cierto aire de chulería. Ella sintió cómo se le revolvían las entrañas y deseó que se fuera sin decir nada, pero cuando ya casi había atravesado el umbral de la puerta, se volvió hacia ella y le dijo:

—Hablé con la Prudencia. Me parece bien. Mañana podemos quedar y dar un paseo. Pasaré a las siete.

Sintió un profundo asco, pero accedió sin decir nada. Antes de subir a la casa se juró que, en cuanto saliera del que había sido su hogar, no le volvería a dirigir la palabra a su hermano.

Todo esto no le contó a Delia, pero ella algo intuyó porque, entristecida, le dijo que comprendía su situación y que no se preocupara, que seguro que terminaría encontrando, si no amor, por lo menos complicidad, amistad, compañerismo. Pero no pudo evitar sentir a la vez un profundo y creciente orgullo porque ella era de las que se había casado con la persona adecuada. Con el hombre que siempre la haría feliz.

Mientras Delia hablaba, Estela la miraba interesada, pero en sus ojos había algo que le ocasionaba una cierta desazón. Y no era otra cosa que indiferencia. Delia tenía la sensación de que ella se mantenía a una gran distancia de la historia de su familia. «Quizá es una cuestión de empatía», pensó. Afortunadamente, en ese momento Eduardo volvió para llevarse a Estela hasta el hostal. Delia se sintió tan aliviada que casi abraza al muchacho. Pero, cuando ya se encaminaba a acompañarlos hacia la puerta, la voz de Estela la dejó petrificada:

—Si no es molestia, me gustaría quedarme en tu casa. Así tendríamos más tiempo para hablar.

No se lo pidió, ni la miró con ojos suplicantes. Simplemente lo dijo, y a ella la pilló tan de sopetón que no supo negarse. ¿Qué podía decir? ¿Que no quería alojar a su nieta? Algo apesadumbrada observó cómo Eduardo se perdía por el camino de la iglesia.

Soñó con el rostro de su madre. Aunque no el de los últimos tiempos, ajado y ceroso, sino el que tenía cuando ella era pequeña y dormían juntas en aquel cuartucho sin calefacción en el que se apretujaban para darse calor. Pero un ruido la había despertado. Se incorporó en la cama y se mantuvo expectante, intentando concentrar sus sentidos en aquello que había logrado desvelarla. Y de repente cayó en la cuenta de que eran esos tañidos. Tocaban a muerto. Eran unos toques lentos, lúgubres, amenazantes. «Pero, no puede ser», pensó. No podía oír las campanas porque la torre estaba bajo el embalse. Eso había dicho Esteban. Con un escalofrío que recorrió su espina dorsal, abandonó el lecho y se dirigió hacia la puerta. Pero, tal y como había comenzado, de repente el sonido cesó. Aliviada recordó entonces que estaba en casa de su abuela y sonrió escéptica preguntándose si sería demasiado temprano para desayunar. Él no le había dado ninguna indicación a este respecto.

—No te dejes engañar por su aparente fragilidad. Tu abuela, cuando ha tenido que decir algo, siempre lo ha dicho, sin andarse con rodeos. Algún día te contaré las charlas que le tuve que aguantar hasta que conseguí salir de esa maldita tumba.

Decidió que no se fiaría de ella, como tampoco se fiaba de él. La única persona en la que podía confiar ya se había ido. Y se dirigió hacia la cocina antes de permitirse divagar un solo instante más. Para su sorpresa, su abuela ya se encontraba allí, cociendo leche en un cazo.

—¿Has dormido bien? —preguntó.

—Sí. El colchón es muy cómodo.

—Es de lana. Moses... —y azorada calló un momento antes de continuar—, es decir, tu abuelo, siempre decía que los colchones de lana son los andamios del hogar. Decía que más importante que la cama, el diván o el somier, es el colchón, y sin embargo casi nadie le da la importancia debida.

—El abuelo tenía razón.

Y al escuchar ese apelativo en boca de aquella desconocida, Delia se volvió hacia el aparador, presa de la agitación. En su interior se había desatado un temporal y se obligó a serenarse: «Tranquila, Delia, no te sobresaltes. Mantén la calma».

Mientras seguían disertando sobre la importancia de un buen

descanso, Delia tostó en la carmela dos rebanadas de un pan cabezón que mantenía cuidadosamente envuelto en un paño de hilo. Puso sobre la mesa un puchero con café, una jarra con leche «ordeñada esta misma mañana» y dos recipientes de porcelana: uno con mantequilla y el otro con un dulce de arándanos de un sugerente color púrpura. Estela aspiró el aroma a pan recién tostado y se sentó a desayunar con ganas.

Delia no había sido consciente de la soledad en la que transcurrían sus días hasta que tuvo frente a sí a Estela, que en esos momentos desayunaba con voracidad. Sin apenas darse cuenta, le fue desgranando muchos de los recuerdos de su vida. Le habló de su infancia, de la casa en la que se había criado junto a sus padres, fallecidos muchos años atrás; le contó historias de algunos vecinos que también se habían marchado, mucho antes de que Aura quedara derruida. Se emocionó varias veces al referirse a Moses y Estela se dio cuenta de que se habían querido de verdad. Sintió una punzada de celos y de tristeza al pensar en la mísera vida que, en comparación, habían llevado su madre y ella, pero, como siempre hacía, se obligó a pensar en otra cosa y a ahuyentar los recuerdos que le producían dolor. Hacía mucho tiempo que había aprendido que no le servía de nada dejarse llevar por sus emociones. Lo único que en la vida tenía algún valor era la capacidad de soportar estoicamente los embates del destino. Resistir sin inmutarse y sufrir lo menos posible. Ese era el destino para el que se estaba preparando. Pero su abuela seguía hablando y ella fingió escucharla con interés y sin ser consciente de que, a su vez, estaba siendo sometida a una detallada observación.

Delia la miraba con disimulo. Vigilaba cada movimiento, cada gesto arisco de su rostro, y se dio cuenta de que no sentía nada por ella, aparte de curiosidad. Una inmensa e incontrolable curiosidad. ¿Por qué estaba allí? ¿Qué clase de vida habría llevado? ¿Tuvo una infancia feliz? Pero, sobre todo, ¿por qué se había presentado en Aura veinticinco años después? Veinticinco años desde la última vez que vio a su hijo. Veinticinco años durante los que no había dejado de recordarlo ni un solo día. Veinticinco años dedicándole su primer pensamiento y veinticinco años dedicándole también el último. Y ahora aparecía ella, con esa fría compostura, con esa latente sensación de incomodidad, y no sabía cómo abordarla, cómo gestionar ese malestar intenso que estaba apresando sus pensamientos.

Cuánto hubiera dado por querer a la hija de su hijo. De ese hijo que vino a enseñarle que la desdicha y la felicidad son dos caras de una misma moneda. Transcurridos trece meses desde la celebración de su

boda, Delia se quedó embarazada. Moses, henchido de orgullo, la levantó en brazos y la abrazó con todas sus fuerzas, como si quisiera aplastarla contra su pecho. Ella, sonriendo regocijada, intentó frenar su ímpetu diciéndole que debía calmarse. Aún quedaban siete largos meses de espera.

Aquella misma tarde en el lavadero las chicas, alborozadas, compartieron su alegría cantando más alto que otras veces y declarando que no existiría en todo el valle de Erill mejor padre que el bueno de Moses. Rosa también la felicitó con cariño, confesándole su envidia y su anhelo por seguir sus pasos. Estaba de una falta y rezaba para que esa ausencia se confirmase durante los meses siguientes. Delia, entusiasmada, replicó que nada la haría más feliz que compartir ese dulce momento con su amiga más querida.

El destino, además de caprichoso, es malévolo. Lo demuestra el hecho de que en no pocas ocasiones, antiguas declaraciones se recuerdan al cabo del tiempo con arrepentimiento y vergüenza. Incluso con horror. ¡Cómo iba a saber Delia que justo en ese momento se estaba fraguando su desgracia!

Efectivamente, Rosa anunció su embarazo apenas tres semanas después. Estanis también se sintió muy satisfecho, sobre todo por asegurar el apellido y la herencia de la familia, y gratificó a su mujer con una bonita y pesada cadena de oro en forma de diminuta trenza. Las demás mujeres alabaron la joya, pero, a sus espaldas, la compadecían.

—Prefiero no lucir ningún collar pero que mi marido esté en casa por las noches.

Delia también había oído las habladurías. Se decía que a Estanis le gustaba frecuentar la fonda de una localidad próxima en la que se organizaban timbas y se alternaba con esa clase de mujeres que se deja cortejar por desconocidos a cambio de dinero. A Rosa la vergüenza le impedía reconocer delante de nadie que vivía en un infierno de soledad y que la convivencia con aquel desgraciado era un suplicio. Saber que iba a convertirse en madre supuso para ella un alivio y una esperanza, pues creyó que a partir de entonces jamás volvería a sentirse sola. Pero, mira tú por dónde, el destino nuevamente demostró lo equivocada que estaba: si de algo sufrió Rosa durante toda su vida, fue precisamente de soledad.

Víctor, el hijo de Delia y Moses, nació un caluroso día de verano, y Emilio, el de Rosa y Estanis, quince días después. El pueblo, que celebraba a primeros de septiembre sus fiestas patronales, felicitó a ambas familias y les deseó toda clase de parabienes. El padre Anselmo,

durante el sermón del domingo en honor a la patrona, llegó a decir que Dios había bendecido Aura con dos criaturas destinadas a grandes empresas, a ejemplares trayectorias vitales. Pero el destino, nuevamente, mostraría su veleidad.

La mañana transcurrió volando y cuando llegó la hora del almuerzo, Delia pidió a Estela que la acompañase a la cocina, la sentó ante la mesa con un cesto de judías verdes entre las piernas y le dijo que las fuera pelando. Al ver la expresión impertérrita de la joven, Delia dijo:

—Es fácil, ¿ves? Corta primero las dos puntas y después las hebras de ambos lados de la vaina y listo. ¿Tu madre no te enseñó a cocinar?

Estela frunció el ceño y ocultó la sombra que se desplegó en su mirada.

—No. Mi madre no tenía tiempo para cocinar. Tenía mucho trabajo.

—¿Y tu padre? —Y al nombrarlo se le quebró la voz, aunque se repuso de inmediato—. ¿Tampoco cocina?

—Él no sabe ni para qué sirve una sartén. ¿Cocinaba cuando vivía contigo?

Delia sopesó un segundo la respuesta y al final pronunció un lacónico «no». Estela percibió su azoramiento, pero no dijo nada. Se había dado cuenta de que cada vez que la anciana hacía referencia a su marido o a su hijo se emocionaba hasta llegar casi a las lágrimas. De repente se sintió asqueada. No podía seguir escuchando la perorata de su abuela. Él ya le había advertido de que le haría muchas preguntas, pero no era eso lo que le molestaba. Lo que le producía rechazo era su aspecto desvalido y su mirada bondadosa. ¡Esa actitud era la que le enervaba! Cuanto menos se relacionase con la vieja, mejor. Así que durante un rato se mantuvo en un férreo silencio, abstraída, aunque consciente de la preocupación que iba germinando en su abuela. Por fin, fastidiada, le dijo que necesitaba tomar el aire, así que dejó el cesto con las alubias en el suelo y salió al jardín.

El frío era intenso a pesar de los débiles rayos de sol que intentaban templar la mañana. Se acurrucó contra el quicio de la puerta y recordó la pregunta que le había hecho la vieja y que, estaba segura, había desencadenado esa rabia que se había extendido hasta rozar su alma. «¡Qué más hubiera querido mi madre que cocinar! ¡O lavar! ¡O limpiar letrinas! ¡O incluso fregar escaleras de rodillas!», habría chillado a su abuela hasta que le sangrara la garganta. Y la sensación fue tan real que hasta le pareció sentir el sabor metálico de la sangre rozándole la campanilla.

Ioana decidió marcharse con Lazslo en el mismo instante en que este se lo propuso. Pensó en la alegría que sentiría su madre al verla casada y el orgullo de su padre al conocer los negocios de su futuro marido. ¿Quién había conseguido en su aldea lo que ella estaba a punto de alcanzar? Se sentía tan feliz que temió que algo malo pasara para compensar tanta dicha. Y así fue, porque a los pocos días, la felicidad comenzó a empañarse. No de una forma significativa, pero sí lo suficiente como para no ser plena. Lazslo le dijo que no podían celebrar la boda en Firiza, el pueblo de Ioana. Lo harían en Barcelona, en cuanto llegaran a esa bellísima ciudad del mediterráneo. Y cuando regresaran, una vez solucionados los problemas que amenazaban su negocio, viajarían hasta los lagos de Maramures y se instalarían allí durante una larga temporada. Quizá, hasta podrían comprar una pequeña casita situada junto al lago, en un punto intermedio entre las aldeas que los habían visto nacer. Ioana sintió que la congoja le oprimía el pecho al darse cuenta de que su madre no estaría junto a ella el día de su boda, pero terminó accediendo. Se consoló pensando que volvería cargada de regalos. Además, pasaría mucho tiempo con sus padres cuando se instalaran en Maramures. Y a su madre la llevaría a conocer todos los comercios de Cluj-Napoca. Y la convencería para que eligiera un vestido, el más bonito, el que mejor le sentara. Ella se lo compraría con unos zapatos a juego.

Aun así, no pudo evitar disgustarse cuando su madre se enteró de la noticia y le suplicó por teléfono que no se fuera en un tono que jamás había usado con ella. Lloró desconsolada rogándole que no se marchara, advirtiéndola del peligro que corría si viajaba a un país extranjero acompañada de un hombre al que había conocido apenas unos meses antes.

—¿Es que has olvidado lo que le pasó a Sonja?

Como si eso fuera posible. La dulce Sonja, una de sus amigas de la infancia, con la que todas las mañanas caminaba hasta el colegio y con la que iba a recoger leña para encender la chimenea durante los largos inviernos rumanos. Recién cumplidos los quince años, Sonja se enamoró de un buhonero que había llegado un mes antes vendiendo mantas y enseres. El hombre, que le doblaba la edad, la engatusó con sus ojos claros, sus manos morenas y unos exquisitos modales que no acostumbraban a utilizar los mozos de su pueblo. Atravesaba los Cárpatos solo y nadie sabía de dónde provenía. Seguramente de Hungría, de alguno de los clanes nómadas de romaníes que recorren las aldeas en busca de un lugar en el que asentarse. Sonja no lo dudó y huyó con él. Sus padres sufrieron la pena de su marcha y el agravio de

la murmuración. Eran señalados cuando atravesaban el pueblo para dirigirse a las tierras de labranza y eran conscientes de los rumores que se transmitían a sus espaldas. Y a pesar de que apenas un año después, Sonja volvió al pueblo, el daño ya estaba hecho y la familia jamás se repuso. Su hija había envejecido diez años en doce meses. Estaba pálida y delgada. Había perdido mucho pelo y el poco que aún tenía se le pegaba al óvalo de una cara demasiado afilada. Su madre no le preguntó qué había sido del gitano y ella tampoco reveló apenas nada. Cuando Ioana se marchó a Cluj-Napoca, llevaba sin ver a Sonja cinco años, a pesar de que seguían viviendo en la misma calle.

Ioana juró a su madre que a ella no le ocurriría lo mismo. Lazslo no era un nómada, ni un vagabundo. Era un hombre de negocios que había sido capaz de establecerse en el extranjero y ella tenía la inmensa suerte de haberse cruzado en su camino. Su madre no cejó en su empeño de que reconsiderara aquella decisión, horrorizada por el disparate que estaba a punto de cometer. Hasta su padre le gritó que obedeciera y la tildó de desagradecida. Ioana colgó el teléfono asegurándoles que estaban equivocados y que Lazslo traería prosperidad y riqueza para toda la familia.

Estela tiró el cigarro y ocultó los dedos entre las mangas de su gruesa chaqueta de lana. Suspiró profundamente y pensó que no tenía más remedio que entrar. Llevaba un rato fuera y su abuela estaría extrañada. La imaginó sentada en silencio, con sus delicadas manos sobre el regazo, preguntándose por qué su nieta se comportaba con esa frialdad. Cada día que pasase en ese pueblo, que ni siquiera era un pueblo sino la réplica de uno que ya había muerto, supondría un día menos para iniciar su nueva vida, aquella que llevaba deseando desde el preciso momento en que se dio cuenta del tipo de persona que era su padre.

Delia, mientras tanto, esperaba intranquila a que Estela volviera a entrar en casa. No es que le sorprendiera su mal humor, pero sí había algo que le causaba extrañeza, rechazo. «Amargura, esa es la palabra», pensó. «Es una chica amargada, resentida, y que además posee el don de incomodar a los demás».

Como si Estela hubiera leído su pensamiento, se presentó sin hacer ruido delante de la anciana y esta, sobresaltada, no pudo evitar un respingo.

—¡Vaya! ¡Qué susto me has dado!

La joven no dijo nada, sonrió con desgana y se dispuso a seguir pelando las judías verdes que Delia había colocado ante su silla vacía.

—Mis padres no sabían cocinar —dijo quedamente, como hablando para ella misma—, pero en la casa en la que viví desde los ocho hasta los diez años había una mujer peruana que hacía unos guisos exquisitos. Toda la casa olía a ceviche y ají. ¿Sabes qué es?

—No —casi susurró Delia.

—Pues deberías probarlo. Está exquisito. Cuando veas a tu hijo, dile que un día te lleve a un buen restaurante.

Sintió como si la hubiera agredido de repente. No sabía hasta qué punto podría seguir fingiendo que no pasaba nada cuando lo cierto es que estaba a punto de gritarle que se fuera. Que saliera de aquella casa. Cada vez que ella mencionaba a su hijo sentía cómo ese tremendo dolor que había ocultado en un lugar incierto de su cerebro se abría paso a machetazos, corriendo el riesgo de volver a ser tan profundo como cuando él se marchó. Por fin, con un hilo de voz, pudo pronunciar:

—Estela, creo que no me encuentro bien. Si no te importa, me voy a acostar un rato.

—¿Y las judías? —respondió ella sin saber qué más decir.

—Déjalas, luego las terminaré. Será mejor que vuelvas al motel de Marcia. ¿Me disculpas si no te acompaño a la puerta?

—Claro que no. Volveré mañana.

Delia no la oyó, o eso le pareció, porque ya se había perdido por el pasillo rumbo a su habitación. Estela recogió el abrigo y la bufanda y salió a una mañana cargada de niebla de la que apenas se descolgaban unos débiles rayos de sol.

En la taberna Michel no dejaba de divagar. Seguía empecinado en la cantinela de que Estela estaba muerta.

—Pero mira que tienes dura la mollera, chico. Qué fantasma ni qué hostias, esa chica está vivita y coleando.

—Déjalo, Marcial, ya sabes que es duro de entendederas.

—Pues claro que lo sé.

El padre Anselmo, que se encontraba en la mesa de al lado tomando un café, le dijo al muchacho que se sentara a su mesa. Este, con la vista clavada en el suelo, negó con la cabeza.

—Siéntate, que no te voy a hacer nada, hombre. Dime, ¿por qué dices que Estela está muerta?

—Porque lo está. Muerta como él.

—¿Cómo quién?

—Como el muerto del pantano. El que está debajo del agua.

—¿Pero qué dices zagal? —Desde la mesa donde unos jugadores se afanaban al mus, uno de ellos le reprendió—. Déjate ya de esa historia. Que debajo del agua no hay nadie. ¿No ves que estamos todos aquí?

—Dígaselo padre. Dígale que allí no quedó ni Dios.

El padre Anselmo hizo un gesto para que se callaran y añadió:

—No hagas caso a estos gañanes, Michel, cuando te dicen que te calles. Pero Julián tiene razón. En la antigua Aura no quedó nadie, excepto Dios. —Y miró al susodicho con severidad.

—No. Allí se quedó un muerto. Un muerto que estaba casi fuera de la tierra.

—¿No dices que estaba muerto?

—Pero estaba saliendo de la tumba. ¡Yo vi el ataúd fuera! ¡Vi el ataúd! ¡Estaba saliendo de la tumba!

Fue tal el escándalo que organizó que varios parroquianos intentaron calmarlo vociferando a su vez.

—¡Por Dios bendito!

—¿Pero quieres callar ya, chaval?

—La hostia con el loco, ¡que nos vas a traer mal fario!

Michel salió de la taberna gritando cada vez más fuerte.

—¡Ella está muerta! ¡Muerta como él!

—Menos mal que se ha ido. Como siga así le voy a prohibir la entrada en mi bar. Y a vosotros también.

El padre Anselmo intentó calmar los ánimos apelando al retraso del chico y a la compasión de los hombres, pero estos no se arredraron.

—No nos venga con esas, padre, que al chaval lo tratamos muy bien. Pero de tanto mentar a la muerte, nos la va a acabar trayendo.

—¿A qué creéis que se refiere con lo del muerto?

—Pues está claro. A que el pobre ha oído campanas y no sabe dónde. Verá padre, yo creo que este ha oído la historia de Samuel, el hijo del carnicero, que el día que nos sacaron a todos para empezar a llenar el embalse no aparecía por ninguna parte. Pasaron las horas y, como no lo encontrábamos, corrió la voz de que se había ahogado. Pero qué va, padre, el crío apareció al rato. Se había quedado dormido en un corral. Su padre casi lo desloma por el susto que le había dado. Si entre todos lo tuvimos que agarrar para que dejara de pegarle... Yo creo que Michel ha oído la historia y le ha cambiado el final, porque le aseguro, padre, que el crío del que le hablo es ahora un tío gordo y grande como un chopo.

—Lo que no entiendo es la obsesión que tiene con la chica de la Delia.

—Que no le des más vueltas, hombre. Que en su cabeza confunde los términos. Lo que hay que hacer es darle la razón para que se calle. Y ahora haz el favor de decir si tienes pares.

El padre Anselmo se despidió de los jugadores y se dirigió de nuevo hacia la iglesia. No le gustaba recordar aquella aciaga temporada que culminó con la aniquilación de Aura. El primero de los proyectos que se presentó a la Junta del Valle no preveía que las aguas cubrieran el cementerio, pero el proyecto definitivo, que fue el que se llevó a cabo, era muy diferente. Se trasladaron los ataúdes que estuvieran enterrados en tumbas, nichos y panteones, así como las estelas y cruces funerarias. Sin embargo, aquellos cuerpos de más antigüedad que yacían envueltos en tela bajo la tierra, no se había planteado siquiera que pudieran ser removidos. Eso causó un gran disgusto entre los habitantes de Aura, que acusaron al gobierno de ultrajar la memoria de sus antepasados. La gente, enfervorecida, profería insultos y amenazas en la puerta principal del edificio de la Junta. Se organizaron manifestaciones y jornadas de protesta que no sirvieron de nada. Algunos vecinos de Aura llegaron incluso a encadenarse a la verja del cementerio, pero todo fue en vano. Los desalojaron por la fuerza y se llevaron a sus muertos. Esa temporada, el padre Anselmo recorrió todas las casas intentando brindar un consuelo que ni él sentía. De hecho, él también había suplicado piedad y misericordia hasta que uno de los guardias le había ordenado que se fuera dándole

un porrazo en un hombro. Fueron días negros para una Aura cada vez más negra. El cementerio quedó como un solar de color antracita. Donde antes estaban las pequeñas calles pavimentadas y decoradas con jardineras de gladiolos y crisantemos, no había ahora más que trozos de piedra y tormones de tierra y fango. En la zona donde se levantaban los panteones, algunos de muchas décadas de antigüedad, se veían ahora los grandes hoyos dentados por la pala excavadora. Hasta la pequeña escultura del ángel sentado sobre la figura de una mujer yacente, tan admirada por el pueblo, había desaparecido sin dejar rastro. No les confortó saber que los cuerpos de sus familiares, las flores y los motivos funerarios estaban ahora en el nuevo cementerio, situado a tres kilómetros de la nueva Aura y que había sido diseñado trazando una cuadrícula exacta sobre una extensa ladera. Habían asfaltado los caminos que desembocaban en los nichos y los panteones estaban ahora justo a la salida del cementerio, en vez de a la entrada. El lugar, en el que todavía no habían crecido los cipreses ni las hiedras trepadoras, era tan frío, tan anodino, tan rigurosamente funerario, que el pueblo se dolió aún más por el escarnio al que había sido sometido.

Hubo muchas historias aquellos días. Había quien afirmaba que por las noches se escuchaban llantos en el cementerio antiguo y que en el nuevo jamás crecería la hierba porque era un lugar maldito. Él no dejó de consolar a todos los que se acercaron, especialmente a los ancianos, pero poco más pudo hacer.

# XX

Estela cenó en el hostal un plato de patatas guisadas con un huevo escalfado y un poco de pan con queso. Comió con voracidad bajo la atenta mirada de Marcia, que la observaba con disimulo. Cuando terminó de cenar, le sirvió un café solo y, mientras recogía la mesa, intentó entablar conversación con la huésped más huraña que había tenido hasta la fecha. Le preguntó por su abuela y, al recibir como respuesta apenas un par de monosílabos, comprendió que debía rendirse. Estela, complacida, se encendió un cigarro y se sentó junto a la chimenea. Estaba sola en el comedor del hostal, decorado con unas pesadas cortinas de color tierra. En un aparador situado entre los dos grandes ventanales de la estancia había un jarrón de cobre con un otoñal ramo de flores secas. Estela pensó que no había nada más triste y oscuro que un ramo de flores secas y se preguntó qué clase de persona adorna su casa con naturaleza muerta. Cuando era niña, su madre le compraba todas las primaveras un pequeño recipiente en cuyo interior había un bulbo del tamaño de una canica grande. Ella regaba aquel bulbo hasta que un día, como por milagro, brotaban de su interior las primeras hojas verdes que después, tras varias semanas, protegerían con celo la flor del jacinto. Su favorito era el de color morado y, cuando emocionada descubría que su madre había acertado comprando justo el de ese color, a ella le parecía que era capaz de hacer magia.

Qué hermosos recuerdos tenía de aquella época. ¿Era feliz su madre? Quería creer que durante aquellos primeros años lo fue. A pesar de todo y frente a todo. Pero no estaba segura, no podía estar segura, y esa incertidumbre le entristecía como ninguna otra cosa en el mundo. Porque necesitaba sentir que Ioana había tenido algún momento de felicidad, de lo contrario, temía que la pena la desgarrara por completo.

Ioana y Lazslo partieron de Cluj-Napoca en dirección a Barcelona una mañana lluviosa y oscura que, sin embargo, tornó en una tarde cálida y dorada cuando aterrizaron en el corazón del Mediterráneo. En cuanto cruzaron la aduana y salieron del aeropuerto, Lazslo la tomó del brazo y le exigió que se diera prisa. Ella, aturdida todavía por su primer viaje en avión y por el gentío que abarrotaba la terminal, avanzaba a trompicones.

—¿Pero quieres darte prisa? Pareces tonta, joder. Haz el favor de no chocarte con todo el mundo.

Ella se sintió dolida, tanto por el tono que había utilizado como por el insulto con que la había increpado, pero lo disculpó por el estado de tensión y nervios en el que, suponía, se encontraba a causa del viaje y los problemas en el negocio. Por fin salieron a la calle y se situaron a la cola de una interminable fila para tomar un taxi. Él le dijo:

—Espera aquí y no te muevas. Voy a ver si veo a mi colega.

—¿Qué colega?

—Mi socio. ¿No esperarás que vayamos en taxi? Vuelvo enseguida.

Lo vio desaparecer tras un torbellino de viajeros, maletas y bolsos que se derramaban presurosos hacia la suave luz del sol que se filtraba por los cristales y un incómodo sentimiento comenzó a aflorar desde su interior. No se había equivocado, ¿verdad? Su instinto no le habría fallado... No. Lazslo era un buen hombre. Lazslo jamás le haría daño. Aquí parecía otra persona distinta a la de Rumanía, cierto. Aquí la había tratado con desprecio y le había hecho sentir como una carga. Pero lo justificó dirigiendo la culpa hacia ella. «No seas boba, Ioana. Está nervioso y tú eres muy inexperta, por eso se ha enfadado. Porque le estabas retrasando. Has de estar más atenta, Ioana».

Mientras se convencía a sí misma de que no se había equivocado, vio que desde el exterior de una gran cristalera Lazslo le apremiaba para que saliera. Por los gestos que hacía parecía impaciente. Ella cogió la mochila con sus escasas pertenencias y se dirigió presurosa hacia la salida mientras recordaba sus palabras de apenas dos días antes.

—No te lleves más que lo indispensable porque allí iremos de compras. Tendrás todo lo que necesites. Ya verás, nena, te voy a comprar bragas de encaje, sujetadores transparentes, camisones de satén, ligas, medias...

Se puso como loco imaginándola a ella con esa lencería, y se apresuró a penetrarla con ese ahínco salvaje que a ella tanto disgustaba y a veces hasta asustaba. No dijo nada. Se suponía que así es el amor: pasional, imperioso, entregado.

Una vez fuera, Lazslo le instó a que subiera a una furgoneta con los cristales tintados.

—Deprisa. Aquí no se puede parar y, como nos pongan una multa, te juro que te la incluyo en tu debe.

No entendió el comentario, pero obedeció sin rechistar. El conductor, un hombre algo mayor que Lazslo parapetado tras unas gruesas gafas con cristales de espejos, comentó algo en español y los

dos hombres se echaron a reír a carcajadas. El hombre de las gafas era de piel oscura y le miró al escote antes de asentir vigorosamente con la cabeza y volver a hacer otro comentario en español que provocó la hilaridad de Lazslo, que hizo un gesto soez con las manos. Aturdida, se obligó a rechazar la sensación de que se estaban riendo de ella, pero ese sordo presentimiento que había germinado en su interior comenzaba poco a poco a expandirse por todo su ser. Intentó no molestar a los dos hombres, que iban conversando entre ellos sin prestarle la más mínima atención. Lazslo no se volvió para señalarle el mar cuando apareció a la derecha del vehículo, como una línea de plata, no le mostró los exquisitos edificios que circundaban las calles por las que pasaban. No le dijo dónde iban ni si le gustaba lo que veía. Y ella, sentada en aquella furgoneta que olía a perfume rancio, escuchaba la voz de su madre con total claridad, como si estuviera sentada a su lado: «Te lo dije, Ioana. Te dije que no era de fiar».

El coche enfiló una calle a toda velocidad y sintió en la garganta un sabor ácido a vómito. Deseó que el viaje terminara cuanto antes, a pesar de la incertidumbre sobre su destino. Pasaron por delante de varios hoteles y, aunque rezó en silencio por que se detuvieran en cualquiera de ellos, la furgoneta siguió callejeando por avenidas y calles. Intentó tranquilizarse suponiendo que llegarían a su hotel en cualquier momento. Quizá tras doblar esta esquina. O tal vez tras aquel edificio del fondo. Quizá en ese cruce... Pero condujeron por lo menos cuarenta y cinco minutos más hasta que la furgoneta se detuvo, por fin, ante lo que parecía un polígono industrial. Estaba anocheciendo y no veía bien, pero desde su asiento no distinguía ningún hotel. Se dirigirían entonces a una pensión.

Lazslo se volvió y le dijo:

—Hemos llegado. Coge tu mochila y baja.

Ella obedeció en silencio. Intentó tomarle de la mano mientras Lazslo se despedía de aquel hombre de tez oscura, pero él la rechazó y le ordenó que esperara. Los dos hombres volvieron a reír a carcajadas y ella se acercó avergonzada hasta una enorme puerta de metal en la que no figuraba ningún letrero.

Cuando Ioana atravesó el umbral de aquella puerta medio oxidada sintió algo parecido al alivio. En el recibidor, un sofá raído y un mostrador de madera sobre el que solo había un timbre de mesa y un cajetín con una decena de llaves colgando de la pared. Aplacó su angustia convenciéndose de que se encontraban en un hotel. Uno barato, estaba claro, pero hotel al fin y al cabo. El miedo que había ido creciendo en su interior fue difuminándose, desvaneciéndose poco

a poco, y en su lugar fue emergiendo el arrepentimiento. Lazslo estaría nervioso y avergonzado por alojarla en un lugar tan lejos del centro y no en el magnífico hotel con vistas al mar que seguramente habría preferido.

Al percibir que tras ella se abría la puerta, se giró dispuesta a refugiarse en los brazos de su prometido cuando algo en su expresión la detuvo. Él encendió un cigarrillo y le ofreció otro a ella. Ioana no aceptó. Se sentía algo mareada y sobre todo expectante ante sus palabras. El chasquido del mechero resonó como la metralla y ella, por un instante, cerró los ojos sobresaltada y dio un instintivo paso atrás. Lazslo aspiró una profunda calada, expulsó el humo emitiendo un sonido algo reptiliano y dijo por fin:

—Bien. Aquí es donde te vas a alojar, y no te preocupes porque no vas a estar sola. No es fácil trabajar en España y todavía lo es menos salir de la miseria de Rumanía. Tú, gracias a mí, lo has conseguido. Has dejado atrás una vida de privaciones, el mísero destino que te esperaba en Maramures, y la has cambiado por otra en Europa, llena de posibilidades. Ahora todo depende de ti.

Ella parecía derrotada. Unas profundas ojeras habían emergido bajo sus límpidos ojos azules. Asustada, se oprimió los dedos de las manos hasta que las yemas se le quedaron del color del hielo.

—¿Qué quieres decir? —dijo por fin—, ¿es que no nos vamos a casar?

Él la miró con crudeza y le alzó el rostro hacia sus ojos, sujetándolo por la barbilla.

—Vamos, Ioana. No te hagas la tonta. Se acabó el juego. No me hagas creer que no lo sabías. Tú querías dinero. Dinero para enviar a tu familia, pero también para ti. Para comprarte vestidos, zapatos y esa lencería de encaje que tanto os gusta a las mujeres. Sabías a qué venías, así que no te hagas la tonta.

La mirada de Ioana se difuminó y de sus ojos se derramaron un par de lágrimas que fueron dibujando lentamente cada trazo de su rostro hasta precipitarse por el abismo de su mandíbula. En su cabeza fue formándose la terrible idea de que él la había engañado, le había prometido matrimonio cuando lo único que buscaba era una empleada para trabajar en su fábrica. Y en ese mismo instante decidió que ya la había humillado bastante. El tono de él había sido áspero e irrefutable y comprendió que no iba a permitir de ninguna manera que ella le montara una escena. El amor que se habían jurado se había desintegrado a 9000 pies de altura, en el avión que los trajo desde Cluj Napoca, y solo quedaba la indiferencia de él, la herida de ella y la

esperanza de salir de allí cuanto antes. Él había dicho que le había conseguido un trabajo. Eso significaba que cobraría un sueldo, posiblemente escaso, pero que iría ahorrando hasta tener el suficiente dinero como para comprar un pasaje de vuelta a su hogar. En ese mismo instante, apenas una hora y media desde su llegada a España, Ioana decidió que él ya no la humillaría más.

No podía siquiera sospechar lo equivocada que estaba.

Estela apagó el cigarro. Estaba cansada pero no quería irse a dormir. Se acercó hasta el aparador y fue abriendo una a una todas las puertas del vasijero hasta que encontró lo que estaba buscando: una botella de aguardiente que Marcia guardaba para sus huéspedes más especiales. Estela cogió la botella, encendió otro cigarro y subió a su habitación dispuesta a sufrir hasta que el alcohol hiciera su efecto y se quedara dormida.

## XXI

A la mañana siguiente, Michel se dirigió a casa del alcalde. Este vivía en una sólida construcción de dos plantas, fachada de piedra labrada, una gran puerta de roble y un coqueto jardín delantero en el que se alzaban, negras como si estuvieran tiznadas, decenas de hortensias. Junto a ellas, en un banco de madera pintado de color burdeos, se apostó Michel y allí se quedó durante toda la mañana, los brazos sobre su abdomen, como si le doliera el estómago, y con la habitual cadencia en su movimiento pendular. Aunque murmuraba su letanía de forma casi inaudible, había conseguido enfurecer a Angelita, la mujer del alcalde.

—No lo soporto más.

—Por favor, querida, el chaval no es normal.

—Me parece muy bien, pero que se vaya de aquí. Sal y habla con él.

—Ya lo hecho. Dos veces. Y ya te he dicho lo que me ha transmitido: que no quiere molestar a nadie, tan solo prevenirme sobre esa chica, Estela, la que dice que está muerta.

—¿Y debemos tolerar esta agresión?

—No es una agresión. No nos está haciendo nada.

—A mí sí. A mí me está poniendo de los nervios.

—Cuanto más caso le hagamos, más molestará. Ten paciencia. Terminará aburriéndose.

El alcalde suspiró aliviado cuando su mujer se acostó para intentar mitigar el dolor de cabeza. Sin ella presente observándolo con displicencia, manejaría mejor la situación. Desde la ventana de la cocina observó que Rosa y otras dos mujeres, amigas de su esposa, se acercaban por el camino de la iglesia.

No pudo evitar un gesto de fastidio. Estaba seguro de que sabían que Michel llevaba sentado a la puerta de su casa cerca de cuatro horas y media. Decidió hablar con ellas y neutralizar las habladurías que, horas después, estaba seguro, correrían como la pólvora. Resignado, se acercó a saludarlas con una sonrisa:

—Buenas tardes, señoras, se ha quedado un día estupendo para dar un paseo.

—Así es alcalde, aunque dentro de nada ya estará oscuro.

—¿Qué es lo que le pasa a ese pobre chico, Santiago? —preguntó Rosa—. ¿Es que se encuentra mal?

—¡No! No, ¡qué va! Está ahí sentado, tranquilo.

—Pues yo no lo veo muy tranquilo. —Y sin que él pudiera evitarlo, cruzó la pequeña puerta de madera que daba acceso a su jardín y se acercó a Michel. Este, inmerso en sus pensamientos, no le hizo caso, se limitó a permanecer en silencio mientras mantenía su cuerpo en constante movimiento.

—No se preocupe por él, Rosa.

Esta asintió, hizo un gesto a las demás para que se acercaran y dijo:

—¿Qué pasa, Michel? Cuéntanos qué te preocupa.

Santiago suspiró. Nunca había sentido afecto por aquella mujer, pero debía reconocer que era, sin duda, por el canalla de su marido. Recordó la noche que descubrió sus turbios negocios. Había sido muchos años atrás, en un pueblo situado veinte kilómetros al norte del embalse al que había acudido invitado por otros regidores para celebrar la toma de posesión de uno de ellos. Él era entonces un joven de apenas veinticinco años que acababa de ser elegido alcalde de Aura y que todavía se encontraba confuso y algo aturdido ante la responsabilidad de dirigir un pueblo herido de muerte por la construcción de ese dichoso pantano. Agradecido, aceptó la invitación y circuló despacio por las cerradas curvas que conducían hasta Santa Engracia. Allí, después de participar como oyente en el primer pleno del recién erigido Ayuntamiento, fueron a comer a un mesón famoso porque nadie en sus cien años de historia había sido capaz de comerse todo lo que la buena de Fuencisla les ponía en el plato. Había mocetones de brazos como remos que devoraban alubias rojas con chorizo, morcilla, tocino y berza; chuletas de vaca con pimientos y patatas; pudin de pescado; fritos de queso; tarta de canela; bizcocho con helado... Hasta que, rendidos, confesaban no poder más. Entonces Fuencisla tocaba la campana que tenía tras la barra y gritaba que, una vez más, la posada había ganado la apuesta. El susodicho debía entonces pagar todo lo que había engullido. Si alguna vez alguno de esos mocetones se declaraba vencedor, la posada le invitaría a comer el resto de su vida. Huelga decir que hasta el día en que Santiago se reunió con sus colegas, invitado por el nuevo alcalde, nadie había conseguido nunca derrotar a Fuencisla.

Esa tarde comieron en abundancia, aunque sin intención de ganar el reto, y a media tarde, mientras apuraban las últimas copas de licor, vieron entrar a un hombre de aspecto hosco y desaliñado acompañado de dos mujeronas algo extravagantes y demasiado chillonas. Sus compañeros de mesa se hicieron señas sin decir nada y uno de ellos movió la cabeza con rechazo. El hombre ladró un «buenas tardes» que atronó el bar y sus ojos se posaron durante unos segundos en los de

Santiago. Este, sin pensar siquiera que pudiera reconocer a alguien en ese recóndito pueblo, a punto estuvo de desviar la mirada, cuando, de pronto, se dio cuenta de que aquel fino bigote, aquellos ojos abotargados y aquel rictus desidioso no le eran en absoluto desconocidos.

—Muy lejos está del pueblo, alcalde.

Entonces terminó por recordar. Era Estanis, el marido de Rosa, que no evitó saludarlo a pesar de las dos frescas con las que iba y el palmario estado de embriaguez en el que estaban los tres.

Este respondió con un «igualmente», algo avergonzado de que sus compañeros regidores supieran que se conocían. Cuando por fin Estanis se sentó en la mesa junto a aquellas mujeres y tres jarras de vino, el nuevo alcalde de Santa Engracia le dijo:

—¡Menudo pájaro!

—Así es —respondió Santiago sin saber muy bien a qué se refería.

—No sé allí, pero aquí en Santa, no tiene muy buena fama.

—Dicen que tiene negocios muy turbios —apuntó otro de los comensales.

—Turbios, dice. Eso es quedarse muy corto. Ya me entiendes. —Y le guiñó un ojo a Santiago, que cada vez comprendía menos. ¡Qué joven era entonces y qué inexperto! Su cara debió de reflejar lo contrario de lo que aseguraba, porque el alcalde de Santa Engracia dijo entonces casi en susurro:

—El polvo blanco. ¿No has oído hablar? Dicen que es el mayor traficante de cocaína de este lado de la frontera.

Conque se trataba de eso. Droga. Jamás lo hubiera pensado de un vecino de su pueblo. Sintió irritación porque precisamente un paisano suyo fuera conocido en lo alto del valle por sus trapicheos y por, según comentaron aquella tarde, su afición al juego y a las prostitutas.

—Cuentan que puede dejarse, fácil, trescientas mil pesetas en una noche jugando a la ruleta.

—¿Y dónde juega, si puede saberse?

—Allá, en Francia. Nada más pasar la frontera hay un casino. El trasiego que genera es enorme. Te quedarías sorprendido si vieras la cantidad de coches que cruzan la muga para jugar allí. Pero lo de este «landru» es todavía peor. Dicen que estafa a las mujeres con las que se acuesta. ¿Te has fijado en esas dos? Son dos viejas, probablemente viudas o solteronas, pero van cargadas de joyas. Mañana, después de pasar la noche en el casino, ya no las tendrán.

Santiago suspiró, alejando a Estanis de sus pensamientos y

compadeciendo a la desgraciada de Rosa por la mala vida que seguramente le habría dado. Ella nunca decía nada y jamás la oyó nadie quejarse, pero casi todo el pueblo la compadecía.

La susodicha, mientras tanto, seguía intentando hablar con Michel, que permanecía en su propio mundo.

—Vamos, Rosa —comentó otra de las mujeres—. Vámonos que se hace tarde.

En ese momento, de entre los grandes árboles que crecían frente a la casa del alcalde, apareció la joven del pelo rubio y ojos claros que, audaz, paseó una desafiante mirada sobre el grupo de mujeres que rodeaban a Michel. Este, al verla, pareció despertar de pronto de su letargo, porque comenzó a chillar:

—¡Vete! ¡Vete! ¡Vete con los muertos!

Su voz era tan estridente y su expresión tan aterrorizada que Rosa intentó tranquilizarlo sujetándolo por los hombros, pero el chico la apartó de un manotazo y se dirigió hacia Estela que, paralizada, se mantuvo expectante. No parecía estar preocupada, ni siquiera se había inmutado. Se limitó a sostener su mirada.

Las mujeres no dijeron nada, ni siquiera Rosa, que parecía consternada.

—¡Estás muerta! —le espetó el muchacho.

El alcalde, haciendo de tripas corazón porque aquella situación no le gustaba nada, decidió tomar cartas en el asunto.

—Ven aquí, hijo, y cálmate. Estela, ¿puedes acercarte tú también, por favor?

Ella obedeció sin decir nada.

—Escucha Michel, esta chica es la nieta de Delia y no está muerta. Esta chica está viva, como tú y como yo. Ha venido a visitar a su abuela y no queremos que se asuste, ¿verdad? ¿A que no queremos asustarla?

El muchacho se golpeó el pecho con el puño mientras negaba con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué dices que está muerta?

El chico levantó la vista y miró al alcalde a los ojos. Había cesado todo movimiento. Estela, Rosa, las otras dos mujeres y el propio Santiago se quedaron en silencio. Entonces, el joven dijo con voz neutra:

—Porque vi la tumba. Delia no puede dejarla entrar. Hay que avisar a Delia y decirle que no la deje entrar en su casa.

Rosa miró a Estela, pero esta no hizo ninguna señal de haberse sentido molesta o violentada. Admiró su impavidez y se preguntó si

esa frialdad la habría heredado de su padre. La observó alejarse como si nada hubiera interrumpido su camino.

Pero, en realidad, Estela se sentía confundida. Dejó atrás la calle en la que se situaba la casa del alcalde y se dirigió por el camino de la acequia hacia el caserón de su abuela. No le apetecía nada visitarla, pero debía terminar y largarse cuanto antes o corría el riesgo de no poder escapar jamás. Su padre —no podía evitar una gran desazón al evocar su figura— había telefoneado la noche anterior a la posada de Marcia para interesarse por sus avances. Ella había respondido con brevedad y concisión, pero él no era fácil de engañar.

—Recuerda, Estela, debes terminar lo que has empezado. Solo entonces serás libre.

Libre. Una simple palabra, pero tan llena de significado. Abstraída en sus pensamientos, no se fijó en que unos metros más adelante, justo en la pequeña compuerta de la acequia, se encontraba un hombre fumando un pitillo de espaldas hacia ella. Cuando lo vio, reprimió un respingo y sus ojos se achicaron instintivamente para ver mejor al intruso. Al reconocerlo, respiró tranquila y se acercó sigilosa como un gato. Eduardo, que no esperaba que nadie pasara por aquel camino, dio un paso hacia atrás cuando ella puso la mano sobre su hombro. Del susto se le cayó el pitillo al suelo.

—Toma —dijo ella sacando un paquete de tabaco del bolsillo de su chaquetón—, no sabía que fumaras.

—Bueno. Hay tantas cosas que no sabemos. Casi me matas del susto. ¿Qué haces por aquí?

—Voy a casa de Delia.

—El camino que va desde la plaza está más concurrido.

—Ya. Precisamente por eso elijo este.

La miró divertido. No le había sorprendido la respuesta. Aquella chica era oscura como la propia Aura, pensó.

—¿Te importa si te acompaño?

—No.

Avanzaron por un camino que se iba estrechando hasta que no tuvieron más remedio que continuar andando en fila india.

—¿Sabes por qué llaman a este tramo el pozo del médico? —preguntó él a gritos para hacerse oír sobre el ruido que producía la corriente de agua.

Ella miró hacia donde él señalaba. El río, que bajaba revuelto, formaba ahí un pequeño remanso en el que las hojas doradas de los árboles giraban lentamente. Negó con la cabeza.

—Sucedió hace más de cien años. El caballo del médico cayó en la

poza y se ahogó casi al instante.

—¿Tan profundo es aquí el río? —preguntó Estela extrañada. Alrededor de ese pequeño remanso, la corriente del río dejaba ver las piedras del fondo. No podía cubrir mucho.

—El río forma aquí una corriente de agua muy poderosa y casi imperceptible. El caballo del doctor tropezó, porque la vereda estaba embarrada, y cayó justo en el centro del pozo, en el punto exacto en que el remolino ejerce una tremenda fuerza centrípeta. El pobre animal se ahogó a pesar de que, a dos pasos, el agua se mantenía tranquila.

Ella no dijo nada y siguió avanzando. Al cabo de un rato, cuando ya habían dejado atrás el tramo más estrecho y el camino volvía a ensancharse, ella dijo:

—Supongo que eso pasa muchas veces.

—¿A qué te refieres? ¿A que se ahogue un caballo?

—No. A que sientas que te ahogas, que te hundes sin remedio, a pesar de estar rodeada de terreno seguro.

Él se preguntó en qué o en quién estaría pensando, pero no dijo nada. Y ella, como para sí misma, continuó:

—Eso lo hace todavía peor.

Por fin él decidió arriesgar compartiendo un comentario cargado de experiencia:

—No sé si lo dices en sentido figurado o porque alguna vez te has sentido así, pero lo que sí puedo asegurarte es que yo sí he experimentado esa sensación y no es nada grata.

—¿Tú?

Por un instante se detuvo y lo miró con escepticismo.

—¿Pero tú no eres cura?

—Diácono —corrigió él.

—Como sea que se llame. No me imagino que un diácono haya podido sufrir mucho…

—Te sorprenderías —respondió él—. Si de vez en cuando miraras a tu alrededor, verías que no eres la única persona que sufre o que ha sufrido.

Ella se detuvo y le lanzó una mirada de hielo. Su tono se volvió frío y lacerante:

—Créeme, he visto sufrir a más personas de las que quisiera.

—Ya —respondió él lacónico.

Pero, sin haberlo hecho de forma intencionada, su respuesta sonó como si pusiera en duda su afirmación.

Entonces ella le espetó airada:

—¡Qué sabrás tú de mi vida! ¡Dime! ¿Quién eres tú para juzgarme? Un cura, un puto cura.

La sorpresa de él no fue tanto por su insulto como por el dolor que transmitían sus palabras. ¿Quién la habría herido de esa forma? ¿Quién habría agriado ese carácter? Por un momento temió, con cierta consternación, que nunca se recuperara del daño ocasionado.

—No quiero juzgarte, Estela. No te conozco, lo sé, y no pongo en duda lo que dices. Discúlpame si te he ofendido.

Más calmada, Estela tardó aún unos segundos en responder:

—Perdona por lo de puto cura.

—Perdonada. No es lo mismo un cura que un diácono.

Y a pesar de la expresión de seriedad que él se impuso, ella no pudo evitar que su rostro esbozara algo parecido a una sonrisa.

## XXII

A través de la mirilla, Delia la vio aproximarse por la senda del río. La siguió mientras se acercaba hasta su casa y se quedó observando cómo se fumaba un cigarro sin decidirse a llamar. Pudo apreciar, por el rictus de su cara, que estaba preocupada, enfadada tal vez. Molesta, de cualquier forma, por la visita que había ido a hacer. ¡La comprendía tan bien! Tampoco ella quería enfrentarse al pasado. Y eso que allí, en la casa que Moses y ella habían compartido, a Delia le resultaba sencillo rememorar lo vivido. Suspiró con tristeza. Le bastaba con evocar su recuerdo para aspirar de nuevo ese delicado aroma a espliego.

Para cuando Estela llamó a la puerta, a ella ya le había dado tiempo a prepararse y la recibió sin fingir un afecto que no sentía, pero con cordialidad. Estela accedió a tomar una taza de café y se sentó en el mismo sitio en el que lo había hecho el día que se conocieron. «Animales de costumbres», pensó Delia. «Tendemos a repetir comportamientos, por lo que volvemos a reincidir en los mismos errores».

A Delia no le gustaba el café, pero en su casa siempre había un paquete listo para moler destinado a las pocas visitas que recibía: su vecina y amiga, Rosa, y en menor medida el doctor Casaldo y el padre Anselmo.

Mientras Estela tomaba el café a diminutos sorbos y se entonaba abrazando la taza con ambas manos, volvieron a sumergirse en el recuerdo de lo que habían sido sus vidas y Delia le confesó entonces que el nacimiento de su hijo había supuesto el momento de mayor felicidad.

—Sentí en ese instante el amor más pleno, pero también el miedo más intenso. Porque entonces supe que no existiría un dolor en el universo que fuera comparable al que como madre podría llegar a sentir si un día ese niño me fuera arrebatado.

Todavía se le empañaban los ojos al recordarlo.

—Víctor fue un bebé risueño y rollizo. Su carita era redonda y sus facciones perfectas. Tu padre —y al pronunciar esta última palabra se le quebró ligeramente la voz— fue una criatura adorable. Si lo hubieras visto, con esos hoyuelos que se le formaban en los carrillos al sonreír.

Víctor, además de guapo, fue un niño muy dócil que apenas les dio

malas noches. Se acostaba tranquilo en su pequeña cuna de madera de nogal, tallada por su padre, y se quedaba dormido al instante. Delia se pasaba las mañanas observándolo fascinada, sin atreverse a creer que aquella criatura tan preciosa fuera por entero de ellos dos.

Casi tres semanas después nació el hijo de Rosa y Estanis, Emilio, y, aunque jamás se lo dijo a su amiga, el niño era feo y chillón, lo que todavía asombró más a Delia quien, agradecida y asombrada por su buena suerte, se apresuró a aseverar ante Rosa que todos los recién nacidos son guapos, sin excepción.

Estela se sentía embriagada por el dulce tono con el que Delia se refería a su hijo y por el intenso aroma a canela, azúcar y café que impregnaba aquella cocina.

Si ella hubiera podido escoger un rincón que le recordara a su infancia, habría elegido, sin duda, una cocina. Y si se concentraba podía ver incluso algunos de los detalles: un amplio ventanal frente al fregadero, una campana de acero bruñido, unos delicados trapos de algodón... Esa habría sido la cocina de su infancia... Si hubiera podido elegir. La realidad es que su vida se fue cimentando en una maraña de lugares anodinos y equivocados.

Ajena a los pensamientos de Estela, pero sin ignorar su estado de ensimismamiento y su expresión melancólica, Delia continuaba buscándose entre sus propios recuerdos, iniciando un camino que había dejado de recorrer hacía veinticinco años, en el momento exacto en el que su hijo se marchó.

—No pareces su hija —comentó con voz algo trémula. Y la miró cautelosa en espera de una reacción furibunda por parte de aquella hosca muchacha. Pero ella no se inmutó. Seguía abstraída, aunque atenta, porque al cabo de unos segundos replicó:

—¿Tan diferentes somos?

Delia dudó unos instantes antes de contestar. Por fin afirmó:

—No mucho, en realidad. Tu padre era más tímido que tú.

—Bueno, de niña era muy vergonzosa —aclaró ella.

Delia la miró con cierta sorna y dijo:

—No lo pongo en duda, pero ahora pareces una persona muy resuelta.

—Es posible. Supongo que cuanto te haces mayor ya no te puedes permitir la timidez.

—Es curioso que digas eso porque Víctor, desde muy pequeño, decía algo similar. Cuando yo le reprochaba que se escondiera tras mi espalda ante la presencia de cualquier desconocido, él, que apenas tenía tres años, respondía ufano: «hablaré cuando sea mayor». Y te

puedo asegurar que casi, casi, se podría decir que así fue, porque comenzó a despegarse de mi lado cuando tenía ya unos doce años.

¡Ay! Pero hasta entonces habían sido tan felices... Le gustaba ir al gallinero a dar de comer a los polluelos; observar a su padre mientras tallaba la madera y volar su cometa desde la ladera que descendía hasta la ribera del río.

En la voz de Delia se mezclaba la dicha del recuerdo con la tristeza de la pérdida. Estela, consciente de ello, deseó salir huyendo de esa cocina y refugiarse en el frío de la tarde apurando un cigarro tras otro, pero no se atrevió. Debía terminar lo iniciado. No quería ni pensar en la reacción de su padre si decidía contravenir su orden expresa. El día anterior a su partida, él la había amenazado. De forma sutil, como solía hacer, pero también contundente:

—No me hagas pisar ese pueblo de mierda del que me fui para no volver jamás, porque te juro que te acordarás para siempre de ese día.

Ella había asentido, conteniendo el asco visceral que le producía aquel hombre, y se alejó de su lado satisfecha por perderlo de vista al menos un par de semanas.

—Ella siempre guardaba las joyas —le aseguró antes de separarse— en un cofre de madera pequeño. Recuerdo que tenía muchas, porque tu abuelo se deslomó trabajando en América antes de enterrarse en vida en ese lugar maldito. Él heredó la fortuna que, a su vez, había hecho su padre antes de morir como un puto animal, aplastado por un tronco. Dios, qué forma más horrible de palmarla. Ese dinero que recibió, más el que el propio Moses hizo durante los años que estuvo allí, los invirtió en oro. Sí, como lo oyes. Tu abuela debe de tener un joyero lleno de brazaletes, anillos y cadenas de oro y tu misión es localizarlo y entregármelo. Del resto, ya me encargaré yo.

Como ella no respondía, le puso un dedo bajo el hombro, justo sobre el hueso de la clavícula y comenzó a propinar cortos y contundentes golpecitos:

—No me mires así. Ella no lo necesita y a mí me va a venir muy bien. Después de todo, soy su única familia.

Rió con saña, con esa estruendosa carcajada que solía derivar en un acceso de tos, y sentenció:

—Recuerda. Nada de engaños. Ya sabes cuál es el precio.

Ella se retiró hacia un lado para evitar su contacto, pero él no se percató del rechazo porque continuó hablando:

—Y, además, tienes que asegurarte de que sigues figurando como su heredera en el testamento. Fíjate bien, porque esa casa, que valdrá sus buenos millones, no podemos dejar que caiga en manos de ningún

comprador.

Sonrió dejando ver sus dientes amarillos, podridos por el tabaco. Ella reprimió una náusea que le brotó desde el centro del estómago y se alejó sin decir nada.

Ahora, sentada frente a aquella dulce y cándida mujer, pensó que debía ser rápida. No quería hacerla sufrir más de lo necesario. Su tarea debía ser limpia y aséptica. Para lo cual, nadie debería interferir en su camino.

# XXIII

Una débil luz intentaba abrirse paso por las contraventanas que había dejado entreabiertas. Seguía sintiéndose muy vulnerable en la oscuridad. Los terrores nocturnos que sufría desde la niñez habían mejorado algo, pero de ninguna manera habían desaparecido, y le resultaba insoportable permanecer en la oscuridad absoluta.

En cuanto pudo abrir los ojos, recordó el plan que debía ejecutar y repasó de nuevo todos los detalles. Debía moverse con rapidez. Así que, segura y confiada de que ese iba a ser un buen día a pesar del frío, la humedad y las nieblas, se introdujo bajo la ducha dejando que el agua caliente, casi hirviendo, enrojeciera su piel.

# XXIV

En la mayoría de las casas del pueblo se abrieron los postigos y las ventanas. El rumor trepó desde el llano hasta la cabecera del valle, extendiéndose entre los caseríos de las montañas y descendiendo hasta los labradores que a esas horas se encontraban ya trabajando la tierra.

En Aura alguien había sido asesinado.

En la casa solariega en la que transcurría el escaso tiempo que atesoraba, Esteban se estremeció porque los rumores, las habladurías, le traían recuerdos de viejas rencillas que se saldaban de noche, bajo la argucia de un accidente. Alterado, se echó encima el viejo gabán y se acercó trastabillando sobre las piedras del camino hasta la puerta de la iglesia. Cuando llegó, ya se habían reunido allí muchos vecinos que se dolían en voz alta por la pérdida de aquel pobre desgraciado que jamás había disfrutado del amor de una familia.

El cuerpo de Michel había sido encontrado a primera hora de la mañana, cuando el sol todavía era débil, por un pastor que dirigía sus ovejas a los prados del otro lado del río. El guardián del rebaño, su fiel Corki, avanzaba tras las reses mordisqueando las patas de la que se situaba más a la derecha, o ladrando a la que iba más a la izquierda, sin parar de moverse y de dirigirlas con maestría. Genaro, el pastor, iba detrás, alabando la labor de su perro e intentando liar con la mano que el cayado le dejaba libre el primer cigarro del día. De repente, Corki comenzó a ladrar, pero de una manera diferente a como lo hacía cuando quería agrupar a las ovejas. Parecía alterado y buscaba, con su actitud, que Genaro dejara lo que estaba haciendo y se acercara rápidamente hasta la regata que las ovejas ya habían atravesado con su torpe y atropellado caminar. El pastor obedeció, tal y como hacía siempre que lo requería su can, y se acercó rápidamente sin dejar de preguntar:

—Tranquilo, chico, tranquilo. Vamos a ver qué pasa. ¿Qué es, Corki? Seguro que es un ternero que se ha quedado encajado en el barro. ¿O es un zorro herido? ¿Qué es, chico?

Pero cuando llegó y vio el cuerpo tirado en el lodo, sintió un profundo vuelco en su interior.

Michel yacía en la tierra, boca abajo, con las manos bajo el estómago, la cabeza ladeada hacia la izquierda, los ojos abiertos como platos y la boca abierta, en la que todavía se podía observar un hilo de baba. Se acercó rápidamente para comprobar que, como suponía, el

chico había fallecido.

—¡Rediós! —masculló el pastor—. ¡Pobre zagal!

Y con delicadeza, se agachó a cerrar los párpados que apenas podían contener sus desorbitados ojos.

Enseguida ordenó a Corki que agrupara al rebaño para emprender el descenso hacia el pueblo. Por el camino se encontró a un hortelano que a esa hora se dirigía a las huertas de la ribera del río y le contó lo que había descubierto. También él recibió la noticia con dolor y aturdimiento. Todo el valle conocía a Michel.

—Marcha a dar aviso, Genaro. Que yo me ocupo de ir a por el chaval, lo monto en el carro y lo llevo hasta el pueblo.

Así lo hicieron y en cuanto recogió a las ovejas en el corral, Genaro entró en Aura y transmitió a todas las almas con las que se iba encontrando el desgraciado hallazgo. La noticia, como era de suponer, corrió como la pólvora por todo el valle y para cuando llegó a la iglesia y habló con el padre Anselmo, muchos ya se habían enterado.

La plaza bullía de expectación. Los vecinos esperaban que apareciese el carro que transportaba el cuerpo del infeliz muchacho. Michel había sido un hijo de todo el pueblo, un chaval al que habían visto crecer y por quien, a su manera, sentían verdadero aprecio. La lástima y la compasión se contagiaba de un grupo a otro.

Estela apareció de pronto por el camino de la acequia, junto al sendero lateral de la iglesia y observó, desde una cierta distancia, la plaza en la que se congregaba ya un buen número de vecinos. Eduardo se acercó a ella y le dijo:

—¿Te has enterado?

—¿De qué?

—Michel. Ha muerto.

Estela no se alteró, por lo menos aparentemente.

—¿Muerto? ¿Qué le ha pasado?

—Uno de los hombres del pueblo, Genaro, lo ha encontrado entre unas zarzas, en el camino que va a la ermita de la Virgen de las Nieves. La senda es bastante agreste, pero según parece, a Michel le gustaba frecuentarlo atraído por la historia del lugar.

—¿Qué historia?

—Se cuenta que, durante la guerra, hasta la ermita fueron a esconderse varios jóvenes de la localidad después de haber volado las vías del tren e impedir así que los refuerzos pudieran llegar hasta el extremo más occidental del valle, donde se estaba librando una de las últimas batallas. La represión fue tan salvaje que, cuando los encontraron, los fusilaron sin que mediara ningún juez. Los colocaron

con la espalda pegada a la pared de la ermita y los acribillaron al amanecer. Los disparos se oyeron desde todos los rincones de la antigua Aura.

—¿Por qué acudía entonces a ese lugar? No parece un lugar muy bucólico.

—Quién sabe. Supongo que por las vistas o quizá por la tragedia que allí tuvo lugar. A Michel le gustaban demasiado las historias espeluznantes. El pobre chaval vivía deslumbrado por la muerte.

—¿Crees que alguien ha podido hacerle algo?

—No lo sé. Mira, allá viene Benito.

Hasta la plaza llegó renqueando un viejo tractor que llevaba enganchado un remolque sucio y destartalado. En la parte de atrás, cubierto por una manta recia, se adivinaba el cuerpo sin vida del desdichado. Benito descendió del tractor ordenando a la gente que se separara del vehículo. Se hizo un corro bastante amplio y el médico, Braulio Casaldo, se acercó hasta el bulto del que sobresalían dos zapatos polvorientos. Levantó la manta y examinó el cuerpo durante unos segundos. Benito le dijo algo en voz baja y el doctor revisó los ojos, la boca y la cabeza del cadáver. Finalmente, se dirigió hasta donde el alcalde esperaba junto al padre Anselmo:

—Esperaremos confirmación del forense, pero juraría que ha sido envenenado.

El padre Anselmo se santiguó e inició una oración por el alma del chico. Cuando terminó, los congregantes respondieron con un «amén» y poco a poco se fueron dispersando en pequeños corros que comenzaron a transmitir la noticia: en Aura, la nueva Aura, se había cometido un asesinato.

Algunas horas después, en la iglesia, el padre Anselmo se disponía a reunirse con las mujeres del grupo de oración. Habría cancelado la reunión con gusto, pero no quería avivar el fuego de la murmuración y pensaba que lo mejor sería combatir los chismes con la rutina.

Un grupo de ocho mujeres conversaban con vehemencia en dos bancos de la iglesia situados frente a frente junto a la capilla de san José. Conforme el padre Anselmo se iba acercando pudo apreciar que entre ellas circulaba una tensión soterrada que no podían ocultar. Cuando se sentó se mantuvieron en silencio, pero pudo sentir su recelo.

—Podemos empezar, si les parece, por rezar una avemaría por el eterno descanso de Michel.

Las mujeres murmuraron quedamente: «Dios te salve María, llena eres de gracia...», mientras mantenían las manos sobre el regazo y la

vista dirigida al suelo. «Y líbranos del mal, amén». El padre Anselmo se percató de que Rosa era la única que había mantenido los labios sellados durante toda la oración y se preguntó de qué estarían discutiendo cuando él llegó. Pero antes de que tuviera tiempo de hacer ninguna conjetura, el misterio quedó resuelto cuando doña María, una de las mujeres de más edad, dijo secamente:

—Padre Anselmo, hemos estado hablando de lo que ha sucedido y creemos que es nuestro deber comunicarle que nos sentimos desprotegidas.

El sacerdote se mantuvo en silencio mientras las mujeres se aventuraban en una creciente diatriba que fue elevando el tono de las conversaciones hasta que, por fin, Rosa dijo:

—Esa chica es la nieta de Delia. No es ninguna asesina.

—¿Y quién la ha tratado de tal, si puede saberse? —Las demás prorrumpieron en rotundas exclamaciones.

—Estás tergiversando nuestras palabras.

Al final, el padre Anselmo puso fin a la discusión levantando una mano y pidiendo que hablaran de una en una.

—Padre —comenzó doña María—, tan solo hemos dicho que nunca habíamos tenido un asesinato en Aura. Sin embargo, en cuanto aparece esa chica en nuestro pueblo, descubrimos el cadáver del pobre Michel en un zarzal. Y hemos sugerido que quizá no sea una simple coincidencia.

—Y yo digo —refutó Rosa— que ninguna tenemos derecho a acusarla de asesinato. Escúcheme bien, padre —y el tono de Rosa era implorante—, no creo que esa muchacha sea culpable de nada. Cualquier malhechor de pacotilla ha podido salir al encuentro de Michel y deshacerse de él.

—¿Y qué motivos tendría ese desconocido malhechor para hacerle daño?

—¿Y qué motivo podría tener Estela? —replicó Rosa.

—No lo sé con seguridad, pero me consta que algún desencuentro ha tenido con él.

—Eso no es cierto y quien lo diga miente.

—Dicen que Michel la molestaba.

—Ella no dio indicios de sentirse molesta.

—Pues a mí me parece que pudo sentirse amenazada.

La discusión llegó a tal extremo que el padre Anselmo decidió zanjarla con presteza.

—Señoras: me van a disculpar, pero vamos a cancelar nuestra sesión de hoy. Rosa: es encomiable la defensa que hace de esa chica.

Doña María: entiendo su preocupación y, créame, si la policía tiene el menor indicio de que Estela está involucrada en la muerte de Michel, esté usted segura de que la investigarán. Ni siquiera sabemos si se ha confirmado que la muerte de Michel fuera debida a un envenenamiento.

Y, dicho eso, se persignó ante el altar y se alejó hacia la sacristía aliviado por alejarse de los problemas terrenales y deseoso de sentarse en calma a orar por el alma de Michel y decirle a Dios que su paso por la tierra, aunque breve y errabundo, no había sido en vano.

## XXV

Al día siguiente, el informe del médico forense dictaminó muerte por envenenamiento. Como ningún vecino ni allegado pudo aportar algún indicio que aconsejara el análisis de algún veneno en concreto, el toxicólogo analizó los más comunes y, desafortunadamente para él y para la posible resolución del caso, la conclusión fue relativamente sencilla: la muerte de Michel había sobrevenido por envenenamiento debido a la ingesta de algún tipo de pesticida.

Las murmuraciones, lejos de cesar, se multiplicaron, pues todo el pueblo comprendió que cualquiera podía haber tenido acceso a un producto presente en casi todas las casas del valle y que se utilizaba para matar la mala hierba de huertos y campos. Durante toda la jornada, los vecinos aprovecharon para velar el cadáver del pobre Michel y para continuar con las habladurías.

El párroco había dispuesto que se instalara en la iglesia una capilla ardiente y hasta allí se acercaron personas provenientes de todo el valle para presentar sus respetos a un hombre que no había tenido familia, pero sí el afecto de sus vecinos.

—¿Quién ha podido ser el desalmado?

—¿Qué mal pudo hacer el chaval?

La mayoría de los comentarios terminaban haciendo referencia más o menos expresa a la forastera.

Rosa, que había estado casi todo el día en la iglesia, se fue caminando hasta su casa. Sentía un intenso dolor de cabeza, agravado por la tensión de las últimas horas.

Se dirigió a la cocina, sacó un hervidor de hierro, lo llenó con una medida de agua y unas cuantas flores de camomila y lo puso al fuego. Cuando sonó el silbato, vertió el líquido en una taza y lo dejó reposar cinco minutos. Por fin, cuando la manzanilla desprendió su intenso aroma por toda la habitación, sacó una botella de anís, vertió un buen chorro sobre la taza y por fin bebió con fruición sujetándola con las dos manos. El líquido ardiente con el inconfundible sabor dulzón del anís le tonificó el cuerpo y la mente. Más tranquila, se sentó en la butaca, cerca de las ventanas que daban a casa de Delia. Observó su ventana intentando adivinar qué estaría haciendo. Le pareció que los visillos se movían, pero no llegaron a abrirse. Bebió otro sorbo de manzanilla. Todavía estaba temblando. No podía alejar de su mente la cara de Michel, su boca entreabierta... Hizo un gesto para alejar esa

imagen y, en cambio, rememoró, una vez más, el dolor de aquellos lejanos días.

Cuando nació Emilio, su precioso hijo, Rosa pensó que las correrías de su marido llegarían a su fin. Nada más lejos de la realidad. El pequeño no tenía aún una semana de vida cuando Estanis volvió a pasar la noche fuera de casa.

—Negocios —dijo a la mañana siguiente cuando ella le pidió explicaciones.

—Monsergas —respondió ella—. Eso es mentira.

—Te conviene callarte, Rosita, y dedicarte a criar a nuestro hijo. Hasta ahora te he tratado bien, pero no quieras saber de lo que soy capaz si me tocas mucho los cojones.

Ella se quedó paralizada. Hasta el momento nunca la había tratado con cariño, pero tampoco con desprecio. Entendió que una nueva etapa se abría ante ellos. Con su matrimonio, él solo había perseguido asegurar una descendencia y ahora que ya estaba garantizada, ella sobraba. Un instinto todavía más fuerte que el maternal le aconsejó que tuviera cuidado y le previno de la ira de aquel hombre siniestro. Aunque ella se mantuvo en silencio, él decidió zanjar la cuestión de una vez y para siempre:

—Estoy en MI casa y haré lo que me dé la gana. Puedes estar agradecida de que le haya resuelto la papeleta al tonto de tu hermano y de que te haya dado un hogar. Pero para seguir manteniéndote, ya sabes lo que tienes que hacer, ocuparte de mi hijo y jamás, JAMÁS, pedirme cuentas de lo que hago o dejo de hacer. ¿Está claro?

Una congoja formada por lágrimas de rabia le impidieron responder enseguida.

—¡Que si está claro! ¡Que no quiero repetir las cosas dos veces! ¡Hostia!

—Sí —dijo por fin ella en un lamento—. Está claro.

—Pues andando a hacer la cena. ¡Ah! Y otra cosa, Rosita. Más te vale que a mi hijo no le pase nunca nada.

En eso estuvo de acuerdo y es a lo que se dedicó con esmero toda su vida, no solo porque él se lo hubiera ordenado, también por convencimiento. Porque desde el momento en el que lo tuvo entre sus brazos, supo que ese niño había llegado al mundo a rescatarla de la amargura y del desprecio de Estanis. A partir de esa primera noche que él pasó fuera de casa cuando todavía no hacía una semana que había nacido Emilio, a ella le importó bien poco qué hacía, dónde iba o con quién. Sabía, porque lo sabía todo el pueblo, que se veía con otras mujeres, que gastaba mucho dinero en el casino y que nadie

conocía exactamente a qué se dedicaba. Los vecinos de Aura tenían mucha precaución de no decir nada delante de ella, pero en alguna ocasión había captado al vuelo palabras, comentarios rápidamente reprimidos por un gesto de advertencia.

Mucho peor fue cuando corrió el rumor de que una de aquellas golfas con las que iba su marido era precisamente la hija de una vecina de Aura. Hasta ese momento Estanis siempre había sido discreto: se había dejado ver acompañado de decenas de mujeres que no eran la suya, pero no se había acercado a Aura con ninguna. Sin embargo, cuando el niño tenía cinco o seis años, a sus oídos llegó que Estíbaliz, la despampanante hija de una de sus vecinas, se había liado con su marido. Poco más de un año duró el romance y todavía sentía fuego en sus entrañas recordando el ultraje y la humillación de compartir charla y confidencias con la madre de aquella furcia. Era consciente de la incomodidad de las demás cuando ambas coincidían, una circunstancia que intentaban evitar a toda costa. También percibía que la madre de su rival la miraba con una expresión parecida a la pena. Y eso sí que no lo podía soportar.

Por supuesto no le dijo nada a Estanis. Desde aquella lejana conversación, mantenían una actitud cordial, es decir, no hablaban de nada que no tuviera relación con el hijo que tenían en común o con chismes inofensivos acerca de la vida cotidiana del pueblo. Él no le había vuelto a levantar la voz y ella jamás volvió a molestarle con la exigencia de ninguna explicación. Llegaron a respetarse mutuamente e incluso a disfrutar de una cierta familiaridad. Afortunadamente, lo que sea que tuviera con aquella chica terminó y Rosa volvió a reunirse con sus vecinas con la cabeza alta. En varias ocasiones, la madre de la chica intentó hablar con ella. Lo podía adivinar en sus ojos algo llorosos, en el ligero temblor de su voz al preguntarle cómo se encontraba. Pero ella cortó de raíz cualquier tipo de acercamiento. No quería el consuelo de nadie y mucho menos su compasión. Esa actitud le granjeó no pocas hostilidades hasta que, paulatinamente, todas se fueron acostumbrando a no hacerle preguntas muy personales ni a interesarse por sus asuntos. Excepto Delia, claro está, que siempre compartió con ella las grandes alegrías y tristezas de su vida.

Moses y Estanis en cambio, nunca congeniaron. A Rosa no le extrañaba, porque pensaba que nadie en su sano juicio querría intimar con su marido. De temperamento muy diferente, ambos mantuvieron, sin embargo, una relación cortés y educada cimentada por la sincera amistad entre las dos mujeres.

Pero Rosa descubrió con horror que sí había una persona

deslumbrada por la personalidad de Estanis: su propio hijo. Aunque el pequeño Emilio fue siempre el objeto y el fin de la vida de Rosa, en cuanto el chico tuvo uso de razón se decantó por Estanis. Todo lo que él hacía estaba bien. Su padre era un héroe, un titán, y nada de lo que pudiera decir Rosa, que por otra parte nunca le habló mal de su padre por miedo a que el chico le fuera con el cuento, podía socavar la imagen que tenía de su progenitor. Ella intentó que también lo mirara bajo otro prisma: el de la soledad que infligía a su madre; el de las ausencias prolongadas; o el de la escasa relación que mantenía con los demás habitantes del pueblo y que tan determinada había estado por el embalse de la Vera Cruz.

Cuando toda Aura se unió para evitar que el pantano destruyera su historia y cercenara la posibilidad de un futuro, Estanis fue uno de los que atajó el asunto en términos económicos y aceptó sin rechistar el dinero de la indemnización. Además, tildó a sus vecinos de mojigatos y pusilánimes. «Los muertos no importan a nadie —afirmaba—, en cambio los vivos debemos ser listos y aprovecharnos de la coyuntura». El tiempo no le dio la razón, porque las compensaciones recibidas fueron mucho más exiguas de lo prometido y porque, tras el hundimiento de Aura, nadie pudo prosperar. Siguieron adelante con sus vidas, por supuesto, pero en el camino perdieron la determinación de un futuro compartido. La codicia de Estanis le granjeó muchos enemigos, y uno de ellos resultó ser Moses. Fue aquella una época turbia en la que las dos amigas apenas mencionaban el conflicto del embalse. Temían que, si ahondaban en la diferencia, jamás lograrían superarla, por lo que durante muchos años mantuvieron un tácito pacto de silencio.

En qué momento comenzó a perder a su hijo es algo que aún hoy se pregunta y para lo que todavía no tiene respuesta. Daría lo que fuera por volver atrás y descubrir el instante exacto en el que su hijo, todavía un chico inocente, comenzó a desviarse de la trayectoria que hasta entonces había mantenido.

Emilio, Emilín como le llamaba ella, fue un niño refunfuñón y ruidoso. ¡Pero era tan divertido! Su padre decía orgulloso que había sacado su furia. Los primeros años tenía unos berrinches de consideración, pero las rabietas no le duraban mucho más de unas horas. Bien es cierto que siempre cedía cuando ella acudía a hacerle alguna carantoña. Y ¿no significaba tener buen talante y disposición el hecho de que él cambiara su actitud en cuanto ella se lo pedía? Quizá alguien con otro concepto más adecuado de la educación habría observado que el niño se envalentonaba cada vez que su madre corría

a su lado a responder a sus caprichos. Pero nadie se lo dijo.

Pasó el tiempo y Emilio aprendió a dejarla en ridículo delante de su padre. Se hizo experto en el arte de la sustracción y el robo, y, conforme fue haciéndose mayor, las jugarretas pasaron a ser trastadas, más tarde picardías y, por último, infracciones y flagrantes delitos. Quizá por eso Rosa era incapaz de descubrir cuándo su hijo se convirtió en un clon de su padre. Idéntico incluso en el trato despectivo y frío que tenía con ella la mayoría de las veces.

Un ruido detuvo el cauce de sus pensamientos. Provenía de la casa de enfrente. Rosa se acercó a la ventana sin ser vista y observó la sombra de una figura conocida tras los cristales de la ventana de Delia. Se acercó a mirar con disimulo y vio a Estela golpeando con los nudillos la puerta de su vecina. Oculta tras las cortinas, curioseó mientras Delia le abría la puerta, le dedicaba una sonrisa un tanto forzada y la invitaba a pasar. Las observó mientras sus figuras, difuminadas tras las cortinas de hilo, tomaban asiento cerca de la chimenea. Supuso que estarían hablando de Michel. El anuncio de su muerte había conmocionado a casi todos los habitantes del valle.

Sin embargo, Delia y Estela no hablaban de Michel y sí lo hacían, en cambio, de Emilio.

—Tu padre empezó a torcerse cuando cumplió los quince años. Y fue por culpa de un amigo, Emilio Villar, no sé si lo conoces.

Estela asintió en silencio.

—Emilio Villar fue, desde que nació, la peor influencia que pudo tener nunca un niño. Tu padre era tímido y tranquilo y Emilio era todo lo contrario. Le gustaba trepar a los árboles más altos, torturar a bichos indefensos y, sobre todo, correr riesgos. Alguien dijo una vez que se puede ser adicto a la sensación que produce un exceso de adrenalina en nuestro cerebro. De ser cierto, él desde luego lo era. Adicto, quiero decir, pues coqueteó con todos los peligros imaginables: la violencia, la velocidad, el juego y, por supuesto, la droga.

Delia calló durante un instante. Estela no sabía si el leve temblor de su voz se debía a la fatiga o a la emoción así que esperó a que continuara sin decir nada.

—Desde niño le gustaba hacer daño a los animales. Arrancaba las alas de las moscas, seccionaba las lombrices de río, reventaba los sapos con la rueda delantera de su bici y arrasaba los nidos de las golondrinas por el puro placer de la destrucción. Conforme se hizo mayor, aumentó su gusto por el sadismo. Ya no se conformaba con pequeñas aves o reptiles, sino que le cogió el gusto a apedrear a los

perros, despellejar a los gatos o asustar a las gallinas al provocar la muerte de alguna de ellas por aplastamiento.

»¿Quién educa a un niño para que albergue esos sentimientos? La respuesta es nadie. Te puedo asegurar que Rosa, su madre, jamás le inculcó esa maldad. Todo lo contrario. Ella es una mujer callada, resignada. Lo que ha tenido que aguantar no lo sabe nadie más que ella. ¿Qué no habrá visto la pobre Rosa en aquella casa? No quiero ni pensarlo. Y es algo de lo que jamás habla, y desde que murió, no ha vuelto a pronunciar el nombre de su marido. Pero debo ser sincera. Tampoco Estanis educó a su hijo para que se convirtiera en el canalla que después fue. Por una sencilla razón: apenas tuvieron contacto. Cuando Emilio era tan solo un bebé le molestaba su llanto; cuando niño, las pataletas y las regañinas; y ya a punto de convertirse en adolescente, su mal humor. Pero es que, además, un día, Emilio tendría siete u ocho años, su padre se largó. No de una forma permanente pero sí durante temporadas muy largas. Por aquel entonces tenía una querida más allá del muro del embalse, en algún pueblo río arriba; y debía de ser una de postín, porque con ella estuvo varios años. Hasta que un día todo terminó y Estanis volvió a Aura. Rosa no dijo nada, hacía mucho que sabía que no le estaba permitido indagar en la vida de su marido, pero su hijo, que entonces contaba ya trece años, se lo reprochó. Su padre le respondió furioso que no era asunto de nadie lo que él hacía o dejaba de hacer y lo amenazó con molerlo a palos si se inmiscuía en su vida; pero el chico, que ya era un mocetón, se enfrentó a él y fue Rosa la que, aterrada, se interpuso para separarlos. Fue la primera de un rosario de discusiones que, desgraciadamente, nos arrastró a los demás como un torrente.

Estela seguía sentada en silencio. Delia parecía afligida. Su rostro reflejaba una profunda tristeza que le recordó de una forma sutil a la que su madre irradiaba en los últimos meses de vida. Quiso tomar una de sus manos y apretársela con afecto, pero desistió. Debía cumplir con su cometido y si se implicaba emocionalmente corría el riesgo de no conseguirlo, así que se limitó a mirarla impávida mientras Delia desgranaba sus recuerdos.

—Tu padre —dijo entonces Delia—, tu padre no era así. Pero se dejó arrastrar. Durante todos estos años he tenido tiempo para reflexionar sobre el motivo de su ceguera, de su obsesión por Emilio, y la razón es que creo que mi hijo siempre fue un pusilánime, un timorato que consintió en dejarse manipular por un depravado. No es que quiera quitarle culpa, pero quizá todos tenemos nuestra parte de responsabilidad, y si lo hubiéramos apartado de Emilio, es posible que

mi hijo estuviera hoy aquí.

Ahogó un sollozo y se cubrió la cara con las manos. Estela reprimió el impulso cada vez más fuerte de confortarla, pero se recordó a sí misma que, si cometía el más mínimo error, el plan se vendría abajo.

De nuevo sintió con todas sus fuerzas la necesidad de alejarse de su padre, de llevar a término lo que su madre había dicho tantas veces y comenzar una nueva vida lejos de la perversión en la que había vivido. En cuanto apareció su madre en sus pensamientos, volvió el reproche mudo: «¿Por qué nunca tuviste el valor de huir?», pensó con rabia. «Porque no pudo», se respondió a sí misma con el pecho invadido por la pena, «porque jamás le dejaron tomar una sola decisión».

Mientras hablaba, Delia llevaba un buen rato observándola de refilón. Hubo un momento en el que le pareció que los ojos de Estela brillaban demasiado, como si fueran a deshacerse. Aun así, continuó como si nada. No había conseguido superar el malestar, la inquietud e incluso el miedo que le causaba su presencia. Intuía que era peligrosa, podía percibirlo en su mirada de rencor, en el rictus desafiante con el que se enfrentaba a la vida, pero sin poder evitarlo, había momentos en los que sentía compasión por esa chica desconocida y, sin embargo, tan extrañamente cercana. Como en ese preciso momento. Se fijó en que sus facciones, cuando estaba relajada, eran duras pero bellas. Tenía labios finos y una nariz quizá demasiado recta, pero esos ojos diáfanos y esa expresión de melancolía dulcificaban y rejuvenecían su rostro. Era imposible que Delia sintiera ningún tipo de afecto por ella, pero algo parecido a la comprensión brotó en su interior. Algo más tranquila le preguntó:

—¿Quieres quedarte a cenar? Puedo hacer crema de verduras y tortilla de patata. Me sale muy rica.

Estela la miró como despertando de un trance, esbozó su ya conocida media sonrisa y dijo:

—Vale, ¿por qué no?

Desde el otro lado de la calle, Rosa las observaba entre las sombras. La ventana iluminaba una estancia cálida y acogedora que enmarcaba una escena decididamente familiar a los ojos de cualquiera. Estela, sentada en el borde de un taburete alto, pelaba patatas con muy poco estilo mientras, a su lado, Delia picaba puerros y zanahorias con exquisito cuidado.

Rosa no pudo reprimir una sonrisa. Complacida, se dirigió a su habitación. La noche anterior apenas había podido conciliar el sueño.

# XXVI

No había pasado ni una semana desde la llegada de Estela a Aura y las murmuraciones iniciales continuaban creciendo. El pueblo se encontraba dividido entre dos posturas contrapuestas y excluyentes. Estaban los que pensaban que, de alguna manera, Estela podía estar detrás del asesinato de Michel; y quienes aseguraban que el crimen nada tenía que ver con su llegada al pueblo y que había sido fruto de la casualidad.

Hasta Aura se había desplazado además una pareja de oficiales de policía y las primeras pesquisas arrojaron el resultado de que la última persona que había visto con vida a Michel había sido Eduardo.

Durante el interrogatorio, este había confirmado que se había encontrado con él la víspera de perecer asesinado.

—Me asusté porque apareció de improviso, pero enseguida me relajé. El pobre Michel no era peligroso. Jamás habría hecho daño a nadie.

—¿Por qué cree, entonces, que alguien querría asesinarlo?

—No lo sé. He reflexionado mucho sobre ello, pero no encuentro ninguna explicación. Michel decía muchas tonterías, pero tan solo eran eso, tonterías.

—¿A qué se refiere?

—Pues a que hablaba mucho de la muerte, de seres que volvían de entre los muertos, cosas así. Quizá esos comentarios podían causar cierta desazón en algunas personas, pero no creo que nadie deseara su mal, todos sabíamos que no estaba bien.

—¿Notó algún cambio en su comportamiento durante los últimos días?

—No. Michel pasaba temporadas más tranquilo y otras, en cambio, de gran excitación. Ahora estaba pasando por una de esas etapas de agitación, pero sin que hubiera habido nada que la desencadenara.

—¿Diría usted que la llegada de esa chica nueva al pueblo, Estela, le generó un cierto estado de inquietud?

—No, en absoluto.

—¿Está usted seguro? Porque no es eso lo que nos han dicho...

—Verá, es cierto que estaba más nervioso, pero como le digo, eso le ocurría habitualmente. Él no tenía nada contra Estela, lo que le daba miedo era la irrupción de un elemento discordante en su ordenada y maniática vida.

—¿Y ella? ¿Se sintió molesta con el recelo manifiesto de Michel?

Eduardo reflexionó antes de responder. Quería, debía ser riguroso, pero tampoco le gustaría perjudicar a Estela. Recordó su temperamento, altivo pero tranquilo, evocó su mirada limpia y directa mientras atendía la historia de Aura, rememoró sus ojos empañados en casa de Esteban, cuando escuchó la desgracia que se cernió sobre el valle. Y por fin respondió:

—No. En ningún modo se sintió molesta. Si despierta los recelos del pueblo es por su forma de ser, algo altanera y solitaria, pero en ningún modo fue descortés o grosera con Michel. Diría incluso que es una persona con una cierta tendencia a preferir la compañía de los más miserables.

—Como Michel.

—Así es agente, como el desafortunado de Michel.

Los agentes requirieron que, si recordaba alguna cosa más, algo que pudiera servir de pista para reconstruir las últimas horas de Michel, los llamara sin dilación.

—A cualquier hora. Estamos alojados en el hostal que está a las afueras del pueblo.

«En el que también se aloja Estela», pensó Eduardo. Pero no dijo nada.

Sentía una extraña sensación, la intuición de que esa chica atraía conflictos y despertaba recelos, y sin quererlo, un sentimiento de rebeldía se antepuso a todos los demás. Se enorgulleció de haberla defendido ante la policía. Estaba seguro de que ella no era una asesina.

También Rosa insistió en este punto. Cuando se reunió con los agentes aseguró que Estela no era más que una infeliz que había escogido un mal momento para visitar a su abuela. Y afirmó que el pueblo en el que había nacido su padre y del que descendía su familia la había recibido como lo que eran, una recua de chismosos. Los agentes escucharon impávidos la historia del muchacho que salió de Aura para no volver jamás y cómo la hija de aquel joven había vuelto para conocer a su abuela. Iban tomando nota de todo lo que Rosa les contaba mientras introducían alguna pregunta para clarificar los términos de la declaración. No le dijeron nada a ella, pero uno de los agentes, garabateó al lado del nombre de Estela: «comprobar posibles antecedentes».

Al final, los agentes le instaron a que se fuera a su casa.

—Busquen al culpable en otro lugar, agentes, no en Aura.

Rosa había hablado en un tono mucho más quedo del que había

estado utilizando hasta entonces. Uno de los agentes la miró y vio en sus ojos fulgurantes que quería decir algo más.

—¿A qué se refiere, señora?

—A que el otro día llegaron al pueblo unos jóvenes a los que no había visto antes. Atronaron las calles con sus motos y estuvieron un rato en la plaza, riendo con estruendo y bebiendo cerveza. Michel los observaba desde una distancia considerable, pero aun así lo vieron y se rieron de él con disimulo. Se rieron de su forma de caminar y de los golpes que, involuntariamente, se pegaba contra el pecho.

—¿En algún momento lo molestaron?

—No delante de mí. Pero ¿quién nos dice que luego no lo siguieron y terminaron matándolo solo por diversión?

Los agentes no dijeron nada. Esa historia no tenía ni pies ni cabeza. Entraba dentro de lo probable que unos matones maleducados se hubieran reído del hombre discapacitado, por desgracia conocían demasiados casos en los que la condición humana revelaba su crueldad innata y su placer por el sufrimiento ajeno; pero no parecía posible que, sin que mediara ningún motivo o provocación, lo hubieran seguido por un camino demasiado abrupto hasta matarlo con pesticida. Le agradecieron su aportación y, al igual que a Eduardo, la conminaron a que hablase con ellos si tenía algún nuevo dato que ofrecer.

De camino a casa, Rosa recordó a su marido. Si hubiera vivido, se habría burlado de su ingenuidad: «la policía, Rosita, no vale para nada. Para cuando te encuentras con uno honrado y cabal, has tenido que sufrir a cien corruptos hijos de puta». «Tú sí que eras un corrupto», pensó.

Cuando llegó al cruce del desvío hacia su casa, Rosa dudó y al final decidió seguir recto por el camino que conducía hasta la salida del pueblo, la que enlazaba con la carretera que iba hasta el hostal. Hacía frío y tenía los pies entumecidos, pero quería despejar sus pensamientos. Un viento helado se colaba entre la gruesa lana de su bufanda. En aquella época, los árboles parecían esqueletos negros a la deriva de un inmenso océano blanco. El invierno en Aura era duro, pero a ella le parecía hechizante. Ese silencio plomizo que podía llegar a enloquecer las cabezas más frágiles y maleables a ella le producía una agradable sensación de tranquilidad.

También a Estanis le gustaba. Era una de las pocas cosas en las que coincidían: en su gusto por la climatología extrema de Aura. En eso y en el afecto por su hijo. Aunque el cariño de Estanis fuera tan dañino. Tras el incidente en el que casi se pegan, su padre había descubierto

en Emilio las dotes de un auténtico hampón. A Estanis le enorgulleció descubrir que no se arredraba ante nadie, ni siquiera ante su autoridad, y reforzó con sus actitudes y comentarios aquel proceder. Fueron incontables las veces en las que les llamaron la atención desde la escuela porque Emilio se dedicaba a molestar a los niños de los cursos inferiores. Sentía un extraño placer arrinconándolos en algún baño aislado o amenazándolos en alguna clase vacía. A algunos les decía que sus padres habían muerto en un incendio. A otros que vigilaran bien bajo su cama porque por la noche él mismo se escondería para matarlos durante el sueño. Los niños, de no más de cinco o seis años, llegaban a casa descompuestos, alguno incluso se llegó a mear de miedo delante de Emilio, que, complacido, respondía dándoles un empujón.

Ante las quejas formales presentadas por algunos padres, el director del colegio les dijo que no toleraría ese comportamiento en su centro. Pero Estanis tenía demasiado poder. Rosa no sabía de qué soterrada forma podría estar amenazando al director, pero estaba convencida de que este no se atrevía a tomar medidas más serias, como una expulsión o un cambio de centro, porque algo se lo impedía. Ella se acostumbró a disculpar a su hijo ante los progenitores de los niños acosados. Se volvió una experta en excusas. «Cosas de chicos. No hay que darle más vueltas», decía. «También a mi Emilio le molestan en el colegio y no voy por ahí montando la de san Quintín». De hecho, fue la primera en poner una instancia en el Departamento de Educación para erradicar el acoso escolar de las aulas. Fue tan elocuente, se involucró tanto en la lucha contra los abusos, que el resto de los padres terminó apuntándose a su cruzada, sin saber que estaban siendo dirigidos por la madre del peor acosador que hubiera existido nunca en todo el Valle de Erill.

Cuando consiguió que echaran al director, Estanis le dijo que había peleado bien. «Como una leona por su cachorro. No esperaba menos de ti». Rosa no dijo nada, pero sintió que el asco le invadía hasta ahogarla. Su hijo siguió a lo suyo y cuando tenía quince años le rompió el pómulo y la nariz a una niña de su clase. Los padres llamaron esa noche para exigir explicaciones, amenazar con ir a la policía y advertirles que habían solicitado la expulsión de Emilio del instituto.

La nueva directora, que llevaba apenas año y medio en el pueblo y ya se había cansado de reprender a aquel mamarracho maleducado y macarra, citó a Rosa y Estanis en su despacho. Les dijo que lo que había ocurrido era tan serio como para haber puesto una denuncia en

comisaría y que, sin embargo, los padres de Cristina, así se llamaba la niña agredida, habían decidido olvidarlo con la condición de que no volviera a acercarse a su hija, lo que supondría la expulsión del instituto.

Estanis no dijo nada, se limitó a mirar a Rosa. Esta supo enseguida lo que se esperaba de ella y dijo con voz suave:

—Señora Ciga, ¿podría usted contarnos qué es lo que ha pasado? Créame, estoy horrorizada y quiero, necesito comprender el comportamiento de mi hijo.

La señora Ciga complacida por la actitud de ella, pues había temido que fuera de naturaleza chulesca como la de su hijo, se deshizo en explicaciones. Que si todo había sido por una broma sin importancia, que si ya saben cómo son los chicos, que si no se puede tolerar ese tipo de comportamientos, aunque hayan venido precedidos de una broma de mal gusto…

—¿A qué broma se refiere usted, señora Ciga?

—Bueno, ya sabe que a estas edades a los chicos les gusta presumir de virilidad. Yo les digo siempre que están en la berrea, ¿ha oído usted a los ciervos en la época de celo? Pues son iguales que los chicos a esa edad: ruidosos, retadores, agresivos. Así están los chicos en mi clase. Y el caso es que ayer, Cristina, la chica a la que pegó su hijo, le gastó una broma, una broma inocente, pero su hijo se lo tomó muy mal.

Rosa seguía manteniendo una expresión entre la extrañeza y el interés, así que la directora continuó:

—Cristina dibujó en la pizarra una caricatura de su hijo.

—¿Una caricatura?

—Sí. Lo dibujó con un pañal y una flor en la mano llamando al timbre de casa de un compañero de su clase.

—¿Con un pañal dice usted? ¿En casa de qué compañero?

—No me gusta hablar de estas cosas porque son chiquilladas, pero en clase hay un chico muy gentil, muy educado, diferente de los demás, vamos. No molesta a nadie, pero a esas edades, ya sabe. Cristina le dibujó quizá para llamar su atención. Los jóvenes a esa edad están despertando al amor, a las relaciones. Pero todo fue una broma, quizá no del todo correcta, pero inofensiva, al fin y al cabo. Pero su hijo se lo tomó muy mal. Fue hasta donde estaba Cristina y sin mediar palabra le golpeó con saña en la cara. Y eso es lo que este centro no puede consentir.

Rosa respiró hondo, miró a Estanis y este le devolvió una mirada como la de un Rottweiler de presa. Se puso lentamente en pie y le dijo:

—Señora Ciga, no voy a consentir que a mi hijo se le ridiculice, se le humille o se le menosprecie. Lo que yo veo es un chico acosado por una compañera. Y que además ha tenido que soportar escarnio, burlas y chanzas de las chicas de su clase, especialmente de esa tal Cristina, que encima le ha dibujado desnudo en la pizarra. Voy a llevarlo a un psicólogo, el mejor que pueda encontrar, y como me diga que ha sufrido el más mínimo trauma por esta vejación, puede ir preparándose, porque le voy a poner una demanda, a usted personalmente y al colegio de manera subsidiaria, que supondrá, créame, el fin de su carrera. No volverá a trabajar jamás, así que, si no le importa, piénselo bien. Mi hijo vendrá mañana al instituto, como todos los días. Nadie le va a impedir el paso, y como se encuentre con alguna otra caricatura, vendré yo misma acompañada de la policía.

La señora Ciga, asustada no tanto por el discurso de ella como por la expresión de él, se echó hacia atrás con un movimiento de instintiva defensa. ¡Qué estúpida había sido! Se había dejado engañar por el tono conciliador de ella y el silencio de él, pero estaba claro a quién había salido el chico.

# XXVII

Cuando Rosa volvía hacia su casa, observó que Delia y Estela se encaminaban juntas por la senda que conducía hasta el cementerio. Se había prometido a sí misma que no se inmiscuiría, pero no lo pudo remediar y decidió seguirlas. Llovía de manera inmisericorde mientras caminaba con paso rápido con cuidado de no perderlas de vista. El agua y el barro salpicaban sus recios zapatos de piel mientras la tierra se abría en charcos rebasando de lodo las cunetas.

El camino se fue escarpando mientras ascendía entre jaras y brezos hasta desembocar en un reducto de cipreses enclenques y verjas demasiado nuevas, carentes de la solera que proporciona el transcurso inexorable del tiempo. El camposanto estaba construido sobre la loma de una de las montañas que se asomaban hacia Aura por el lado más septentrional y, a pesar de su corrección urbanística y ornamental, no podía evitar ser un lugar desangelado e impersonal sin un ápice de la calidez que los años van depositando en forma de musgo entre las hendiduras de las losas o de agujas que las coníferas lloran en silencio. Sus escasos veinticinco años apenas habían impreso ningún carácter al anodino cementerio de Aura y, sin embargo, para Rosa y para la mayoría de los habitantes del pueblo, el cementerio de San Bartolomé era un lugar maldito. Y, una vez más, la causa había de buscarse en las aguas justicieras del embalse de la discordia.

En aquellos años, mientras el pueblo asistía atónito al devenir de los acontecimientos que derivarían en la voladura y posterior anegación de la vieja Aura, sus habitantes se vieron obligados a librar otra batalla en modo alguno menor, a tenor de los hechos que tuvieron lugar aquel verano. Una tarde de domingo, mientras el calor de un sol plomizo e insistente preludiaba la llegada inminente de una tormenta, las campanas de la iglesia comenzaron a sonar. Y su repiqueteo, constante, pertinaz, desquiciante, ya auguraba que no se trataba de nada bueno. Los vecinos se reunieron en la plaza preguntándose con qué nuevo problema tendrían que lidiar hasta conseguir que la tranquilidad volviera a ese valle.

El alcalde, rodeado por los vecinos y acompañado del padre Anselmo, estaba demudado. Sostenía un papel en la mano y su expresión era similar a la de un condenado. Cuando por fin se hizo el silencio, sin poder evitar que la emoción le desbordara y le cerrara la garganta, leyó la orden de exhumación de todos los cuerpos del

cementerio, su inmediato almacenamiento en una nave que había sido una antigua granja de pollos y su posterior inhumación en un nuevo camposanto que se construiría a apenas tres kilómetros de la nueva Aura, la negra Aura.

Abrumado por la emoción contenida, el alcalde no pudo terminar de leer la orden que había llegado desde la Diputación Provincial y fue el padre Anselmo el encargado de transmitir a los vecinos el procedimiento a seguir. También él se sentía derruido, fulminado por una realidad que ni en sus peores pesadillas hubiera podido adivinar, pero recordó su misión pastoral y, aunque cuestionaba, y mucho, la justicia de aquella decisión, quiso dar una oportunidad a la concordia, por lo que se apresuró a tranquilizar a sus feligreses, sobre todo a los de más edad, temerosos del castigo devenido por molestar a los difuntos.

—Solo son cuerpos —aseveró—, hace ya mucho tiempo que sus almas se evadieron de las tumbas hacia su destino definitivo.

Pero era en vano. Las gentes del valle sufrían por el tremendo ultraje y, desanimados, dejaron de creer tanto en Dios como en las instituciones.

Durante algo más de un mes, una cuadrilla de por lo menos treinta sepultureros llegados de los pueblos más alejados del llano trabajó en el cementerio de Aura para exhumar los restos que allí reposaban ante la mirada atónita de los vecinos que asistían a tan lúgubres trabajos sumidos en la pena y el desconcierto. Debido a la naturaleza de la labor que realizaban, los enterradores apenas dedicaron unas briznas de su tiempo a conocer a los habitantes de Aura. Nadie quería saber nada de ellos y aquellos mercenarios de la muerte solo buscaban terminar su trabajo, cobrar y volver a sus aldeas para olvidarse del mal fario que, como todo el mundo sabe, acarrea interrumpir el descanso eterno de los muertos.

Conforme iban emergiendo los féretros y ataúdes de tumbas y panteones, aquellos hombres oscuros los iban apilando en unas camionetas que, traqueteantes, iniciaron el camino hacia su nuevo destino. Los restos óseos que habían rescatado bajo la tierra fueron depositados en unas urnas herméticas reforzadas con cantos de madera de ébano. El trasiego de los camiones desde el cementerio hasta la nueva ubicación del camposanto, atravesando el centro del pueblo, angustiaba a los vecinos de Aura que, consternados, se santiguaban al paso de los féretros. Las campanas de la iglesia doblaban a muerto. Los ancianos aseguraban que hubieran preferido morir antes que ver a sus seres queridos en un recinto que nunca en

vida habían visto y que, estaban seguros de ello, ni siquiera Dios sabía de su existencia.

Muchos jamás se acercaron al nuevo camposanto. El día de Todos los Santos se acercaban hasta el embalse de la Vera Cruz y sobre las gélidas aguas depositaban sus flores en honor de aquellos que ya no estaban.

Rosa era una de esas personas que no frecuentaban el cementerio. Y eso que Estanis reposaba en uno de los nichos más altos y soleados. Esbozó una mueca sombría mientras alejaba a ese miserable de sus pensamientos y observó cómo Estela atendía las explicaciones que Delia le iba proporcionando sobre los más lujosos y ornamentados panteones de la nueva Aura.

Por fin, ambas se detuvieron junto a la tumba de Moses. Estela, con las manos en los bolsillos, se encogió bajo el abrigo mientras Delia se agachaba a retirar una mala hierba que, desafiante, trepaba sobre la lápida. Rosa se acercó sigilosa hasta donde se encontraban, se persignó en silencio, se situó junto a Delia y la tomó del brazo.

Delia sonrió sin mirarla y apoyó su mano sobre la de Rosa.

—Vamos —le dijo—. Vámonos a casa.

E iniciaron el camino de regreso cogidas del brazo, caminando con cuidado, estudiando cada paso con precisión para no hundir los pies en el barro del camino. Estela las seguía, dos pasos por detrás, luchando contra el viento que ululaba entre los cipreses con el propósito de encenderse un cigarrillo.

Ya en casa, Delia la invitó a pasar. Recogió su abrigo, la bufanda y el paraguas y la obligó a sentarse en el sofá junto a Estela, que se había encogido en una esquina del diván, con el pelo empapado y las manos encogidas bajo las mangas de un grueso jersey de color negro.

Rosa la observó con disimulo mientras Delia preparaba café. Era nulo el parecido con su amiga. Su rostro, la expresión de sus ojos, la manera de mover las manos, el ademán de retirarse el pelo de la cara, la forma de mirar y dirigirse a los demás, todo en ella era diferente. Intentó entablar en vano una charla breve y superficial, pero Estela le respondió con monosílabos. Ni siquiera se esforzó en mantener un mínimo contacto visual. Un sutil presentimiento amenazó con instalarse en su interior, pero lo rechazó de golpe. Delia volvió con una bandeja.

—Aquí tienes. Un café con mucha leche y unas galletas de canela. Tus preferidas.

—Gracias, Delia. Hmm, qué bien huelen. Así olía la casa de tus padres, la de Aura vieja. ¿Recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. Aguarda un momento, Estela, te voy a mostrar la casa de mis padres.

Se acercó a una sólida librería de madera y extrajo un volumen algo ajado: un álbum de fotos. Abrió una de las páginas y le mostró una instantánea en la que aparecían un hombre y una mujer con expresión de extrañeza delante de una pequeña casa de piedra. A su lado había un pozo en el que estaba encaramado un gato negro que miraba a la cámara de soslayo.

—Estos son tus bisabuelos.

En los ojos de Estela no había expresión alguna cuando asintió.

—Y este es Víctor. Esta foto fue tomada el día que ganó el concurso de poesía. ¿Te acuerdas, Rosita? Todos los niños de sexto curso participaron. Era una convocatoria estatal y de cada comunidad solo podía haber un alumno ganador. Víctor no quería presentarse. Decía que le daba vergüenza, pero yo lo convencí. Y a las dos semanas nos llamaron de la escuela y nos dijeron que había ganado la fase regional. La foto se la hicieron en la capital, junto al resto de finalistas de cada una de las provincias. Mira qué orgulloso estaba mi hijo.

—Te pareces a tu padre, Estela —dijo Rosa suavemente.

Delia la miró como si se hubiera roto un hechizo. Visiblemente nerviosa y alterada se volvió hacia Estela, que se limitó a mirar a Rosa con desprecio y mascullar:

—Siempre me he parecido a mi madre.

—Seguro que sí. Tu padre desde luego no era tan rubio ni tenía los ojos tan claros, pero lo recuerdo como un chico silencioso, reflexivo, nada propenso al alboroto. En ese sentido, tú me lo recuerdas.

Estela asintió sin decir nada, pero parecía contrariada. Delia la observó con preocupación y se apresuró a afirmar:

—Muchas veces, los parecidos se encuentran en la expresión de una mirada, en un leve gesto, y no tanto en rasgos concretos. No conocí a Ioana, la madre de Estela, pero seguro que fue una mujer muy bella.

Estela se restregó un ojo con el puño del jersey y se puso en pie. Rosa lamentó haber hablado de más. Sintió que, aunque entre ambas mujeres aún existía un abismo, comenzaba a formarse un cierto hilo de proximidad y confianza, así que decidió dejarlas a solas. Terminó de tomarse el café y, en cuanto consideró que había pasado un tiempo prudencial como para no resultar descortés, anunció que tenía mucho por hacer y que se iba a su casa. Algo azorada, Delia la acompañó hasta la puerta.

—Es una chica algo peculiar.

—Lo sé, Delia, pero es tu nieta y no tienes que darme ninguna

explicación. —Rosa sonrió antes de continuar—: Tan solo dime, ¿qué se siente al recuperar a alguien a quien no habías visto nunca?

¿Cómo explicarle? ¿Cómo decirle que no la consideraba real? Ella siempre soñó con una nieta y, al no verla, consiguió darle forma en sus pensamientos. Conocía todo sobre ella. Sabía que tenía un pequeño sarpullido tras las orejas que empeoraba cuando se ponía nerviosa, exactamente igual que ella. Al sonreír, se le formaban dos divertidos hoyuelos en las comisuras, como a su padre. Era algo seria y circunspecta, como Moses, pero amable y orgullosa, como Víctor. Y sabía ser zalamera y ganarse a sus abuelos, a los que todavía, por circunstancias, no había podido conocer. Así era su nieta. Y así no era Estela. Estela era brusca, adusta y de una belleza desconcertante. Nadie se encontraba cómodo en su presencia y ella menos que nadie. Y sin embargo... Sin embargo, había algo más en aquella joven silenciosa. Ella había podido ver su mirada empañada por la tristeza, ese aire desvalido que tenía cuando se abstraía del mundo que la rodeaba, esa sonrisa que nunca llegaba a ser esplendorosa. Estaba segura de que esa joven había sufrido. Tenía en su forma de ser el rastro que deja la aflicción. Y ella, sin proponérselo, se prometió que haría lo que fuera por ayudarla, por sanar sus heridas y devolver la luz a esos ojos casi traslúcidos. Ella sin quererlo, la había empezado a querer.

Cuando regresó al salón, Estela continuaba mirando interesada las fotos del viejo álbum y fijaba su atención en un joven fanfarrón que miraba a la cámara con altanería y un cierto aire retador. De la comisura de su boca colgaba indolente un pitillo y su mano derecha sujetaba una copa de licor. A Delia se le entristeció la mirada.

Emilio. Por qué Emilio eligió a Víctor para que fuera su leal compañero, era otra de las preguntas que había acaparado los pensamientos de Delia durante largos años. No podía haber dos personas más diferentes. Emilio era bruto, tirano, violento y maleducado. Víctor era un niño silencioso, sensible e incluso algo melancólico. No podía soportar el sufrimiento de ningún ser vivo, de hecho, lo pasaba fatal cada vez que en casa se sacrificaba un pollo o se celebraba la matanza. Para no oír chillar al verraco, era capaz de andar kilómetros y mantenerse oculto hasta que el sonido de sus alaridos, tan semejantes a los de un bebé, desaparecían bajo el silencio esponjoso del bosque. Emilio, sin embargo... Emilio era un sádico.

Hasta su padre se asustó aquel día de octubre en una batida por la sierra a la que habían acudido con otros hombres del valle, terratenientes y pequeños empresarios que salían de caza todas las

alboradas de otoño. Emilio avanzaba sigiloso junto a su padre, que se mantenía alerta, azuzado por la tensión y la descarga de adrenalina que provocaba en su organismo la certeza de la caza. Emilio instigó a la perra, una *beagle* inquieta y bulliciosa llena de entusiasmo que estaba aprendiendo la técnica de la persecución. En un momento determinado, como la perra no había sido lo suficientemente rápida, Emilio, asqueado, levantó su escopeta, encañonó a Luna, así se llamaba el animal, y le atestó un disparo en la cabeza, justo entre sus sinceros y leales ojos pardos. Estanis, asqueado, le dijo que era un bruto y un energúmeno, pero este, que ya tenía diecisiete años, se limitó a reírse de él y a decirle que lo dejara en paz, que cuando un perro no servía para cazar lo mejor era deshacerse de él y comprar otro. A pesar de este episodio, que a Estanis le dio que pensar durante días, padre e hijo mantenían una relación cordial que desembocó en abierta camaradería cuando Emilio cumplió los dieciocho años. Esa misma noche se fueron a celebrarlo a un burdel que habían abierto a escasos cincuenta kilómetros y luego a gastar decenas de miles de pesetas en el casino.

En el coche que los llevaba hasta Hendaya, su padre le dijo:

—¿Qué? ¿Qué tal ha ido? ¿Era buena jaca?

—Ya lo creo que lo era. Y ha chillado como una cerda mientras la montaba.

Ambos prorrumpieron en carcajadas mientras su padre le propinaba orgullosos manotazos entre los omoplatos. Estanis dio una profunda y gratificante calada a su cigarro. El humo de los puros enardecía el ambiente cargado del coche así que Emilio abrió la ventanilla. El aire frío le golpeó en la cara como una bofetada y él, desbordado de fuerza, juventud y hombría, aulló a la carretera:

—¡Auuuuuu!

Para entonces, Víctor ya había desarrollado una relación de incondicional dependencia. Odiaba la caza, pero para contentar a su amigo se había visto obligado a disparar a decenas de animales. Afortunadamente, tenía tan mala puntería que casi nunca lograba herir y mucho menos matar a ninguno, pero la vez que sí lo hacía, mientras su amigo le palmeaba la espalda y profería atronadores insultos en su honor, él se debatía entre el hastío que le provocaba la muerte y la sangre y el orgullo de saberse diferente a su padre, Moses, un pobre hombre, un ser insignificante al lado del recio y triunfador Estanis.

Desde niños su relación se había cimentado sobre un sencillo principio: Víctor debía estar a disposición de Emilio. De modo que, en

cualquier momento, Emilio se presentaba en casa de su amigo y le decía: «tío, sal». Eso era todo. Daba igual que Víctor estuviera estudiando, durmiendo o cenando con sus padres. En esas ocasiones se disculpaba ante ellos, humillada la vista, y resuelto a cumplir con el mandato, cerraba la puerta con cuidado y se apresuraba veloz por el camino de grava hasta donde Emilio lo aguardara. Delia y Moses se torturaban pensando en la poca personalidad que tenía su hijo y lo maleable que resultaba para unas manos tan peligrosas como las de Emilio. Fueron innumerables las veces que intentaron hablar con él, pero siempre fue en vano. Debían tener mucho cuidado con lo que decían porque su hijo se ofendía si hablaban mal de su amigo.

Delia, además, se veía en la disyuntiva de tener que fingir ante su amiga Rosa, a la que nunca se atrevió a decir que su hijo suponía un mal ejemplo para el suyo. Esta, por su parte, había construido su propia fortaleza de autodefensa con las piedras que iba lanzando a modo preventivo sobre los demás, de manera que siempre estaba quejándose, más o menos veladamente, de que el resto de los muchachos de Aura, incluido Víctor, hacían las mismas barrabasadas que su hijo, solo que carecían de la nobleza que tenía Emilio. «Y por eso él carga siempre con la culpa. Yo ya me lo sé. Y es así desde el colegio, cuando le colgaron el sambenito de revolvedor. ¿Y por qué? Porque es franco y osado, incapaz de tirar la piedra y esconder la mano».

Su amiga, esto lo entendió Delia mucho después, vivía en un permanente estado de protección y supervivencia. Ese carácter preventivo era la manera que tenía de disimular la maldad que su hijo esparcía a su paso.

Delia intentó en no pocas ocasiones romper las ataduras que ligaban a Víctor con el hijo de su amiga. También fueron incontables las veces que intentó que Rosa mirara a su hijo como lo veían los demás, pero fue en vano. Ella jamás dio su brazo a torcer y la defensa enconada que desplegaba cada vez que tenía noticias de una nueva fechoría no hizo más que aumentar la vileza y la egolatría de Emilio.

—¿Y qué vio Víctor en él?

La pregunta no le pilló a Delia por sorpresa, ella misma se lo había planteado durante décadas. Suspiró hondo, miró a Estela y, como si estuviera reflexionando en voz alta, comenzó a convertir en palabras lo que hasta entonces no habían sido más que pensamientos y elucubraciones.

—Emilio fue malo desde que nació. No sé cómo son los delincuentes, si es la educación la que los corrompe, la situación en la

que pasan su infancia, las carencias emocionales de la niñez o si, por el contrario, nacen con una predisposición hacia la maldad, no lo sé. Pero en el caso de Emilio puedo afirmar que fue su propia naturaleza la que determinó su vileza. Su padre era un indeseable, eso es cierto, pero apenas influyó en él porque durante los primeros años de su vida se mantuvo ausente. Fue a partir de los diez o doce años cuando se convirtieron en inseparables, pero para entonces el niño ya llevaba la mácula de la crueldad. Y su madre... Bueno, ya puedes suponer que Rosa siempre vivió sometida, primero a los designios de su padre, después a los de su hermano y, por último, a los de su marido y su hijo. Sospecho que nunca ha tomado una decisión que no haya sido refrendada por alguno de los cuatro hombres de su vida.

»Pero si Emilio fue malo desde que nació, Víctor fue un pelele también desde el mismo momento en que vio la luz. Es mi hijo y siempre lo querré más que a mi vida, pero fue un niño sumiso, una marioneta que jamás encontró en su interior nada parecido al orgullo o al amor propio. Desde el principio vimos que Víctor no era más que un títere en manos de Emilio. Moses intentó separarlos utilizando numerosos ardides, pero no hubo nada que hacer. Cuando Víctor llegó a esa edad en la que los amigos se convierten en el sol de su pequeña constelación, nos sacó del centro de su órbita y en ella solo quedó Emilio.

Estela asintió pensativa. Parecía interesada de veras en la historia que Delia iba tejiendo sobre sus recuerdos y no pudo evitar preguntarse qué habría detrás de esa actitud que suponía fingida. Tras unos instantes en silencio, Estela por fin preguntó:

—¿Por qué se fueron del pueblo?

Delia la miró sin responder, con una expresión entre asustada y apesadumbrada. Se estaba acercando el momento en el que deberían encarar la verdad. Ambas lo sabían porque la expresión de Estela, dura e implacable, no dejaba lugar a dudas. Aun así, intentó ganar algo de tiempo.

—¿Te refieres a...?

—¿Por qué se fueron de aquí?

Delia cogió un pañuelo bordado que tenía en el bolsillo de la bata y lo oprimió contra sus mejillas, justo bajo los ojos. Su mano ocultaba a duras penas un leve temblor y, cuando habló, su voz sonó tan calmada que parecía la de un autómata:

—Es una historia muy larga, pero te prometo que algún día te la contaré.

# XXVIII

El padre Anselmo no podía concentrarse en el salmo que quería leer ante sus feligreses en la misa del domingo. Desde la muerte de Michel le costaba dormir y sentía como si tuviera el estómago encogido. Durante todos esos años el chico había sido, la mayoría de las veces, un auténtico incordio. Cuando llegó siendo un bebé, se había pasado noches y noches en vela escuchándole llorar. Cuando por fin pudo valerse por sí mismo, irrumpía en la iglesia cuando menos lo esperaba con ruidosas exclamaciones para llamar su atención. O a veces desaparecía durante una o dos noches y él se ocupaba de buscarlo en todas las cuadras vacías que, como muy bien sabía, utilizaba a veces para dormir. Pero con su ausencia había descubierto que ese pobre muchacho llenaba una gran parte de su vida y la pérdida había dado paso a la angustia y la tristeza. Por primera vez se sintió viejo y acabado, falto de energía y harto de batallar entre aquellas gentes hoscas y egoístas que apenas habían variado un ápice sus costumbres tras la muerte de Michel. Su pragmatismo, su resignación, el acatamiento de la fatalidad sin una mínima o natural rebelión, los convertía, ante sus ojos, en especies aborregadas. «Estás siendo demasiado severo —se decía a su vez—. Nada puedes reprochar a esta gente que acepta su sino y su desgracia con humildad cristiana». Estaba de acuerdo, eso era precisamente lo que él decía en los funerales, que aceptaran los designios insondables de Dios, pero ahora, llegado el momento de la injusta vida y la trágica muerte de Michel, no podía asimilar su propia exhortación.

Se levantó impaciente y caminó a grandes zancadas por el atrio de la iglesia mientras esperaba la llegada de Eduardo. Justo el día que más lo necesitaba se estaba retrasando. Cuando por fin lo vio aparecer tras la tapia que circundaba el jardín, se acercó presuroso hacia él. Eduardo no parecía un cura. Era un pensamiento recurrente que siempre afloraba cuando se encontraba con él. Viéndolo acercarse, parecía más bien un deportista, un estudiante universitario, incluso un gandul, antes que un futuro sacerdote. Como siempre, se encogió de hombros para ahuyentar esa idea que no quería madurar y le dijo:

—Buenos días, hijo. Me alegro mucho de verte. Quiero hablar contigo.

Ambos fueron a ocupar el viejo tronco de árbol transformado en banco junto a la fachada oriental de la iglesia. El frío arreciaba y

enfriaba sus pulmones, pero no les importaba, disfrutaban de ese aire húmedo y lacerante.

El padre Anselmo recordaba muy bien el día en que Eduardo había llegado a Aura. El obispo de la diócesis le había anunciado la llegada de un chico que se había postulado para ayudar en una parroquia pequeña y aislada. «No sé todavía si tiene una vocación muy consistente, porque ha devenido tras un disgusto muy grande y ya sabe, padre, que las decisiones que se toman en circunstancias traumáticas no siempre son las mejores. Aun así, acójalo por favor. A usted le ayudará a manejar esa parroquia tan dispersa que administra, y él reafirmará su vocación o se irá con viento fresco. Solo Dios lo sabe». Habían transcurrido ya dos años y allí seguía Eduardo, sin dar muestras de querer cantar misa, pero tampoco de abandonar Aura. Se encontraba en un largo y aburrido *impasse* en el que, sin embargo, se le veía cómodo. El padre Anselmo volvió a evocar la vaga idea de que no tenía pinta de cura, pero de nuevo la rechazó, quería hablar con él de Estela.

—Sé que has hablado con ella en varias ocasiones. Cuéntame, ¿cuál es tu percepción?

Eduardo se mantuvo durante unos instantes en silencio. No sabía qué decir. Estela era una chica huraña y antipática, pero algo había llamado su atención desde el primer momento en que la vio. No sabría definir qué, pero detrás de aquel aire misterioso y de esa actitud arisca, escondía algo que, sin duda, estaba relacionado con un pánico cerval a resultar herida. Pero no era eso lo que quería saber el padre Anselmo. Supuso que se refería a Delia y a las murmuraciones que su reencuentro había levantado en el pueblo.

—Mi percepción, padre, es que esa chica, que nunca había visto antes a su abuela, ha querido conocerla. ¿Por qué razón? No lo sé. Es posible que quiera reprocharle su ausencia. O quizá acaba de enterarse de su existencia y ha venido a conocerla. Sea lo que sea, no creo que haya maldad en su intención.

El padre Anselmo sonrió:

—¿Tanto crees saber sobre la condición humana?

—Sé que en el pueblo hay quien la acusa de matar a Michel, pero apostaría lo poco que tengo a que ella no ha sido. Me pregunta si conozco la condición humana. Quizá no demasiado, pero lo que sí conozco bien son las murmuraciones y el daño que estas pueden hacer. Hace ya varios años decidí que jamás me plegaría a las maledicencias ni a los rumores y creo que esa chica, que ahora está en el ojo del huracán, piensa lo mismo que yo. Su espíritu es indómito y

eso molesta a algunos que no saben deshacerse de sus cadenas. Pero, padre, le digo con sinceridad que creo que ella no ha hecho nada. O si me apura, creo que no ha hecho nada todavía. Si algún día se ve involucrada en algún delito, recordaré mis palabras y reconoceré mi error, mientras tanto, démosle, concedámosles a ambas la oportunidad de conocerse.

El padre Anselmo sonrió primero y rió después.

—¿Qué es lo que le divierte tanto, padre?

—Tu vehemencia, hijo, tu vehemencia. ¿Recuerdas cuando llegaste aquí por primera vez? Aunque lo disimulabas y hacías ver que nada te turbaba, lo cierto es que eras un joven dominado por el odio, ¿no es cierto?

Eduardo sonrió y asintió. Lo recordaba bien. Entonces la rabia no le dejaba vivir, pero ¿cómo no iba a odiar a sus padres?

Había nacido en alguna aislada e imprecisa pedanía cercana al desierto de Los Monegros. Su infancia transcurrió en media docena de hospicios hasta que tuvo la fortuna de ser adoptado por una acomodada pareja de Zaragoza que, tras más de una década visitando a los más prestigiosos doctores, habían terminado por asumir la triste realidad de que nunca podrían tener hijos. La noticia les produjo un hondo desconsuelo, sobre todo a Gloria, su madre, que siempre consideró su matrimonio como una vía para llegar a la maternidad. Durante años confiaron en que Dios recompensaría su entrega y su generosa dedicación a las obras de caridad con una hermosa y sana criatura, pero el tiempo fue pasando y el rollizo bebé imaginado nunca llegó. El día que Gloria cumplió treinta y ocho años supo que nunca llegaría a conocer el ansiado estado de buena esperanza y esa certeza le produjo una tristeza que no se disipó hasta pasados los cuarenta, cuando, una dichosa mañana su marido, un hombre de negocios importante y conocido en los círculos económicos de la ciudad, tuvo noticias de que en el hospicio había un niño de apenas diez años de edad, que, al contrario que sus compañeros, jamás había dado motivo alguno para ser castigado o corregido severamente.

Guillermo tuvo la sensación de que era el destino el que había puesto a aquel zagal en su camino y no paró hasta conseguir que el niño les fuera entregado en adopción. No reparó en gastos ni puso objeción alguna a los desembolsos, algunos muy cuantiosos y no muy ortodoxos, que realizó para obtener su tutela. Hasta ese momento, nunca se habían cuestionado siquiera la posibilidad de acoger a una criatura que no fuera suya; y menos si se trataba de un niño de cierta edad, bregado en múltiples desdichas y, por tanto, con más

posibilidades de que no saliera como ellos esperaban. Pero cuando Guillermo le comunicó a Gloria la existencia de aquel chico que, inexplicablemente, jamás había sido adoptado —quién sabe si por el aprecio tan hondo que las monjas le profesaban—, esta sintió que sus plegarias habían sido escuchadas y que por fin tenía sentido el camino que les deparaba la vida en común.

Cuando lo recogieron del hospicio y vieron que además tenía unas facciones bastante armónicas, un tono de piel bastante claro y unos ojos de un tono marrón suave, pensaron que, sin duda, habían sido bendecidos por el Señor. En el enorme piso que la familia tenía muy cerca del Pilar, las visitas se sucedían para conocer a aquel chiquillo que bien podía haber sido hijo biológico de sus emocionados padres. Una mañana soleada de domingo, lo vistieron con unos pantalones cortos de paño, unos calcetines de lana y perlé que su madre había tejido en apenas dos semanas de febril y dichosa actividad, le calaron una gorra y le prendieron en la solapa de la chaqueta una medalla de oro con la efigie del ángel de la guarda. Su madre se puso una mantilla sobre los hombros, su padre se enfundó su mejor traje y unos guantes negros de piel, y, tomándolo de la mano, se dirigieron hacia la Basílica de la Virgen del Pilar. Allí, bajo el manto de la «Pilarica», mientras el arzobispo recitaba una plegaria y lo rociaba con unas gotas de agua bendita, las campanas tañeron alborozadas y los dichosos padres se miraron sin poder creer la suerte que habían tenido. Cuando salieron a la gran plaza y las palomas, asustadas, batieron sus alas intentando encaramarse a los tejados de la ciudad, Gloria y Guillermo se dispusieron a dar el primer paseo dominical de los muchos que darían en su vida.

Pero todo ese pasado se desvaneció de repente y acabó con la posibilidad de un futuro halagüeño y feliz. Su idílica vida terminó de una manera tan abrupta que su corazón fue incapaz de asimilar lo que estaba sucediendo, así que se vio abocado a salir huyendo de los rescoldos de su vida en Zaragoza para refugiarse en Aura, un pueblo que había sufrido a su vez una herida lacerante y profunda. Como él.

Esa misma amargura la reconocía ahora en Estela, así que sintió que le debía su apoyo incondicional, el mismo que se intentaba dar a sí mismo para poder sobrellevar esos periodos de desolación que aún le torturaban. Por ello, dijo:

—Padre, sé, y no me pregunte cómo, que esa chica no le ha hecho daño a Michel. Respondo por ella.

Tras la partida del joven diácono, el padre Anselmo se había quedado reflexionando unos minutos. Con la edad se había vuelto caviloso y meditabundo y no dejaba de maravillarse por la gran obra de Dios, que había creado a unas criaturas tan extraordinariamente complejas. Hasta las personas más simples, como el bueno de Michel, escondían múltiples aristas. ¡Qué no decir entonces de personas con una larga y dolorosa vida a sus espaldas! Porque la de Delia había sido una vida de sufrimiento. ¿Cómo describir si no la prematura pérdida de un marido, la partida de un hijo, la imposibilidad de conocer a una nieta? Por no hablar de la soledad. Él también había vivido siempre solo, pero en su caso era diferente. Solo no es lo mismo que en soledad. Él siempre se sintió acompañado por Dios, por sus feligreses, por la buena de Prudencia e incluso por Michel. Pero Delia, tras cada pérdida, había optado por encerrarse y aislarse cada vez más.

Absorto en sus pensamientos no se había fijado en que doña María, así la conocían todos en el pueblo, lo observaba desde el quicio de la puerta de entrada al templo. En la fría nave central la oscuridad era densa y sobrecogedora y María, que se mantenía en un destacado contraluz, parecía no decidirse a entrar. Cuando por fin la vio le dijo:

—Pase, pase. No se quede ahí, por favor.

El padre Anselmo reprimió un suspiro de cansancio. Lo que menos le apetecía era volver a las murmuraciones. Porque estaba seguro de que doña María acudía con alguna encomienda de ese estilo.

—Buenas tardes, doña María, ¿qué se le ofrece?

—Venía a buscarle, padre. Quería saber su opinión acerca de un asunto.

—Usted dirá.

—Verá, por el pueblo corren rumores acerca de la nieta de Delia y creo que es su deber conocerlos.

—¿Y qué clase de rumores son esos?

—Dicen que ella ha tenido algo que ver con la muerte de Michel. Es mucha casualidad que se haya producido un asesinato en este pueblo a los pocos días de su llegada. Y razón no les falta.

—¿Quiere usted decir que está de acuerdo con lo que sospechan de la joven?

—Yo no sospecho ni dejo de sospechar, padre. Pero este es un pueblo tranquilo, de gente de bien y no queremos que nadie de fuera

venga a perturbar nuestra paz.

El padre Anselmo sintió que todos los años que había cumplido se instalaban uno tras otro sobre sus hombros. Un pueblo tranquilo, había dicho. ¿Es que ya no recordaba nadie los años de las rencillas, de las riñas entre vecinos? Porque él sí los recordaba. Hubo familias enteras que dejaron de hablarse, vecinos que jamás volvieron a mirarse a la cara y hermanos que nunca se reconciliaron. La condición humana es a veces miserable y cuando mejor se aprecia es cuando el dinero emponzoña los vínculos fraternales. Eso sucedió en Aura. Las personas que aceptaron las indemnizaciones del embalse se vieron obligadas a marcharse del lugar a causa de la rabia enconada que generaron en los vecinos que se habían mantenido firmes en su decisión de no aceptar dinero. Y ahora, doña María catalogaba como «gentes de bien» a esos jóvenes que casi se habían matado a puñetazos, a esos hombres que se habían enfrentado a gritos, a esas mujeres que habían proferido insultos contra sus amigas de la infancia. Que no le hablaran a él de paz. A él, que había visto cómo la gente había prendido fuego a sus casas antes de dejar que fueran derruidas, cómo habían arramplado con los escasos bienes que él guardaba en la sacristía, cómo habían proferido alaridos de venganza contra todos aquellos que sí aceptaron aquella maldita obra.

Aquel muro de hormigón se convirtió en un monumento a la vileza humana que se llevó todo lo bueno que había en Aura y dejó solo aquella otra Aura, negra, humeante, con olor a tierra quemada.

—Doña María, ¿tiene alguna prueba concreta de lo que está afirmando? Porque, de ser así, debería usted hablar con la policía.

—Eso. ¿Tienes algo que demuestre la falsedad de lo que estás diciendo?

Aquella voz restalló como un látigo en el oscuro silencio de la iglesia. El padre Anselmo se volvió sorprendido. De entre las sombras, silenciosa como un felino, emergió la figura de Rosa.

—¿Quién te ha dado a ti vela en este entierro? —dijo doña María con voz temblorosa y algo chillona.

—Que yo sepa esta es la casa de Dios y aquí cabemos todos. No me tiene que dar permiso nadie. ¿No es así, padre?

—Haya paz —dijo el cura posando las manos sobre sus rodillas. Estaba cansado. Harto de esas trifulcas que nunca conducían a nada—. Vayamos por partes. María, usted no quiere acusar a nadie. ¿No es cierto?

—No, padre. Yo solo le he avisado de los rumores que señalan a esa chica. Y he dicho que es curioso que haya habido un crimen a los

pocos días de su llegada. Eso es un hecho. No sé, entonces, qué tengo que demostrar exactamente.

—Como mínimo, tendrás que probar que hay una relación entre Estela y el crimen. De lo contrario, ¡cállate!

—Me callaré si me viene en gana. Tú no eres quién para decirme lo que debo hacer.

El viejo cura suspiró y recordó la historia que se repetía todos los domingos desde hacía por lo menos treinta años. En cuanto las campanas de la iglesia comenzaban a doblar llamando a misa, se iniciaba la contienda entre aquellas «gentes de bien». Llegar la primera al templo era una cuestión importante, pero aún lo era más asistir al oficio debidamente engalanada. Los hombres se ponían el traje de los domingos, algunos con corbata o lazo anudado al cuello, y las mujeres sacaban la artillería pesada en forma de zapatos de tacón, abrigo de garras, las que lo tuvieran, blusa de seda o chaqueta de cachemira. Una vez dentro de la iglesia, y tras persignarse en la pila bautismal con agua bendita, los hombres subían al coro y las mujeres se abalanzaban a las cotizadas primeras filas. Los dos bancos situados más cerca del oficiante estaban siempre ocupados por las señoras de más alcurnia, entre las que destacaba doña María. Nadie osaba ocupar su sitio. Pero las otras posiciones no estaban tan claras y todos los domingos se producían soterradas disputas por los codiciados puestos. Por fin sentadas, suspiraban satisfechas, y tras el habitual Aleluya, las mujeres se relajaban hasta el momento de la cuestación, en el que se competía por la generosidad de la dádiva. Inmediatamente después venía la paz. La directriz era clara: primero había que tender la mano hacia la compañera de la derecha, después hacia la de la izquierda, para luego continuar extendiendo la mano a las del banco de atrás, y solo en ocasiones muy especiales a las de dos bancos más allá. Cuando se hacía bien, se escenificaba un baile muy bien orquestado a los ojos del visitante y cuya primera figura era, cómo no, doña María, la misma que en la comunión indicaba, con su paso presuroso hasta el altar, el instante exacto en el que podían acercarse las demás.

Mientras tanto, don Anselmo esperaba en el altar con el recipiente que contenía las hostias consagradas en su mano izquierda y una sagrada forma en su mano derecha, sin terminar de creerse esas escenas de los primeros bancos. «Señálale a un necio dónde está la luna y solo verá un dedo», pensaba. Aquellas mujeres que pugnaban por ser las primeras en acudir a comulgar no se daban cuenta de que la verdadera competición debía ser con una misma y solo ante los ojos de Dios. Resignado, el padre Anselmo les daba la comunión y las veía

alejarse ufanas, simulando humildad pero alardeando de su victoria ante el resto de los feligreses que, excluidos de esa disputa, iban formando las habituales filas que desembocaban en el altar.

El viejo cura estaba harto. Y ahora, al verlas discutir en la casa de Dios, se sintió airado y ofendido.

—Me veré obligado a echarlas del templo, igual que hizo Jesús con los mercaderes, si no guardan el debido respeto.

Su voz sonó mucho más severa del tono al que estaban acostumbradas.

—Padre —comenzó María—, me conoce desde hace muchos años. Sabe que siempre he colaborado muy generosamente con esta parroquia y que lo protegí aquella vez que el arzobispo quiso alejarlo de Aura. Pero ahora no me queda más remedio que advertirle del peligro que corre esta congregación y el pueblo entero si esa chica se queda aquí. No sé si ha sido ella o no, pero los indicios son claros.

El padre Anselmo escuchó en silencio las palabras de María, sobre todo las que hicieron alusión a sus espléndidos donativos y al ascendiente que, veladamente, había recordado que tenía con el obispo. Pero Eduardo había dicho que esa chica parecía haber sufrido, más que haber hecho sufrir, y él se fiaba del criterio del diácono. Aun así, no dijo nada. No quiso darle más relevancia a un problema que consideró mezquino; se despidió de ambas agradeciéndoles sus intenciones y, aliviado, las vio alejarse de la iglesia en direcciones opuestas.

## XXX

La primera inspección ocular que la policía realizó, tanto al cadáver de Michel como al escenario del crimen, no arrojó ninguna pista concluyente sobre la autoría del asesinato. En muchas de las casas encontraron un veneno idéntico al que apareció en el estómago del chico, pues era un producto muy utilizado para matar las malas hierbas del campo. Nadie había podido señalar a ningún enemigo de Michel, todo lo contrario, el pueblo entero parecía estar afectado por su desaparición.

La agente Lola Serrano, una de las policías que se habían desplazado hasta Aura, había sido la encargada de hablar con ella.

—Me gustaría hacerte algunas preguntas sobre Michel.

La chica la miró con extrañeza, pero no dijo nada. Se limitó a asentir con la cabeza y a enseñarle el camino hacia la cocina. La agente Serrano comenzó desplegando todo su entrenamiento para lograr empatía y complicidad. Alabó sus ojos, afirmando que nunca los había visto tan claros, le confesó que llevaba varios años en la policía y que siempre sentía una conmoción incluso física cuando le informaban que se había producido un asesinato, le preguntó por su estancia en el pueblo, le aconsejó un par de lugares para visitar y, por fin, le expuso el motivo de su visita. Mientras tanto, Estela se había limitado a pronunciar dos o tres monosílabos y a observar los esfuerzos que hacía aquella desconocida por ganarse su confianza.

—¿Conocías a Michel?

—Había hablado con él en un par de ocasiones.

—¿Te molestaba?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Bueno, en ocasiones hay personas que debido a un exceso de sinceridad pueden llegar a importunar.

—Michel no me importunó nunca.

—Algunas personas han afirmado que Michel decía que tú estabas muerta y que gritaba cuando te veía.

—Así es.

—¿Y estás segura de que eso no te molestaba?

—En absoluto.

—¿No te parece un poco raro?

—¿El qué?

—No incomodarte por eso. Yo desde luego lo haría.

—Me han llamado tantas cosas, que una más no importa.

—¿Y qué te han llamado?, si puede saberse.

—Puta, zorra, ramera, hija de puta. ¿Quiere que siga?

Lola Serrano la miró sin decir nada. Su tono era serio y su expresión también. Supo que no le estaba tomando el pelo y también que no estaba mintiendo. Aquella chica era algo extraña, desde luego, pero ser antipática no implica ser una asesina.

Estela la observó mientras la agente se alejaba con premura encogiendo los hombros para evitar el impacto de la ventisca. La policía no entraba entre sus preocupaciones. Estaba segura de que él se había ocupado de que sus papeles estuvieran en regla. Eso fue al menos lo que le aseguró cuando le explicó su plan.

—No te preocupes porque no figurará ningún dato de tu pasado. Ya me he encargado de eso. Suelen decir que hay que tener amigos hasta en el infierno, y yo diría más: hay que tenerlos especialmente en el infierno.

Estela asintió entonces. Le daba igual lo que le dijera. Tan solo quería terminar y alejarse de él. Hoy, subyugada por la penumbra desapacible de Aura, se preguntó con tristeza qué pensaría Delia si supiera toda la verdad y de nuevo se sumergió en el doloroso recuerdo de su madre.

La primera noche que Ioana pasó en España no pudo pegar ojo hasta que la luz del alba comenzó a filtrarse por las rendijas de la persiana iluminando una sencilla estancia en la que apenas había una cama, un espejo en el techo y un lavabo en una esquina. De un perchero situado junto a una ventana minúscula colgaba un albornoz raído. La pequeña maleta que contenía los rescoldos de su vida en Rumanía yacía al lado de la puerta. Ella estaba sobre la cama, totalmente vestida. Ni siquiera se había quitado las botas con las que había salido del invierno de su tierra, por lo que sentía las piernas y los pies entumecidos. De golpe recordó la conversación que había mantenido la noche anterior con Lazslo y que había terminado con ella en aquel cuartucho. Le había dicho que hoy conocería a su encargada y le había advertido que se limitara a obedecerla o tendría que vérselas con él. Había pasado llorando media noche hasta que, casi al alba, había terminado por resignarse y asumir que él la había engañado. No se casaría con ella. Nunca había entrado en sus planes celebrar ninguna boda. Lo único que pretendía era conseguir mano de obra barata para su negocio, para la fábrica en la que la iba a colocar. Y esa misma noche trazó un plan. Cuanto antes empezara a trabajar,

antes podría ahorrar para comprar un billete de vuelta a casa. Su bolso, el pequeño bolso en el que llevaba la documentación, las fotos de sus padres, un pañuelo bordado por su madre y el poco dinero que había traído de Cluj-Napoca, estaba sobre la maleta. Recordó que dentro llevaba una libreta y un pequeño lápiz. Se levantó con el ímpetu de querer comenzar un gran empeño y rebuscó en el bolso hasta que sus dedos toparon con el cuadernito. Cogió el lápiz y con pulcro y redondo trazo escribió: «*13 mai, prima zi în Spania*»[].

De pronto sintió cierto alboroto en el pasillo. Se acercó sigilosa hasta la puerta y pudo percibir pasos presurosos, risas e incluso un lejano canturreo. Supuso que se trataría de un grupo de huéspedes del hostal, por lo que decidió aventurarse a ver si conseguía alguna información de dónde se encontraba. Se arregló el pelo con las manos, se metió la camiseta por dentro del pantalón, se pellizcó ligeramente las mejillas hasta conseguir un ligero rubor y respiró hondo; en algún lugar tenía que estar la cafetería. Le temblaban las manos y sentía un ligero pero perceptible deseo de echarse a llorar, pero había tomado una decisión: ese era su primer día en España y lo iba a afrontar con valentía. Suponía que, durante los dos próximos meses, en el peor de los casos tres si el precio del billete era muy costoso, conseguiría ahorrar el dinero suficiente como para volver a su hogar. Pediría perdón a su madre por no haberla escuchado y suplicaría a su padre que le permitiera comenzar de nuevo y borrar esa equivocación. Se olvidaría de Lazslo y de los hombres como él, que se valían de artimañas y estratagemas convincentes para engañar a las mujeres como ella, sin educación y sin recursos económicos. «Serás pobre —se dijo a sí misma—. E ignorante. Pero también eres orgullosa y volverás a casa». Por fin, sujetó con fuerza la manilla de la puerta y la empujó resuelta hacia abajo. Pero la puerta no se abrió. Lo intentó de nuevo, pero no hubo forma. Empujó con todas sus fuerzas, proyectando todo su peso sobre la hoja, pero la puerta no se movió un ápice. Casi llorando de rabia y de miedo, comenzó a golpearla con la mano, suave al principio hasta terminar aporreándola con los puños.

Oyó unos pasos acelerados que se acercaban al otro lado de la pared e instintivamente se echó hacia atrás. Enseguida sintió que se introducía una llave en la cerradura, que el tambor giraba y que, por fin, con un chasquido, la puerta se abría lentamente. Con el corazón galopando entre sus costillas, se preparó para arrodillarse ante Lazslo y suplicarle que la dejara volver a casa. Todos los propósitos que apenas unos minutos antes se había hecho, se esfumaron como la niebla al amanecer y solo quedó el frío, la soledad y la sospecha de

que aquel error podría determinar el resto de su vida. Pero no era Lazslo, sino una mujer de unos treinta años con el pelo teñido de un color amarillo desvaído y unos ojos entre soñolientos y desesperados por deshacerse del grumo de rímel que ribeteaba sus pestañas.

—Pero bueno —le dijo nada más entrar—, ¿es que quieres despertar a todo el mundo? ¿A qué viene semejante escándalo?

Ioana sintió una mezcla de angustia y alivio. Había deseado y temido que fuera Lazslo, pero nunca se le habría ocurrido que fuera una mujer la que estuviera al otro lado de la puerta, y mucho menos una mujer rumana, como ella, y por su acento, de la zona del Timisoara, no tan lejos de su casa. Al oírla, se le llenaron los ojos de lágrimas y sin poder evitarlo se echó a llorar desconsoladamente cubriéndose la cara con las manos. La mujer de los dos pegotes negros la llevó hasta el lavabo mientras intentaba consolarla.

—Deja de llorar, que no es para tanto. Estás en Barcelona y aquí podrás ganar mucho dinero. Nuestro país es un asco, chica. Allí nos esperaba una vida como la de nuestros padres y nosotras somos jóvenes y tenemos todo el futuro por delante. Podemos hacer lo que nos dé la gana. Aquí somos libres, chica, así que no llores y alégrate de haber venido.

Y mientras le hablaba, le lavó la cara con el escaso chorro de agua que salía del grifo del lavabo y le acarició el cabello desde la raíz hasta las puntas mientras le daba golpecitos en la espalda. Ioana por fin se calmó. Estaba desconcertada, pero necesitaba respuestas y esa mujer por lo menos hablaba su idioma.

—Quiero pedirle a Lazslo que me deje volver a Cluj-Napoca. Ha sido un error. Todo ha sido un error. Yo creía que íbamos a casarnos, él dice que me equivoqué. No pasa nada, puede que me haya confundido. Sé que soy tonta e ignorante, pero no le quiero molestar. Solo quiero volver a mi casa. No le molestaré más, solo quiero un poco de dinero para volver. Lo único que necesito...

—¡Basta!

La rubia gritó y su voz resonó en la estancia como el golpe de una fusta.

—¿Es que no has oído nada de lo que te he dicho? En Rumanía te vas a morir de hambre. O de asco. O de las dos. ¿Es que no sabes que no hay trabajo? Entérate de una vez. El campo rumano está vacío. Ya nadie puede dedicarse al pastoreo porque no hay animales. Y para poder labrar y cultivar un campo hay que cumplir con multitud de trámites burocráticos que nadie cumple. La gente emigra a las ciudades, pero allí tampoco hay trabajo. Y entonces emigra aún más

lejos: a Alemania, a Italia, a España. Créeme. Tú eres afortunada. Estás en Barcelona que es una ciudad preciosa y llena de vida. No como Cluj Napoca, Timisoara o Bucarest, que están muertas. Aquí palpita la energía, fluye la savia por las calles viejas de la parte antigua y hay trabajo. Hay talego para quien lo quiere ganar. Así que andando. Vamos a desayunar y luego ya te explicaré cómo ganar dinero. Y mucho. Cuando tengas un fajo de billetes en las manos de este grosor —y con los dedos formó una C abierta—, entonces ya me dirás si quieres volver a la aldea en la que naciste y en la que solamente queda tierra quemada. Gana dinero, mucho dinero y entonces tráete a tus padres.

Ioana no supo qué decir. El tono de aquella mujer no admitía réplica y ella estaba demasiado conmocionada como para discutir. Se preguntó si tendría razón y si únicamente estaba teniendo un ataque de pánico. «Tal vez —pensó— está en lo cierto y yo me estoy comportando como una cría». La idea del dinero y de poder dar a sus padres una vida mejor comenzó a tomar forma en su mente y el sueño de comprarles un pisito en Cluj-Napoca se transformó en el anhelo de deslumbrarles con un pequeño y coqueto apartamento en Barcelona.

—¿Estás mejor? —le preguntó la mujer rubia.

—Sí —musitó con un hilo de voz.

—Chica lista. Vamos.

Y sin más preámbulo la empujó hacia el pasillo.

—Me llamo Nicoleta, ¿y tú?

—Ioana.

—Ioana, bienvenida al primer día del resto de tu vida. Pero para que este día sea perfecto, es imprescindible comenzarlo con un buen café bien cargado. Así que, andando.

Estela se encendió un cigarro. Tenía hambre. Sopesó la posibilidad de quedarse en el hostal, pero al final, decidió ir a casa de Delia. Debía continuar con el plan. Su padre sería capaz de desollarla si se entretenía demasiado en llevar a cabo su cometido. Se presentó en su casa cuando la oscuridad ya había hecho desaparecer casi cualquier atisbo de vida en Aura.

Delia había comenzado a reconocer los diferentes estados de ánimo de Estela y sabía que cuando se quedaba pensando en su vida pasada, su mirada se volvía de cristal y sus labios se desplazaban ligeramente hacia abajo, como vencidos por la tristeza. Al verla allí, tan arrogante y a la vez tan desvalida, tuvo la tentación de estrecharle las manos e infundirle ánimos. Decirle que, aunque ahora le pareciera imposible,

la tristeza que al principio todo lo invade se va haciendo más compacta y reducida de forma que, aunque nunca desaparece, por lo menos no ocupa tanto volumen y te permite respirar, recuperarte e incluso comenzar a vivir de nuevo. Delia percibía que el dolor de Estela estaba todavía en estado gaseoso, colándose por todos los compartimentos de su vida, ocupando cada espacio, cada rendija, cada rincón de su existencia. Era cuestión de tiempo que ese gas comenzara su proceso de solidificación y redujera su tamaño; mientras tanto, no había más remedio que vivir inmersa en esa burbuja.

—¿Quieres quedarte a cenar? —le preguntó en voz baja.

Estela la miró como si despertara de un sueño y, por primera vez en semanas e incluso meses, sonrió. Sonrió con dulzura y su rostro se transformó en el de una niña. Y dijo con voz grave:

—Gracias. Me encantaría.

No habían terminado de cenar cuando sonó un seco aldabonazo en la puerta que crujió como si hubiera encajado un golpe. Delia miró a Estela extrañada.

—¿Quién puede ser a estas horas?

—Ya abro yo —respondió Estela, y sin que Delia tuviera tiempo de reaccionar se dirigió resuelta al amplio y acogedor recibidor y abrió la puerta con un crujido seco de los goznes.

—Buenas tardes, hija. ¿Está tu abuela?

Estela lo miró con expresión hosca y desconfiada, pero respondió con una señal de cabeza y lo acompañó hasta la cocina.

—Padre Anselmo —exclamó Delia visiblemente extrañada—, ¿cómo usted por aquí a estas horas?

—Quería hablar con usted un momento. Con las dos si no tienen inconveniente.

—Claro. Estábamos a punto de tomar el postre. ¿Quiere un poco de tarta de manzana? Pase, pase, vamos al salón. Estaremos mejor junto a la chimenea.

Estela se rezagó en la cocina sirviendo la tarta en unos platos de porcelana decorados con motivos florales de color dorado y colocando al lado las servilletas de hilo con unas refinadas D y M bordadas en azul cobalto. Apenas unos minutos antes Delia le había contado su pequeña historia:

—Me las hizo mi madre como parte del ajuar. Mira la vainica tan fina que hizo alrededor del dobladillo. La copió de una revista que le prestó una vecina cuando volvió de Alemania después de haber pasado allí cinco años sirviendo. Burda, se llamaba.

—¿La amiga?

—No, la revista. La amiga de mi madre se llamaba Fredesvinda.

Y ambas se habían reído a carcajadas. Todavía sonreía mientras colocaba en la bandeja platos, servilletas y cubiertos para llevarlos hasta el salón. Pero cuando llegó y vio la expresión circunspecta de Delia, una sutil alarma comenzó a instalarse en su interior. ¿Qué le estaría diciendo aquel entrometido?

—Gracias, Estela. Tome, padre, sírvase por favor. ¿Quiere una copita de anís?, ¿un moscatel?

—No, no, Delia. Muchas gracias. Con el pastel es suficiente.

—Pero disculpe, que le he interrumpido. Me estaba diciendo que en el pueblo hay murmuraciones. ¿Y eso es una novedad?

El anciano sacerdote sonrió:

—Tiene razón, no es nuevo. Pero me preocupa que se estén extendiendo. Cuando su nieta llegó al pueblo —y miró a Estela con cautela—, hubo quien comenzó a propagar habladurías. Ya sabe cómo son en los pueblos...

—Y más en este —murmuró Delia.

—Y más en Aura —concedió el padre Anselmo—. El caso es que enseguida surgieron voces que afirmaban que la chica le traería a usted problemas.

—¿A mí? ¿Y qué le importa a la gente lo que me pase a mí?

—Lo cierto es que no me preocupé por esas murmuraciones. Como sabe, yo mismo insistí para que recibiera a su nieta y normalizara esta situación que habrá sido dolorosa para ambas. Pero ahora es diferente. Tras la muerte del pobre Michel hay quien piensa que su nieta ha tenido algo que ver.

Delia dio un respingo y no dijo nada. Estela miró al cura con incredulidad y de pronto se echó a reír. Pero su risa sonó seca y amarga.

—No joda, padre. ¿De verdad que esa puta gente está diciendo que yo soy una asesina?

—No creo que haga falta hablar así —dijo el padre Anselmo con tranquilidad—, pero la respuesta es sí. Hay algunas personas, afortunadamente pocas, que consideran que usted tiene algo que ver con la desaparición de Michel. Sin embargo, ni la policía ni la mayoría de los habitantes de Aura consideran siquiera esa posibilidad. El motivo de mi visita es sencillamente avisarlas para que lo tengan en cuenta. No quisiera que se encontraran una noche con que les han roto los cristales.

En un movimiento instintivo, Delia acarició a su gato, que estaba echado en el suelo a su lado, y Estela dijo:

—Pero vamos a ver, ¿me está usted diciendo que aquí viven bestias que hacen esas canalladas?

Delia la miró con tristeza.

—Si tú supieras de lo que son capaces en Aura...

—Estela —intervino el padre Anselmo—, su abuela conoce bien la ignorancia y la maledicencia de algunas de las personas que viven en el pueblo. Desgraciadamente le tocó sufrir los rigores de su escarnio. Por eso quiero atajar el nacimiento de cualquier brote, antes incluso de que llegue a formarse. Y déjeme decirle algo, joven: yo no creo que haya venido al pueblo a hacernos daño. Solo Dios sabe qué la ha traído hasta aquí, pero yo ya llevo muchos años de párroco, conozco

bien al ser humano, soy capaz de ver el interior de las personas y juraría que sus intenciones no son malas.

Estela no retiró la vista de los ojos del padre Anselmo, aunque estuvo tentada de hacerlo en varias ocasiones. «Maldito cura», pensó. «¡Ocúpate de tus asuntos, de tus misas y de tus monsergas, pero no interfieras en mis asuntos ni te cruces en mi camino!», quiso gritar. En vez de eso dijo:

—Dígales que no se preocupen, pronto me iré.

Al escucharla, Delia sintió un súbito alivio que rápidamente dejó paso a un atisbo de añoranza. Si ella partía, también su hijo se marcharía para siempre. El recuerdo de ese niño al que había querido más que a su propia vida empañó sus límpidos y avejentados ojos. Afortunadamente, el padre Anselmo se puso en pie para irse, se despidió de Estela con cortesía y Delia lo acompañó hasta la puerta.

—Señora Delia —dijo el padre Anselmo—, me acuerdo muchas veces de usted. A mi mente asaltan con frecuencia imágenes del pasado. Me entristece que no venga a la iglesia porque sé que podría encontrar consuelo en Dios.

—Se lo agradezco padre, pero es tarde para buscar consuelo.

—Sin embargo, yo creo que usted busca algo que todavía no ha hallado. Y le aseguro que Jesús puede ayudarle a encontrarlo.

—No lo entiende, padre. Dios es el último que podría ayudarme, pero le agradezco sus palabras y su visita.

El padre Anselmo se despidió con una inclinación de cabeza y salió de la casa atravesando el jardín que se extendía sombrío ante la fachada principal.

Cuando Delia cerró la puerta, se volvió hacia Estela y le dijo con suavidad:

—No les hagas caso.

—Lo que diga esa gente me es indiferente. Pero ¿a qué se refería el padre Anselmo con eso de que tú sufriste su odio?

En la mirada de Delia había algo parecido a la compasión.

—Es que no te he contado toda la historia de tu padre.

—Pues cuéntamela ahora. Tenemos tiempo.

Y se sentó en el sofá expectante, atendiendo con muda curiosidad cada expresión que de manera involuntaria iba reflejando su semblante. Delia, tras pensárselo unos instantes, dijo por fin:

—Está bien. Déjame sentarme en mi butaca y coger la labor. Tejiendo, los pensamientos de mi cabeza surgen más ordenados, como si se apresuraran a colocarse en la aguja.

Cuando se hubo acomodado, Estela cogió un cojín, se lo puso sobre

el estómago y se acurrucó contra el respaldo del sillón con las piernas recogidas bajo una manta. Delia cogió la labor y comenzó a tejer. Sus dedos se movían vertiginosos entre las dos agujas sin que, en ningún momento, se formara un nudo o se interrumpiera la cadencia en el movimiento de sus manos. Estela la miraba asombrada. Su madre no sabía ni coser un botón. Rápidamente alejó ese pensamiento de su cabeza. No quería pensar en ella. Ya tendría tiempo de hacerlo por la noche, cuando, desgraciadamente, los fantasmas de su pasado volvían para envenenar su presente.

—Estanis traficaba con droga —dijo Delia serenamente—. Tantos viajes a la frontera, tantos negocios que nadie sabía cómo calificar... Lo cierto era que se dedicaba al contrabando. Primero de tabaco y enseguida de drogas. No me preguntes de qué tipo porque no lo sé, pero todo el valle sabía que su negocio era ilegal. Cuando tuvo la edad suficiente, si es que hay una edad adecuada para dedicarse al comercio de esas sustancias, su hijo Emilio comenzó en el negocio. Creo recordar que fue en cuanto cumplió los dieciséis años. Ese verano abandonó los estudios, dejó el colegio y se dedicó a ayudar a su padre en el trapicheo.

»Mi hijo —suspiró y la miró de soslayo—, tu padre, seguía siendo su perro fiel. Con quince años bebían en exceso y se recorrían las fiestas del valle en el coche de Estanis, que se lo prestaba a Emilio para que fardara ante las mozas. Tu abuelo y yo pasamos centenares de noches sin dormir hablando sobre nuestro hijo e intentado averiguar cuándo empezó a alejarse de nuestro lado. De la noche a la mañana, Víctor dejó de ser un niño dulce y tímido para convertirse en un joven que se pasaba el día borracho o drogado. Dios mío, recuerdo una vez... ¿Qué edad tendría? No más de catorce años. Eran las once y media de la mañana y seguía borracho como una cuba. Había vuelto a casa apenas un cuarto de hora antes apestando a alcohol y a sudor rancio. De pronto, alguien llamó a la puerta. Sin que me diera tiempo de advertirle que no lo hiciera, Víctor fue a abrir y se encontró de frente con el padre Anselmo. Sentí que las piernas me temblaban, que me desmadejaba, cuando comprendí que había descubierto que nuestro hijo estaba borracho. ¡Solo tenía catorce años! Yo no sabía qué hacer, qué decir, el apuro me impedía articular palabra, hasta que, de pronto, escuché a Moses contar no sé qué monserga sobre una medicación y sus palpables efectos secundarios. Me ardía la cara de vergüenza y sentía el pelo de la nuca erizado como el de los gatos. Pero ¿qué podíamos hacer? Era nuestro hijo. Lo intentamos todo, Estela. Créeme, hicimos todo lo que unos padres pueden hacer por él. Pero en cuanto cumplió dieciséis años y empezó a consumir otras sustancias se volvió mucho más agresivo. Pasaba fuera noches enteras, no me preguntes dónde. Escapó a nuestro control. A la vista de nuestros ojos lo vimos perderse como un ciervo en la niebla, sigiloso, pero decidido a internarse en las profundidades de ese abismo. Le

cambió el carácter. Tenía siempre esa expresión alelada, los ojos semicerrados y una sonrisa bobalicona y extemporánea. Al hablar arrastraba las letras, como si le costara un trabajo ímprobo dar forma a una idea y convertirla en frases que tuvieran un cierto sentido.

»Moses estaba hundido. Mi marido, tu abuelo, nunca fue un hombre de muchas palabras, aun así, intentó comprender a ese hijo que se había convertido en un absoluto desconocido. Dios sabe que lo intentó. Insistió en enseñarle el oficio: «tendrás que ganarte la vida. Un día querrás tener tu propia casa y educar a tus propios hijos». Pero Víctor se reía de él. Se reía en su cara, con esa risa simple y boba. Moses se contuvo siempre. Yo menos. Yo le chillaba e increpaba. Le llamaba gandul y le decía que nos estaba matando, que era un egoísta, que dejara de comportarse como un vulgar lacayo. Pero fue en vano. Busqué su reacción, intenté sin éxito acertar con el mecanismo que hiciera girar los engranajes de su mente, adormecida por las drogas y manipulada por aquel que se hacía llamar su amigo, pero solo conseguí que se alejara cada día un poco más.

»Visitamos a varios médicos: una psicóloga, un psiquiatra e incluso un neurólogo, por si era una cuestión física. Pero todo fue en vano y Víctor apenas hizo nada por intentar salir de aquella espiral de autodestrucción. Una mañana lo hallamos tirado, desnudo, en el umbral de la puerta de casa. La temperatura era de unos diez grados bajo cero. Tuvo suerte de que estuviera despierta y de que escuchara con claridad cómo un coche se acercaba lentamente por el camino que conducía a nuestra casa, la que quedó oculta bajo las aguas. Todavía hoy puedo oír las ruedas del coche pisando la gravilla hasta detenerse. Me asomé a la ventana y vi cómo se abrían las puertas del coche, por lo menos dos. Todavía no había amanecido y el cielo aún era de un color gris plomizo. No había mucha luz, pero pude observar cómo los dos hombres que se habían bajado del coche abrían la puerta del maletero y, con todas sus fuerzas, sacaban algo, un fardo, un paquete. De pronto, tras una fuerte exclamación de uno de ellos para tomar impulso, aquellos dos hombres tiraron aquello que habían sacado del maletero contra la puerta de nuestra casa, que resonó como si hubieran tumbado todo el piso de abajo. Moses se despertó sobresaltado. Yo, que había asistido en silencio a toda la operación, preguntándome qué estarían haciendo, me puse una bata y bajé corriendo las escaleras. Abrí la puerta y allí me lo encontré, a mi hijo, a mi niño, totalmente desnudo. Se había agarrado las rodillas como para defenderse; tenía restos de sangre en la espalda y en las piernas. Si no llego a estar despierta, no tengo ninguna duda de que habría

muerto congelado. Llamé a Moses gritando. Entre los dos conseguimos tumbarlo en el sofá, le limpié la sangre con una esponja, le di unas friegas por todo el cuerpo y lo cubrí con unas mantas. Llegué a temer que estuviera muerto porque tenía los labios de color azulado, la piel blanca, casi transparente, pero vi que respiraba. Con infinito alivio observamos que su pecho se movía casi imperceptiblemente, así que lo dejamos descansar. Durmió dieciocho horas seguidas. Yo quería llamar a un médico, pero tu abuelo dijo que tenía una melopea como un general y que lo único que podía hacer era dormir la mona. Tenía razón. Cuando por fin despertó, se presentó en nuestra habitación. Moses dormía, pero yo estaba desvelada. Al verlo allí, en el quicio de la puerta, desvalido, arrebujado en la manta, sentí que se me partía el corazón y en el interior de aquellos ojos, detrás de esa expresión de profunda repugnancia, vi a mi pequeño Víctor, al niño que nunca quiso hacer daño a nadie, que jamás habría hecho lo que hizo si no fuera por ese maldito Emilio.

Delia se quedó pensativa. A la luz del fuego sus ojos parecían deshacerse de pena. Estela estaba incómoda, irritada. Conocer aquella historia le provocaba un malestar y una rabia insufribles. Ojalá hubiera podido confortar a la anciana, pero no podía, no quería dejarse llevar por la pena. Eso entorpecería su misión y daría al traste con todos sus planes. Su padre se lo había dicho muy claro: «no me hagas ir a buscarte porque te vas a arrepentir». «Padre». Qué asco le daba esa palabra. Y más ahora que empezaba a conocer las circunstancias en las que se había fraguado lo que luego sería su futuro. Se juró a sí misma que desterraría ese vocablo de su cabeza y que jamás volvería a relacionarlo con el hombre que había destruido a su madre y a aquella pobre mujer.

—¿No te estaré aburriendo?

Delia la estaba mirando, intranquila.

—Claro que no —se apresuró a responder Estela. Y se incorporó en el asiento para indicar que prestaba la máxima atención—. ¿Qué ocurrió después?

—Después de aquello Víctor cambió y yo volví a sentir alivio en mi interior. Comencé a rezar en silencio para que ese fuera el punto de inflexión y poco a poco me dejé llevar por la esperanza en vez de por la realidad.

Volvió a permanecer en silencio durante unos instantes antes de proseguir:

—¿Sabes una cosa, Estela? Lo peor de vivir con un drogadicto, un «yonqui», como le decían en el pueblo, no son los insultos, no es su

maltrato repetido, sus continuas vejaciones, lo peor es la mentira. El engaño. Porque tu padre me juró mil veces que se rehabilitaría. Me pidió perdón llorando. Me prometió que no consumiría nunca más. Y todo era mentira. Mentira. En todas y cada una de las ocasiones en las que comprometió su palabra, en todas ellas, Víctor mintió. Eso es lo que mi hijo fue toda su vida, un mentiroso. ¿Tú sabías eso?

Estela calló. No quería ofrecer muchos detalles de su vida, pero por supuesto que conocía bien las mentiras de la droga. También ella había sido una víctima de ellas.

—Moses también quería creerle. «Esta vez parece que dice la verdad, Delia», me decía constantemente. «No me digas qué es, pero yo esta vez lo veo diferente». Pobre Moses. Mentira, mentira y mentira. Nunca nos dijo más que mentiras. Nos engañó durante años haciendo ver que trabajaba y que consumía solo los fines de semana cuando la realidad era que el sueldo lo cobraba de Emilio, que le pagaba para que lo acompañara a controlar a los camellos que tenía en diferentes puntos del valle y también al otro lado de la frontera. Nos mintió todas las veces que nos dijo que lo había dejado. Todas las que juró que estaba limpio. Todas las que nos pidió dinero para comprarse una moto, emprender un negocio, pagar una deuda. Daba igual. El dinero solo acabó en un sitio: en manos de Emilio a cambio de droga. Y nos mintió todas las veces que nos robó dinero y nos juró que él no había sido.

»Cada vez estaba más flaco y desaliñado. Durante temporadas, tenía los antebrazos y las muñecas cosidas a cicatrices, con unas protuberancias que daba asco verlas, incluso unas marcas amoratadas en las piernas y en los tobillos. Se pinchaba en cualquier sitio, hasta en la lengua lo llegó a hacer, o en el cuello, ¿qué más da? Moses no podía más. La pena lo estaba consumiendo. Se puso enfermo, enfermo de desesperación y frustración cuando por fin comprendió que nunca se rehabilitaría.

Delia se detuvo de pronto. Dejó las agujas de punto sobre la butaca y se dirigió a la cocina.

—Tengo sed —dijo mientras se perdía por el pasillo—. ¿Quieres agua? ¿Prefieres leche? ¿Café? Me parece que tanto hablar me ha dado además dolor de cabeza. Prometo terminar la historia en otro momento. No te molesta, ¿verdad?

Estela aseguró que no le importaba y que tampoco le apetecía beber nada. La interrupción había puesto de manifiesto el dolor tan grande que le estaba causando el hecho de recordar la vida de ese cabrón. ¡Dios! ¡Cómo entendía a aquella pobre mujer! También ella pensaba

que su padre pudría todo cuanto tocaba y no le extrañaba lo más mínimo saber que había sido así durante toda su vida. Pero debía ser lista. Ahora tenía una oportunidad de dejar atrás la miseria, la desgracia, la tristeza que había impregnado toda su existencia. Ahora por fin estaba a punto de ser libre y no pensaba permitir que nadie se interpusiera en su camino. Pensó en lo que le había dicho el padre Anselmo acerca de las habladurías del pueblo. No le preocupaban. Se encargaría personalmente de demostrar que estaba dispuesta a todo. Se encendió un cigarro y a la súbita luz del fogonazo de la llama, sus ojos se tornaron más adustos que nunca.

## XXXIII

El día amaneció ventoso. Las ramas de los árboles se agitaban por el paso del viento entre sus hojas y las contraventanas de las casas se cerraban de golpe, con violencia. Eduardo se arrebozó con esmero, subiendo el cuello del abrigo y atándose una gruesa bufanda, y marchó a grandes zancadas hacia la plaza del pueblo. Estaba habituado a ese aire helado. Desde su llegada a Zaragoza, su madre acostumbraba a calarle un gorro de lana hasta debajo de las orejas, le subía la bufanda hasta los ojos advirtiéndole que «el cierzo es muy traicionero» y le colocaba unas recias manoplas de lana antes de salir a la calle. Esos días en los que el viento racheaba, en Zaragoza apenas se veía un alma, pero ellos salían a dar el paseo de rigor, ajenos a las inclemencias. «Es un frío seco y sano», le decía su madre inhalando con determinación aquel aire de hielo.

Cuando tuvo edad de ir solo al colegio, salía a las cinco de la tarde —en invierno ya casi de noche— con una cartera llena de libros colgando del hombro, las manos en los bolsillos y el paso veloz para llegar cuanto antes a casa. Muchas de esas tardes, Candela lo esperaba con un chocolate a la taza y unos bollitos esponjosos que doraba en la sartén al freírlos suavemente en aceite hirviendo. El aroma a chocolate impregnaba las escaleras desde el portal hasta el rellano y él subía entonces los escalones de dos en dos. Candela, orgullosa del aprecio que el niño mostraba, le preparaba una taza bien llena, acompañada de una nube de nata y media docena de bollos y le dejaba un viejo trapo de cocina para que se limpiase, no fuera a estropear alguna de las elegantes servilletas de hilo que usaban habitualmente en el comedor. Su madre siempre se acercaba a esas horas hasta la cocina,

le daba un beso en la frente, le preguntaba qué tal le había ido en el colegio y se marchaba a la parroquia o a alguna de las obras de caridad en las que participaba. Aunque se incorporó a la familia con apenas diez años, no le costó nada darse cuenta de que aquella familia era rica y piadosa a partes iguales. Su madre era muy devota. Lo obligaba a rezar dos veces al día: por la mañana, para dar gracias a Dios por no haber fallecido durante la noche, y por la noche, para agradecerle haber podido disfrutar de un nuevo día. Era de misa diaria y los domingos eran de visita obligatoria a la Virgen del Pilar.

Para Eduardo, creer en Dios y en la Virgen fue tan natural como respirar. Se había criado en instituciones católicas antes de llegar a esa familia de santidad. Cuando cumplió los doce años, su padre comenzó a enseñarle algunos conceptos de contabilidad y matemáticas y descubrió muy complacido que el chiquillo comprendía conceptos abstractos y complejos con facilidad. De hecho, cuando llegó a cursar estudios de bachiller, el director del colegio de los jesuitas propuso adelantarle un curso escolar completo. Eduardo no quería porque eso suponía separarse de sus amigos, pero su padre dijo tajante:

—Pamplinas. Esos amigos no van a ser los que tengas el día de mañana. Debes aprender a escoger bien tus amistades porque pueden ayudarte, y mucho, en tu futuro profesional.

Así que no hubo más que hablar y Eduardo pasó a segundo de bachiller con la venia, además, de acudir de oyente a las clases de tercero si así lo deseaba. Este último caso nunca se dio porque hizo todo lo posible por no desearlo. ¡No le faltaba más que ser el pelota, además del empollón! Sus padres estaban muy orgullosos de él y así se lo hacían saber. Poco a poco le fueron permitiendo cenar junto a ellos en el salón, saludar a los invitados cuando recibían en casa o, incluso, contar con algún dinero para sus gastos. Él sentía un enorme agradecimiento por aquellos señores que lo criaban como a un hijo y se desvivió durante todos esos años por que su vida fuera lo más placentera posible. Jamás levantó la voz o expresó una queja sobre la cuestión que fuera y que les afectara a ellos. Más bien al contrario. Era en exceso agradecido y correcto, algo que agradaba a su madre y satisfacía enormemente a su padre. Un día, este lo llamó a su despacho, una estancia espaciosa que albergaba una imponente librería de roble y un escritorio color caoba que reflejaba con elegancia la escasa luz que entraba a través de los visillos. El aire de la sala olía a tabaco de pipa y él aspiró satisfecho. Ese aroma y el del chocolate eran sus olores favoritos, los que había decidido que definirían su infancia y sus momentos felices. Su padre le indicó que

se sentara mientras él permanecía de pie con la pipa en la boca y los pulgares bajo las sisas de su chaleco.

—Vas a cumplir dieciséis años y hay algo de lo que quiero informarte. Durante estos años nos has demostrado que no nos equivocamos contigo cuando te recogimos del hospicio. Has sido un niño atento y obediente y te has convertido en un muchacho cabal. Tu madre y yo no esperábamos menos de un hijo. Esta satisfacción se la he trasladado a mi abogado, a quien he dado órdenes de que cambie el testamento y te incluya como principal heredero. Espero que entiendas que es una decisión importante en la que ambos nos jugamos mucho. He intentado ser precavido y no he querido cambiar nada hasta ver que te convertías en lo que se esperaba de ti, y ahora, hijo, me complace mucho anunciarte que cuando yo muera, Dios quiera que sea dentro de muchos años, tú llevarás las riendas del negocio.

Eduardo todavía sentía en su interior aquel calor, aquella enorme satisfacción que experimentó en ese momento y que fue lo más cerca que estuvo durante toda su vida de conocer el amor de un padre. Conmovido, aceptó sin decir nada y estrechó con fuerza la mano que su padre le tendió. Si por él fuera le habría dado un abrazo, pero no se atrevió. Tampoco besó a su madre cuando esta, satisfecha, le acarició una mejilla. Gloria había entrado en el despacho en cuanto su marido terminó su pequeño parlamento, con una bandeja de plata en la que llevaba un whisky con hielo, como le gustaba a su padre, un cóctel de ginebra y limón, como solía tomar ella, y un botellín de Coca Cola.

—Querido —dijo al entrar—, hoy es un día dichoso para esta familia. Estamos orgullosos de tu adaptación y de tu comportamiento y nos sentimos afortunados de haberte encontrado en ese triste hospicio. Vamos a brindar. Por nuestro hijo Eduardo, que continuará con el linaje de nuestra familia.

Chocaron los vasos y su madre, tras dar un largo sorbo a su copa, miró a su marido y dijo:

—¿Se lo has dicho a tu hermano, verdad?

—Se lo dirán mis abogados, así que, por favor, si hablas con nuestra cuñada, ni siquiera menciones el tema. Estas cosas hay que hacerlas bien.

—Por supuesto, querido.

Y mirando a Eduardo añadió:

—Tienes que estar muy agradecido porque tu padre ha pensado en todo, incluso en no desheredar del todo al hijo de su hermano, hasta ahora el designado sucesor de la empresa. Pero no te preocupes, todo

se hará según lo establecido. Los abogados nos dirán los pasos a seguir. ¿No es cierto?

—Así es. Y ahora id a preparaos. Nos vamos a cenar.

Dos meses después de aquella conversación, Eduardo se enteró, casi por casualidad, de que su padre y su hermano habían dejado de hablarse. A Candela se le escapó un día que estaba hablando con la muchacha que les llevaba la compra a casa desde el mercado. Él no dijo nada, pero su pecho albergó una profunda inquietud. No quería que la familia se rompiera por su culpa. Cuando le trasladó a su madre la preocupación que sentía, esta zanjó la conversación sentenciando:

—Lo que decida tu padre bien estará. Que no te importe lo que piense nadie, y mucho menos alguien que no está en la misma posición que tú.

Aquella misma noche, en el comedor, su padre dijo más o menos lo mismo:

—Son mis negocios y yo decido quién será mi sucesor. Me hubiera gustado que fuera alguien de mi sangre, por eso le dije a mi hermano que su hijo mayor sería el designado, pero he cambiado de opinión. Tú eres hijo nuestro, aunque lleves otra sangre.

Eduardo, agradecido hasta casi las lágrimas, prometió a su padre que siempre velaría por el negocio y que jamás malgastaría ni una sola peseta de su fortuna. Si alguien le hubiera dicho en sus largas y frías noches en el hospicio que un día sería el heredero de un gran empresario de Zaragoza, habría pensado que se trataba de un engaño, una ilusión. Pero allí estaban los hechos. Bebió un poco de agua para aclarar la garganta y para deshacer el nudo de gratitud que se le había formado en la boca del estómago y musitó:

—Si quiere, padre, podemos ofrecerle un puesto en la empresa.

—Lo mejor es no meter a la zorra a cuidar del gallinero —dijo su madre enseguida.

—Hablaremos de esto cuando vuelva. No os he dicho nada todavía porque no estaba seguro de que fuéramos a hacer negocios allí, pero lo cierto es que dentro de tres semanas parto para Cuba, concretamente a La Habana. Uno de mis proveedores me ha asegurado que en esa tierra hay grandes oportunidades.

Su barco partió de Barcelona un 23 de noviembre, una noche gélida y luminosa gracias a la luz de la luna que se reflejaba en el mar como un espejo. Eduardo y su madre, no obstante, lo despidieron el día anterior en la estación Delicias. En el momento en que sonó el silbato del tren, su padre se despidió de su hijo con un apretón de manos y de su mujer, con un leve beso en la mejilla. Ya con un pie en el estribo, se

volvió hacia el andén y les dijo: «volveré lo antes posible, pero es probable que este primer viaje de prospección se alargue un poco».

Su madre asintió en silencio y él le pidió que no se preocupara, que cuidaría de la casa, de la familia y del negocio. Volvió el 20 de octubre, casi un año después, y cuando los vio en el andén los saludó con satisfacción. Abrazó a su mujer, que seguía estando bellísima, y aspiró durante largos segundos el suave perfume a lirios que siempre emanaba y que tan bien recordaba. A continuación, tendió la mano abierta a su hijo, quien estrechó sus dedos con firmeza.

—Vaya, vaya, me despidió un niño y hoy viene a recibirme un hombre.

Eduardo, satisfecho y feliz, cubrió con las suyas la mano de su padre.

Tres meses más tarde les anunció que debía partir de nuevo. Durante ese tiempo, le explicó a su hijo el negocio que había puesto en marcha al otro lado del Atlántico.

—Transporte refrigerado. Así de sencillo. Ellos son grandes productores de frutas que pueden exportar a otros países, pero necesitan que el viaje hasta el aeropuerto lo hagan en óptimas condiciones, sin que lleguen golpeadas o medio deshechas por el calor. Yo pongo los camiones, hemos comprado una flota, y les aseguro la mercancía. El negocio es redondo porque todos ganamos y porque no tenemos competencia. Eduardo, esto nos va a llevar a otra categoría.

Su padre volvió a partir; esa segunda vez estuvo sin volver a Zaragoza durante tres largos años.

Al igual que había hecho con Michel, repasó meticulosamente todos los detalles, de manera que nada quedara al albur de la causalidad. Su rictus reflejaba el estado de concentración en el que se encontraba mediante unos profundos surcos que se habían abierto en la frente, a la altura del entrecejo.

No tenía nada contra él, pero debía asegurarse de que nada ni nadie echaba por tierra el plan que tanto le había costado preparar.

Miró el reloj de nuevo, bebió un vaso de agua, pues sentía la boca seca, y por fin decidió que ya era la hora.

## XXXV

Cuando llegó a la iglesia, le extrañó ver la puerta abierta de par en par. Ambos sabían que era necesario atrancarla con fuerza porque, de lo contrario, el viento lograba mover sus goznes. Cuando eso sucedía, los golpes contra la aldaba resultaban insufribles. Se fue quitando el abrigo y la bufanda a tirones mientras recorría el pasillo de la nave central hasta el altar. Cuando estaba a apenas tres metros de distancia, hizo ademán de arrodillarse, aunque tan rápido y descuidadamente que su gesto se asimiló a un trompicón en vez de a una genuflexión de respeto. Rodeó el ara consagrada situada bajo el retablo y llamó con fuerza a la pequeña puerta que se encontraba casi oculta y que daba paso a la sacristía.

—¡Padre Anselmo! —llamó—. Vengo de casa del herrero. Habíamos quedado en que pasaría usted por allí. Su madre ha solicitado la unción de los enfermos. ¿Padre Anselmo?

Extrañado ante la falta de respuesta, abrió la puerta de la sacristía con decisión y enseguida lo vio. El viejo sacerdote yacía tendido de lado, las piernas dobladas, como en un gesto de autoprotección, la cara alterada y en el suelo, al lado de la boca, un charco de babas y vómito. Estaba blanco como el cirio que a pocos metros lucía por la pascua de Pentecostés. Por el rictus y la rigidez, la frialdad de su mano y la palidez de su piel supo con seguridad que el padre Anselmo estaba muerto. Corrió por la nave central de nuevo hasta la puerta, salió precipitadamente y cerró con llave. Su mente volvió a la época en la que no era más que un huérfano flaco y repeinado de la inclusa. También entonces le tocó ver un cadáver, pues el capellán del colegio había fallecido y las monjas obligaron a todos los niños del orfanato a desfilar ante su ataúd, que se encontraba abierto y rodeado de cuatro hachas ardientes. La diferencia estribaba en que aquel capellán había muerto de viejo y al padre Anselmo, en cambio, no debería haberle llegado su hora.

La policía intentó llevar a cabo la investigación de esta nueva muerte con la máxima discreción, pero todas sus diligencias se iban conociendo casi en tiempo real entre los habitantes de Aura. Cada paso que daban los agentes, cada pregunta que formulaban quedaba registrada en la memoria colectiva que, a su vez, se encargaba de transmitirla, desfigurarla y, por supuesto, exagerarla. Los primeros resultados de la investigación arrojaron que el padre Anselmo había muerto por la ingestión de algún tipo de insecticida, posiblemente fosfuro de aluminio o alguno de sus componentes. El citado compuesto químico era usado habitualmente por los habitantes del valle, bien para matar pequeños roedores o bien para el tratamiento del cereal o de las gramíneas almacenadas antes de ser expedidas o transportadas.

Todo el pueblo lloró la muerte de su querido párroco, que había permanecido con ellos durante más de cuarenta años, que los había acompañado en el duelo por la antigua Aura y que había caminado junto a ellos al encuentro de la nueva, mucho más negra, pero más perdurable. A su entierro llegaron gentes de todos los rincones del valle y su misa funeral fue oficiada por el propio arzobispo acompañado de otros seis sacerdotes. Eduardo, visiblemente consternado, se ocupó de las labores que correspondían al monaguillo mientras ofrecía su labor y oración a su amigo y mentor.

Sin embargo, el dolor no impidió que la maledicencia se abriera paso y las acusaciones, la mayor parte de ellas infundadas, empezaron a surgir. Fueron varias las personas que se acercaron hasta la casa del alcalde para exigir explicaciones sobre la joven que había traído la desgracia al pueblo. Por primera vez desde aquellos lejanos tiempos en los que el pueblo se dividió en dos bandos dispuestos a matarse entre ellos, el alcalde descubrió que, bajo aquella apariencia de normalidad, aún subsistía un ansia de venganza que había permanecido soterrada por la cotidianeidad y por el aburrimiento.

Tras el hallazgo del cadáver, se reunieron en el amplio zaguán de la Casa del Concejo la mayoría de las familias que habían venido de la antigua Aura y no pocas de las nuevas. Faltaba Delia, claro está, y Rosa, que no quiso participar en ese juicio popular.

—Alcalde —dijo uno de los caballeros presentes—, a los hechos me remito. Y a las evidencias. No lleva ni una semana aquí y se han

producido dos asesinatos.

—¡Dos muertes que se debían haber evitado!

—¿Quién nos asegura que no va a haber más?

Y del grupo se elevó entonces un rugido que parecía provenir de un animal.

—¡Tengo miedo por mis hijos!

—Yo temo el momento en el que tengo que ir a echar de comer al ganado.

—Debemos contárselo todo a la policía.

—Cuéntaselo si quieres. Ahí los tienes.

En medio de la algarabía, ninguno se había dado cuenta de que los agentes que se habían desplazado para investigar la muerte de Michel, y ahora la del padre Anselmo, estaban en la plaza observándolos desde la distancia. Charlaban tranquilamente entre ellos mientras vigilaban que no se produjera ningún altercado. Varios de los hombres que se encontraban bajo los soportales de la Casa del Concejo tomaron la determinación de ir a hablar con ellos para pedirles, exigirles incluso, que los mantuvieran al corriente de la investigación.

—Espero que entiendan nuestro nerviosismo. Nos sentimos desprotegidos.

Tras la síntesis del alguacil, el alcalde tomó la palabra.

—Agentes, nadie piensa que no estén haciendo bien su trabajo. —Las murmuraciones subieron de tono contradiciendo así las palabras del regidor—. Y tampoco estamos diciendo que la joven sea la causante de estas dos desgracias. ¡Yo al menos no lo afirmo! —exclamó ante la creciente algarabía que acusaba a Estela directamente de ser una malhechora—. ¡No lo creo porque respeto su presunción de inocencia! Pero eso no significa que no piense que deba ser investigada. Agentes, es cierto lo que aquí se ha dicho. En Aura no habíamos tenido ni una sola muerte violenta hasta la llegada de esa chica.

El cabo Rodríguez se acercó hasta el alcalde, se sacudió las manos enguantadas y le dijo:

—Señor alcalde. No vamos a permitir que nadie se tome la justicia por su mano ni que se produzca ningún altercado. Entendemos su temor y preocupación, pero nos corresponde a nosotros averiguar quién está detrás de estas muertes y llevar al responsable ante la justicia. De ninguna manera toleraremos comportamientos que puedan derivar en un linchamiento, ni físico ni psicológico sustentado en habladurías y difamaciones. Hasta el momento hemos sido claros con usted y le hemos informado con absoluta transparencia: por ahora no

tenemos ningún sospechoso. Las víctimas tenían entre sí una relación estrecha, pero no sabemos de nadie que tuviera motivos para matarlos. El veneno encontrado en sus organismos puede proceder de cualquier caseta para aperos de las muchas que hay en todo el valle. Estoy seguro de que, si miramos en su casa, encontraremos algún pesticida similar, y eso no le convertirá en sospechoso. El mismo respeto merece esa joven contra la que ahora mismo no tenemos nada y sobre la que únicamente pueden alegar una presencia absolutamente circunstancial. Creo que me he explicado bien, ¿verdad?

—Con absoluta claridad, cabo —dijo el alcalde molesto por haber sido sermoneado en público—. Espero que se me siga manteniendo al corriente de cualquier cambio o descubrimiento que se produzca en la investigación.

—No tenga la menor duda de que será informado de los detalles que le conciernan. Ya sabe dónde nos alojamos y, además, seguro que nos van a ver a menudo por aquí. Mientras tanto, le ruego que se dirija a esa pequeña turba —y señaló a los vecinos que indignados aún seguían vociferando bajo los soportales— y les conmine a disolverse. Que se vayan cada uno a su casa, que aquí hace un frío de pelotas.

Y dicho eso, le saludó con una inclinación de cabeza y se alejó seguido de la agente Serrano, que le preguntó en un susurro:

—¿Crees que obedecerán?

—Más les vale —respondió el cabo Rodríguez—. Pero, por si acaso, llama a la comandancia y pide que intensifiquen las patrullas y los controles rutinarios durante los próximos días.

—Muy bien, jefe. ¿Y qué pasa con la joven? ¿Solicitamos protección?

—Por el momento, no. Pero permanezcamos atentos.

—Otra cosa: Eduardo fue la última persona que vio con vida a Michel y también quien encontró el cadáver del padre Anselmo. ¿Investigamos una posible conexión?

—Por supuesto. Mantenemos todas las líneas de investigación abiertas. No sé qué me da que, en este pueblo, no nos podemos fiar de nadie.

Mientras los agentes mantenían esta conversación, Eduardo observaba desde el interior de la taberna a quienes se habían congregado bajo los soportales de la Casa del Concejo. No podía oírlos, pero por sus gestos y aspavientos entendió que estaban convencidos de la culpabilidad de Estela.

Por segunda vez en su vida, sentía que la vida que le pertenecía se deshacía como montañas de arena sin que pudiera hacer nada por

evitar el derrumbe. La muerte del padre Anselmo lo había dejado expuesto y le obligaba a tomar dolorosas decisiones que ni podía, ni quería adoptar aún.

Sin poder evitarlo, recordó de nuevo aquella lejana mañana en la que su padre regresó de La Habana convertido en un indiano. Cuando Eduardo y su madre lo vieron descender del buque, atezado por el sol, peinados hacia atrás unos rizos de plata que se ensortijaban a la altura de las orejas, y vestido con un terno color crema que le proporcionaba la apariencia de un dandi inglés, no podían creer que aquel fuera el mismo hombre que había partido tres años antes. Llevaba un sombrero de ala ancha y un bastón con empuñadura en forma de cabeza de león. Fumaba parsimoniosamente un cigarro habano del que extraía azuladas volutas de humo y, cuando los vio, se llevó la mano al chaleco del que sacó un hermoso reloj dorado.

Eduardo se acercó y su padre le estrechó la mano con una cierta frialdad. Esa misma sensación tuvo su madre cuando Guillermo apenas rozó su mejilla con los labios ahumados bajo un fino bigote de color gris perla que se había dejado crecer. Ya en casa, les explicó que sus finanzas habían crecido de manera extraordinaria así que había decidido trasladar el centro de sus negocios allende el océano. Y durante horas les estuvo narrando historias de una tierra que había despertado en él un profundo amor por la vida. Les habló de la dulzura de sus habitantes, de su alegría y su son y de la magnífica casa que había adquirido con vistas al impresionante malecón.

—Las olas baten con tanta violencia —les dijo— que podrían echar la casa abajo. Las mansiones están pintadas de colores, azul, amarillo, naranja, de manera que la luz dorada de los atardeceres, las hacen brillar como si fueran piedras preciosas. El mar allí es de una belleza indescriptible. Y la ciudad... La Habana bajo la luz de la luna, cuando un haz blanco se refleja sobre el océano en calma, parece una enorme bandeja de plata.

Madre e hijo escuchaban embelesados las historias de Guillermo convencidos de que, en unas semanas, cuando volviera a ocuparse de sus negocios, los tres viajarían juntos a ver aquella tierra bella, rica y generosa. Sin embargo, su padre no quiso ni oír hablar de ello alegando que allí no podría atenderlos debidamente y que deberían esperar a que estuviera mejor instalado, por lo que, a las seis semanas de su llegada, Guillermo volvió a embarcarse, solo, en un buque que lo llevaría de vuelta a su nuevo hogar.

Eduardo consoló a su madre y la convenció de que su padre quería que todo estuviera en orden antes de recibir a su esposa.

—Mírelo por ese lado, madre, padre quiere evitarle las incomodidades que, seguro, ha tenido que afrontar él. Además, los primeros años de cualquier negocio exigen todo el tiempo que se le pueda dedicar y si usted, nosotros, estamos allí, padre se sentirá obligado a volver a casa a una hora prudencial, e incluso a no trabajar los sábados y domingos, lo que podría resultar sumamente perjudicial para la buena marcha de la empresa.

Gloria terminó por convencerse y a las pocas semanas ya se había acostumbrado de nuevo a su vida de soltera entrada en años o de viuda joven, según se mirase. Las obras de caridad, los paseos con las amigas por la plaza del Pilar y las muchas recepciones a las que era invitada colmaban su tiempo y sus pensamientos.

Eduardo, por su parte, trabajaba a destajo en el negocio de su padre. Estaba orgulloso porque había conseguido introducir algunas mejoras que ya estaban comenzando a reportar beneficios. Su padre tenía una fábrica textil que servía a casi todas las grandes tiendas de telas y patronaje de costura de las grandes ciudades ubicadas en el norte y sur de la provincia de Zaragoza. Eduardo, movido por la curiosidad, se había acercado a visitar las grandes industrias de Cataluña y había descubierto unos modernos telares que confeccionaban el raso y la seda de manera mucho más sencilla y cómoda. Había adquirido dos para su fábrica de Zaragoza y, apenas un año después ya estaban amortizados y produciendo un 17 % más de ganancias que las antiguas máquinas. Los miembros del Consejo de Administración, todos ellos amigos de su padre, estaban encantados con su gestión y le animaban a continuar por la senda de la modernización de la compañía.

Él disfrutaba entre aquellos hombres que le enseñaron tanto acerca de gestión de proveedores, cálculo de costes y, sobre todo, técnicas de venta. Aprendió a desenvolverse con mucha naturalidad y elegancia en los círculos empresariales de la burguesía local y, aunque todavía no había cumplido los veinticinco años, ya era muy conocido en los ambientes más selectos de Zaragoza y un invitado muy cotizado en las fiestas y recepciones que se organizaban en el casino.

Su padre volvió repentinamente en el mes de agosto, apenas diez meses después de haberse ido y casi un año antes de la fecha prevista para el regreso. Esta vez no fueron a recibirlo a la estación porque Guillermo no quiso informarles de su llegada, de manera que, cuando Candela fue a abrir la puerta una tarde de sábado de, posiblemente, el día más caluroso del año en Zaragoza, casi se desmaya del susto al ver en el umbral al señor. De nuevo iba vestido con un traje color blanco

sucio, aunque esta vez no fumaba ningún puro y su rostro, bronceado, parecía haber envejecido quince años de golpe.

Tras la sorpresa inicial, Candela comenzó a exclamar en voz alta:

—¡Qué alegría, señor! Qué alegría se va a llevar la señora. Y también don Eduardo.

En la oscuridad del rellano de la escalera, no pudo ver una sombra que se movía tras las piernas del señor Guillermo, pero antes de que Candela tuviera tiempo de sobresaltarse, una niña chocolateada con unos extravagantes rizos y la sonrisa más preciosa que hubiera visto en su vida se situó frente a la sorprendida sirvienta, dobló ligeramente sus pequeñas rodillas cogiendo la punta de la falda con la mano derecha y dijo:

—Encantada de saludarla, señora, yo soy María Elena.

Eduardo había intentado dejar de fumar. El padre Anselmo le había dicho que en un futuro sacerdote era preferible evitar todo aquello que supusiera una esclavitud para el cuerpo o para el espíritu. «Un alma libre —le había asegurado— es mucho más ligera, lo que le permitirá llegar ante Dios con más facilidad». Eduardo, que había perdido la fe hacía tiempo y no tenía intención alguna de ser cura, obedeció sin rechistar. En cierto sentido porque le daba igual fumar o no hacerlo, vivir o morir, comparecer ante Dios o pudrirse en el cementerio. Estaba inmerso en un pozo tan profundo y oscuro que su único objetivo en aquella época era simplemente el de ver la luz de un nuevo día.

Sin embargo, llevaba una temporada fumando cigarros sueltos a escondidas y, en ese instante, mientras veía a la turba organizarse para ir a exigir explicaciones a Delia por la llegada al pueblo de Estela, decidió comprarse una cajetilla de tabaco. No podía resistir aquella podredumbre sin aspirar el humo de un cigarrillo. Muerto el padre Anselmo, no debía nada a nadie, porque no había una sola persona sobre la tierra a la que pudiera importarle un ápice su determinación, nadie que se preocupara por su futuro, por su salud o por su mísera existencia.

# XXXVII

Mientras estos hechos se producían en la plaza, Delia distraía su nerviosismo intentando hacer punto, pero no podía concentrarse y las agujas le temblaban en las manos. Todavía se sentía conmocionada por la noticia de la muerte del padre Anselmo. Recordó su valentía cuando todo el pueblo se unió para expulsar a su hijo de Aura y él se encaró con la multitud vociferando que nadie tenía derecho a juzgar a un semejante. El padre Anselmo siempre fue un hombre justo, o por lo menos lo intentó. Nunca juzgó a su hijo y, lo que es más importante, nunca les juzgó a ellos, sus padres, por las decisiones que tomaron. ¡Qué más podrían haber hecho! ¡Qué más podrían haberle dado! Y aunque todavía se lo sigue preguntando, también ha aprendido a perdonarse y a convencerse de que hicieron todo lo que pudieron. Su único pesar, dos décadas después, es que Moses se fue a la tumba sin ese consuelo.

Para cuando Víctor y Emilio cumplieron veintitrés años, la mayoría de las casas de Aura contaban entre sus muros con algún damnificado de sus turbios negocios. Corrían rumores sobre las extremas fiestas que los dos amigos organizaban en un local que habían alquilado y en el que se reunía la gente joven del valle. El BeBelu's, así se llamaba el tugurio, rápidamente se dio a conocer en toda la comarca. La discoteca estaba situada en un paraje lejano, apartado de la carretera y desde el que se divisaban, cuando el clima lo permitía, unas hermosas vistas del río que horadaba el valle. Y en aquel feudo, Emilio era el rey. Había sido una idea suya y su padre había aceptado invertir una ínfima parte de sus beneficios en adquirir una fea nave de hormigón, bien comunicada, aunque aislada de cualquier población. El recinto había dado cobijo durante años a una empresa proveedora de los grandes astilleros al otro lado de la frontera. Con los años, el negocio se había deslocalizado y ahora construían las piezas para las turbinas de las hélices en un lejano pueblo de Polonia. El dueño de la nave se vio aliviado de poder deshacerse de ese mamotreto, así que se lo ofreció a Estanis a muy buen precio. Este le dio las llaves a su hijo y le dijo:

—Toma. Si tan claro lo tienes, búscate la vida, consigue un proyecto viable, un presupuesto ajustado, un plan a cinco años y un cálculo de costes; si vemos que es rentable, nos ponemos con ello. Yo

te financio, tú llevas el negocio y los beneficios al 50 %.

Emilio, exultante, había ido a buscar a Víctor esa misma noche para celebrarlo en un tugurio en el que la cocaína y las prostitutas abundaban tanto como la cerveza.

—Va a ser la hostia, Víctor. Vamos a ser los capos de este puto valle. Todo dios va a pisar el suelo que pisemos. ¡Todo dios, hostia! Y vamos a ganar mucha pasta, «cagüendios», pero mucha, mucha pasta.

—Qué grande eres, Emilio, hostia. Qué grande...

—Y tú también lo vas a ser, Víctor. Porque eres un tío leal, «mecagüen» la puta, y eso es más difícil de encontrar que una virgen en un burdel.

Endiosados, rieron a carcajadas celebrando el ingenio y la iniciativa de Emilio, anticipando las ganancias que pronto llegarían.

El *modus operandi* de Estanis y Emilio incluyó, por supuesto, el soborno a los inspectores encargados de certificar que en esa enorme discoteca se cumplía con la normativa, así como a los guardias que patrullaban los accesos al BeBelu's. Y en cuanto la discoteca abrió sus puertas, se convirtió en un local de obligada visita. Los jóvenes de Aura y de los pueblos lejanos bailaban exultantes en una inmensa sala en la que destacaban cuatro barras de bar y cinco enormes torres que se elevaban sobre las cabezas de sus asistentes y en las que se encaramaban sensuales mulatas que se contoneaban al ritmo de la música.

Llegaban desde todos los lugares de la comarca para beber y disfrutar de la fiesta. Aparecían en todo tipo de vehículos, con la música a un volumen endemoniado, gritándose unos a otros por las ventanillas y derrapando en la ligera gravilla que recubría el aparcamiento adyacente. El olor a goma quemada se mezclaba con el de la gasolina y el humo de los tubos de escape, mientras la BeBelu's, rodeada siempre de un complejo sistema de haces de luz, emergía al fondo como un lugar de culto.

Pero tras una temporada inicial en la que todo el mundo quiso acercarse a ver la discoteca, esta se convirtió rápidamente en un coto privado para todos los que se caracterizaban por una vida desordenada y excesiva en alcohol y drogas, y un lugar en el que además se trapicheaba con absoluta impunidad.

Estanis, como había prometido, dejó hacer a su hijo y, aunque Rosa intentó sugerirle que le ayudara a poner orden, que se asegurara de que su hijo gestionaba un local lícito y alejado de conflictos y problemas, este le respondió como solía, diciéndole que se metiera en sus asuntos y los dejara trabajar en paz. Poco pudo hacer ella, salvo

callar y mantenerse al margen de los negocios clandestinos que, como bien sabía, se cerraban cada noche en la discoteca que regentaba su hijo. El hampa local, delincuentes de poca monta y adictos en busca de la última dosis convivían con contrabandistas y delincuentes de más voltaje.

Lo primero que hizo Emilio, tal y como había prometido, fue ofrecerle a Víctor un trabajo y un buen sueldo. No es que fuera un empleo concreto, su función consistía, simplemente, en estar en el local y ser sus ojos y sus oídos. Debía mantener sus pupilas bien abiertas e informarle, por ejemplo, si algún camarero metía la mano en la caja; si alguna de las gogós se liaba con uno de los encargados; o si las chicas que servían en las barras de los reservados olvidaban, ya fuera sin querer o intencionadamente, cobrar alguna copa a sus clientes. Así que Víctor se pasaba las noches allí y dormía durante el día.

Se levantaba sobre las seis de la tarde, se fumaba un porro en la misma cama y hacia las siete se levantaba. Se duchaba, tomaba un café y una tortilla francesa y sobre las ocho salía de casa camino de BeBelu's, donde permanecía hasta pasadas las nueve de la mañana. El horario laboral era llevadero gracias a las rayas de coca que se metía cada cuatro o cinco horas y a las múltiples cervezas que apuraba mientras vagaba de lado a lado del local atento a los movimientos de todos. Tenía fama de chivato y de sobón. A las chicas les molestaba su mirada alelada. «Es un pervertido», decían. «Pero hay que tener mucho cuidado con él —afirmaba la mayoría—, es un chivato y el correveidile del jefe». A Víctor le daba igual lo que dijeran de él. Se sentía honrado con la confianza que Emilio había depositado en él y le gustaba saber que muchos lo temían. Las chicas no ponían generalmente ninguna objeción cuando él las tocaba con intenciones evidentes de practicar sexo en el cuartucho que usaba cuando necesitaba dormir unos minutos. Resignadas pero sonrientes, no fuera que tuvieran problemas con Emilio, aceptaban acostarse con él, aunque luego entre ellas decían que era asqueroso.

Delia y Moses trataban de convencerlo, casi cada día, de que abandonara aquella vida y comenzara a labrarse otro futuro.

—Estás siempre embobado, hijo. Llegas drogado todas las mañanas, ¿te crees que no nos hemos dado cuenta? No puedes vivir así. Te vas a matar y nos vas a matar a nosotros. Yo no te eduqué para que fueras un matón de pacotilla, un criado de ese desgraciado.

Daba igual, porque Víctor no escuchaba, y si lo hacía, no se molestaba en replicar. Su comunicación se limitaba a un violento

portazo, un «cállate de una puta vez, hostia» o un «puta vieja de los cojones». Por lo general, Delia intentaba hablar con él cuando Moses no estaba delante. Este, que siempre había tenido un temperamento tranquilo, le había confesado un día que temía darle un mal golpe. Fue una mañana en la que había descubierto que el dinero que habían estado ahorrando durante dos largos años para comprar un nuevo motocultor había desaparecido. Y no era la primera vez que sucedía. Antes ya les había robado la cantidad que habían guardado para la entrada de un coche nuevo que querían haberse comprado. Habían liquidado también su plan de pensiones en dos estancias, casi sucesivas, en una institución especializada en desintoxicaciones. Por supuesto no había funcionado y al mes de ser dado de alta, él seguía consumiendo y ellos habían perdido casi todos sus ahorros. Delia empeñó algunas joyas y Moses llegó a hipotecar la casa para saldar una deuda que Víctor había contraído justo cuando comenzó con la heroína. Lograron pagarla de golpe y él les juró que no volvería a consumir, pero cuando comenzó a trabajar en BeBelu's, sus padres ya sabían que era mentira, mentira de nuevo. Siempre mentira.

Veinticinco años después, volvía a sentir ese escalofrío, aquella angustia cerval por su hijo y aquel amor incondicional por su marido, que sufría tanto o más que ella la desgracia de tener un hijo drogadicto.

Es curioso cómo la tempestad siempre llega cuando menos te lo esperas. Y cómo lo que comienza como un chaparrón se convierte de repente en un devastador huracán. Eso es precisamente lo que le ocurrió a Víctor.

Pocos meses después de que BeBelu's abriera sus puertas, ya se elevaban voces exigiendo su cierre. Lo cierto es que en apenas ocho meses aumentaron considerablemente los accidentes de tráfico en una población que, a pesar de la peligrosidad de sus carreteras, no se había distinguido nunca por una siniestralidad muy elevada. La mayoría de los accidentes fueron causados por abuso de alcohol o drogas y por exceso de velocidad. Pero, además, se descubrió un entramado de carreras ilegales en las que se apostaba por el que subiera en el menor tiempo posible las doce sinuosas curvas que llevaban hasta la discoteca. Los récords que se estaban estableciendo eran endiablados y, por supuesto, hubo varias desgracias que segaron la vida de cuatro jóvenes. A esto había que añadir que aumentaron los casos de adicción entre los jóvenes de la comarca. En apenas dos años muchos habían pasado de salir del instituto a ser consumidores habituales de hierba,

pastillas y en los casos peores, heroína. Comenzaron a surgir voces en contra del local, como que había llegado para pervertir a toda una generación, y, aunque otros muchos no achacaban la responsabilidad al BeBelu's, sino a las familias e incluso a los centros educativos, lo cierto es que se descubrió pronto que la policía hacía la vista gorda en sus visitas a la discoteca. Pronto aparecieron pintadas en las que se acusaba a la policía de consumir droga en el local e incluso al juzgado de no hacer nada por evitar las muertes de tantos jóvenes.

Delia comenzó a percibir murmuraciones a su paso. Las vecinas intentaban cambiarse de acera cuando la veían aparecer o incluso daban media vuelta presurosas fingiendo que habían olvidado algo. También los hombres, en la taberna, comenzaron a sentirse a disgusto delante de Moses. No les gustaba que acudiera a las habituales partidas de cartas porque entonces ya no podían hablar con la misma libertad de aquellos dos desgraciados que habían traído la ruina a Aura. Una representación de las mujeres más potentadas del pueblo acudió a hablar con don Anselmo y con el alcalde, el ya fallecido señor Peña. Y aunque este último corroboró las acusaciones de las mujeres y les agradeció su labor en pro del bien común, don Anselmo se negó en redondo a secundar la idea de expulsar a Víctor y a Emilio del pueblo. Pero el viento ya se había levantado y movía la hojarasca en rápidos y poderosos círculos. Las nubes, negras y cargadas de lluvia, ya se oteaban en el horizonte y el aire comenzaba a oler a humedad, a violentos chubascos, a tierra mojada.

A los pocos días de iniciarse las movilizaciones, un joven de Aura, un chico divertido y hablador que en las fiestas del pueblo acostumbraba a encaramarse al balcón del casino para invitar a bailar a las mujeres mayores al compás de la orquesta, apareció muerto en uno de los baños del BeBelu's. La voz de alarma la dieron dos chicas que lo acompañaban y que, al ver que no volvía a la pista de baile, donde lo esperaban con su copa en la mano, se dirigieron hacia los servicios de caballeros. A pesar del barullo, consiguieron hacerse oír hasta que uno de los que estaba haciendo cola aporreó una puerta que llevaba demasiado tiempo sin abrirse y, al no recibir respuesta, la derribó de una patada. Horrorizadas, las dos amigas comenzaron a chillar cuando vieron a su amigo, medio tendido en el suelo y con una aguja hipodérmica clavada aún en el brazo derecho.

Rápidamente se montó un jaleo considerable que llegó a oídos de Víctor. Este se encontraba tomándose una cerveza y dando palique a uno de los camareros cuando vio que uno de los guardias de seguridad se dirigía presuroso hacia el fondo del local. Corrió tras él y cuando

llegó, ordenó que todo el mundo saliera del baño. A trompicones, porque esa noche había mezclado demasiado alcohol con demasiadas pastillas, se acercó hasta el cadáver maldiciendo no haber optado por consumir cocaína, pues entonces se sentiría más despejado.

La policía se presentó en unos minutos. Uno de los agentes había pasado muchas noches en BeBelu's y había hablado en numerosas ocasiones con Víctor, aunque ahora hacía como que no lo conocía. Les ordenó que encendieran las luces, apagaran la música y desalojaran el local. Así se hizo y esa noche Víctor se presentó en casa a la una de la madrugada.

Entró tambaleándose. Delia todavía no se había ido a la cama. Se encontraba en la cocina, poniendo un poco de comida en el cuenco del gato y asegurándose de que estuvieran cerradas todas las contraventanas. En cuanto lo vio supo que algo había sucedido, pero pensó que se trataría de alguna redada o de una trifulca entre traficantes. ¡Cuántas noches lo sintió entrar así y nunca dijo nada! ¡Cuántas noches pasó en vela escuchando a su hijo vomitar o roncar entre estertores de alcohol! Y, sin embargo, no dijo nada. Pero aquella noche, aquella maldita noche no pudo contenerse y le repitió lo que ya le había dicho tantas veces:

—Te lo hemos dado todo y tú nos lo pagas de esta manera. Desde el mismo día en que naciste nos hemos desvelado por ti. Te hemos llevado a los mejores colegios, a los mejores especialistas. Te hemos perdonado que nos robaras, que nos humillaras, que nos mintieras. Y tú nos lo pagas con este comportamiento. Ya no lo puedo soportar más. ¡Quiero que te vayas de casa! ¡Ahora! ¡Quiero que salgas ya de esta casa! ¿Me estás oyendo? ¡Quiero que te vayas de nuestras vidas!

Irritada y crispada como estaba, no se dio cuenta de que su hijo apenas la miraba. Estaba como ido, ajeno a sus palabras y a su dolor. Ella lo tomó como un desafío, como un acto engreído de desentendimiento y se acercó a él, lo cogió de la manga e hizo un amago de empujarlo hacia la puerta. Víctor, entonces, se revolvió como una bestia acorralada y golpeó a su madre con el puño en la cara... Cayó al suelo como un fardo.

—¡Que me dejes en paz, hostia! ¡Que me dejes vivir de una puta vez! ¡Que ya me iré, pero cuando me salga de los cojones! ¡Hostia ya!

Y salió a trompicones de la cocina, pasó por encima del cuerpo inerte de su madre y se fue dando un portazo.

Cuando Moses apareció en la cocina, sobresaltado por los gritos, el portazo y el ruido de un coche marchándose a toda velocidad, se tambaleó de rabia y de dolor al ver a su mujer con la cara

ensangrentada e inconsciente en el suelo. Sintió una extraña e inabarcable furia hacia un hijo que era capaz de hacer algo así y se juró a sí mismo que lo echaría de casa con sus propias manos. Cambiaría las cerraduras, si fuera necesario, pero no volvería a darle cobijo, aunque volviera apaleado y contrito.

Un golpe seco en la puerta le devolvió a la realidad y se separó del balcón, alejando también aquellos terribles recuerdos que tan hondo había resguardado durante todos esos años. Se acercó sigilosa hasta la entrada y sin hacer ruido se acercó a la mirilla. Suponía que era ella, pero verla no contribuyó a tranquilizarla. Desde su llegada sentía que el pasado había vuelto. Algo confusa la observó por el minúsculo espacio que dejaba la abertura. Y la vio allí, resuelta, fantasmagórica incluso, como afirmaba el pobre Michel, y se preguntó qué papel jugaba esa criatura en el drama que había sido su vida desde hacía ya demasiados años.

Ajena a la vigilancia de su abuela, Estela aplastó el cigarro contra la tierra de un parterre, con cuidado de no pisar los pensamientos, y volvió a llamar a la puerta. Esta vez con más contundencia. Delia decidió abrir y la joven entró en casa soplándose los dedos enrojecidos por el frío.

—Esos cabrones están hablando de mí —soltó sin ningún tipo de preámbulo—, pero no pienso dejar que me intimiden. Conozco el percal. Critican en grupo, pero luego, en privado, cada uno en su casa, son unos cobardes de mierda.

—Estela —dijo Delia con voz trémula—, me gustaría que no hablaras así, no porque no lo merezcan, sino porque el odio, la ira, solo te hará daño a ti, no a ellos.

Estela sabía que tenía razón; pero, desgraciadamente, también sabía que debía defenderse. Lo había aprendido demasiado pronto. Sin pensar siquiera en que estaba revelando secretos que no debería y proporcionando una información que podría causarle problemas, dijo:

—Quizá estés en lo cierto, pero yo he sido testigo de cómo las habladurías destruyeron una vida. Y cuando terminaron con ella, cuando ya no pudieron hacerle más daño, esas lenguas que la criticaban sin saber nada de sus circunstancias, no pararon hasta que consiguieron humillarme a mí también.

Delia estaba inmóvil. No quería hacer el más mínimo ruido porque Estela estaba hablando casi en un susurro y ella ya no oía tan bien como antes.

—Ven —le dijo cuando terminó—. Ven a sentarte y vamos a tomar un café con leche. He hecho bizcocho de manzana.

—¿El que me ofreciste la primera vez que vine a tu casa? —dijo

Estela.

—El mismo. Anda, ven.

Y como una niña dócil, Estela obedeció y se sentó en la butaca situada junto a la chimenea. Fue Delia la que inició la conversación. Y lo hizo porque sentía que se lo debía. A pesar de que desconocía todo sobre su vida, y a pesar de no tener ninguna certeza acerca de sus intenciones, creyó que era ella la que debía encarar el camino de la reconciliación y de la verdad. Quería liberarse de la presión que oprimía su alma desde aquella lejana noche, y se moría por conocer un poco mejor a aquella extraña joven que, intuía, había sufrido demasiado. Por eso, Delia tomó la determinación de narrarle los hechos sin adornos ni concesiones. Tan solo el relato de lo sucedido. Así que sirvió dos tazas de café caliente junto a dos generosas porciones de tarta de manzana recubierta de una brillante capa de mermelada de albaricoque y fueron a sentarse junto al fuego encendido. Antes de hacerlo, Delia echó a la chimenea dos leños más y azuzó las brasas con el soplete. Algunas chispas diminutas se escaparon hacia la alfombra y ella las apagó cuidadosamente. Por fin, se situó frente a Estela.

—¿Sabes? La primera vez que mi hijo me agredió, sentí como si mi vida hubiera estallado en mil pedazos. Fui consciente incluso de las porciones, de las diferentes piezas de distintos tamaños en las que se dividió toda mi existencia. Y supe, desde ese mismo instante, que aquello no tenía solución y que jamás volvería a ser la misma.

La noche en que Víctor se dio a la fuga dejando a su madre herida, fue a ocultarse a casa de Emilio, que estaba visiblemente nervioso.

—¡«Mecagüen» la puta, chaval! ¡Lo único que tienes que hacer en el club es vigilar! ¡Vigilar! ¡Hostia! Te dije que necesitaba que fueras mis ojos y mis oídos y te pegas la vida «empanao». ¡No eres más que un puto yonqui de mierda!

Víctor, alterado por los acontecimientos y nervioso por la cocaína que de forma apresurada había esnifado en el coche, comenzó a respirar ruidosamente, como un animal enfurecido. Emilio lo miró con desprecio.

—¡Qué puto asco das, cabrón!

Pero Víctor no le oyó. O si lo hizo, no se dio por aludido y continuó emitiendo unos aborrecibles sonidos nasales, hasta que su amigo no pudo más.

—¡Deja de hacer eso, coño, que pareces un puto jabalí!

Y entonces, como si esa hubiera sido la señal de ataque, Víctor se

lanzó contra Emilio, que se mantuvo en su posición reculando apenas dos pasos. Víctor cayó como un fardo, amonado y ciego hasta perder el conocimiento y su amigo aprovechó para patearle mientras profería insultos e improperios hasta que se cansó y ordenó a dos de sus secuaces que lo llevaran a su casa.

Cuando lo dejaron en la puerta, su padre quiso salir a decirles que se lo llevaran de allí, lejos, que no depositaran esa inmundicia en su puerta.

—Pero yo se lo impedí —musitó Delia mirando con tristeza a Estela—. Ninguna madre puede soportar ver así a su propio hijo, porque yo no veía al drogadicto, al mugriento, a la escoria en la que se había convertido. Yo seguía viendo a mi niño, el de los rizos y los ojitos azules, el que rodeaba mi cuello con sus manitas y me prometía que nunca se separaría de mí, el que volvía del colegio emocionado a enseñarme sus dibujos, el que se dormía en mi regazo mientras le leía su cuento preferido. Ese era Víctor y no la bestia que me había pateado.

»Moses accedió, claro está. ¡Cómo no iba a hacerlo si él recordaba al mismo niño que yo! Tuvimos que llamar a un médico para que viniera a curarle las heridas que Emilio le había hecho con la puntera de las botas. Le pusieron siete puntos de sutura en el labio, una cédula en la nariz fracturada y un collarín para evitar que moviera las vértebras del cuello. Emilio, además, le había roto dos costillas que, a su vez, produjeron un enorme derrame en la región lumbar de la espalda.

»También a mí me examinó el médico. Afortunadamente no me había roto la nariz, pero tuve los ojos negros durante más de dos meses. El doctor aceptó mis explicaciones sin creérselas y nos comunicó que su deber era informar de sendos partes de lesiones. A duras penas logramos convencerlo de que no lo hiciera. Le rogué que pensara en nuestra reputación y en cómo nuestra casa quedaría mancillada por las habladurías. Él, ya no sé si por fortuna o no, terminó aceptando.

—Voy a hacer la vista gorda por esta vez, Delia. Pero si me entero de que vuelve usted a sufrir, digamos que un accidente similar, informaré a la policía sin esperar su permiso. Y respecto a su hijo: me consta que han hecho todo lo que estaba en su mano y más para sacarlo de ese pozo en el que él solito se metió. Quizá haya llegado la hora de invitarle a marcharse. Creo firmemente que ustedes ya no pueden ayudarlo más.

Víctor estuvo siete días acostado en la cama, sin fuerzas para

levantarse. Siete días en los que Delia apenas se apartó de su lado. Los dolores de los golpes y las contusiones no eran nada comparados con la angustia y la ansiedad provocadas por el síndrome de abstinencia. Pudieron sobrellevarlo porque el médico les había dejado un par de blísteres de un medicamento a base de metadona, un opioide de acción lenta que no se administraba en los domicilios sino en centros ambulatorios a los que el paciente debía trasladarse. Dado el estado de Víctor, había decidido aprobarlo de forma excepcional. Eso sí, les recomendó que no se excedieran respecto a la dosis pautada en ninguna circunstancia. Gracias a aquellas pastillas pudieron, tanto Víctor como sus padres, sobrellevar aquellos fatídicos días, pero en cuanto pudo levantarse de la cama, salió en busca de uno de sus proveedores habituales, desesperado por encontrar algo, lo que fuera, que consiguiera aliviar el malestar que sentía.

Mientras tanto, en el pueblo los ánimos estaban muy exaltados. Aura se había posicionado contra ese local maldito en el que había muerto uno de los jóvenes más queridos del valle, un chico apuesto, sano, con un prometedor futuro por delante y proveniente de una familia muy querida. A ese dolor, Aura sumaba la desazón del derrumbe inminente y la anegación del pueblo viejo. Al funeral asistieron, además de las autoridades, la familia, sus compañeros de la universidad y vecinos llegados de todo Erill. Muchos de ellos jamás se habían encontrado con Jonas y únicamente recordaban de manera remota a su familia, especialmente sus abuelos, llegados a Aura a principios del siglo pasado, pero a todos les unía su férrea oposición a aquel tugurio siniestro.

Durante la ceremonia, el padre Anselmo declaró con contundencia que la droga estaba destruyendo a demasiados jóvenes del valle y que todos los que habían caído bajo las garras de la adicción debían ser considerados como víctimas, «pues nadie se engancha y se arriesga a sufrir de esa forma, si no ha sido previamente engañado y tentado. A esos son a los que la justicia debe perseguir y no a los pobres enfermos que se vuelven adictos por su pobreza de espíritu y su poca voluntad».

Moses y Delia, sentados en una de las filas más lejanas al altar y más próximas a la puerta, sintieron un ligero alivio porque entendieron, o eso quisieron creer, que el padre Anselmo se estaba refiriendo también a su hijo cuando hablaba de «esos pobres desgraciados por los que no debemos sentir más que una pura y sincera lástima». Sin embargo, cuando la misa estaba tocando a su fin y los padres del muchacho comenzaban a recibir las condolencias de un pueblo que quería convertir ese duelo en todo un símbolo,

empezaron a escucharse voces airadas en la calle. Los feligreses se empujaban para salir cuanto antes al fresco de la tarde, exaltados por la curiosidad. Ya en el exterior, descubrieron que Emilio había cometido la imprudencia de pasar frente a la puerta de la iglesia con la evidente intención de observar el gentío.

Dado que el templo se había quedado pequeño para albergar a la cantidad de vecinos que había acudido al sepelio de Jonas, eran muchos los que permanecían en el exterior, refugiados bajo los soportales y en los aledaños del atrio. En cuanto descubrieron el vehículo de Emilio, el revuelo que se montó fue considerable. Los insultos y los gritos fueron de tal índole que otros muchos vecinos intervinieron con el propósito de contener los ánimos, no fuera que terminaran en un apaleamiento. Lejos de arredrarse, Emilio se fue alejando lentamente, sin incrementar la velocidad y sin dejar de mirar jactanciosa y provocativamente a quienes le gritaban.

Cuando Moses y Delia consiguieron salir de la iglesia, muchos los miraron con rabia; querían hacerles pagar a ellos lo que su hijo había hecho, con esa avidez contagiosa que provoca el linchamiento ajeno por parte de una turba descontrolada. Los gritos comenzaron a subir de tono, algunas mujeres torcieron el rictus al mirar a Delia diciendo por lo bajo, pero de manera que pudiera escucharse con claridad: «si lo hubiera educado de otra forma», «si lo hubieran atado en corto», «si no hubieran sido tan condescendientes, tan pusilánimes», «si...». Delia hizo todo lo posible para que las lágrimas no se desbordaran por su rostro y se mantuvieran estancadas en el dique de sus pestañas. Moses la guió y la sujetó con firmeza hasta el camino que llevaba hacia su casa. «No mires atrás, Delia —le dijo su marido—, vámonos a casa sin volver la vista atrás». Pero ella no pudo evitarlo y, bajo el protector brazo de su marido, volvió su mirada, apenas un instante, y lo que vio la dejó helada. No pudo reconocer a nadie en concreto pues sus vecinos se habían convertido en una asquerosa criatura que gritaba y se movía al unísono, que acusaba y lanzaba espuma por la boca y que rugía descontrolada bramando por que se fueran del pueblo: «¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!».

Ya en casa lloró desconsolada mientras su marido impotente miraba al cielo sin llegar a decidirse entre dar una patada a la gruesa viga que sujetaba el porche de la entrada o abrazar a su mujer. Al final, optó por esto último.

—No llores, mujer. Víctor es un miserable, pero nadie tiene derecho a echarnos de nuestro pueblo.

—No debimos haber ido —dijo ella por fin—, Moses: no debimos

haber ido a la iglesia. Lo han tomado como una provocación.

—Nunca me ha importado lo que Aura piense de mí, Delia. De Aura solo me ha importado una familia, la tuya. Los demás pueden irse al infierno, que es lo que se merecen. Hemos ido a rezar por el alma de ese desdichado. Ese era nuestro derecho y un poco nuestra obligación. Así que no hay más que hablar.

—Pero ¿tú los has oído? ¿Has oído lo que decían? Que si la culpa era nuestra, que si...

—¡Delia! Nos da igual lo que digan. En los próximos días intenta no ir al pueblo por si acaso algún animal de estos anda suelto. Y preocupémonos de lo que nos debemos preocupar, que bastante peso acarreamos.

—¿Lo has visto, Moses? ¿Lo has visto allí? ¿A ese indeseable?

—Lo he visto, claro que lo he visto. Y me revuelve la tripa, pero no hay nada que nosotros podamos hacer, Delia.

Después del incidente del funeral de Jonas, Rosa se acercó, rota de dolor, a ver cómo se encontraban. Ambas mujeres se fundieron en un profundo abrazo. Delia odiaba con todas sus fuerzas al hijo de aquella mujer, pero también sabía que su madre no tenía la culpa. Rosa era una víctima, como lo era ella, como lo era Moses. Juntas se sentaron en un coqueto banco de madera situado bajo el imponente sauce llorón que tenían en el jardín. La tarde era agradable, no excesivamente fría. Y Rosa le contó que ellos habían decidido no ir al funeral, en previsión de que algo pasara.

—Estanis ya sabes que no va a la iglesia ni muerto, porque suele decir que no quiere misas ni curas. Pero a mí me hubiera gustado asistir al funeral y no me atreví, Delia. No me atreví. Y ahora me arrepiento porque me hubiera gustado estar allí para defenderos. Eso sí, tuvisteis al mejor valedor: el padre Anselmo. Según me han contado se enfrentó con la multitud llamándoles cobardes, fariseos y unas cuantas lindezas más. Engracia me dijo que se puso tan bravo que algunos comenzaron a aplaudirle. El caso es que en cuestión de minutos se terminó el arrebato y consiguió que se fueran dispersando más o menos educadamente.

—Iré a agradecérselo —musitó Delia como para sí misma.

Y así lo hizo. A los dos días se presentó en la iglesia un poco antes de la hora del Ángelus. El padre Anselmo se alegró de recibirla y ella, con los ojos arrasados en lágrimas, le confesó que ya no podía más, que no sabía qué más podían hacer por ese hijo al que le habían dado todo y al que, sin embargo, no habían conseguido transmitir el valor fundamental: el respeto por sí mismo. El padre Anselmo la dejó

desahogarse y, cuando vio que estaba un poco más calmada, le recordó la parábola del hijo pródigo:

—A veces, Delia, es mejor marcharse para redimirse. Alejarse. Olvidarlo por un tiempo. Y confiar en que todo lo que se ha sembrado enraizará y brotará de la yerma tierra que ahora recubre el alma de tu hijo, una semilla olvidada que tú y Moses pusisteis allí cuando era niño. Entonces volverá y tú lo recibirás como recibió Dios al hijo pródigo, con fiesta, alegría y celebración. No te preocupes si ahora lo ves partir, Delia. Es mejor así.

Salió de aquella casa, en la que se sentía como en una cárcel, aliviada de respirar el aire congelado y húmedo de aquel inhóspito lugar y se encaminó hacia la posada. No podía soportar escuchar el relato de la historia de su padre. Si en algún momento de su vida pudo tener alguna duda acerca de la catadura ética de quien la había criado, había quedado despejada. Buscó el paquete de tabaco en el bolso que llevaba colgando en bandolera y, como solía suceder cuando pensaba en lo que había sido su vida hasta ese momento, sintió un dolor tan profundo en su interior que temió por un momento que la tumbara noqueada en la gravilla de aquel camino, en aquel pueblo recóndito en el que había nacido el tipo más cabrón que había conocido nunca. La añoranza que tenía por su madre no se materializaba únicamente en el deseo de verla, de volver a aspirar su fragancia o escuchar su risa, tan esquiva los últimos años de su vida. No. La intensidad de su recuerdo oprimía su pecho hasta dificultar su respiración. Jadeó intensamente, presa de la angustia y la ansiedad, y decidió sentarse en uno de los bancos situados junto al río. Poco a poco recobró la respiración y volvieron la pena y el dolor por el engaño.

Porque a su madre la habían engañado, claro.

Nicoleta se había ocupado de todo durante la primera semana de Ioana en Barcelona.

—No te preocupes —respondía cuando esta compartía con ella su incertidumbre ante el trabajo que debía realizar o el coste de la habitación en la que se alojaba—, tú aprovecha estos días para descansar y aprender un poco el idioma, te vendrá bien.

Pero, a pesar de que Ioana intentó tranquilizarse y dirigir toda su energía al propósito de volver a casa lo antes posible, se sentía sepultada y abandonada en aquella nave en la que apenas veía a nadie excepto a Nicoleta y a Milos, un hombre que solía estar en el pequeño habitáculo que la primera noche había identificado como la recepción. Nicoleta le había enseñado el edificio, una construcción de dos plantas que pedía a gritos una reforma. Todas las habitaciones eran como la suya, con un lavabo desvencijado y un retrete medio oculto tras una cortina. Los pasillos estaban vacíos y los cuartos, en lugar de estar numerados, tenían nombres exóticos como Paradise, Edén o Caribe. Pero allí apenas se veía a nadie. «La mayoría tiene turno de noche —le

había explicado Nicoleta—. Mejor, porque así vas a poder disfrutar del comedor y de la sala de la televisión». Estas últimas eran dos estancias bastante agradables, al menos a primera vista, en las que se mezclaba un abigarrado revoltijo de objetos de diversas procedencias con una decoración austera pero que pretendía ser acogedora. Le emocionó ver una muñeca vestida con el traje típico de su país y un enorme huevo de Pascua decorado con una exquisita filigrana que algún maestro artesano, quizá incluso procedente de su pueblo, había pintado a mano. En el comedor había varias mesas y sillas y en el frontal, junto a una amplia ventana, una alacena de madera con vajilla de cerámica algo descascarillada y una cristalería de un vidrio tosco de color ámbar.

Es curioso cómo el establecimiento de una rutina edifica en nuestra conciencia una cierta sensación de familiaridad, de cotidianidad, que engaña al cerebro y le hace creer que se encuentra a salvo. Al menos eso fue lo que le ocurrió a Ioana. Durante los siete primeros días que pasó en aquel lugar, se impuso unas elementales costumbres: despertarse al alba, despejarse bajo la ducha situada al fondo del pasillo, secarse el pelo, rubio y fino como si estuviera tejido con hilo de seda, y desayunar siempre antes de las nueve. En el cuarto de estar había una cafetera de esas que mantienen el café caliente durante mucho tiempo y un bol con varias decenas de cápsulas de crema. Ella, acostumbrada como estaba a un gran tazón de leche, tenía que verter sobre el café ocho o diez de aquellos pequeños recipientes para que este perdiera el color de petróleo deslucido. También había una tostadora, pequeñas porciones de mantequilla y tarrinas de mermelada de diferentes sabores. Los dos primeros días apenas probó bocado, pero el tercero se hizo una tostada que recubrió con una generosa capa de mantequilla y un copete de mermelada de naranja amarga. Ni siquiera sabía que las naranjas tuvieran ese sabor. El resto del día lo ocupaba en ver la televisión, ojear algunas revistas que le había dejado Nicoleta y esperar en su habitación a que ella la visitara. Todos los días le preguntaba cuándo podría comenzar a trabajar.

Hasta que un día se lo dijo. Estaban cenando en el comedor. Les acababan de servir un plato de sopa y una tortilla de patata, basta y reseca pero que a Ioana le encantaba. Desde que había llegado a España la había comido ya en cuatro o cinco ocasiones. Esa noche Nicoleta le dijo:

—Mañana viene Lazslo.

Ella se quedó quieta, con el tenedor en la mano, como si alguien hubiera congelado la imagen.

—Quiere que comiences a trabajar. Me ha preguntado si estás preparada y yo le he dicho que sí. Lo estás, ¿verdad?

—¡Claro que sí! —asintió Ioana entre nerviosa y emocionada. Quería comenzar a ganar dinero cuanto antes para pagar lo que le debía a Lazslo. Seguía con la ilusión de comprar un billete de avión de vuelta a Cluj-Napoca.

—Perfecto, Ioana. Ya verás... Vas a ser la mejor. Vas a ganar mucho dinero. Y entonces ya no te acordarás de Rumanía ni del pueblo miserable en el que naciste. ¡Milos! —gritó con la boca llena—, tráenos vino que estamos de celebración.

Milos llegó con una botella de vino a la que le quedaba más de la mitad del contenido y dos toscas copas de pie chato y cuerpo bombeado.

—Aquí tenéis. ¿Se puede saber qué estáis celebrando?

—Que Ioana se incorpora mañana al negocio. Y ya verás, van a venir a verla desde todos los confines de esta puta ciudad. Chin, chin.

Y chocó su copa contra la de Ioana, quien, forzando una asustadiza sonrisa, se preguntaba para qué iba nadie a querer verla.

Tal y como le había dicho Nicoleta, Lazslo se presentó en la pensión la mañana siguiente. La mandó llamar a la sala de estar. Ella se había propuesto no molestarle con lágrimas o reproches, ni hacer ninguna escena. «Ante todo debes ser profesional —le había dicho Nicoleta la noche anterior—. Y, sobre todo, que no te vea llorar. Tú te plantas delante de él respetuosa, pero con la cabeza alta y le dices que vas a trabajar lo mejor posible, que él no va a tener ninguna queja ni le vas a causar ningún problema, y a partir de ahí, que te diga cuáles van a ser tus condiciones». «¿Y qué trabajo tendré que hacer?», había querido saber ella. «Ninguno para el que no estés sobradamente capacitada, te lo aseguro». «¿Pero tendré que responder al teléfono? ¿Recibir a los clientes? ¿Qué exactamente?», había insistido ella. «Hacer que los clientes se encuentren cómodos en nuestro local. Queremos que vengan aquí a gastarse su dinero y tú tendrás que conseguir que se gasten el máximo posible. ¿Crees que podrás hacerlo?». Ioana se recordó a sí misma apenas un mes antes, en el bar de Cluj-Napoca. Claro que sabía cómo hacer que los clientes gastaran más. Se vio saliendo de la barra y yendo por las mesas ofreciendo a los estudiantes a los que aún les quedaba cerveza en sus jarras, sustituirlas por otras más frías y con mucha más espuma. Sonrió al recordar las veces que había iniciado una conversación en alguna de las mesas solo para conseguir que alguno de los del grupo gritara: «saca otra ronda, que vamos a brindar por la camarera más guapa de

Rumanía». Sabía que las salazones provocan mucha sed, lo que hace aumentar la comanda de las bebidas, y a veces, incluso, convidaba a los clientes para animar al resto. Miró a Nicoleta y le dijo:

—Claro que podré. Sé cómo hacer que los clientes se gasten aquí el dinero.

—Perfecto —le había contestado Nicoleta—. Pues de eso se trata, Ioanesca. De eso se trata, nada más.

Lazslo le preguntó si estaba preparada para comenzar a trabajar.

—Sí —respondió tranquila—, estoy dispuesta. Pero me gustaría saber cuánto voy a ganar.

Él la miró con dureza, pero respondió con suavidad.

—No te preocupes por eso, vas a ganar mucho dinero. Pero déjame explicarte algo: tus primeros sueldos serán para pagar el dinero que me gasté en tu billete y en tu visado. Cuando esa deuda esté saldada, te retraeré del salario el coste del alojamiento y manutención. Barcelona es muy cara, y una habitación propia y tres comidas al día cuestan miles de euros al mes.

Ioana sintió que se le caía el alma a los pies, pero se esforzó por seguir escuchando con serenidad.

—Te tendré que apartar también el coste de la seguridad social, los gastos médicos, tu parte de mantenimiento del local y algunos otros pequeños gastos. Cuando ya no me debas nada, podrás hacer con tu dinero lo que quieras. Pero escucha una cosa Ioana —y su tono cambió perceptiblemente—, como se te ocurra ir a la policía, te juro que te mato. Eso si no te matan ellos antes, porque en este país, no tener papeles, ser ilegal, está penado con la cárcel. Y no querrás saber lo que le hacen los polis a las ilegales como tú.

El tono afilado y oscuro de su voz le recordó al lejano graznido de los cuervos que se arrebujaban en la tapia del cementerio en el que estaba enterrada su abuela. «*Bunica* —pensó sin poder evitarlo—, ayúdame a pasar cuanto antes por este trago. Solo quiero volver a casa».

—¿Que si me has oído? —insistió Lazslo.

—Sí, sí, te he oído.

Pero no pudo ni siquiera mirarle a la cara cuando respondió.

Sin darse cuenta, se había quedado adormecida, sentada sobre su pierna derecha, abrazándose contra su propio pecho para paliar el ligero temblor producido por esa mezcla de frío y pena. La corriente del río sonaba gélida y amenazante contra las rocas.

De pronto, escuchó el inconfundible ruido de un coche que se

acercaba. Intuyó el peso de las ruedas sobre los guijarros antes de ver las luces huidizas de los faros entre las sombras de los chopos y los matorrales. Aguardó a ver si se acercaba lo suficiente como para hacerle señas. Esperaba que, fuera quien fuese, la llevase hasta la posada de Marcia.

Eduardo creyó reconocerla a pesar de la oscuridad y de las formas espectrales que la niebla modelaba a la luz amarillenta del coche. Pensó que solo podía ser ella. Y una vez más se preguntó qué le habría llevado hasta allí. Quizá solo buscara respuestas. También él había aprendido a no esperar nada. Sabía que la vida te puede quitar lo que más quieres cuando menos te lo esperas.

Y su mente se alejó del frío de la noche para volver a aquel tórrido atardecer en el que su padre se presentó en su casa de Zaragoza llevando de la mano a María Elena.

—Ocúpate de ella —ordenó el señor Guillermo a la sorprendida Candela—. Le encanta el chocolate.

—Y los bollos de mantequilla —replicó la niña con aquella melosa melodía que imprimía a sus palabras.

Candela la tomó de la mano y se la llevó a la cocina.

—Ven conmigo, niña. Ven. ¿Tú también vienes desde Cuba?

—Sí, señora, de La Habana. En un barco muy grande. Pero no me he mareado porque mi papá dice que ya soy una niña mayor y que debo comportarme como tal.

Y de nuevo Candela se quedó subyugada por la música de su entonación, la cadencia de aquellas frases que más que pronunciadas parecían cantadas.

—Tu papá tiene razón. Ven, siéntate aquí y deja que te ate esta servilleta alrededor del cuello, así no te mancharás ese vestido tan bonito que llevas.

Gloria dormía acunada por el hipnótico zumbido de un ventilador, uno de los primeros que se veían en la ciudad y que no hacían sino remover el aire caliente que las persianas bajadas y las ventanas cerradas a cal y canto mantenían a buen recaudo en la habitación. En el duermevela en el que se hallaba, creía haber escuchado la voz de su marido, pero su cabeza le recordó somnolienta que Guillermo estaba en Cuba y que todavía tardaría meses, quizá años, en regresar. Se obligó a sí misma a alejar su figura, a no pensar en su ausencia y a continuar con su cabezada. Apretó ligeramente el abanico de nácar y encaje que sostenía con la mano derecha sobre su regazo, pero no llegó a abrirlo por no dejar escapar el sueño que tanto anhelaba. Cuando creía que por fin lo conseguiría, la puerta se abrió

repentinamente y en el umbral apareció el elegante porte de su marido. Gloria creyó que estaba sufriendo una alucinación.

—¿Qué haces aquí? —susurró—. ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? Dios santo, Guillermo, ¿por qué no me has avisado?

Guillermo abrazó a su esposa con una cierta torpeza, depositó un casto beso en su acalorada frente y le dijo:

—Ha pasado algo, sí. Te espero en el despacho.

—Voy enseguida. ¿Quieres que avise a Eduardo?

—¿Está en casa?

—No. Está en la fábrica. Pero puedo decirle a Candela que lo mande llamar. ¡Candela!

—No. No llames a Candela. Está ocupada con un encargo que yo le he pedido. Y no avises a Eduardo. Hablaré con él más tarde.

Así que, cuando Eduardo arribó al viejo y señorial piso tras un día de trabajo y calor extenuantes, descubrió con estupor que su padre se encontraba en casa. Vio su maleta y su bastón sobre una de las tapizadas sillas del recibidor. Sorprendido, se dirigió a la cocina, pero Candela no estaba. La oía hablar con alguien en la habitación de invitados que se hallaba justo al final del imponente pasillo de más de veinte metros de longitud. Encaminó sus pasos al salón, pero allí no había nadie. En la zona del comedor, la mesa estaba puesta para cuatro comensales, ¿cuatro? Intuyó que su padre había venido con algún invitado. Por fin, abrió la puerta del despacho. Allí estaba su padre. Alto, delgado, fibroso, con ese tono tostado que ya había advertido en su visita anterior, pero con el pelo ligeramente más blanco y con la inconfundible estela que deja en el rostro un llanto no muy lejano y un sufrimiento amargo. Su madre estaba sentada en el sillón tapizado de rojo que presidía la estancia bajo un grabado de Goya enmarcado en una poderosa moldura de madera azabache. Más que sentada estaba derruida, rota por la consternación, los labios apretados, las manos aferradas a un pañuelo de hilo con sus iniciales bordadas, y en su mano izquierda, un generoso vaso de coñac.

Desconcertado, Eduardo se dirigió primero a su padre a quien dio un sincero abrazo y luego se dirigió a su madre, a quien sujetó levemente por el hombro. Sin volverse, su madre tomó su mano con fuerza y le apretó los dedos con el encaje de su pañuelo.

—¿Qué ocurre, madre? ¿Padre? ¿Qué ha pasado?

Su mente mientras tanto iba anticipando lo que iban a decirle. Su madre estaba gravemente enferma y había hecho llamar a su padre. Pero no tenía sentido. Nadie le había dicho nada y además gozaba de una frágil salud de hierro. Quizá era su padre el que estuviera

enfermo. Podía ser. Estaba más delgado y tenía mala cara. Pero no encajaba con su mirada, decidida, atormentada e incluso arrepentida. Se había arruinado. Esa era la explicación más plausible. Sus negocios de ultramar habían sucumbido a los embates del infortunio y volvía a casa arruinado y apaleado. Su mente le preparó para todo menos para lo que iba a escuchar:

—He vuelto por una temporada, pero marcho enseguida a La Habana, donde me espera el negocio que nos permite seguir viviendo en esta casa. No he venido solo, he traído conmigo a María Elena.

Eduardo interrogó a su madre con la mirada. Esta no movió un solo músculo. Parecía encontrarse a años luz de aquella estancia y de aquella conversación.

—María Elena es mi legítima hija, nacida de una relación ya terminada con una mujer de La Habana. Ya le he dado a tu madre las explicaciones pertinentes. En lo que a ti respecta, habrá cambios en el testamento, algo lógico, puesto que ella lleva mi sangre y tú...

Y en la milésima de segundo que calló para pensar en la próxima palabra, Eduardo supo que su futuro se rompía en pedazos.

—A ti te hemos querido como a un hijo.

El uso del pasado y de ese «como» terminó de confirmar su sospecha y en ese momento un enorme vacío se abrió ante lo que él había vislumbrado como su futuro.

A pesar de los años transcurridos, a pesar de que había conseguido mitigar el dolor de saberse querido solo como sucedáneo del auténtico amor, no podía zafarse del zarpazo de la desilusión, de la profunda y dolorosa decepción, de la certeza de que él, en el fondo, no merecía la pena. Tan solo era el hijo no querido y abandonado de una pobre campesina. Si su propia madre lo había abandonado, ¿por qué iba a quererlo otra mujer?

Relegó esos pensamientos al interior más profundo de su alma, como siempre hacía, e intentó sonreír mientras bajaba la ventanilla y un viento cargado de briznas de nieve irrumpía contra su rostro y le obligaba a cerrar los ojos mientras sujetaba el volante con firmeza.

—Sube —dijo.

Estela no respondió. Abrió la puerta del coche y se derrumbó en el asiento. El rostro enrojecido, el pelo acuoso y escarchado y los ojos grises, como la niebla helada de la que había emergido.

—De paseo, deduzco.

Ella lo miró con ese desdén al que ya estaba acostumbrado y él, de repente, sintió aflicción.

—Ha sido una broma sin gracia. ¿Te encuentras bien? ¿Quieres que te lleve donde Marcia?

—Sí, por favor.

No dijo más. Subió la potencia de la calefacción y un tórrido chorro de aire caliente se estrelló contra su rostro.

—¿Cómo estás?

—Todo lo bien que se puede estar en este lugar de mierda.

—Tienes razón, Aura puede ser muy desapacible. Pero aquí están tus raíces.

—¿Y eso hace que este lugar sea menos horrible?

—No. Pero, según mi experiencia, la mejor manera de recuperarse de un suceso traumático es la introspección. Observarse a uno mismo, hacer un balance de los daños y levantarse de nuevo.

—¿Y qué sabes tú de mi vida? ¿Por qué extraes conclusiones precipitadas de personas que apenas conoces? ¿Tiene esto que ver con que seas cura?

A pesar de su tono, Eduardo no se molestó. Imaginó a un pequeño zorro con la cola atrapada en un cepo.

—Si algún día quieres hablar, Estela, solo tienes que decírmelo. Y no te lo digo como diácono. Olvídate de eso, no soy quien tú crees. Pero quien ha sufrido una profunda angustia sabe reconocerla en los demás. Yo la he sufrido.

Ella apenas lo miró, pero sus ojos parecieron volverse más líquidos. Apenas susurró un lacónico «gracias», pero él percibió que había sido sincero.

Eduardo la había despedido en la puerta del hostal con una sonrisa triste y un «que descanses». Pero ella no había respondido. Quería meterse en la cama. Arrebujarse bajo el edredón y dormir horas, días, hasta que la angustia y el malestar que sentía se diluyeran por los vasos sanguíneos de su organismo hasta desaparecer.

Justo en ese instante Marcia abrió la puerta soplándose en las manos y golpeando los pies contra el suelo.

—¡Qué frío hace! Pasa, pasa. Eduardo, ¿quieres tomar algo?

Él rechazó cortésmente la invitación y estaba ya subiendo la ventanilla del coche cuando escuchó a Marcia que, dirigiéndose a Estela, le decía:

—Ha llamado tu padre.

La breve frase impactó contra ella como un coche contra el pretil de un puente. Un escalofrío recorrió su espalda y, sin poder evitarlo, sus hombros se tensionaron. Eduardo se dio cuenta de esa reacción apenas perceptible; de su gesto adusto y esquivo, e intuyó que, pese a su aparente impasibilidad, Estela estaba chillando en su interior. Mienrtas se alejaba, pensó que conocía muy bien esa sensación e, instintivamente, odió también a aquel hombre.

—Estás helada. Ven. Acércate al fuego.

El aire caliente de la chimenea impactó contra su rostro provocándole un lagrimeo involuntario. Estela se restregó los ojos con la piel de los guantes que todavía llevaba encajados.

—¿Y qué ha dicho?

—Nada. Es decir, ha preguntado por ti y le he dicho que no estabas. Supongo que volverá a llamar. ¿Estás bien?

Incapaz de decir nada, sonrió a Marcia resignada y se fue. Cuando Estela entró en su habitación, apoyó la espalda contra la puerta y dejó que las lágrimas se deslizaran libres por sus mejillas enrojecidas. Y como siempre que sentía que el dolor y los recuerdos podrían llegar a asfixiarla, buscó enloquecida algo que pudiera adormecer y acallar ese sentimiento, por lo menos hasta la mañana siguiente. Bajó al salón y se dirigió resuelta hacia el vasijero en el que Marcia guardaba el alcohol. Ya no quedaba aguardiente, pero, escondida entre cinco o seis botellas de vino descubrió una de coñac. La sacó con cuidado de no hacer ni un solo ruido y, satisfecha al ver que quedaba algo más de la mitad, se encerró en su habitación dispuesta a mantener a raya el terror y la repugnancia que le había producido tener noticias suyas. Con el primer trago, que abrasó su garganta y calentó su cuerpo

aterido, ya se encontró en mejor disposición de pensar en él y en los próximos pasos a dar. A la vez, el nudo de su pecho comenzó a aflojarse, la presión que sentía y que le dificultaba incluso la respiración descendió y pudo volver a enfrentarse al recuerdo de su madre.

Ioana se dio de bruces con su destino el primer día de trabajo y la visión de lo que sería el resto de su vida fue tan espeluznante que la ansiedad la llevó hasta el lavabo donde se refugió luchando por retener un poco de aire en sus pulmones. Allí la encontró Nicoleta, boqueando como una trucha en el margen de un río. La cogió de las manos y sumergió sus muñecas bajo el caño de agua fría. La obligó a serenarse mientras acompasaba su respiración a la de ella, que fue marcando con rítmicos aspavientos.

—Coge aire, así.

Y Nicoleta inspiraba profunda y ruidosamente, los orificios de la nariz estrechados hasta casi desaparecer, los pulmones llenos a rebosar de oxígeno.

—Y ahora suéltalo despacio. Como yo.

Y entonces cerraba los ojos y dejaba expulsar un soplo parsimonioso, mientras ella, Ioana, se ahogaba. Se sentía incapaz de controlar la respiración y luchaba por que el aire se introdujera en sus pulmones, sin lograrlo.

Por fin, poco a poco comenzó a tranquilizarse y entonces rompió a llorar desconsolada. Nicoleta le habló sin lástima, pero con cariño. O por lo menos eso le pareció.

—Llora ahora Ioanesca, y después olvídalo. Llora porque eso te permitirá borrar el pasado. Hoy comienzas una nueva vida, quizá no es la que habías soñado, pero te aseguro que a la larga será mucho mejor que la que imaginaste. ¿O qué te pensabas? ¿Que estar casada, tener hijos y estar encerrada en casa te habría hecho feliz? Vas a ser independiente Ioana, una mujer que va a ganar mucho dinero. Si eres lista, y tú lo eres, vas a poder ser respetada, cotizada y, lo que es mejor, rica. Así que llora lo que quieras y, cuando termines, sal ahí y haz feliz a ese tío.

Ioana la miró comprendiendo que no podría escapar de lo que el destino había preparado para ella. Sintió un dolor tan profundo que volvió a dificultar su respiración. Pensó que era demasiado alto el precio que tendría que pagar por el error que había cometido. Y pensó en su madre, que le había avisado, que se lo había advertido y a la que ella había engañado creyéndose más lista que ninguna. ¡Qué tonta y miserable había sido! ¡Qué estúpida! ¡Estúpida y desgraciada! Pero

Nicoleta tenía razón. De nada serviría lamentarse. Estaba segura de que Lazslo pediría un informe detallado de aquella noche y, si se enteraba de que no había cumplido con su trabajo, tendría problemas. Intuía que era un hombre capaz de destrozarla si no obedecía sus órdenes y recordó con pavor que se encontraba en un país extranjero, sin papeles y sin nadie a quien acudir. Sorprendentemente, comprender que no había ninguna salida posible la tranquilizó. Su esperanza terminó por extinguirse, su corazón terminó de helarse, rechazó el recuerdo de su madre y de su padre, la visión de su pequeña casa junto al hermoso y profundo lago de Maramures, y se centró en lo que iba a ser su vida a partir de entonces.

—¿Qué se espera que haga, Nicoleta? Dímelo sin adornos ni artificios.

Y su mirada, resuelta pero vencida, conmovió a Nicoleta. A pesar de ello, respondió:

—Todo lo que el cliente quiera, Ioana. Todo lo que te pida.

—¿Eso haces tú también? ¿Todo lo que quieren?

Asintió sin pronunciar una sola palabra. Ioana terminó de serenarse, se secó los ojos con papel de baño, se arregló el pelo, se pellizcó las mejillas y miró a su compañera.

—Vayamos entonces.

—Ioana —dijo Nicoleta—. No es tan malo como crees. Cuando estoy con ellos, solo pienso en el dinero que me van a dejar. Y me olvido de su aliento asqueroso, de sus babas y de sus manos blandas. Me olvido de que me la están metiendo por delante, por detrás… Da lo mismo, Ioana. En esos momentos piensa en cosas bonitas. En vestidos y joyas. En la cara que pondrá tu madre cuando vayas a visitarla. En el orgullo de tu padre cuando vea que has triunfado en España. Y déjales que hagan lo que quieran. Si lo haces así, es fácil.

Los ojos de Ioana se habían apagado cuando la miró.

—Así lo haré —respondió.

Esa misma noche, Ioana, la risueña y gentil Ioana, la intrépida y aguerrida Ioana, murió bajo las embestidas de un hombretón de más de 100 kilos, un morlaco sudado, inflamado y congestionado por el alcohol que la empotró contra el cabezal de madera hueca y barata mientras las lágrimas se le escurrían hasta las sábanas incapaz de soportar el dolor y la humillación. Aquella noche emergió una nueva Ioana, triste y vengativa, humillada, vejada, despreciada y, sobre todo, desesperanzada. Bajo la mole de aquel bruto, mientras sentía cómo su cuerpo se desgarraba, atisbó que, a partir de entonces, todas las noches serían iguales. No habría tregua ni compasión para ella. No habría perdón ni descanso. Con la última embestida pensó en su padre

y fue tal la magnitud de su vergüenza que, sin poder resistirlo, vomitó sobre la cama sin importarle los insultos que profería aquel animal.

A la mañana siguiente, cuando despertó y recordó lo que había ocurrido, deseó con desesperación volver a refugiarse en el sueño, olvidarlo, borrar de su memoria la mirada lasciva de aquel hombre; sus gritos enfurecidos cuando ella no pudo evitar que su estómago se derramara; la aparición súbita de Nicoleta, que calmó al energúmeno con una copa y un servicio gratuito con otra chica; su incapacidad para contener el llanto; la desesperación con la que se aferró al cuello de su compañera suplicando que la dejara escapar, que la dejara huir en ese mismo instante...

No sirvió de nada. Y ahora yacía en la que iba a ser su cama durante los próximos años con un dolor agudo y lacerante en el interior de la vagina. Se levantó a hacer pis y la orina le quemó como si fuera aguardiente. Recordó que Nicoleta le había dejado una pomada sobre la mesilla, pero se quedó helada y con ganas de morir cuando recordó sus palabras: «no dejes de aplicártela para que mañana por la noche puedas trabajar sin que se te infecten las heridas».

# XLI

Estela despertó con resaca. Sintió la boca seca y pastosa, abierta contra una almohada humedecida por sus propias babas. Abrió los ojos y, sin mover un solo músculo, volvió a su cabeza con más fuerza que nunca la idea de acabar, por fin, con ese sufrimiento. Hacía ya doce años que había sucedido y desde entonces se sentía sucia y despreciable casi a diario. La idea de dormir para siempre a veces era tan recurrente que llegaba a obsesionarla. Su madre siempre lo había impedido. Siempre le había obligado a luchar por una vida mejor. Pero su madre ya no estaba. Había muerto sin conseguirlo. Y la había dejado sola con ese sátrapa que seguía acechándola. Se preguntó cuánto tiempo más resistiría antes de tomar la decisión de reunirse con su madre.

Odiaba aquel lugar como había odiado el lugar de donde provenía. No podría resistir mucho más. Los vecinos de Aura estaban indagando sobre su pasado, haciéndose preguntas y murmurando a sus espaldas. Los dos asesinatos habían desestabilizado la vida de una comunidad que, aunque con apariencia tranquila, se sustentaba sobre unas raíces escuálidas y ahora quería venganza. Quizá fuera ya la hora, sin embargo, sintió que jamás podría volver a levantarse. Se acurrucó con más esmero bajo el edredón y se sumergió en un nuevo duermevela del que despertó sobresaltada por el tañido de las campanas. «No puede ser —se dijo casi sollozando—. En Aura no tocan las campanas. Me estoy volviendo loca». Y sin quererlo, evocó a Michel. A la policía le había asegurado que no la había molestado, pero sí lo había hecho, vaya que sí. La noche que se habían encontrado en el granero, él le había hablado de un cadáver que las aguas de Aura ocultaban y le había asegurado que los días de verano, cuando la torre de la iglesia emerge de entre las aguas, se podía llegar andando hasta una zona desde la que podía atisbarse la tumba de aquel desdichado que se había quedado solo en la antigua Aura. Eso significaba que los sepultureros no se lo habían llevado. ¿Por qué no lo habrían hecho? ¿Y por qué su mente se empeñaba en regocijarse en esos turbios relatos? Se sentía como si tuviera fiebre. No quería pensar en la muerte, pero tampoco podía evitarlo. Aquella noche en la que Michel le narró la historia del cadáver olvidado, también sonaron las campanas. Él fue el primero en oírlas.

—Chsss —le había advertido—. Escucha. ¿No las oyes?

Ella prestó atención. Cerró los ojos para concentrarse mejor y entonces las oyó claramente. Entonces no le dio importancia porque no sabía que las únicas campanas que sonaban en Aura eran las que habían desaparecido años atrás, junto a la iglesia, junto a las esperanzas de un pueblo y junto a un desdichado cuyo cuerpo que nadie había querido trasladar. Pero desde que sabía que en la nueva Aura no había campanas, negros presagios volvían a instalarse en su interior, a pesar de que intentaba recordar las palabras de su madre: «Lucha contra ellos, Estela. Lucha con todas tus fuerzas. Intenta imaginarlos, dota a tus temores de una cara, un cuerpo, una forma determinada, y te será más fácil enfrentarte a ellos hasta expulsarlos. Tienes que sacarlos de tu cabeza».

Pero ese día no era capaz. Pensó de nuevo en la muerte y en lo sencillo que sería descansar para siempre. Sabía que de nada servía esperar una pizca de generosidad. Su madre se había pasado la vida tras la estela de un haz de misericordia, pero nadie le regaló esa oportunidad.

Sus primeros años en el burdel fueron en realidad una repetición de ese primer día, un tiempo en el que no existían las estaciones, los meses, las fiestas o todos aquellos elementos que van estructurando nuestra existencia. Los días se sucedían iguales, con las únicas excepciones de los tres abortos a los que tuvo que someterse y otras tantas infecciones de transmisión sexual que, aunque le mortificaron de dolor, por lo menos le permitieron tomarse breves períodos de descanso.

Al principio temió volverse loca. Las palizas de Milos y de Tony, paradójicamente los dos que ostentaban el cargo de personal encargado de la seguridad de las chicas, se sucedían con una cadencia enloquecedora. Las razones eran variopintas: porque no había atendido a suficientes clientes en su jornada laboral, porque alguno de ellos había expuesto alguna queja sobre su servicio, porque no ponía el suficiente interés en agradar a los hombres (lo que se traslucía en un vestuario en exceso anodino y en absoluto provocativo), porque no había entregado a Lazslo la totalidad de las propinas recibidas... Daba igual. Si el propósito era someterla, hacer que entregara su voluntad, el proceso culminó con éxito apenas seis meses después de su llegada a España. Ese fue el tiempo que le costó entregar su alma. A veces pensaba con vergüenza en su poca resistencia, en el escaso valor por el que se había vendido. Pero era el precio de la supervivencia, se respondía entonces con furia. «Tienes que vivir, Ioana —se repetía una y otra vez—. Debes vivir para volver a casa. Allí podrás descansar».

Las palizas eran proferidas delante de las más de cuarenta chicas que malvivían en el burdel. Mientras esto sucedía, la mayoría se limitaba a mirar a través de su cuerpo, como si fuera traslúcida. Otras, apenas levantaban la vista del suelo, mientras se peinaban la melena, se observaban la manicura o se colocaban los ligueros y las medias. Pero alguna, muy pocas, la miraban a ella, a Ioana, con una expresión de lástima. Dos o tres incluso le advirtieron en su idioma del peligro que corría: «obedece, chica. Te matarán si no. Haz lo que te digan, gana todo el dinero que puedas y en tres años, fuera. Ese es el objetivo de todas nosotras». Pero ella pensaba en tres años y le parecían diez vidas. No soportaría vivir así durante tres años más. Prefería morir, aparecer muerta en cualquier descampado. Sin embargo, el espíritu es indómito, más de lo que pensamos, y ese sí que está preparado para la lucha. Ese espíritu fue precisamente el que le enseñó una táctica para sobrevivir basada en la disociación y el olvido.

Su turno de trabajo comenzaba a las seis de la tarde y terminaba a las seis de la mañana. Doce horas en las que recibía a decenas de hombres. Algunos días, los peores para el negocio, apenas tenía que hacer cinco o seis servicios, pero había noches de viernes y de sábado que atendía por lo menos a treinta. Pidieran lo que pidieran, ella lo hacía, no podía negarse, pero desde que aprendió la técnica de la disociación, comenzó a contener las náuseas que tantas palizas le habían costado por parte de los dos matones que guardaban el burdel. «¿Quién querría follarse a una guarra manchada de vómito?», le gritaban antes de darle una buena tunda con el cinturón.

La disociación le permitía salir de su propio cuerpo, evadirse, y que la de los gemidos, caricias y lametones fuera otra, otra mujer distinta y ajena a ella a la que observaba secretamente incapaz de sentir lo que ella sentía. Cuando estaba con un cliente, era esa otra mujer la que se lo trajinaba mientras ella, Ioana, hacía cuentas: calculaba el dinero que estaría ganando en ese momento, lo que le quedaría después de pagar a Lazslo, lo que le costaría el billete de avión, los días que faltarían para su vuelta a casa. O si no, pensaba en planes de huida: en el maletero de algún cliente o incluso en la furgoneta en la que ella había llegado y que cada dos o tres meses regresaba con nuevas chicas que se incorporaban a la vida del burdel. Cuando aquella desdichada acababa el servicio, volvía a convertirse en una, en la verdadera Ioana, justo para extender la mano, recibir su propina, dar las gracias y decir adiós. No se podía quedar las propinas, claro. Lo había aprendido mediante otra paliza un día que intentó valerosamente sostener la mirada de Lazslo y decirle que el último cliente no le había

dado nada. Él se puso como loco, la agarró del pelo, la llevó hasta su habitación y comenzó a tirar todo lo que estaba a su alcance hasta que descubrió, dobladito en un pequeño hueco entre la pared y el armario, un billete de cinco euros. Creyó que iba a matarla, pero era cuidadoso con la mercancía. Se limitó a pegarle con el cinturón en la espalda, sin tocarle la cara, los pechos o los brazos.

Llegó a estar tan separada de esa otra persona con la que compartía cubículo, amargura y desconsuelo, que en ocasiones no recordaba el origen de las heridas, contusiones o simples señales que algunos de sus clientes, aquellos que exigían los juegos sexuales más depravados, dejaban en su cuerpo. Los peores, sin embargo, eran los que tras el servicio promovían un interés personal que, como ambos sabían, no era sincero. No podía soportar aquellos que le preguntaban cómo una chica tan guapa había terminado así; los que le decían que, si se lo propusiera, podría salir del burdel y dedicarse a otra cosa, «maquilladora, por ejemplo, o peluquera. Con lo guapa que eres seguro que no tendrías problema alguno para colocarte en algún salón de belleza». Tampoco aguantaba a los que le daban explicaciones: «mi mujer no quiere ni oír hablar de lo que en realidad me gusta a mí en la cama, por eso tengo que buscar fuera lo que no encuentro en casa»; o el manido «mi esposa está embarazada/menopáusica/enferma/convaleciente/ausente y, ya sabes, un hombre no puede renunciar a ciertas cosas, es una cuestión fisiológica».

¡Qué asco le daban todos! Mucho más que aquellos que se limitaban a la mera transacción económico-sexual. No podía resistir que ninguno de ellos la mirara siquiera. No quería responderles ni ser amable. No quería sonreír ni dar las gracias. Le herían más los comentarios acerca de la extrañeza que les producía que una mujer como ella se dedicara a eso, que las diversas posturas sexuales que se veía obligada a practicar, todas ellas humillantes, ninguna consentida ni deseada.

También eso lo aprendió a base de palos. Los clientes se quejaban de su carácter. Cuando intentaban ser amables, ella se molestaba y respondía huraña, con monosílabos, como si la hubieran molestado. La conversación siempre terminaba igual: «¡Serás puta/zorra/ramera/guarra/golfa! Encima de que intento ser amable. Seguro que otros ni siquiera te miran a la cara». ¡Cómo no podían entender que eso era precisamente lo que ella quería! Que no la miraran a la cara, que ni rozaran su existencia. Que se tiraran a la otra y que a ella, a Ioana, la dejaran en paz. Pero cuando fueron por lo menos tres los clientes que se quejaron de su hosquedad, Lazslo tuvo que intervenir. Se la llevó

hasta la habitación y allí la abofeteó hasta que la sangre de la nariz se le mezcló con la de la boca, aun a riesgo de estropear su propia mercancía.

A partir de ese día, tuvo que aprender a disociarse también durante las conversaciones y los espacios de contacto y relajación que seguían al sexo. Enseñó a la otra a sonreír, a ensayar un irresistible mohín de timidez, a dar las gracias con afecto y a decir «ojalá» con los ojos muy abiertos cuando alguno le decía que, con su belleza, podría trabajar en cualquier sitio.

Y mientras tanto, iban pasando los meses, los años, y se evaporaba la esperanza de volver a su tierra. La mayoría de las ocasiones, Lazslo no le daba ni un euro. Decía que, tras descontar las deudas que había adquirido con él para su desplazamiento a Barcelona y los gastos en los que incurría en materia de vivienda, manutención, métodos anticonceptivos, gastos médicos y de farmacia, maquillaje, ropa, peluquería, etc., era ella la que en realidad le debía dinero a él, una cuenta que aumentaba lenta pero inexorablemente. Ioana, que ya hacía tiempo que había perdido la esperanza de ver de nuevo a sus padres, accedía impotente a la representación de su propia vida mientras se agudizaba en ella el deseo insoportable de escapar.

Estela ahogó un gemido de dolor. Las sienes le latían y sentía el corazón en un puño. Aguzó el oído y volvió a escuchar el tañido de las campanas, su eco dispersándose entre los montes como emisario de la tragedia a la que se encaminaban sutil pero fatalmente. Se preguntó si doblaban por ella o por su madre. En realidad, le daba igual.

## XLII

La tarde era desapacible y oscura; anticipaba otra noche de frío y vendaval. Eduardo seguía pensando en Estela. Intuía que vivía con temor y podía adivinar que este hundía sus raíces en un pasado pantanoso. Esa infancia de barro, licuada por la acción de los recuerdos, podía tener el mismo efecto que las arenas movedizas. Lo sabía bien. Le había costado mucho salir de ellas. Pero lo había conseguido y también Estela lo lograría. La propia Aura había dejado sus raíces bajo un embalse para emerger de nuevo en otro lugar, bajo otra apariencia. ¿Cómo convencer a Estela que debía mantener la serenidad? ¿Cómo advertirle que debía flotar si quería emerger a la superficie? ¿Cómo explicarle lo que él había hecho para conseguir salvarse?

Eduardo no gozó de un afecto sincero y desinteresado hasta que conoció al padre Anselmo. Aunque de eso no fue consciente hasta mucho después de su llegada a Aura.

Lo cierto es que él había amado a sus padres, pero ese amor nunca fue recíproco. Le dolió darse cuenta de que nunca había sentido el amor de una madre, aunque creyó adivinarlo en el beso leve y apretado, apenas un chasquido, que Gloria depositaba en su frente antes de retirarse a su habitación. Le causó una profunda aflicción reconocer que lo que él había traducido como un destello de amor paterno en la mirada de satisfacción de Guillermo cuando lo presentó ante sus empleados como su sucesor, no había sido más que un mero engreimiento.

En el fondo de su alma sentía que aquellas no eran sino imágenes distorsionadas, apenas reflejos del cariño verdadero. Pero con eso se conformaba, porque él, en cambio, sí había amado. Había querido a su madre y a su padre. Noche tras noche había agradecido, no a Dios, porque en él ya no creía, pero sí a la providencia o al destino, que los hubiera colocado a ellos y no a otros en su trayectoria vital. Habían sido unos años en los que se había sentido protegido, cuidado, a salvo de ese vértigo que sentía en el orfanato cuando se daba cuenta de que los años iban pasando y él seguía allí, sin que ninguna familia lo eligiera.

Fue tal la alegría que sintió cuando le dijeron que había sido adoptado que lágrimas de alivio corrieron por sus mejillas ante la sonrisa condescendiente de don Guillermo y la mirada aprobatoria de

su mujer. Ya en casa, Eduardo sintió que un compartimento que hasta entonces había permanecido cerrado se abría súbitamente y de él comenzaron a brotar sentimientos hasta entonces desconocidos: amor filial, orgullo, devoción... Cada día su corazón se ensanchaba con algún descubrimiento que no hacía sino aumentar su incipiente y prometedora felicidad.

Pero los años fueron transcurriendo y él, cada vez más a menudo, debía acallar la vocecita interior que a veces amagaba con arañarle el alma. Era casi un susurro que le conminaba a observar la diferencia entre el frío abrazo de su madre y las tiernas caricias que otras madres regalaban a otros niños. Era esa voz la que obligaba a fijar su atención en la mirada rebosante de amor de algún otro padre que nunca era el suyo. La que le hacía estar atento a las palabras que no son pronunciadas, a los pequeños gestos cotidianos que colman de afecto la vida de los niños. En esas ocasiones sentía su felicidad amenazada, pero entonces se convencía de que había otras muchas familias que, como la suya, se comportaban con distancia y corrección. Y se tranquilizaba.

Sin embargo, el día en que todo estalló comprendió que había confundido corrección con frialdad, distancia con desafecto. Con su adopción, sus progenitores habían querido experimentar el hecho de ser padres, pero no el de tener un hijo. Tener un hijo era mucho más: suponía querer de manera incondicional y única; significaba que no existía el tiempo ni la caducidad del cariño; entrañaba anteponer la felicidad del hijo a la estabilidad del matrimonio. Por eso, cuando la ola embravecida de María Elena rompió contra el malecón inestable y movedizo de su estructura familiar, este saltó por los aires sin poder evitar que el mar arrasara la ensenada de su presente y de su futuro.

«Tiene un temperamento predispuesto a la codicia». Con esta injusta sentencia engañó su madre a vecinos, amigos y allegados. Se engañó incluso a sí misma para evitar afrontar lo que había hecho. Sus padres transformaron la realidad en un relato sobre un Eduardo, ese joven amable, solícito y obsequioso, que se había convertido en un miserable, un usurero que no había aceptado que sus padres adoptaran a una pobre huérfana, hija de una de las mejores trabajadoras de la empresa de ultramar. Como era de esperar, toda Zaragoza sabía que María Elena era la hija ilegítima de Guillermo y, por supuesto, en todas las casas de bien, en el casino y en los cafés más elegantes, se cuchicheaba sobre esa vergonzosa relación y la humillación a la que Gloria se había visto sometida. Nadie decía nada en su presencia, pero cada uno de los participantes de aquella comedia

sabían que el resto lo sabía, aunque nunca se dijera en voz en alta. Y aunque en esos mismos corros que murmuraban sobre los Hidalgo se compadecían del pobre Eduardo, delante de sus decepcionados padres, se decía que, en efecto, había demostrado ser un chico egoísta y desagradecido.

Eduardo, por su parte, se había transformado, pero no en un miserable ni en un usurero, se convirtió en un hombre melancólico y profundamente desdichado. Apenas unos meses antes había comenzado una relación con Aurora, la hija de una de las familias más pudientes de Zaragoza, que había visto con muy buenos ojos esa relación. Eduardo, enamorado de su belleza, su saber estar y hechizado porque un desarrapado como él hubiera podido llegar a una mujer de su categoría, no supo ver que en su relación había mucho más estatus y conveniencia que amor sincero.

El padre de Aurora tuvo una larga y sincera conversación con Guillermo en la que este le transmitió la verdad: que María Elena era la hija de una mujer con la que había convivido en los años que estuvo en La Habana. Guillermo, derrumbado, le dijo que se había enamorado de verdad, que por primera vez en su vida había conocido el amor, la pasión, el sexo... Y que lo había perdido todo por unas malditas fiebres que ella había contraído y que no pudo superar, a pesar de que él se gastó cientos de miles de pesetas en consultar con los mejores médicos de Cuba y Miami. Pero Graciela había fallecido y él se había quedado solo con una hija. Incapaz de tomar una decisión, había permanecido en La Habana durante ocho largos meses sobrellevando el duelo por su amor perdido, hasta que se dio cuenta de que debía tomar una decisión. Y lo que hizo fue volver a España. María Elena necesitaba una madre y allí en Zaragoza estaba Gloria, su legítima mujer, su leal esposa, que perdonaría su desliz y aceptaría el fruto de una relación que, según le aseguraría, solo había sido una manera de sofocar la soledad. Antonio, el padre de Aurora, aseguró comprender la situación y avalar la decisión, «la más correcta de todas las que podía haber tomado», pero también le pidió que fuera sincero y le dijera en qué situación quedaba entonces Eduardo. Guillermo respondió que no tenía queja del muchacho, que siempre había sido fiel y voluntarioso, pero que no tenía su sangre y, por tanto, no heredaría ni sus empresas ni su fortuna.

—Si él quiere podrá seguir trabajando en la empresa —le aseguró— y quizá logre labrarse una carrera, pero entiendo que no es suficiente para Aurorita, que debe aspirar a un heredero.

—Es mejor que terminen cuanto antes —concluyó Antonio. Y así

terminó la conversación entre los dos hombres y el noviazgo entre los dos jóvenes.

Aurora, una joven pragmática y consciente de lo que se esperaba de ella, cumplió con su obligación y rompió con Eduardo en cuanto su padre le dio la noticia, apenas cinco semanas después de la llegada de María Elena a la ciudad en la que pasaría el resto de su vida. Eduardo, hundido y humillado, no hizo nada por retenerla cuando ella le transmitió, con la educación exquisita de la que su orgullosa madre hacía gala, que sus trayectorias vitales debían bifurcarse para encaminarse a destinos diferentes. Se limitó a mirarla con frialdad, como quien observa un objeto inerte e inanimado, incapaz de transmitir nada. Había dejado de sentir, por lo que también había dejado de sufrir. En el momento en que sus padres le señalaron cuál era su sitio, supo que esos años habían sido una farsa. Una mentira en la que todos y cada uno de ellos habían representado su papel hasta el momento en que abrupta y repentinamente el telón había sido levantado. Entonces, él retornó a sus orígenes y también el resto de la compañía. Los socios y amigos de su padre le habían dado una palmadita en la espalda como reconocimiento a los servicios prestados, antes de zambullirse de nuevo en el trajín del día a día; las amigas de su madre lo habían mirado con un mohín de condescendencia; hasta Candela había cambiado la manera de dirigirse a él.

María Elena, mientras tanto, había hechizado a todos los que antes había considerado como su familia. Tras unos días en los que Gloria apenas salió de su habitación, por fin, una luminosa mañana, se levantó temprano y se arregló como nunca. Se recogió el pelo en un elegante moño, se maquilló con esmero y se puso un vestido negro entallado que acentuaba su cadera estrecha y alta y sus piernas largas y esbeltas. Candela la saludó sin que sus ojos pudieran ocultar su admiración por la majestuosidad de su señora. Había sido una noche larga en la que los gritos procedentes de la habitación conyugal habían terminado por despertar a María Elena que, asustada, había llorado llamando a su madre. Candela la había arropado y consolado hasta que, al filo del amanecer, el silencio se sintió en la casa y por fin pudieron dormir. Y a la vista de cómo se había levantado la señora, el descanso había servido para recapacitar e iniciar un nuevo camino.

Y así fue. Antes de que Gloria saliera a anunciar a todas sus amistades la cristiana labor de caridad que se habían propuesto llevar a término, Guillermo le dio un casto beso en la mejilla mientras le aseguraba que iban a ser la familia más envidiada de toda Zaragoza

cuando salieran a pasear con aquella preciosidad de ojos negros y rizos ensortijados. Gloria asintió satisfecha. Cuando creyó que, efectivamente, nadie pondría en duda la historia que habían inventado para salvaguardar su reputación; se sintió magnánima, desprendida, generosa... Y su corazón, henchido de orgullo hacia sí misma, palpitó con ilusión ante la tarea que tenía por delante: presentar a aquella preciosa niña morena como la hija con la que Dios, por fin, la había bendecido.

—Pobrecita —decía—. Su madre era una mujer buena y trabajadora. Guillermo la nombró encargada de los telares de la fábrica en cuanto la conoció. En sus cartas me decía que se podía confiar en ella. Su marido también trabajaba en la factoría, pero la desgracia se cebó con la pobre familia. Primero falleció él, por una enfermedad incurable, y luego ella, dejando sola a esta criatura, dulce y afable como un ángel. Guillermo hizo todo lo que pudo por encontrarle un hogar, pero allí hay muchos niños huérfanos y desgraciadamente los hospicios no son como los de aquí. Y ya conocéis a mi marido. Es todo corazón. Y cuando por fin un día recibí una carta en la que me decía si consideraría la opción de adoptarla, respondí sin dudarlo: «Por Dios bendito, por supuesto que adoptaremos a esa niña. Tráela contigo a casa, a Zaragoza, donde la pobre tendrá por fin el calor de un hogar cristiano».

Nadie creyó esa historia, pero nadie lo expresó nunca delante de Gloria, así que esta llegó a creérsela. Eduardo, en cambio, tenía que soportar las miradas de soslayo, los indisimulados cuchicheos, las habladurías y, sobre todo, la lástima. Volvió a sentirse como en el orfanato: olvidado, apartado de la alegría y del calor familiar, ajeno a una vida que nunca le había pertenecido. Un día no pudo soportarlo más. Se levantó, preparó un bolso con algo de ropa y algunos libros y les dijo a sus padres que se marchaba. Gloria no intentó detenerlo. Concentrada como estaba en representar el papel de víctima, se lo tomó como una afrenta personal que no servía más que para demostrar el enorme egoísmo de aquel al que habían querido como a un hijo. Guillermo, en cambio, consciente de la injusticia que habían cometido con aquel muchacho, intentó acallar su conciencia y le ofreció dinero. Pero Eduardo no lo aceptó. Se llevó, eso sí, el que había ganado trabajando en la empresa y había ahorrado en previsión de su futura boda con Aurora, una cantidad importante que tenía a buen recaudo en la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza. Guillermo se sintió humillado cuando Eduardo lo rechazó. Recto y desinteresado hasta el final, ni siquiera le permitió limpiar algo su

conciencia aceptando el soborno, así que se dio la vuelta y le dijo con aspereza:

—Cierra la puerta al salir.

Y eso hizo. Se despidió de Candela con una inclinación de cabeza, sonrió a la niña que había destruido su futuro y salió de aquella casa recordándose a sí mismo que no dejaba atrás nada que mereciera la pena recordar, nadie a quien quisiera mantener en su vida. El pasado no era más que tierra quemada.

Había intentado convencerla, pero fue en vano. Se había acercado para ver si quería dar un paseo. Tenía la convicción de que en algún momento rompería la capa de hielo que rodeaba su temperamento y terminaría hablando. Pero Marcia ya le había advertido que llevaba encerrada en su habitación todo el día y que lo poco que había dicho, a través de la puerta cerrada, es que no pensaba salir. Se había mostrado seca y cortante a su cariñoso requerimiento de que comiera algo. Su propuesta de prepararle un caldo de pollo y verduras acompañado de un huevo escalfado no había recibido más que un determinante «no tengo hambre». Así que cuando Eduardo obtuvo el mismo resultado, Marcia lo miró con una expresión triste y dijo:

—No quiere hablar con nadie.

—¿Sabes si le ha ocurrido algo?

—Bueno... Es posible.

Eduardo la miró inquisitivo.

—Tú viste cómo reaccionó cuando le dije que había llamado su padre. Intentó disimular, pero creo que ambos nos dimos cuenta de que estaba muy afectada. Después de irte, cogió una botella de coñac que guardo para los guisos y los estofados y se la subió a la habitación. La oí sollozar hasta muy avanzada la madrugada. Con los primeros rayos del sol seguía despierta, porque la vi asomada a la ventana, observando la iglesia.

Marcia bajó la voz y miró hacia un punto del horizonte, más allá del cristal.

—El padre Anselmo solía decir que el sufrimiento es la losa más terrible que existe. E intuyo que la de esa chica es una piedra demasiado pesada.

—Yo también lo creo, Marcia. El problema es que no todos en el pueblo piensan igual. Menos ahora, con los últimos acontecimientos.

—Este pueblo se ha levantado sobre el barro de la incomprensión. ¿Qué esperabas? Ninguno de nosotros somos ajenos a ese humus de intolerancia, a ese mantillo de desconfianza y murmuración. En este ecosistema, una especie como Estela, *rara avis* de ojos color hielo, remueve sin pretenderlo esta tierra pantanosa del comadreo de la que poco a poco va surgiendo una voz cada vez más alta. Porque ten en cuenta, Eduardo, que lo que ahora es un susurro, en unos días será un clamor y, sin darnos cuenta, ya no podremos detenerlo. Y esa

vocinglería será la que acabe con Estela, si no conseguimos frenarla.

Cuando Eduardo se despidió de ella, encaminó sus pasos hacia la casa de Delia resuelto a compartir con ella su preocupación por Estela. Ojalá pudiera hacer algo por ayudarlas. Se parecían, no había duda. Ambas eran solitarias, de apariencia frágil pero endurecidas por las circunstancias que les había tocado vivir. ¿Cuáles habrían sido las de Estela?

Delia lo hizo pasar al salón en el que ya crepitaba un incipiente fuego. Mientras ella servía dos tazas de café y unas rosquillas de anís que había preparado la tarde anterior, él se entretuvo avivando la frágil llama azulada que luchaba por sobrevivir en la chimenea. Al insuflar aire con el soplete, mantenía la mirada concentrada en las minúsculas pavesas incandescentes que se convertían en ceniza en cuanto tocaban el suelo y las comparaba con los sueños que se había permitido forjar, ingenuamente, durante los años en los que creyó tener una familia. Una voz suave pero firme le sacó de su ensoñación.

—Está preocupado, ¿verdad?

Sentados frente al fuego, con el café entre las manos, Eduardo se sintió cómodo en esa casa, junto a aquella mujer que transmitía bondad y serenidad a pesar de su expresión asustadiza.

—Delia, creo que Estela podría tener problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Hay gente en el pueblo que la acusa de ser la causante, directa o indirecta, de los dos asesinatos que han tenido lugar en Aura: el del pobre Michel y el del padre Anselmo.

Delia tardó en hablar, como si estuviera sopesando con honda preocupación el alcance de su respuesta, pero por fin concluyó con decisión:

—No la conozco lo suficiente como para saber si ella es culpable o no, pero apostaría por su inocencia.

—Sé que no la había visto nunca hasta ahora, pero el padre de Estela es su propio hijo y, según me dicen, han mantenido relación por carta durante todos estos años. ¿Qué le contaba él de su nieta?

Delia sintió como si la golpearan en la boca del estómago, pero su rostro no movió un solo músculo. Su cuerpo estaba en tensión, aunque su apariencia era relajada. Cambió de postura para acercarse la taza de café a los labios. Necesitaba tiempo para pensar y ese sencillo gesto le proporcionó unos segundos de tregua.

Aquellas cartas a las que Eduardo se refería... ¿Cómo explicarle a un desconocido que habían salvado la vida de Moses? ¿Cómo decirle que se habían convertido en la savia vital que su marido y ella misma

necesitaban para levantarse cada mañana?

Esas valiosas palabras que periódicamente les entregaba el cartero con una sonrisa benevolente eran para ellos mucho más preciosas de lo que la gente del pueblo pensaba, porque en el fondo significaban que en otro mundo su hijo había encontrado la felicidad que Aura le había negado. Y ellos, sus padres, debían contentarse con los retazos de realidad, apenas unos haces de luz, que el correo les otorgaba.

Pero Eduardo tenía razón. Ella sabía bien de lo que el pueblo era capaz. Había sufrido las críticas, el ensañamiento con que la turba había linchado a su hijo y al desgraciado de Emilio hasta que consiguió alejarlos de Aura. Y con los años, las mismas almas que lo habían crucificado, los mismos que lo habían criticado con escarnio, se acercaban a preguntar por él, como si nada hubiera pasado, como si ella hubiera borrado de su alma las cicatrices que habían dejado cada una de las críticas proferidas contra su hijo. Porque era un indeseable, un mentiroso, pero también era un enfermo, un adicto y, ante todo, un hijo. Su hijo.

«A veces, Delia, es mejor marcharse para redimirse. Alejarse. Olvidarlo por un tiempo. Y confiar en que todo lo que se ha sembrado enraizará algún día». Esas palabras que el padre Anselmo había pronunciado poco antes de aquella horrible noche fueron, quizá, las que sirvieron de detonante. Pero como siempre hacía, se guardó su reflexión para sí, las desplazó de nuevo hasta el confín de su pensamiento y en su lugar volvió a rememorar aquellas cartas que conocía de memoria.

Durante varias horas Eduardo asistió atónito al espeluznante relato de Delia, una historia que en ocasiones le había arrojado hasta el conocido abismo de soledad e incomprensión al que él se había asomado. Él había sentido el dolor de las murmuraciones. Conocía la expresión de aquellos que miran de reojo, fingiendo no haberse fijado pero reteniendo en sus pupilas hasta los más nimios detalles para luego propagarlos distorsionados hasta la exageración. Sabía que las habladurías se reproducen por esporas y terminan pudriendo y descomponiendo la reputación, la honra, la dignidad del ser humano. Eso le pasó a él cuando la ciudad entera lo señaló como el espurio, el ilegítimo, el desagradecido que no había aceptado compartir la casa que tan generosamente lo había acogido con una pequeña tan desgraciada como él. Qué sabían ellos de su decepción.

¡Oh, sí! Comprendía muy bien a Delia. Se la imaginaba del brazo de Moses acudiendo a la iglesia, a comprar el pan o de paseo por el camino del antiguo lago, el que bañaba las lindes de la antigua Aura

antes de que el embalse lo engullera, mientras desafiaban las miradas condescendientes, los cuchicheos sobre su incapacidad para criar a un hijo, su ineptitud al no haber sido capaces de corregir a un niño que siempre fue bueno y gentil. ¿A qué clase de madre se le descarría un chico así? ¿Acaso había una personalidad más fácilmente maleable? La conclusión saltaba a la vista: no podía deberse más que a una intolerable dejación de sus labores como padres. Si le hubieran dicho esto... Si no le hubieran permitido lo otro... A mí desde luego, eso no me lo hace... Yo hubiera tomado cartas en el asunto mucho antes...

Todas esas expresiones y otras parecidas escucharon Delia y Moses en silencio, preguntándose qué habría de cierto en ello. Recordando cada palabra dicha, cada frase pronunciada, cada corrección hecha; una y otra vez, hasta tranquilizar su conciencia: ellos sabían que habían hecho todo lo posible. Y eso debería valer. Pero no era así. Nunca fue suficiente, por lo que ellos, imperceptible pero inexorablemente, comenzaron a desdibujarse de la vida de Aura como si pudieran convertirse en dos espíritus que nunca existieron.

En esa tesitura, el mensaje del padre Anselmo fue calando en Delia, que le permitió aferrarse a ese débil halo de luz en medio de la negrura en la que permanecía desde hacía ya varios años. La idea fue madurando en su corazón y fue arraigando en su interior hasta colonizar su mente y su alma: Víctor debía irse, marcharse de Aura, enfrentar su destino desde la soledad más absoluta. Solo tocando fondo podría tener una posibilidad de cambiar su estrella por otra más refulgente. Y Moses se mostró de acuerdo. Aura ya no tenía nada que ofrecer, nada que le permitiera redimirse de los errores que tanto dolor habían causado.

Su hijo cada día estaba peor. Pero en la espiral de depravación por la que llevaba deslizándose desde hacía ya demasiado tiempo, aún quedaban tramos de fuerte descenso, tanto para él como para sus padres.

El funeral del joven supuso un punto de inflexión en la vida del pueblo. Los habitantes de Aura, indignados por lo que consideraban casi un asesinato, olvidaron que el joven había fallecido por una sobredosis que él mismo se había inyectado y se convencieron, en cambio, de que Víctor y Emilio, con su actitud, sus tejemanejes y sus turbios negocios habían sido no solo los instigadores, sino también los ejecutores del homicidio. Y lo que comenzó como una suave brisa, de esa que mueve las hojas de los árboles en la quietud de las mañanas de primavera, terminó siendo un vendaval incontenible de odio. Delia y Moses se vieron sorprendidos en el epicentro de ese estallido y, sin

saber cómo, se vieron obligados a defenderse de las acusaciones y los insultos. La presión comenzó a ser insoportable. Las vecinas dejaron de avisar a Delia cuando salían a la fresca o se dirigían a la iglesia. Los hombres, tanto los más viejos como los mozos, insultaban a Moses calificándolo de «flojo» y le arengaban para que por fin proporcionara un escarmiento al desgraciado de su hijo. Su casa amanecía un día con los cristales rotos, otro con los narcisos y los rosales arrancados de cuajo, con las contraventanas tiznadas de carbón o la acera de acceso a la casa pintada de rojo. «Víctor camello. Fuera de Aura, hijo de puta». Esa frase en un naranja chillón profanando la pared oriental de la iglesia terminó con su precario equilibrio interior y decidió que debía hablar con su hijo para que se marchara cuanto antes.

No lo había visto mucho durante las últimas semanas, pero sus rutinas indicaban que seguía sumido en el caos. Se levantaba sobre las ocho de la tarde, se fumaba un porro sin levantarse de la cama, se vestía, bebía un vaso de leche mientras mordisqueaba un par de galletas y se iba de casa advirtiendo que no le esperasen despierto. El pelo, largo, sucio y lacio le caía sobre los ojos y sobre una nariz que se le había afilado como la de un cuervo viejo y demacrado. Había perdido mucho peso y varios dientes, y los que aún le quedaban tenían un tono gris oscuro, como si estuvieran cubiertos de ceniza.

Cuando se encontraba con su hijo en esas condiciones, comprendió lo que el padre Anselmo quería decir. No había más remedio que alejarse de él. Era la única posibilidad que tenía de sobrevivir. Si no lo hacía, si no tocaba fondo, moriría sin remedio, porque el descenso era tortuoso, pero innegable. Víctor ya les había robado todo lo que tenían y, aunque había escondido el cofre con las joyas en un lugar seguro, tenía miedo de que él lo encontrara. Muchas mañanas, cuando borracho y drogado llegaba a casa fuera de sí, arremetía contra los cajones del aparador, el mueble del recibidor o la alacena de la cocina mientras vociferaba insultos y juramentos contra su madre. En esas ocasiones, ella, con el alma rota por los calificativos que él le dirigía, se tapaba los oídos mientras recordaba al bebé que había sido, al niño en el que se convirtió una vez, al joven que prometía ser y no fue. Moses mientras tanto, se revolvía con los puños apretados, clavándose las uñas en la palma de la mano para no responder a sus ataques, para recordar que aquella alimaña en busca de carroña que despreciaba así a su propia madre había sido, un día no tan lejano, un hijo querido del que se había sentido orgulloso y satisfecho.

Por fin, una noche, Delia se armó de coraje y se acercó hasta su puerta. Sabía que estaba despierto porque le había oído toser y

blasfemar mientras se atragantaba con sus propias flemas. Llamó con suavidad a la puerta y aunque escuchó un «déjame de una puta vez» gutural y aterrador, abrió con decisión y se enfrentó al espectro de su hijo. Le dijo que lo quería, que siempre lo había querido más que a nada ni a nadie. Y que, por eso, porque no podía soportar la idea de perderlo, debía pedirle que abandonara la casa para siempre.

—Si alguna vez vuelves, quiero que sea con dignidad, con la frente alta y con orgullo en tu mirada. Orgullo por haber sido capaz de salir de ese pozo, por haber tenido el coraje de enfrentarte a la muerte y salir vencedor. Ese día, tu padre y yo estaremos aquí, con los brazos y el corazón abiertos para recibirte.

Sintió de pronto como si le hubiera estallado el ojo. Aturdida, se cubrió instintivamente con la mano mientras comprendía, horrorizada, que su hijo la estaba golpeando con saña, con rabia, como se aporrea una puerta cuando está atrancada. Con los puños cerrados e intentando derribarla, desplazando el peso y la fuerza contra el último dique de contención que le quedaba en el que hasta entonces había sido su hogar.

Moses lloraba como un chiquillo, sentado en el suelo, con ella entre sus brazos mientras suplicaba a su hijo que por favor les dejara y se olvidara de ellos para siempre.

Víctor se desgañitaba descargando sobre sus padres la culpa que siempre había sentido en sus entrañas.

—Es que la puta vieja no me deja vivir. ¡Joder! ¿Tan difícil es de entender? No quiero nada. No quiero comer. No quiero arreglarme. No quiero cortarme el pelo. Quiero vivir mi puta vida en paz, sin unos viejos jodiéndome todo el día, rondando a mi alrededor como dos putos fantasmas. Estoy hasta los huevos de vuestras miradas degolladas, a veces por la pena, otras por el asco. Que no quiero veros, hostia, que no quiero saber nada de vosotros. Que no le importa a nadie si me meto o me dejo de meter. Mecagüen mi puta vida...

Delia, confusa y ensangrentada, no escuchaba. Uno de los golpes le había dado de lleno en la oreja y le había dejado un pitido sordo y desquiciante. Solo quería levantarse y refugiarse en su habitación, apoyar la mejilla dolorida en la suave y fresca funda de algodón de su almohada, y calmar así ese dolor palpitante que sentía en algún punto indeterminado de su alma.

Si se concentraba, todavía podía sentirlo. A pesar de los más de treinta años que habían pasado desde entonces, aún se veía allí, sentada en el suelo, escuchando los gritos de su hijo, los lamentos amargos de su marido.

# XLIV

Por entre las contraventanas entornadas de la casa de enfrente, Rosa observaba la escena intentando atisbar una señal que le permitiera comprender lo que estaba ocurriendo. Había visto llegar a Eduardo, tocar la puerta y entrar en casa de Delia, que le había abierto con esa expresión que en los últimos días había marchitado su mirada. Desde entonces, habían transcurrido más de tres horas y todavía no había salido. Volvió a mirar su reloj esbozando un mohín de desasosiego. Estaba preocupada. No tanto por lo que estuviera pasando como por lo que estuvieran diciéndose. A fin de cuentas, tampoco sabía mucho acerca de Eduardo. Tenía la sensación de que podía ser un hombre juicioso y cabal, algo serio y taciturno, pero en el que se podía confiar. No creía que supusiera ninguna traba en la relación que Delia y Estela habían comenzado a tejer, pero... ¿Podía estar segura? ¿Debería acercarse como si tal cosa para asegurarse de que todo marchaba bien entre ellos?

Las últimas semanas, desde la irrupción de Estela en la pacífica y solitaria Aura, Delia había cambiado. De un modo casi imperceptible para los demás, pero no para ella, que la conocía desde hacía tantos años... En más de una ocasión había reconocido aquel brillo en los ojos, esa luz que había llegado a desvanecerse casi por completo. Delia siempre había sido pizpireta y risueña. Ya de niña, sus vivarachos ojos azules eran lo que más destacaba. Y ahora, enmarcados por una faz de piel blanca, arrugada y delicada, como la de un pergamino frágil y valioso, sus ojos lucían apagados, fundidos, como si alguien se hubiera olvidado de prender la luz. Rosa sabía que ese cambio se había iniciado en el preciso momento en el que Víctor se fue de casa. Víctor y Emilio. Porque los dos se marcharon con unos días de diferencia. Y el primero en partir fue su propio hijo.

Como le ocurría siempre que pensaba en él, sintió un vuelco en la boca del estómago, un odio sordo y profundo que permanecía aletargado la mayoría del tiempo y que se activaba cuando, como en ese momento, recordaba a su marido, aunque fuera de manera circunstancial. Este nunca le hizo ningún caso. Jamás consideró que ella pudiera tener razón en algo y por eso la ignoró cuando le advirtió de los posibles problemas que podría tener su hijo con el negocio. Emilio era entonces un imprudente, un joven ambicioso y ávido de dinero fácil, estatus y posición social. Estanis no la escuchó. Se la

quitó de encima con una interjección despectiva: «Qué sabrás tú de negocios ni de nada», y la alejó de este, igual que la había apartado de todos los demás asuntos. Rosa, aislada e incapaz de poder expresar una opinión en nada que tuviera que ver con ellos, calló de nuevo. Como había callado durante los últimos veinticinco años.

Cuando comenzó a escuchar las historias que los vecinos contaban del BeBelu's constató que ella, una vez más, tenía razón. Aun así, no pudo hacer nada más que asistir, hastiada y llena de ira, al meteórico ascenso de popularidad y conflictividad que casi a la par iba experimentando el local. Temía que un día ocurriera una tragedia. Una desdicha peor que los accidentes de coche, las intoxicaciones etílicas, el consumo desmedido de drogas o las peleas a navajazos que cada vez eran más frecuentes. Ella temía algo peor. Un incendio con decenas de muertos y heridos, una avalancha producida por la multitud enfervorizada, un accidente múltiple en la carretera de acceso a la discoteca... Tal era su miedo y su aprensión que la muerte por sobredosis de ese desdichado joven le pareció el menor de los males. «Esto no es nada —se decía— para lo que podría haber pasado y que, estoy segura, terminará pasando».

Sin embargo, erró en sus pronósticos. No porque no estuviera destinada a producirse la catástrofe que presentía, pues tarde o temprano habría ocurrido, sino porque Emilio, que, aunque calculador era inconstante en sus ambiciones, decidió cerrar el garito de la noche a la mañana y marcharse lejos, a la costa, según él para emprender nuevos negocios. Ella sintió un intenso alivio cuando se enteró, convencida de que había logrado esquivar el infortunio. ¡Qué equivocada estaba!

Emilio les comunicó su decisión una noche de finales del verano. Ese día había estado lloviendo sin parar y el estruendo de los relámpagos se sucedía con el agudo repiqueteo de la lluvia sobre las contraventanas y los soportales. Habían pasado apenas tres semanas desde el funeral de aquel joven, y Emilio y Víctor se habían visto sometidos a una gran presión desde entonces. Se reunió el concejo del pueblo, el ayuntamiento del Valle, la organización vecinal y hasta el cura con la junta parroquial, y todos expresaron su repulsa por la presencia tan cerca de Aura del tugurio de Emilio. De todos los pueblos del valle llegaron quejas oficiales por lo pernicioso del local y hasta se publicaron cartas en los periódicos, a pesar de que muchos de quienes firmaron unas y otras habían sido fieles clientes durante el tiempo que estuvo abierto. Emilio se encontró frente a un maremágnum de querellas, reclamaciones e imputaciones que le

llevaría años resolver. A eso había que añadir, que, acostumbrados como estaban, tanto él como su padre, a gozar de impunidad, pronto se descubrió que el local no contaba con los permisos pertinentes y que había defectos de forma en la tramitación de las licencias para la dispensación de bebidas alcohólicas y hasta las salidas de humos y de emergencias estaban mal diseñadas e insuficientemente dimensionadas.

Así que Emilio, acorralado, tomó la decisión de marcharse.

—Me voy de este puto pueblo.

—¿Y a dónde vas a ir, hijo mío? —casi suplicó ella—. ¿No es mejor esperar a ver si se calman las aguas? El tiempo terminará poniendo a cada uno en su lugar. Pronto, ya verás, esta historia no será más que un mal recuerdo...

—¡Calla, joder! Y deja que hable el chico.

Rosa lo miró y pensó que Estanis no sabía dirigirse a ella sin esa expresión de desprecio. Lo vio en la comisura de sus labios ligeramente retraída hacia un lado, en el rictus algo fruncido y, sobre todo, lo percibió en esa mirada fría y displicente que le dirigía siempre que la miraba. Sintió un intenso y profundo asco por aquel hombre con el que había compartido treinta años de vida, un asco que se iba incrementando conforme transcurrían las semanas, implacable, inexorable, progresivo. Y se preguntó hasta dónde llegaría esa sensación de hastío que le invadía. Una vez más, decidió callar, aun así, en su cabeza una idea remota y peregrina comenzó a anidar. Cuando pensaba en ella, no veía su forma ni su contorno, pero entendía su significado, el mensaje que le quería transmitir, y dejó que se quedara allí, en las profundidades de su mente. Y sin saberlo la regó, la cuidó y la protegió, esperando el día en que, por fin, se hiciera real.

Estanis, ajeno a las elucubraciones de su esposa, aconsejó al hijo que se marchara lejos de ese valle de miserables que no merecían la prosperidad que el BeBelu's había atraído al pueblo.

—Déjalos. Déjalos que se pudran bajo el embalse. Aura pronto quedará inundado y arrasado por las aguas. En cambio, nuestro bar, que está fuera de la zona inundable, ahí quedará, en pie, para que se acuerden de nosotros y de que no nos pueden echar así como así. Vete, hazte rico y vuelve. Que aquí te estaré esperando para que pongamos en marcha el negocio que quieras.

Ella, consciente de que ya había perdido la batalla, se retiró sin que ninguno de los dos se diera cuenta. Antes de salir de la cocina miró a su hijo y pensó que haría lo que fuera por mantenerlo a su lado.

Cualquier cosa.

A los días Emilio se fue. Justo un año antes de la fecha prevista para el final de los trabajos de demolición y anegación de la vieja Aura. Les dijo que iba a establecerse en la costa, en algún municipio turístico en el que pudiera iniciar un negocio propio. Su padre le adelantó prácticamente toda su herencia: varios millones adquiridos con el antiguo contrabando y los actuales negocios ilegales. Emilio abrazó a su padre dándole sonoros manotazos en los omoplatos y diciéndole algo así como: «te juro, viejo, que te voy a devolver hasta el último chavo. Por los clavos de Cristo que lo haré». Ella quiso alejar el temor a que su hijo no volviera y a que no tuvieran suficiente dinero para vivir. Pero no dijo nada y nada le dijeron a ella, salvo un ingrato adiós, un esquivo beso y la frágil promesa de un pronto regreso.

Aspiró el gélido aire de la mañana y se arrebujó aún más entre las recias solapas de su abrigo. Desde la ventana de su habitación contemplaba los árboles despojados de todo hálito de vida junto a un río oscuro que descendía desde la cumbre hasta el llano arañando las fincas y los campos de labranza. Intentó imaginarse ese mismo paisaje bajo una luz dorada, templado por los cálidos rayos de sol y arrullado por el sonido de las aves y la brisa. «Aura podría llegar a ser bella», pensó. Pero la figuración se deshizo como espuma de leche y quedó solo la fría y negra Aura. Había dormido mal. La noche anterior, Marcia, preocupada porque llevaba todo el día sin salir de la habitación, había aporreado su puerta hasta asegurarse de que no era necesario llamar al médico. Si se extrañó por su aspecto desarreglado, nada dijo. La miró con un deje de compasión, se ofreció a prepararle un caldo y una tortilla de queso y le entregó una nota con una dirección. Estela la miró sin comprender.

—Tu padre ha llamado de nuevo. He subido a avisarte, pero no me has oído.

«Claro que no», pensó Estela. Estaba todavía borracha, o con resaca, ida, amodorrada... Ni siquiera recordaba haberla escuchado. Pero no dijo nada porque, como siempre que pensaba en él, crecía la ira en su interior y amenazaba con destruir el frágil equilibrio que todavía conservaba.

—Gracias.

—Está de viaje. Tu padre. Ha comentado que debía supervisar un negocio y que podría reunirse contigo mañana a las dos de la tarde en la venta de Judas, una fonda que sirve comida casera y que está situada como a cincuenta kilómetros de aquí. Si quieres, hay un autocar de línea que sale a las doce de la plaza y que podría dejarte allí a la una y media. Es un camino sinuoso y largo, pero merece la pena por las magníficas vistas que tiene del embalse.

Estela cogió la nota donde estaba apuntado el nombre de la venta y la hora de la cita e, incapaz de seguir hablando, dio las gracias a Marcia e improvisó una excusa para volver a encerrarse en su habitación donde, sin poder contenerse, vomitó en la taza del baño todo el alcohol que aún retenía en su enjuto cuerpo.

Tal y como había prometido, Marcia le subió una sopa y una tortilla, pero apenas pudo comer nada. Sentía el estómago cerrado,

como si un puño se hubiera instalado en sus entrañas. Lo único que le apetecía era fumar, así que salió de la habitación con el único propósito de comprar tabaco. Afortunadamente ese motel, a pesar de estar situado en un paraje algo recóndito y desde luego no muy accesible, contaba con un servicio excelente porque la propia Marcia le vendió un paquete de Winston y le dijo que no se preocupara, que se lo cargaría en su cuenta.

Cuando por fin pudo dormir, el sueño trajo una sucesión de imágenes amenazadoras entremezclados con episodios reales que una y otra vez se instalaban en su conciencia, aunque ella hiciera todo lo posible por arrinconarlos. Despertó con la misma sensación de angustia en el estómago y la cabeza abotargada. Una luz grisácea y plomiza anunciaba un amanecer frío e invernal, como debían de ser la mayoría de los albores de la zona.

Se duchó dejando correr el agua ardiendo sobre su espalda hasta que sintió escalofríos de dolor. Se cepilló el pelo, que a la tenue luz de la habitación parecía de un blanco fantasmagórico, se puso el jersey más recio que tenía y se dispuso a enfrentarse a Marcia, quien, estaba segura, la abordaría en cuanto oyera sus pasos por la escalera.

Así fue. Las tablas crujieron, a pesar del cuidado de Estela en cada pisada que fue dando, y en cuanto el sonido reverberó entre el techo artesonado y los cortinajes que cubrían los ventanales, Marcia surgió desde algún lugar indeterminado.

—Estela, ¿te encuentras mejor?

—Sí.

No la creyó.

—¿Quieres que te prepare algo para desayunar?

—No. Voy a tomar el autobús. Disculpa, pero no quiero llegar tarde.

Estela la miró y Marcia descubrió que la aflicción y el dolor podían confundirse muy fácilmente con el desafío y la provocación. Tenía una mirada en la que no se distinguían las emociones. Se preguntó cómo afrontaría Delia la visita de su hijo. Llevaban veinticinco años sin verse. Y, aunque intuía que se había rehabilitado de sus adicciones, a la vista de la expresión de su hija, dudó si habría vuelto a ser el muchacho tímido y noble que un día fue.

Estela se fue sin decir una palabra más y en cuanto se enfrentó al frío de la mañana, sus ojos claros, heridos por el resol, se deshicieron en lágrimas afiladas que raspaban la parte externa de sus mejillas. Cuando llegó a la plaza, sintió las miradas inquisitivas, e incluso retadoras, de algunas vecinas ocupadas en barrer las hojas secas del

tramo de calle correspondiente a cada casa.

En cuanto llegó el autocar, subió a bordo y se sentó en uno de los asientos de atrás. Agradeció el calor de la calefacción y, arrebujada en su abrigo, apoyó la cabeza contra el cristal de la ventanilla dispuesta a esperar. El chófer le había dicho que tardarían aún veinte minutos en partir. «Es igual. No tengo prisa por ver a ese cabrón», pensó. El motor estaba encendido para mantener caliente el habitáculo y la vibración hacía temblar levemente los cristales. Como le pasaba cada vez que estaba nerviosa, el viejo dolor volvió a trepanarle la espina dorsal y le provocó un latigazo en la parte derecha de su omoplato. Intentó relajarse, cerró los ojos y evocó la imagen de su madre para contrarrestar el asco que le producía el encuentro que iba a mantener.

Una Ioana de ojos tristes apareció en sus ensueños para infundirle el ánimo que le faltaba. La recordó famélica, con los labios agrietados y las manos huesudas, intentando desesperadamente luchar contra un dolor que iba carcomiendo sus entrañas. Cerró los ojos con fuerza para ahuyentar la visión. No quería que su retina guardara esa imagen. No podía soportar verla sufrir así y se esforzó por recordarla bella, joven y todavía esperanzada.

Ioana nunca llegó a acostumbrarse a la vida en el burdel, pero sí sometió su voluntad a la de sus proxenetas con el único fin de sobrevivir. Como un animal herido y acorralado descubrió que dependía de su amo para todo: para comer, para dormir en una cama, para sanar, para respirar, para vivir. Y eso hizo. Doblegarse para seguir viva. Obligarse a mantener la idea de escapar en su espíritu mientras su cuerpo ejecutaba, día tras día, las órdenes que aquellos hombres le dictaban. Pero esa no era ella. Ella no era esa mujer contra la que embestían sin preguntar si le dolía. A la que obligaban a mantener posturas, actitudes aberrantes que ella jamás habría consentido. Esa no era ella. Esa era otra. Otra a la que, con suerte, mataría en algún momento para que la verdadera Ioana lograra resucitar desde los restos de su destrucción.

Desde el momento en que tomó esa determinación, el tiempo dejó de importar. También Rumanía y lo que había sido su vida hasta el momento. Cauta y sometida, buscaba la grieta por la que empezar a cavar el túnel de su liberación. Y la encontró un día que oyó de casualidad una conversación telefónica intrascendente. El protagonista fue uno de sus clientes, uno que acabada de desfogarse con ella de una manera tosca y grosera. Cuando terminó, salió a hablar por el teléfono que tenían atornillado en la pared del pasillo con alguien que estaba

esperando un pedido. De la conversación dedujo que, al día siguiente, saldría del burdel una camioneta con destino Valencia. Detectó que era uno de los proveedores de material higiénico y de carácter sexual de los que se nutría el prostíbulo. Su empresa era la que fabricaba los condones, geles, vibradores, pastillas estimulantes y viagras que Lazslo y los otros dos chulos entregaban a las chicas. Como hablaba a gritos y ella se había acostumbrado a ser sigilosa, extrajo la conclusión de que a las 10 de la mañana del día siguiente entregarían el cargamento con el material que el burdel necesitaba y partirían con destino a otro lupanar al que servían en Valencia. Y sin poder evitarlo, su mente comenzó a explorar ese orificio hacia la luz.

Sabía que las consecuencias serían terribles, pero se obligó a no pensar en ello. Sabía que, si sopesaba los inconvenientes, analizaba los peligros que corría y las escasas posibilidades de éxito que tenía, jamás daría el paso. Pero necesitaba matar a esa Ioana a la que humillaban cada día, quería convertirse ya en esa nueva Ioana que haría lo que fuera, hasta mendigar por las calles, para conseguir el dinero suficiente que le permitiera volver a casa. No le importaba el riesgo. Quería ver a su madre, suplicar su perdón y olvidar esos años. Consideraba que ya había pagado con creces la penitencia de su insensatez.

Tan solo tenía tres mil quinientas pesetas que atesoraba bajo una tablilla suelta debajo de su cama que ni Lazslo ni ninguno de sus secuaces había descubierto aún. Eso era todo lo que había podido ahorrar en ese largo tiempo. La esperanza de reunir el dinero necesario para volver a casa se hacía cada vez más irreal, así que decidió jugárselo todo, incluso la muerte si algo salía mal.

A las diez y media debía acudir al salón con las demás chicas. Las habían citado para un repaso general de las normas y seguimiento de la semana. En realidad, aprovechaban esa hipotética reunión para amedrentarlas y asegurarse de que todas permanecían bajo el yugo del terror. En esas charlas las amenazaban con llamar a la policía y denunciarlas, extorsionar a sus familias, asesinar a sus hijos y, en general, abortar cualquier indicio de lucha o esperanza que todavía les quedara.

A las diez menos diez se apostó tras la puerta de entrada, oteando el frente por la mirilla y salvaguardando a la vez la retaguardia, atenta a cualquier sonido en el pasillo. Rezó para que la furgoneta llegara puntual, descargara las cajas con agilidad y el chófer no se entretuviera con alguna de las chicas. A las diez y cuarto todavía no había llegado. Estela, sudando nerviosa, con los sentidos alerta y

sintiéndose como un cervato aislado en el bosque, se encomendaba mediante una silenciosa plegaria a los santos Arcángeles de Rogoz, la ermita más cercana a la aldea de su infancia. Recordó la coqueta iglesia, con su gran caparazón de madera cubriendo por completo la nave, ubicada muy cerca de su hogar y a la que solía acudir de la mano de su madre. Todavía podía sentir el calor de sus manos ásperas aferrando sus deditos mientras le contaba cómo habían burlado en las montañas la prohibición de edificar templos ortodoxos de piedra. Evocarla le dio fuerzas para alejar su recuerdo y concentrarse en el presente. Debía escapar, huir de ese infierno que acabaría devorándola.

Como si su plegaria hubiera sido escuchada, una furgoneta blanca aparcó con un chirrido de frenos junto a la puerta del burdel. El chófer, un hombre entrado en años y con el pantalón abrochado por debajo de su prominente barriga, se bajó con inesperada ligereza y se dirigió, sudoroso, hacia la recepción. Uno de los compinches de Lazslo acudió a abrir la puerta y mientras los dos hombres intercambiaban unas breves palabras, ella se deslizó como un felino en la parte trasera del vehículo. Como había supuesto, estaba llena de cajas. Dedujo que varias de ellas, quizá la mitad, iban a ser descargadas en cualquier momento, pues iban dirigidas al burdel; pero el resto, permanecerían en el furgón para ser trasladadas a Valencia, si es que todo se producía tal y como había inferido de la conversación. Se acurrucó en el suelo y se hizo un hueco entre las últimas cajas y la pared que separaba la zona de carga del habitáculo del conductor. Una vez escondida, se dispuso a esperar redoblando sus plegarias.

El chófer saltó dentro la furgoneta, que se movió como un barco en el oleaje, y comenzó a descargar las cajas entregándoselas a Milos, que las depositaba en un carro neumático. Estela, agazapada, se mantuvo en silencio absoluto, casi sin respirar. Cerró los ojos para concentrarse y acallar así el miedo. Para su desesperación, no paraban de descargar cajas y más cajas, así que abrió los ojos para descubrir, horrorizada, que la carga estaba dividida en dos lados y que, mientras el lado derecho se quedaba intacto, el izquierdo, que la protegía, era el que estaban vaciando. Intentó deslizarse hacia el lado contrario, pero justo cuando estaba levantándose, aquel hombre sudado y voluminoso la descubrió. Ella lo miró un instante con los ojos abiertos de terror y ruego. Él sostuvo su mirada, incapaz de entender lo que estaba pasando, hasta que, por fin, una sonrisa maliciosa fue achicando sus ojos y ella comprendió que lo había perdido todo.

Esa misma tarde, cuando por fin pudo recostarse en su cama, volvió

a rememorar la pequeña iglesia perdida en las montañas de Maramures y le pidió a Dios que la matara, que le diera el valor suficiente para acabar con su vida. El chófer, orgulloso de haber cazado a una prófuga, exigió su recompensa, así que, antes de recibir la paliza de Milos, tuvo que aguantar cómo la montaba con furia. Cuando terminó, Milos sacó un cinturón, mojó una toalla en agua y, alternando ambas técnicas de tortura, la molió a palos hasta que ella juró por su vida que jamás volvería a huir.

«Y cumpliste tu palabra, mamá —reflexionó Estela afligida—, para nuestra desgracia, cumpliste tu palabra».

# XLVI

El autocar se detuvo en un paraje desde el que se atisbaba, hundida en un remanso que el río había conformado a lo largo de los siglos, una casa de piedra cuya chimenea expulsaba un brioso humo grisáceo. Hasta allí se encaminó Estela con el bolso en bandolera golpeando su cadera mientras fumaba con una mezcla de parsimonia y ansiedad el enésimo cigarrillo de la mañana. Sentía el estómago constreñido y la angustia le quemaba a la altura de la garganta. Tenía las pulsaciones disparadas y, a pesar del frío intenso, pudo notar la nuca empapada en sudor. Estaba acostumbrada a sufrir ese tipo de reacciones cuando sabía que iba a estar en su presencia. A veces eran incluso más virulentas. No recordaba cuándo comenzó a sentir desprecio por él, puede que siendo todavía muy niña, pues recordaba que en su despertar precoz a la adolescencia el sentimiento que él le generaba era asco. Pero lo que sí podía rememorar con claridad es el momento en que comenzó a odiarlo. Como siempre hacía cuando irrumpía en su memoria el fatídico día en que ella cumplió quince años, ahuyentó ese recuerdo de su cabeza, chasqueando la lengua contra el paladar y apretando los ojos con fuerza hasta que dos escuálidas lágrimas se deslizaron por su canto externo con infinita suavidad.

Mientras se acercaba, iba pensando en lo que le diría, la excusa que le daría para explicarle por qué no tenía todavía ni las joyas ni la copia del testamento. Recordó la semblanza afligida de Delia mientras desgranaba unos recuerdos que habían permanecido enterrados durante décadas y que estaba dejando que brotaran de nuevo. Un esfuerzo que estaba haciendo por ella, por su nieta, para ayudarla a recomponer el puzle de su pasado. Pensar en ella acrecentó su angustia, pero también su ira contra él, que volvió a provocarle una taquicardia angustiosa. «Ojalá se hubiera quedado en Aura. Ojalá no hubiera encontrado nunca a mi madre».

Ioana tardó en recuperarse de la brutal paliza y algunas de las secuelas le duraron casi toda su vida. Uno de los puñetazos que aquel animal le había propinado en un ojo le dejó la pupila más grande de lo normal, de manera que parecía tener un ojo más oscuro que el otro. Además, a raíz de los golpes en la cabeza, estuvo escuchando molestos acúfenos durante varios años, hasta que desaparecieron o hasta que se acostumbró a ellos.

Aprendió la lección. Vaya si la aprendió. Lazslo le dijo que su sueldo, esas míseras monedas con las que apenas podía ahorrar mes a mes para cumplir el sueño imposible de escapar de sus proxenetas y volver a Rumanía, había quedado en suspenso hasta nuevo aviso. Sus palabras exactas fueron: «¡hasta que pagues la humillación y la vergüenza que me has hecho pasar, hija de puta, malnacida, desagradecida!».

Nicoleta fue la encargada de supervisar su estado y comunicar cuándo estaba lista para volver al trabajo, algo que ocurrió apenas 48 horas después bajo capas ingentes de maquillaje en la cara, hombros, cuello y nalgas. Mientras la atendía, Nicoleta le recriminaba no haber pensado en el resto de las chicas: «Hemos tenido que pagar la ira de Lazslo, porque nos ha escarmentado a todas por lo que tú has hecho», reprochándole además haber sido desleal con ella, «que te he acogido como a una amiga y te he enseñado cómo ganar mucho dinero». Cuando Ioana respondió sarcástica que sus ganancias no le permitirían alcanzar ninguna de las supuestas comodidades que tan profusamente le había expuesto, Nicoleta la tildó de ingrata y de fracasada, asegurando que la única culpable de no prosperar en el negocio era ella. «No le has demostrado a Lazslo que se pueda confiar en ti. Mírate, pareces un gato apaleado. Te he cubierto de maquillaje y aun así se te notan los cardenales. Pobre de ti como se queje algún cliente. Lazslo no te lo perdonará».

Era consciente de que estaba en una situación muy delicada. Se preguntaba a menudo si él sería capaz de matarla y se quedaba sin respiración, porque sabía que, si no lo hacía él mismo, alguno de sus secuaces podría asesinarla fácilmente y ocultar su cadáver sin dejar rastro. Nadie sabía dónde se encontraba y nadie podría buscarla jamás. Pensó en su madre, que llevaba varios años sin recibir noticias suyas, en el semblante serio pero honrado de su padre y en su decepción ante esa hija ingrata que había decidido marcharse de Rumanía cortando todo vínculo filial. Pensar en ellos le dolió tanto que desaparecieron los golpes y las magulladuras para cargar una congoja mucho más profunda que el dolor físico. Sintió que no podía más y, sin embargo, se sobrepuso. No supo cómo, pero en su interior surgió un atávico instinto de supervivencia superior a su propio deseo de morir.

Tras la paliza que casi le cuesta la vida, Ioana se humilló hasta convertirse en una esclava resignada y sumisa que apenas hacía otra cosa que trabajar, si es que a esa asquerosidad se le puede llamar trabajo. Y dormir. Cerrar los ojos y evadirse de su mancillado cuerpo.

No tenía relación con las demás chicas, apenas hablaba con nadie, tan solo era locuaz con los clientes, que nunca volvieron a tener motivo alguno de queja. Había perfeccionado tanto su desdoblamiento, había aprendido tan bien a disociarse en dos personas que llegó a distinguir la Ioana real, aquella que no tenía interés por la vida y que se limitaba a esperar su propio fin, de la Ioana en la que la habían convertido y que se empeñaba en mantener a las dos con vida gracias a su comportamiento modélico en el trato con los clientes y a que jamás volvió a intentar la huida.

Pasaron cinco años y Ioana, segura de que no volvería a Rumanía, borró de su mente las imágenes de las praderas de Maramures, las coquetas iglesias de madera, las alfombras y brocados que colgaban de las capillas y, sobre todo, el rostro severo pero amable de su madre. Hasta que un día descubrió que estaba embarazada. Lo asumió con fastidio, pues no quería someterse a otro aborto. La última vez, había sufrido una gran pérdida de sangre que la había dejado con una grave anemia ferropénica que todavía arrastraba. Calculó que podría estar en el tercer mes de embarazo puesto que, aunque una vez por trimestre las revisaba un ginecólogo, la visita anterior se la había saltado por un proceso vírico que la había mantenido una semana en cama. En el burdel les surtían de preservativos, todos los que quisieran, sin embargo, la mayoría de los clientes no querían utilizarlos. Por eso, muchas de las chicas tomaban también la píldora anticonceptiva; pero los horarios de trabajo, el alcohol y las sustancias que consumían les impedían llevar un control adecuado, por lo que no era extraño que esta fallara.

—Sois como putas conejas —solía espetarles Milos cuando se enteraba de que alguna de ellas volvía a estar embarazada, para a continuación, y antes de llamar al abortista, concluir—: la próxima vez te lo voy a sacar a hostias, a ver si aprendes de una puta vez a tomar la puta pastilla.

Ella, que cada vez controlaba menos las pastillas que tomaba ni las copas que lograban llevarle a ese estado de embriaguez en el que el asco y la repugnancia desaparecían de su alma, era consciente de que sería reprendida con dureza e incluso castigada. Pero quizá por eso, por una rebeldía ancestral, por una remota lucha por la supervivencia, decidió callar y esperar a que el ginecólogo lo descubriera en la siguiente visita, cuando ya fuera demasiado tarde para abortar. O eso pensaba ella.

Transcurrieron las semanas con su habitual apatía hasta que un día Lazslo la llamó a su despacho. Temió lo peor. Que la hubiera

descubierto. Que la golpeara hasta producirle un aborto espontáneo. Que la humillara aún más de alguna forma inimaginable. Pero, para su sorpresa, la recibió al lado de un hombre de mirada torva e insolente, un «hombre de negocios con el que vas a tener la suerte de trabajar». Ella lo saludó confusa y, aunque sintió su mirada lujuriosa sobre sus colmados pechos, que apenas podían sujetar el estrecho corsé que se ponía para trabajar, no se inmutó ni dejó traslucir un ápice de su angustia. Qué fácil era ser dos personas a la vez. Dejaba que fuera Ioana la puta la que hablara, mientras ella, la verdadera Ioana, se limitaba a asistir a la realidad como si fuera habitante de otra dimensión. Desde esa órbita advirtió que Lazslo quería quitársela de encima. Le miró a los ojos y en esa ráfaga en la que las miradas de ambos se encontraron, se dieron cuenta del pasado que habían compartido y que los lastraba hasta quedar en una posición incómoda. A ella, ese pasado la llevaba a la humillación y el arrepentimiento, a la vergüenza de haberse dejado seducir por aquel sátrapa. A él, a la debilidad, porque ella lo había visto abandonarse al placer entre sus brazos, porque había compartido su lecho y su regazo. Y la posición que ocupaba en el burdel y que pensaba ocupar en un futuro próximo, con la adquisición de dos locales más, no quería que fuera socavada ni puesta en entredicho por una puta que, aunque se mantenía callada y obediente, podía revolverse en cualquier momento y empezar a socavar su autoridad. Así que, aprovechando el trato al que había llegado con un canalla que acababa de llegar de un pueblo de mala muerte, decidió que una de las chicas que podía venderle sería precisamente Ioana. Y mataría dos pájaros de un tiro. Aquel hijo de puta, que a todas luces iba drogado hasta la médula, tendría material de primera calidad para iniciar el negocio en una comarca a quinientos kilómetros de la suya, lo suficientemente lejos como para no hacerse competencia; y él se quitaría de encima la mirada cargada de reproche de esa zorra a la que había conocido en un momento de debilidad, porque, aunque nunca la quiso, en un determinado momento llegó a pensar que podría hacerlo.

Ocupó una mesa al fondo del local y se situó frente a la puerta, cerca de una ventana por la que podía observar el camino empedrado que desembocaba en la venta. El ambiente era cálido y acogedor gracias a la madera y a una gran chimenea en la que chisporroteaba un fuego encendido. Ella, sin embargo, seguía sintiendo un frío glacial y se sentó sin quitarse el gorro ni el abrigo. La camarera se acercó con la comanda y le preguntó si estaba esperando a alguien y si le servía algo mientras aguardaba. Estela pidió un café con leche a pesar de que seguía sintiendo la boca del estómago estrangulada por la ansiedad y le aseguró que no hacía falta que les trajera la carta del menú. No tenía intención de compartir una comida con su padre, por breve que esta fuera. Y de nuevo, al pensar en esa palabra, un viejo regusto a vómito subió hasta su garganta. Pensó que en las semanas que llevaba en Aura había aprendido más sobre él que durante la vida que habían compartido. Delia, le había proporcionado suficientes indicios acerca de su personalidad como para llegar a algunas conclusiones. La primera de ellas, que su padre se había ido de Aura empujado por un pueblo que conocía sus excesos; había huido de las murmuraciones y de la hostilidad de los vecinos.

Lo reconoció por su manera de andar, entre parsimoniosa y desafiante, como si estuviera retándose de continuo con el mundo. A pesar de la aguanieve que estaba cayendo cadenciosa pero incesantemente, llevaba el chambergo desabrochado, las manos en los bolsillos y un cigarrillo encendido en la comisura izquierda. Solía fumar mientras hablaba, mientras buscaba algún billete de su ajada billetera, mientras revisaba las cuentas del negocio, los recibos impagados, las multas llegadas al local... Dejaba un rastro de ceniza allá donde iba y el ángulo del labio con el que sujetaba el cigarro tenía un color entre amarillo y ocre.

Tiró la colilla antes de entrar, abrió la puerta y se quedó en el umbral acostumbrando sus ojos a la luz amarillenta del local, buscándola entre los clientes que atestaban la fonda. Por fin la divisó y, sin alterar un ápice la expresión en señal de saludo o reconocimiento, se acercó rotundo hasta la mesa en la que se encontraba y se sentó sin mediar palabra. Ella tampoco dijo nada. Se limitó a mirarlo mientras intentaba controlar su respiración que, de nuevo, se le estaba desbocando.

—Intuyo que Aura sigue siendo lo más parecido al puto infierno. No hay más que verte.

Ella se encogió de hombros, pero no respondió. En su lugar inquirió:

—¿Para qué querías verme? Todavía no tengo nada, ya lo sabes.

Él sonrió y se encendió otro cigarro mientras buscaba a la camarera para pedirle un café solo doble. El café, el aroma a café, era un recuerdo inherente a su madre que prácticamente se alimentaba de ese líquido oscuro independientemente de su calidad. No le importaba que fuera denso como el alquitrán, amargo como la hiel o aguachinado como la sopa que tomaban casi a diario. Con que el brebaje estuviera caliente a su madre le bastaba, porque le servía para calentar sus manos, las puntas de sus dedos, siempre frías como témpanos. Al pensar en ella los latidos de su corazón se aceleraron, volvió a sentir el sudor deslizándose por su nuca y temió que su malestar desembocara en una nueva crisis de ansiedad, así que se obligó a relajarse, a contar lentamente para ralentizar su respiración. Tuvo suerte porque él, con la educación que le caracterizaba, se levantó de un brinco y le dijo:

—Voy a mear.

En cuanto se fue, cerró los ojos y se concentró en la mirada límpida y azul de su madre.

¿Qué habría visto Ioana en aquel hombre?

Nada para ella, pero sí seguridad para el bebé que esperaba. Cuando Lazslo le comunicó que debía marcharse con aquel tipo, pensó que el destino le había dado una tregua. Calculó que iba a librarse, milagrosamente, de la visita trimestral del ginecólogo por lo que, para cuando su nuevo jefe se diera cuenta de que estaba embarazada, estaría ya de cinco meses y a esa edad los bebés ya están formados. Ya tienen dos bracitos, dos piernecitas, dobladas y diminutas, y un corazón latiendo al compás de sus propios latidos. Con esa esperanza latiendo, recordó que aquella Ioana era la puta, la que debía sonreír al cliente, con mayor motivo si este iba a ser su futuro patrón, así que se esforzó en mirarlo con una promesa reflejada en sus ojos y se dispuso a esperar a que le transmitiera sus deseos para prestarse a complacerlos al instante. Pero él se limitó a decirle:

—Prepárate que nos iremos en un par de horas, en cuanto arreglemos los papeles.

La miró con sarcasmo y añadió:

—Aunque estoy pensando que antes tendré que probar el material

que he adquirido, ¿no, Lazslo?

Y ambos hombres prorrumpieron en estruendosas e indecentes risotadas.

La mercancía fue testada y aprobada, así que recogió las escasas pertenencias que tenía y se montó en el coche de aquel desconocido sin mirar atrás. Por el rabillo del ojo vio que Nicoleta la espiaba desde una de las ventanas del comedor, pero no se dignó devolverle la mirada. Quería alejarse de allí. ¿Adónde? Lo mismo le daba. Seguramente a algún antro similar o incluso peor. Ya lo pensaría cuando llegara. Mientras tanto, podría distraerse mirando por la ventanilla del coche o pensando en nombres para su futuro hijo. Ese pensamiento la animó y una sonrisa tenue se dibujó en su cara, lo que provocó la satisfacción de su proxeneta, que le dijo:

—Espero que mantengas esa actitud y no me obligues nunca a destrozar esa cara de porcelana.

No sabe cuánto tiempo viajaron porque se durmió enseguida, mecida por el traqueteo del motor y el calor de la calefacción. Despertó ya de noche en lo que parecía ser un polígono industrial similar al que había dejado, solo que en otra ciudad, otra provincia quizá, pero en el que le esperaba la misma vida miserable.

—Todavía no hay muchas chicas, así que tienes suerte. Puedes elegir habitación. Nico te dirá dónde están.

El tal Nico era un joven huraño y de color del café con leche que apenas la miró cuando la tomó del brazo para ayudarla a bajar del coche.

—Nico es un amigo de mi máxima confianza. Yo lo considero como un dóberman. Si eres obediente, él se mostrará amigable y dócil, pero si me engañas o haces algo que no debieras, como por ejemplo escaparte, Nico te clavará los dientes en la yugular hasta matarte. Ella supo que lo haría, así que no dijo nada. Se limitó a asentir y seguirlo al interior de la que iba a ser su casa durante los próximos años.

—¿Dónde estábamos?

Estela lo miró sin comprender.

—¿Que de qué estábamos hablando? Te has quedado alelada. Ni que hubieras visto un fantasma.

Pensó en que sí había visto uno, un espectro que por desgracia ya estaba vagando en el mundo de los muertos. Se rehízo como pudo, desterró el dolor que le había producido su recuerdo y dijo:

—Te estaba diciendo que todavía no tengo nada. Necesito más tiempo.

Era un argumento algo inconsistente pero no tenía más que ofrecer.

Se había despistado con las historias de Delia, con los recuerdos enterrados bajo ingentes revestimientos de dolor. Había intuido que ella también necesitaba exorcizar antiguos demonios para poder seguir adelante y en ese punto muerto, en ese remanso que el agua forma en algunas corrientes, habían confluido, se habían encontrado. Y ahora no quería hacerle daño. No quería verla sufrir. No soportaría ver esos ojos acuosos deshacerse en lágrimas. Y, sin embargo, sabía que no había remedio. Si no lo hacía, su vida terminaría, y si algo había aprendido es que morir no es tan fácil como parece, hace falta mucha fuerza, mucha obstinación para vencer un instinto que te empuja a respirar, a no cerrar los ojos.

—Lo haré.

—Sé que lo harás, porque ya sabes lo que pasará si incumples nuestro trato. Pero, a la vista de tu cachaza, voy a tener que ponerte un plazo. Tienes cuarenta y ocho horas para encontrar tanto el testamento como el cofre con las joyas.

—Quizá tarde un poco más.

—No te vas a demorar ni un minuto más, ya conoces las consecuencias.

—¿Qué vas a hacer cuando tengas el testamento?

—Tú no te preocupes por eso. Quiero asegurarme de que tú, su nieta, eres la heredera universal. Lo demás, déjamelo a mí. Y cuando llegue la hora de reclamar el testamento, tú, querida hija, pondrás todo a mi nombre. Y entonces podrás irte. ¿Adónde? No lo sé y tampoco me importa. No volverás a saber nada más de mí. A no ser que prefieras que mantengamos el contacto, claro.

Y sonrió mostrando unos repulsivos dientes amarillos.

Sintió tal asco ante ese comentario que se apresuró a decir:

—¿Y qué pasa si no me ha dejado nada? ¿Qué pasa si se lo ha dejado todo a la iglesia, por ejemplo?

—Sé que tú eres su única heredera porque ella misma se encargó hace años de pregonarlo. Para que veas qué clase de mujer es, esa vieja desheredó a su único hijo y dejó todo a su nieta. Mecagüen la puta, no me digas que no se merece que la crujamos.

Estela pensó que ella, en su lugar, también lo hubiera hecho, pero se limitó a decir.

—Si tan seguro estás, entonces no tiene por qué haber ningún problema.

—Eso es exactamente lo que estoy intentando decirte. Tú limítate a encontrar el testamento. Y las putas joyas. Lo demás me lo dejas a mí. ¿Estamos?

Asintió sin pronunciar palabra mientras intentaba disimular la mezcla de terror y desprecio que ese hombre le producía.

—Me voy a alojar en la casa de un colega que vive por aquí cerca; no quiero que me vean por el pueblo y, sobre todo, no quiero encontrarme con mi vieja, se pondría a lloriquear y no lo soporto. Nunca he podido aguantarlo. Pero que no esté en Aura no significa que no sepa lo que pasa. Escúchame bien, Estelita —ella se revolvió incómoda en el asiento, ¡cómo odiaba ese diminutivo!—, no pienses ni por un segundo que te vas a ocultar de mí. Si no cumples tu parte del plan, te juro por tu madre, muerta y enterrada, que acabarás haciéndole compañía en su tumba.

Se levantó arrastrando la pesada silla de madera con estruendo, se subió los pantalones con un gesto zafio y se despidió de ella con una mirada despectiva y apuntándole con el dedo índice a la cabeza.

Estela no se movió, no levantó la vista de la taza de café, se mantuvo hierática hasta que, por el rabillo del ojo, observó cómo atravesaba el camino de gravilla hasta llegar al coche. Solo entonces, venciendo el pánico que le causaba estar en su presencia, pudo concentrarse en su respiración hasta recobrar de nuevo el aliento y el pulso. «Perdóname, Delia —se dijo a sí misma en voz muy queda—. Perdóname, por favor».

¿Qué vio Ioana en ese energúmeno? ¿Qué la llevó a compartir su vida con aquel bruto? Eran tantas las preguntas que seguían sin respuesta…

Sabía que el recuerdo de su madre empeoraría su estado anímico, pero no pudo evitarlo y su recuerdo volvió a crecer desde lo más profundo de su estómago hasta ramificarse por el resto de su cuerpo como un organismo vivo.

Lo que vio Ioana en ese hombre fue una oportunidad. La única que tenía a su alcance. Cuando llegó al nuevo burdel pensó que, si quería garantizar la vida de aquel hijo que crecía en su seno, debería aniquilar primero toda esperanza de futuro. Su instinto de supervivencia se replegó ante uno más hondo y poderoso que había sido grabado en su ADN por una sucesión de mujeres que habían parido con dolor y protegido a sus crías de los peligros cotidianos, a cambio, en muchos casos, de su libertad e independencia. Debía trazar un plan y debía hacerlo con rapidez, pues en cualquier momento se descubriría su estado y su nuevo patrón podría obligarla a abortar o devolverla a Lazslo, que la mataría a palos. Su desesperación agudizó no solo su ingenio, también su osadía, y a los pocos minutos de haber pisado por primera vez aquel antro, supo que debía convertir ese

cubículo en un hogar, en su hogar. Apenas conocía nada sobre el hombre que la había comprado, pero sí era consciente de algo importante: ella le gustaba. Acostumbrada como estaba a ver la lujuria en los ojos de los hombres, en este había visto además un cierto agrado. Quizá fuera su mirada, tan líquida y poco corriente, el escote turgente y grácil, un cabello claro que lucía diáfano y sedoso bajo la luz del sol... No sabía exactamente qué, pero algo había visto él en ella que le había gustado y, antes de que esa sensación desapareciera ahogada por otros estímulos cotidianos, decidió grabársela con más precisión. Y se afanó por conseguir que esa primera percepción arraigara en un recóndito rincón de su cerebro. Ya se ocuparía ella de regarla, abonarla y cuidarla hasta convertirla en un sentimiento sólido.

Fingió un vahído, o lo sintió de veras ante la magnitud de la renuncia. Con su decisión decía adiós a su afligida madre, a su querido padre, a su país y los paisajes de su infancia, a la despreocupación y la confianza en el porvenir. Todo iba a quedar sepultado bajo el cataclismo que iba a producirse con el paso que iba a dar. Si el desvanecimiento fue real o fingido, nunca llegó a racionalizarlo del todo, pero se produjo. Y como esperaba, él no tuvo más remedio que tomarla en brazos para llevarla hasta el interior. En el trayecto, ella abrió los ojos con una mezcla de aflicción y languidez que embelleció su mirada, murmuró unas palabras de agradecimiento con una leve sonrisa fresca y húmeda y recostó su cabeza sobre su cuello para que él pudiera aspirar la delicada fragancia a polvos de talco perfumados que siempre desprendía. Aquel hombre la llevó hasta una de las habitaciones del interior refunfuñando y sin parar de proferir insultos e imprecaciones, pero, por el ritmo de sus palpitaciones, ella supo que la semilla había caído en tierra más o menos fértil. Las siguientes semanas fueron decisivas. Él nunca le preguntó si quería yacer con él, era una prostituta, su prostituta, con lo cual tomaba lo que era suyo, pero se mostraba con ella atento y considerado. En el club estaban diez chicas, muchas menos que en el tugurio anterior. Las condiciones higiénicas eran deplorables, pero trabajaban menos horas. Por lo general, por las mañanas no se acercaba ningún cliente. Era a partir de las tres de la tarde cuando empezaban a llegar los primeros, por lo que disponían de varias horas al día para descansar, ver la televisión, o, en su caso, trabajar en su objetivo. No importaba con cuántos clientes hubiera estado, cada mañana se metía en la cama del patrón y la Ioana experimentada, la perfecta meretriz, solícita y cariñosa, se ocupaba de proporcionarle tanto placer que él, poco a poco, se

convirtió en un adicto a esa sensación.

Percibió que ya era suyo una noche que faltó a su cita y él irrumpió en su dormitorio a media mañana preguntándole si le había pasado algo. Ella, como una gata suave y voluptuosa, se cubrió con la almohada mientras ronroneaba algo acerca de que se encontraba mal. Él se acercó y le acarició el pelo rubio mientras la luz del sol entraba por la ventana y, entonces sí, entonces ella le besó como se besa a un amante y no a un cliente. A pesar de su instinto animal, o quizá por eso, él percibió la diferencia y correspondió con vehemencia. Por fin, cuando el corazón de él todavía latía extenuado, ella le dijo que debía contarle algo y entre lágrimas le confesó que estaba embarazada de cinco meses.

# XLVIII

El cabo Rodríguez y la agente Serrano estaban tomando un café en el bar del pueblo. Desde la barra, Blanca los observaba atenta por si podía captar alguna brizna de la conversación que estaban manteniendo. Pero los dos policías, además de que se expresaban en un tono de voz muy bajo, estaban situados en una pequeña mesa muy cerca de la puerta, por lo que le resultaba imposible saber siquiera de qué estaban hablando. Estaba segura de que estaban comentando los asesinatos que se habían producido en Aura con un intervalo de escasos días y ellos, ajenos al interés de Blanca, efectivamente hacían cábalas acerca de la identidad del asesino.

—Quizá alguien haya aprovechado esa causalidad para actuar. ¿No te parece?

La agente Serrano no creía que Estela fuera la causante de esas dos muertes y así se lo había manifestado a su compañero, que se mostraba mucho más reticente.

—Según tu teoría, había un asesino en Aura, agazapado en las sombras de esta inhóspita tierra, esperando el momento en que llegara alguien para actuar y así cargarle la culpa. ¿Es eso?

—Bueno, no exactamente. Quizá estuviera a punto de cometer el primer crimen y la llegada al pueblo de esa chica fue el detonante. Creo que ella pudo actuar de aceleradora.

—No sé. Veo más probable que fuera ella. Es cierto que no tiene motivación ninguna, al menos que nosotros conozcamos, también es cierto que no hay testigos oculares que la hayan visto en los lugares del crimen, no tiene antecedentes y no ha mostrado ninguna animadversión por los dos fallecidos. Aun así, es mucha casualidad que se hayan producido estos crímenes a escasas horas de su llegada.

—Si hubiera venido con el cometido de asesinar a Michel y al padre Anselmo, ¿no hubiera sido mejor esperar un tiempo, pasar desapercibida o incluso no darse a conocer?

—Es posible. Pero no es el primer criminal que se regodea de serlo. Algunos son tremendamente engreídos, tú lo sabes bien, y esa vanidad termina por condenarles. Y no pienso que sea el caso de esa chica, insisto.

—¿Qué hay de su abuela?

—Esa pobre mujer ha sufrido mucho. ¿Puedes imaginártelo? Su hijo se marcha del pueblo y no vuelve a verla nunca más. Eso para que nos

quejemos de los nuestros.

—¿Vamos a investigarlo? Su madre nos dijo que renunció a su ciudadanía después de vivir varios años en Colombia. ¿Merece la pena solicitar su ficha?

—Primero vamos a terminar con los que tienen más probabilidades de haberlo hecho, ¿no te parece? Porque, lo que sí está claro es que el primer crimen pudo cometerlo algún desalmado al que el chico molestaba con su extraño comportamiento. Pero ¿el cura? ¿Qué tiene el cura que ver con Michel?

—Pasaban mucho tiempo juntos, según todas las personas con las que hemos hablado.

—Eso dicen. Para don Anselmo era un poco como el hijo que nunca tuvo. ¿Quizá esté ahí la clave?

—¿Y si hablamos con Delia? Quizá ella nos pueda dar alguna pista sobre el carácter de Estela, algo que nos sirva para considerarla sospechosa e investigarla con más profundidad.

—¿Pero no decías que no crees que sea ella?

—Tengo la intuición de que no ha tenido nada que ver. Pero las intuiciones no son certezas y en nuestro trabajo sirven para avanzar en la investigación pero no para presentar resultados concluyentes. Hablemos con ella y veamos qué nos dice de su nieta.

# XLIX

Rosa observaba a través de los visillos. La ventana de la casa de enfrente brillaba iluminada como un faro en la negra Aura y, aunque ella permanecía con las luces apagadas para poder ver sin ser vista, no se sentía tranquila. De vez en cuando le parecía que la mirada de Delia cruzaba la calle para posarse directamente sobre sus ojos.

El reloj marcaba las seis menos cuarto, pero en Aura era ya noche cerrada. El viento soplaba contra los cristales, hacía crujir la madera de las contraventanas y levantaba las hojas del suelo en súbitas ráfagas circulares. Rosa mantenía los ojos ligeramente cerrados, forzando la vista todo lo que podía para no perderse detalle de lo que ocurría. Había visto cómo la policía se acomodaba en el salón de Delia mientras esta charlaba demudada fingiendo tranquilidad. Pero ella la conocía bien. Conocía ese rictus severo que en realidad enmascaraba miedo y preocupación. Esos movimientos tirando a bruscos, la manera de sentarse, envarada y en la esquina de la butaca. «¿Qué le estarán diciendo?», se preguntó. Y mientras lo pensaba no pudo evitar componer un mohín de disgusto que le llevó a arrugar la nariz mientras chasqueaba la lengua contra el paladar.

Si algo le había enseñado Estanis era a desconfiar de la policía. A pesar de que ella nunca se había visto implicada en negocio ilícito alguno, desde el inicio de su matrimonio él la aleccionó en la desconfianza y el recelo ante todo tipo de representantes del orden. Por supuesto, sabía que la causa era lo que Estanis tenía que ocultar, pero ni se planteó ser desleal a su marido. Le tenía demasiado miedo. Recordándolo ahora sonrió con displicencia y pensó: «ironías del destino. Ni te imaginabas, Estanis lo que el azar te tenía reservado».

Desde que Emilio se fue de Aura, la vida que Rosa había conocido hasta entonces hizo aguas. En aquellos años, echaba la vista atrás y maldecía a su hermano y el día en que se había visto obligada a salir de la casa familiar para compartir su destino con un canalla que la había sometido, vejado y amedrentado durante toda su vida. Sin embargo, y para su propia sorpresa, la marcha de su hijo le permitió soltar el lastre que hasta entonces la había mantenido atada al dominio de ese hombre que no le producía más que repulsión. Durante muchos años, demasiados, había resistido los embates de su ira con la firme intención de proteger a su hijo, de mantenerlo a salvo de su crueldad. Y lo había logrado a medias. Estanis nunca maltrató a

su hijo. No. Hizo algo mucho peor: lo modeló a su imagen y semejanza convirtiéndolo en un adolescente conflictivo, en un joven peligroso y, por fin, en un hombre despreciable. Así que, cuando se marchó, Rosa pensó que todo había terminado. Para bien o para mal la historia de su vida ya había sido escrita y se sentía libre para cerrar el libro de un firme y sonoro golpe. ¿Qué le faltaba para decidirse? Quizá aquella idea que había germinado en su interior y que cada noche crecía oculta entre la maraña de sus pensamientos.

No se equivocaba, y de pronto una noche sucedió. Estanis, como de costumbre, estaba en el casino o en algún lupanar. Eso no le importaba. Pero cuando llamaron a la puerta y se encontró con la policía, pensó esperanzada que venían a notificarle que había muerto. Su mente imaginó un accidente de coche, una puñalada por venganza, incluso un mal golpe tras una borrachera, pero se equivocaba, y la decepción se instaló en su interior mientras aseguraba que no sabía dónde se encontraba ni cuándo volvería. Aun así, y aunque no era su intención entrometerse en los negocios de su marido, preguntó:

—¿Es que ha ocurrido algo, agente? ¿Está metido en algún lío?

Por la cara que puso el policía que le había hecho las preguntas y lo rápido que se apresuró a responder supo que, efectivamente, Estanis andaba involucrado en algún asunto de gravedad. Se despidió de ellos asegurándoles que le transmitiría el mensaje de que debía llamar a la comisaría sin dilación y cerró la puerta reflexionando qué podía hacer con la información que tenía. No sabía en qué podía estar metido pero seguro que en nada bueno. Tras años dedicándose al contrabando, primero de tabaco y después de drogas, seguro que la policía ya había reunido pruebas como para enchironarle durante mucho tiempo. Pero no era eso lo que le inquietaba. Su preocupación era que le embargaran los bienes, que la empujaran a vivir con menos recursos, con estrecheces e incomodidades. ¿Es que acaso ella se lo merecía? ¿Es que no había permanecido toda su vida supeditada a sus antojos para ahora envejecer amargada por la falta de dinero? Apretó los labios y negó con la cabeza. No aceptaría más humillaciones. Así que cuando Estanis volvió a mitad de mañana con aspecto de no haber dormido en dos días y apestando a sudor, tabaco y alcohol, ya había decidido lo que debía hacer. Reprimió un gesto de asco al ver en su comisura un reguero de baba pegada e intentó evitar sus ojos, enrojecidos y medio cerrados, con el aspecto vidrioso del que todavía está borracho. Se acercó a él, lo cogió del brazo y le dijo:

—Estanis, ha pasado algo importante. Ven, ven a sentarte en el sofá. Voy a prepararte un café.

Él la miró aturdido sin terminar de entender.

—Luego hablaremos —balbuceó—. Ahora, me voy a dormir.

Pero ella lo sujetó con firmeza y le dijo:

—Es importante, Estanis. Es una cuestión de vida o muerte.

Él se dejó entonces arrastrar hasta el salón y se derrumbó en el sillón.

—Más te vale que así sea —amenazó mirándola con fiereza.

# L

A través del tenue visillo de gasa, a Delia le había parecido atisbar que una sombra se movía en la ventana. El movimiento había sido ligero, casi imperceptible, pero suficiente para interrumpir el curso de sus pensamientos y obligarla a centrarse en las preguntas que los dos agentes de policía seguían formulándole. Llevaba ya un rato respondiendo mecánicamente, construyendo frases sin profundizar en ellas, pero ahora no podía dejar de pensar en Rosa. Porque estaba segura de que ella, oculta en la penumbra de su casa, estaba vigilando el interrogatorio que se está produciendo en su salón. «Pobre Rosa. Sola en esa gran casa, observando la vida de los demás entre los reflejos de la ventana y las reminiscencias del pasado».

El tono tranquilo de la agente Serrano le devolvió a la realidad y respondió con sinceridad.

—No lo sé.

Y era cierto. Qué iba a saber ella sobre las amistades de Estela, si había sido una adolescente problemática, si tenía buena relación con su padre, si había sufrido tras la muerte de su madre... Ante esta última cuestión, reflexionó un instante antes de responder:

—Sí. Creo que esa chica ha sufrido mucho por la muerte de su madre.

—¿Así se lo ha expresado ella?

—No. Así no. Me lo ha comunicado con esa mirada dura e inaccesible, mediante su expresión de dolor cuando se queda absorta en sus pensamientos, en la forma desabrida que tiene de contrarrestar la amabilidad. No tolera que la compadezcan. No puede soportar el cariño, el afecto. Creo que se siente culpable por estar viva y que no se puede permitir ser feliz.

—Vaya.

La sargento la miró de hito en hito mientras tomaba notas en un cuaderno.

—Es usted una buena psicóloga.

—Soy vieja —sentenció Delia.

—La edad le permite ver y asistir a multitud de acontecimientos en los que las personas nos vamos desenmascarando, pero, créame, muy pocas personas son capaces de observar, identificar y, lo que es más importante, comprender las señales que los demás nos hacen para captar nuestra atención.

Delia no respondió, pero pensó que aquella agente no podía estar más equivocada. Había sido la ignorancia la que había regido su relación con los demás. O quizá la inocencia, la confianza plena en la bonhomía de sus semejantes. ¡Ojalá hubiera visto alguna indicación aquella fatídica noche! La noche en la que dejó de vivir para limitarse a subsistir.

Los agentes se despidieron no sin antes recordarle que, si veía a su nieta, le aconsejara que llamara a la policía.

—¿Piensan que ha hecho algo malo?

—No siempre hablamos con las personas porque sospechemos de ellas. A veces lo hacemos para protegerlas —dijo la agente Serrano mientras le dirigía una expresión de suficiencia.

Delia no respondió porque sabía fehacientemente que sí sospechaban de su nieta. Creían que podía estar detrás de las muertes de Michel y del padre Anselmo. ¿Estaría ella también en peligro? ¿Habría venido para ejecutar alguna suerte de venganza? Resignada, aceptó que era una posibilidad.

Cuando por fin se fueron de su casa se acercó hasta la ventana y, aunque el cristal no le devolvió más que su nítido reflejo, dirigió sus ojos hacia donde pensaba que estarían los de Rosa y sonrió con complicidad, como queriendo transmitir una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

No habían pasado ni cinco minutos cuando un golpe recio, pero no muy sonoro la alertó de que alguien había llamado mediante un aldabonazo. Intuyó quién era antes de abrir la puerta y aun así no pudo dejar de inquietarse ante la dureza de aquella mirada.

—Pasa —dijo con suavidad—. Estoy sola. La policía acaba de marcharse.

—Lo sé —respondió Estela.

Y sin mediar palabra se quitó el chaquetón, la bufanda y los guantes y se acomodó en el sillón con las piernas separadas y los codos apoyados sobre los muslos. Las manos bajo la barbilla.

—Ha llegado el momento de decirte para qué he venido.

A Delia le flaquearon las rodillas y un rápido latido comenzó a resonar en su interior. Haciendo un esfuerzo ímprobo consiguió mantener la serenidad y se sentó en su butaca, retirando con delicadeza el ovillo de lana y las agujas de hacer punto. Cuando por fin se acomodó, la miró a los ojos y le dijo:

—Tú dirás.

Estela dio un largo suspiro y con un hilo de voz grave y serena fue devanando la madeja de sus recuerdos. Delia, que no sabía nada de la

desgraciada vida que había llevado aquella joven, asistió horrorizada a un relato que, a pesar de estar narrado de la manera más objetiva e impersonal posible, transmitía una profunda angustia.

—Cuando mi madre le dijo a su proxeneta que estaba embarazada de cinco meses, temió por su vida, pero, sobre todo, quiso garantizar la mía. Le rogó que me permitiera nacer. Imploró por mi existencia ofreciendo a cambio la suya. Le dijo que solo necesitaba cuatro meses, el tiempo suficiente como para llevar a término el embarazo y le juró que, en cuanto diera a luz, volvería a hacer su trabajo con más ahínco y entrega que nunca. Le juró que jamás intentaría escapar. Que nunca le pediría ni exigiría nada. Que haría siempre lo que él dijera y, por encima de todo, le ofreció su libertad, su renuncia a intentar otra vida que no fuera esa. «Este es ahora mi hogar —aseguró convencida—. Quiero criar aquí a mi hijo. Trabajaré lo que haga falta para costear su manutención. Por favor. Te pido por favor que no me obligues a deshacerme de mi pequeño».

»Él la miró con desagrado. Odiaba que lo engañaran, que intentaran sobornarle, pero a la vez se sentía halagado por un servilismo que le investía a él de un poder absoluto sobre la vida y la muerte de aquella desgraciada con la que se había encariñado. Rápidamente sopesó los pros y los contras y se dio cuenta de que a cambio de una pequeña cantidad de dinero mensual —por Dios bendito, por muy tragón que fuera, ¿cuánto podría gastar un puto bebé?—, él tendría a su servicio a una esclava sexual, pero también, y este matiz fue el que decidió la balanza, a una guardiana, a una confidente que, infiltrada entre las demás putas, le proporcionaría información sobre posibles conflictos, rencillas y demás problemas domésticos que pueden surgir en un puticlub, incluidos intentos de escapada, denuncias a la policía, etc. Aun así, se lo hizo pagar caro porque lo primero que hizo fue estirarle del pelo hacia atrás, de manera que la cara de ella, desencajada por un tirón que desorbitó su mirada de pánico, quedó a escasos centímetros de sus ojos, crueles como los de un depredador, y entonces lenta pero gravemente le dijo:

—Te juro que si alguna vez tengo alguna queja de ti, me desharé de ese bastardo sin ningún miramiento. A partir de ahora me perteneces. Estás a mi entera disposición. Eres mía y serás mis ojos en cualquier rincón de esta casa. Quiero que me informes de cualquier asunto que resulte interesante para mi negocio. ¿Has entendido?

Ella asintió aliviada porque se dio cuenta de que había salvado la vida del bebé, aunque fuera temporalmente, y se apresuró a asegurarle que siempre le sería leal.

—Te juro que jamás te arrepentirás. —Y proyectando la mirada de arrobo que tan bien utilizaba con muchos de los clientes más insaciables, añadió—: créeme, puedes confiar en mí.

» Desgraciadamente así fue hasta el fin de sus días —masculló Estela con un tono parecido al odio—. Mi madre jamás se separó de mi padre.

Cuando Delia escuchó esa palabra, sintió como si le hubieran dado un golpe en el estómago. Se colocó las manos bajo el pecho, una sobre otra, y comenzó a mecerse hacia adelante respirando con dificultad.

Estela se levantó y corrió a la cocina a por un vaso de agua. Volvió con una jarra de limonada que Delia había preparado esa misma mañana. Le sirvió un poco y le ayudó a tomársela mientras la anciana recobraba el color. Una lágrima recorrió su mejilla antes de decir suavemente:

—¿Me quieres decir que ese…

—Proxeneta, canalla, chulo...

Delia cerró los ojos y continuó:

—... que ese hombre es...?

—Tu hijo.

La anciana la miró sin comprender. Y volvió a recordar los ojos tristes de Víctor, su delicadeza cuando, de niño, la tomaba de la mano para corretear a su lado parloteando sin parar.

—No te lo vas a poder quitar de encima, Delia...

Eso le decían. Y ella, orgullosa, apretaba más fuerte su manita segura de que ese tiempo no duraría siempre y de que debían aprovechar el vínculo estrecho que compartían. ¡Qué pronto la infancia había dado paso a ese dolor hondo y perverso que los terminó destruyendo! Se obligó a mirar a Estela de nuevo, quien, atenta a su reacción, dejó el vaso de limonada encima de la mesita situada al lado del sillón y preguntó a Delia con la mirada si estaba preparada para seguir escuchando. Esta asintió sin decir nada.

—No merece la pena que me explaye narrándote mi infancia. No fue diferente a la de los demás niños porque yo, hasta que no tuve ocho o nueve años, no supe a qué se dedicaba mi madre. Vivía en el puticlub, claro está, con el resto de las chicas, compañeras de trabajo de mi madre, pero cuando no estaba en el colegio, apenas salía de la habitación en la que se alojaba mi madre y en la que nos visitaba mi padre. Todavía siento asco cuando le llamo así, pero nunca tuve otra opción. Como dueño de mi madre, también su hija le pertenecía. Me obligó a llamarle papá y, aunque siempre supe que no me quería,

nunca me atreví a desobedecerle. Te aseguro que las escasas veces en las que lo hice, lo pagué muy caro.

Ioana siguió trabajando hasta que los clientes la comenzaron a rechazar por su aspecto.

—Me da grima, hostia, me da la sensación de que le voy a destrozar la cabeza al feto —le dijo un cliente mientras se volvía a abrochar el pantalón.

—Aquel bárbaro logró convencer a mi padre de que debía dejar que mi madre descansara hasta que naciera el bebé. No por ella, que no valía nada, sino por el negocio.

»Fueron los dos meses más felices de su vida. Las otras la miraban con una mezcla de desagrado, por su decisión de criar a su hijo en un burdel, y de envidia, porque estaba exenta de ser esclavizada sexualmente por doce, catorce, diecisiete hombres cada noche. Fueron cincuenta y siete días de sosiego durante los que pudo despedirse de sus padres, de su país y de lo que había sido su vida hasta ese nefasto momento en que se cruzó con Lazslo. Les dijo adiós desde lo más profundo de su pensamiento, rogando que su madre, quizá por ese conocimiento oscuro, instintivo, visceral que las madres tienen cuando perciben que alguna de sus crías está en peligro, comprendiera y aceptara su decisión. Una mañana, dos días antes de dar a luz, un rayo de sol atravesó la ventana y se posó sobre su vientre, descomunal. Se quedó quieta, observando cómo su barriga se movía y sintiendo cómo esos pequeños pies golpeaban las paredes de su frágil encierro, quizá acariciados por la templada luz del sol. Y entonces sintió que su madre la perdonaba. Supo que, desde las escarpadas montañas de los Cárpatos, su madre había comprendido que Ioana solo tenía una opción: morir en vida para que el bebé que se removía en sus entrañas preparándose para nacer pudiera vivir. Se sintió reconfortada por ella, segura de que contaba con su bendición. Y, aunque comprendió con un desgarrador dolor que nunca volvería a verla, se dispuso a seguir su camino sin mirar atrás, sin pensar en la vida que habría tenido si no se hubiera dejado embaucar por Lazslo, si no hubiera sido tan tonta de caer en las garras de un depravado.

»Tranquila y resignada, Ioana recordó una vieja melodía que su madre tarareaba mientras trajinaba en la cocina entre el humo de las perolas y las viejas cacerolas de cobre. La leyenda contaba que un día uno de los lagos cercanos a Tisa se desbordó e inundó el pueblo. Todas las casas de la aldea quedaron sumergidas bajo las aguas. Muchos de sus habitantes murieron sorprendidos por una ola oscura e interminable que barrió todo lo que había sido su vida hasta entonces.

Su madre le decía que todavía hoy se pueden escuchar las campanas de la iglesia que está bajo el agua de ese lago. Y también le contaba que, si alguien se bañaba en sus aguas sería absorbido hacia el fondo como un sacrificio para las almas que lo habitan. Aguzó el oído. También ella podía escuchar las campanas. Las podía escuchar con gran precisión. Su tañido venía desde lo más profundo de las aguas y, aun así, reverberaba con claridad en aquella casa de mala muerte en la que estaba a punto de emerger una nueva vida.

Estela permanecía absorta mirando las llamas de la chimenea. Delia, en cambio, tenía los ojos cerrados y dos lágrimas enganchadas a las pestañas. Había escuchado con una mezcla de tristeza y angustia el relato de aquella joven de mirada imposible. Se levantó con esfuerzo, echó un leño más al hogar, atizó las brasas y la animó a continuar. Era consciente de que la chica estaba exorcizando una vida miserable, y que quería, necesitaba reivindicar el sacrificio de su madre que se extendió durante toda su vida.

—¿Cómo se portó con vosotras?

—¿Quién? ¿Mi padre?

Delia no respondió nada. No podía siquiera hacer un movimiento para asentir con la cabeza. A su cabeza volvió la imagen de Víctor, ese niño de ojos profundos aunque quizá algo tristes, que tan feliz había sido.

—Como lo que es, un miserable. Mi madre estuvo trabajando, es decir, acostándose con hombres, hasta el final de sus días, hasta que la enfermedad ya había avanzado tanto que apenas podía sujetarse en pie. Solo entonces dejó de atender a clientes.

Los primeros años en el burdel no fueron duros para Estela. No sabía que existían otras familias, así que la suya, compuesta por una madre, un padre que venía de vez en cuando a verlas en la habitación en la que vivían y quince o veinte tías a veces demacradas, otras vistosas como pavos reales y la mayoría de las veces drogadas —para aguantar las largas jornadas de trabajo sin caer en la desesperación— le parecía una como cualquier otra. Allí creció feliz los seis primeros años, atendida y querida por todas, que la consideraron una especie de milagro y de ofrenda a la esperanza. El proxeneta de su madre, al que siempre se vio obligada a llamar padre, les dijo que no se pensaran que allí se iban a tolerar más criaturas. Ioana había sido una excepción, y solo porque el cabrón de Lazslo le había vendido la mercancía «defectuosa» y porque ya no había opción de practicarle un aborto. Pero todas las demás estaban obligadas a pasar controles mensuales y ¡ay de la que osara quedarse embarazada! Además de abortar, recibiría una paliza, así que ya podían hacer buen uso de los condones, las píldoras, los DIUs o todo a la vez para evitar situaciones dolorosas para todos, especialmente para ellas.

Ioana descubrió pronto que el capricho inicial enseguida había de tornar en violencia y sometimiento. Era un hombre cruel que disfrutaba imponiendo «orden», como él decía, y que no era capaz de experimentar ningún sentimiento de empatía o misericordia por ninguna de ellas. Instintivamente, Ioana intentó hacerse invisible. Jamás hacía nada que pudiera comprometerla, intentando en vano que él la dejara en paz. Pero su crueldad era muy superior a lo que ella pensaba y en no pocas ocasiones la buscaba solo por el placer de someterla.

Gran parte de la infancia de Estela transcurrió en una cama. Su madre dormitaba intranquila mientras ella gorjeaba sobre las sábanas y jugaba, a veces en silencio, a veces berreando hasta conseguir despertarla. Había nacido en un hospital público situado a escasos dos kilómetros hasta el que las acercó su padre una tarde que amenazaba tormenta. Él la dejó en la puerta del centro hospitalario y volvió al trabajo. Ioana llevaba en una carpeta los informes médicos de los dos burdeles en los que había trabajado. A pesar de los dolores, sintió una súbita vergüenza al observar la expresión de la comadrona mientras comprendía la naturaleza de lo que reflejaban aquellos papeles. Pero todo tenía apariencia de legalidad. Nadie se preocupó de preguntarle si se sentía conforme con su trabajo, si había sido libre para elegirlo o si los papeles que había entregado, esos que le habían facilitado en el burdel junto con la amenaza de matar al bebé si no los devolvía en cuanto volviera de la clínica, eran una falsificación o habían sido obtenidos de manera fraudulenta. La comadrona se limitó a mirarla con curiosidad y a rogarle que esperara unos instantes mientras avisaba a una doctora, obstetra, que sería la que supervisaría el parto.

Ioana se debatía entre el deseo de conocer por fin a su hijo y la pena de que aquella hermosa tregua terminara. El final del embarazo supondría la vuelta al trabajo, a una vida de humillaciones y depravación. Apenas había consumido sustancias tóxicas durante las últimas semanas y se encontraba mejor, como si alguien hubiera subido el volumen del televisor y fuera capaz de captar las imágenes, las conversaciones que se sucedían a su alrededor. La vuelta a su antigua vida suponía volver al estado de confusión y aletargamiento que le producía esa mezcla de alcohol y pastillas imprescindible para sobrevivir.

El parto fue tranquillo y maravilloso. Ioana pensó en su madre cuando vio la carita apretada de su hija y mentalmente le transmitió que todo había ido bien y que habían sido abuelos de una preciosa nieta. Estela era pelona y blanca como la leche, tenía una naricita

arrugada y los ojos apretados en una fina línea que contrastaban con unos rollizos labios rosados que se mantenían fruncidos como si estuviera ensayando el instinto primigenio de mamar.

Ioana había recibido instrucciones estrictas. Debía pedir que le cortaran la subida de la leche para evitar dar el pecho. La niña sería alimentada con biberón. Así se evitaban problemas de logística cuando empezara a trabajar, lo que se preveía de forma inminente. Ioana se convenció de que todo sacrificio merecía la pena a cambio de poder mantener a ese precioso bebé con ella, en la lúgubre habitación en la que vivía y que ahora se le antojaba un nido cálido y acogedor. La tomó en brazos y todavía con los restos de sangre y placenta en su cuerpo le juró que jamás la abandonaría ni permitiría que nada malo le ocurriera. «Velaré por ti —le dijo en su lengua natal—. Y algún día, algún lejano pero dichoso día, viajaremos a Rumanía, a conocer la tierra de la que procedes». No pudo decirle nada más porque la comadrona le dijo que debían asearla y hacerle las pruebas pertinentes, pero fue suficiente. Ella había hecho un juramento y daría su vida por llevarlo a término.

De vuelta en el burdel, dos días después de dar a luz, se encontró con que las chicas le habían comprado una cuna y diferentes ropitas de diversos colores y tamaños. Ella, con lágrimas en los ojos, les agradeció el detalle y dejó que cogieran a la niña mientras reía y lloraba de felicidad. A los diez días comenzó a trabajar. Debía extremar la higiene, si no quería tener ninguna queja de los clientes, así que, para hacer más fácil la incorporación, comenzó a tomar dos o tres copas que se derramaban sobre su alma herida como un bálsamo anestesiante. A la niña la cuidaban entre todas, a pesar de que los primeros meses apenas dio ninguna guerra. La que estuviera más libre le daba el biberón, la acostaba en la cuna y la pequeña dormía plácidamente hasta la siguiente toma. En cuanto su madre terminaba la jornada, la sacaba de la cuna y la echaba en la cama, a su lado. Sentir su cuerpecito cálido y confiado le proporcionaba el valor necesario para seguir adelante.

Cuando cumplió cuatro años, Ioana planteó a su jefe la necesidad de inscribirla en el colegio. Él se mostró de acuerdo. Aunque él ya no sentía nada por la madre y en muchas ocasiones la trataba con desprecio y desdén, todavía trataba a la niña con corrección, siempre y cuando no le incordiara, no le incomodase y no hiciera apenas ruido. Ella siempre cumplió con el trato que suscribieron y, en cuanto se enteraba de que podía haber cualquier conato de conflicto en el burdel, se lo comunicaba y le proporcionaba todos los detalles que era

capaz de recabar, incluyendo la identidad de las afectadas, la naturaleza del inconveniente y todo lo que afectaba a su posible resolución.

Las chicas comenzaron a alejarse de Ioana por considerarla una traidora. Tan solo dos se mantenían fieles a su amistad porque comprendían la naturaleza del chantaje al que vivía sometida. Una de ellas, Charo, era una mujerona oscura procedente de Perú. Tenía una voz profunda y gutural, pero rebosaba honestidad a pesar de la vida de explotación que había tenido y de la que no sabía cómo escapar.

—¿No os dais cuenta —intentaba hacer ver a las demás— de que si no lo hace podría llevarse a su hija? ¿Os imagináis entonces qué sería de la pobre niña?

—Esa no es razón suficiente. Es una delatora —respondían las demás con acritud—. ¿Qué quiere? ¿Que ese cabrón nos mate?

—Debemos dejarla al margen. Que Ioana nunca sepa lo que ocurre aquí, así no se sentirá en la obligación de contarle al jefe lo que pasa.

Y eso hicieron. Poco a poco fueron distanciándose, apartándose de ella y dejándola fuera de sus charlas, planes y proyectos. Eso tranquilizó a Ioana, que no le gustaba ser una chivata, pero también le preocupó porque sabía que él no se conformaría con su silencio. Y así fue. Él la golpeaba si no le contaba ningún chisme y a ella no le quedó más remedio que espiarlas, aprender a interpretar la señales, a escuchar sin ser vista, a ocultarse en los lugares más insospechados para ver si daba con algún secreto que pudiera apaciguar a su propietario. El rencor de las demás se convirtió en odio. Dejaron de hacer carantoñas a su hija que, ajena a la batalla que se fraguaba entre aquellas mujeres, intentaba llamar su atención con sonrisas y palmoteos.

Charo permanecía a su lado en todo momento proporcionándole incluso jugosas informaciones con las que apaciguar a aquel desalmado que la emprendía a golpes en cuanto consideraba que las noticias eran escasas o en cuanto se enteraba de algo por cualquier otro canal que no fuera la propia Ioana. Tan acostumbrada estaba a los golpes, a las humillaciones, a los empujones, que no se dio cuenta de que la niña había crecido y era plenamente consciente de ellos.

—No se pega, papá —le reprochó ella un día desde la inocencia de sus siete años mientras su madre, horrorizada por su posible reacción, intentaba restarle importancia a la bofetada que había recibido en la mejilla.

Él la miró durante un instante y de repente prorrumpió en una sonora carcajada cargada de violencia.

—¡Ay que joderse! —tronó—. Nos ha jodido la criatura. Eres mucho más lista que tu madre. Ven aquí.

Su madre sintió que la angustia subía hasta su garganta. Intentó detenerla, pero la niña, confiada, se acercó hasta él, que la cogió de un brazo y le dijo con suavidad:

—Si te portas bien, no tienes que temer ningún castigo. Mientras seas una niña buena y obediente a ti no te pegaré nunca.

Todavía hoy se le hiela la sangre cuando recuerda esas u otras palabras similares. Porque mientras a ella le decía eso, a su madre le pegaba, la tiraba al suelo de un empujón, le estiraba del pelo hasta que sus rodillas se doblaban, la obligaba a agacharse o a inclinar la cabeza ante él porque estaba harto «de esos ojos que parecen los de una puta bruja». Y todavía hoy siente asco y repulsión hacia sí misma, porque ella, en cambio, aquellos primeros años de su infancia se sentía orgullosa de ser la favorita, de ser mejor que su madre, de ser capaz de contentar a su padre y hacerle feliz.

Los cursos en el colegio pasaron volando. Cada mañana, uno de los hombres que trabajaban en el burdel la llevaba en una furgoneta con los cristales tintados hasta la puerta de una escuela pública situada a escasos cinco kilómetros. Pasaba el día entre clases y recreo. Comía y merendaba en el colegio, y se quedaba en un aula a hacer la tarea junto a otros niños a los que sus padres pasaban a recoger tarde. Sandro, el mismo hombre que la había dejado por la mañana, o si no Tony, un rumano que trabajaba de portero en el local, pasaban a recogerla de nuevo sobre las siete de la tarde en la misma furgoneta de cristales tintados y la dejaban en la habitación de su madre, la mayor parte de los días vacía porque para entonces ya había comenzado a recibir a los primeros clientes. Ella se ponía a ver la tele o se distraía leyendo hasta que a las nueve o así bajaba al comedor donde tomaba la cena fría que les solía preparar el cocinero y se volvía a la habitación para acostarse y dormirse prácticamente al instante.

Hasta que tuvo doce años no supo que aquello era un puticlub. Creía que vivían en una pensión, en una especie de residencia, adyacente al bar en el que trabajaba su madre y el resto de las chicas. Algunas veces se había colado, siempre de día, en lo que a ella le parecía un enorme y precioso salón de baile. Se imaginaba a su madre y al resto de las chicas sirviendo copas y atendiendo las mesas y tenía ganas de hacerse mayor para poder asistir a las fiestas que allí se celebraban. Se enteró de que era hija de una puta porque un chico de su clase se lo preguntó en el recreo. Se le acercó serio, rodeado de

cuatro o cinco amigos, y le dijo amablemente si podía hacerle una pregunta. Ella, entre intrigada y halagada, respondió que sí y, ante su sorpresa, él soltó:

—¿Es cierto eso que dicen de que eres una hija de puta?

Todos estallaron en carcajadas, retorciéndose de risa mientras se daban palmadas en la espalda y felicitaban al intrépido con exclamaciones del estilo «eres un puto crack» o «eres la puta hostia». Ella, sin entender siquiera a qué venía tanto alboroto, sonrió sin saber qué decir y se alejó avergonzada.

Pero esa misma tarde en su habitación, mientras su madre trabajaba, ella buscó en el diccionario el significado de puta y, de repente, todas las piezas inconexas del puzle que tenía en su cabeza se colocaron en su sitio: su madre era prostituta. Y ella... Ella no era más que su hija.

Delia estaba sobrecogida ante el relato de Estela. Y a la vez se sentía asustada. Si era el rencor lo que la había llevado hasta allí, ¿quizá ella misma estaba en peligro? ¿Cómo pensaría llevar a cabo su venganza? Sintió un escalofrío cuando de repente escuchó dos secos aldabonazos. Se enjugó una gota de sudor del labio superior con la punta del delantal y miró a Estela con indecisión. Esta le devolvió una mirada férrea y le indicó, con un gesto, que no hiciera ninguna mención a su presencia en la casa. Se levantó imprimiendo a sus movimientos un cierto cariz felino y se deslizó hacia una de las habitaciones del fondo. Cuando vio que ya estaba escondida, Delia se acercó a la puerta.

Para su sorpresa, se encontró de nuevo con el cabo Rodríguez y la agente Serrano, del cuerpo nacional de Policía. Delia disimuló el temblor de piernas, la desazón que la invadió ante lo que hubieran venido a exponerle y les hizo pasar al salón, donde los invitó a sentarse en el sofá frente a la chimenea. Ella se sentó en el borde de la butaca, en la que dormitaba el gato hecho un ovillo, y se quedó expectante, mirándolos con cara de preocupación. La agente Serrano, muy amable, le expuso el motivo de su visita, y le adelantó que no debía preocuparse porque no tenían nada en firme contra su nieta:

—Cuando hemos terminado de hablar con usted nos hemos dirigido al hostal, pero Marcia nos ha dicho que allí no estaba su nieta. La hemos buscado por el pueblo, pero no la encontramos. Queremos tan solo hacerle algunas preguntas. ¿Se ha puesto en contacto con usted en este rato?

Ella negó con gesto preocupado y tras un instante de vacilación, añadió:

—Verá, agente, yo en realidad nunca he conocido a esa chica. Es mi nieta, pero también es la primera vez en mi vida que me encuentro con ella. No puedo ayudarla, lo siento. No sé si tiene costumbre de escapar o si tenía algún compromiso previo al que ha decidido asistir. No lo sé.

Estas últimas palabras las pronunció con un leve pero plausible temblor de voz que motivó la intervención del cabo Rodríguez, quien había permanecido en silencio hasta entonces.

—¿Y cuál es su impresión? Quiero decir, no conoce a su nieta, de acuerdo, pero ¿cómo imagina que puede ser la hija de su hijo?

La pregunta la dejó por un momento acobardada y renuente a seguir hablando. Le causaba un esfuerzo inasumible pensar en que su hijo, ese hijo al que tanto había querido, hubiera tenido a su vez una criatura. ¡Qué no hubiera dado ella por haber acogido en su regazo a ese bebé! ¡Cómo lo habrían cuidado, Moses y ella, atentos siempre a que se sintiera protegida y feliz en su cuna mecedora, esa que su orgulloso abuelo habría tallado con paciencia y dedicación, liberando a la luz del sol el polvo de serrín que tanto echaba de menos! El aire olía a madera cuando Moses trabajaba y ella sentía una comunión, un vínculo indisoluble con ese buen hombre al que había elegido como esposo y padre de su hijo. ¡Oh, sí! Se habrían desvivido por esa niña, la habrían querido tanto como a su propio hijo, tal vez incluso más, para compensar esos años de desatino, y la niña habría crecido feliz en casa de los abuelos, dándole leche al gato, barnizando la balaustrada de la galería, regando las surfinias... Pero todo aquello solo existía en su imaginación, era la vida que debía haber sido y no fue. La verdadera vida que le tocó vivir derivó en golpes, insultos y un continuo estado de miedo y vejación.

Víctor fue volviéndose cada vez más violento. El dinero fue mermando de una manera sistemática hasta que se quedaron prácticamente sin nada y hubo más encontronazos violentos porque ella no se podía callar. De ninguna manera. Se pasaba los días lamentándose, preguntándose qué habían hecho mal. Ahora sabía —o creía saber, que para el caso es lo mismo—, que su hijo tenía una vulnerabilidad especial, quizá una interacción de los genes, una alteración en alguna parte del cerebro que le llevó a desarrollar una adicción patológica de la que no eran responsables ni ella ni Moses. Pero entonces no lo sabía. Estaba convencida de que habían errado en algo y se sentía culpable. También ahora sabía, o eso creía, que debía haber pedido ayuda mucho antes. No cuando ya era un joven insolente e invencible, sino cuando era apenas un niño y comenzaba a coquetear con las drogas en compañía de ese desgraciado.

La noche en la que todo se precipitó había comenzado con los insultos de Víctor por no tener más que unas cuantas monedas en el tarro de galletas donde escondía el dinero, el último escondrijo que estaba utilizando después de que hubiera descubierto todos los anteriores. Moses le ordenó que se callara y le exhortó a que se marchara de una vez para seguir su propio camino.

—¿Es que no te das cuenta, hijo mío, de que vas a matarnos? —suplicó en un tono sobrecogedor—. Mira a tu madre. ¿No te apena

verla sufrir? Mírale a la cara, todavía tiene las marcas de tus golpes, ¿es que no te das cuenta de que esto no puede ser?

Víctor se limitó a llamar a su padre calzonazos, pusilánime, bobalicón. Delia, incapaz de soportar las vejaciones a su marido, le espetó:

—Ojalá hubieras tenido solo una cuarta parte de la hombría de tu padre. Porque algún día entenderás que hace falta mucho valor y mucho coraje para no darte por perdido, para bajar al barro y sostener tu mano con las pocas fuerzas que nos quedan a los dos. Otro menos hombre ya te habría dado una paliza, pero tu padre es un hombre de verdad y no un majadero como tu amigo Emilio. Algún día comprenderás que se requiere más fuerza para comprender y perdonar que para vengar.

Reaccionó como un perro al que le hubieran pisado el rabo. Lo ve ahora, con la distancia de los años, y se sigue reprochando no haber percibido las señales visibles: sudoración excesiva, pupilas dilatadas, esa piel blanca como la cera, el leve temblor del labio superior. ¡Ah! Si ella hubiera interpretado lo que la cara de su hijo reflejaba... Pero se había dejado llevar por la ira, por la rabia, y había subestimado el súbito pero implacable síndrome de abstinencia que brotaba desde las entrañas de su hijo. Las manos de Víctor temblaban cuando la sujetó por los cuellos de la bata de franela con la que se había abrigado, para forzarla a revelar dónde había guardado las joyas. Atemorizada, Delia no dijo nada. No respondió a sus gritos y se preparó para sentir una vez más el dolor insoportable que le producía ver el odio en los ojos de su hijo, de aquel niño al que tanto quería.

—¡Maldita sea! Dime dónde está el puto joyero y me iré. ¡Necesito ese dinero! ¿Es que no lo entiendes? ¡Lo necesito!

Mientras Víctor se desgañitaba, Moses, el pobre Moses, intentaba sin éxito que el joven se calmara. Delia todavía podía ver sus ojos apagados, rebosantes de una infinita tristeza. ¿Qué habían podido hacer ellos para provocar tanto horror? Moses jamás fue violento, al contrario, siempre fue un hombre justo y confiado que creía en la amabilidad ajena. Su carácter bondadoso nunca le granjeó enemigos y le concedió, en cambio, una reputación de honestidad que respondía a la perfección a su talante. ¿Debería haber sido más riguroso con su hijo? Delia todavía se lo preguntaba, pero la respuesta siempre era la misma: «no y mil veces no». Víctor fue un niño querido, criado en un hogar volcado en su felicidad. Moses pasó una gran parte de su tiempo transmitiéndole las pequeñas enseñanzas que hacen grande una vida. Con una paciencia infinita le enseñó a admirar la naturaleza, a

asombrarse ante el milagro de que el sol saliera todos los días. Le enseñó a defender lo que creía justo, como cuando se manifestaron en contra del embalse que terminaría anegando Aura. Intentó transmitirle un oficio, dejarle un legado: la maestría de sus manos sobre la madera, la dulzura de su abuela, el orgullo y la valentía de su abuelo, enterrado en la soledad de los bosques de California. Y todo eso Víctor lo fue asimilando como una esponja. «¿Qué es lo que pasó, Delia? ¿En qué fallasteis para que todo terminara en ese vacío cargado de soledad?».

Delia seguía sin saberlo, pero todavía es capaz de recordar que cuando sus pies se separaron del suelo arrastrados por la fuerza de su hijo, que la levantó de las solapas de la bata hasta situar sus ojos a la altura de su cara, ella miró a Moses y en su mirada no vio más que decepción, una sincera y profunda decepción.

«No te atormentes —quiso gritarle—. Todo lo que podías hacer lo hiciste». Sin embargo, no pudo decir nada porque su hijo, sacando una fuerza inconcebible en un cuerpo tan marchito y deteriorado, la izó todavía más de un fuerte empellón y la arrojó contra la pared de la cocina. Delia se golpeó contra la esquina del frigorífico y cayó sentada sobre el suelo de la cocina, mientras tiraba en la trayectoria de su caída una docena de tazas y vasos que se estaban secando sobre la encimera. Cerró los ojos para no ver los de Moses, para no ver reflejados en ellos el dolor y la aflicción que su propio sufrimiento le estaba generando, y se limitó a soportar los golpes que procedió a propinarle su hijo.

Los dos policías la observaban en silencio. Delia, que expulsó los recuerdos cuando estos se volvieron demasiado amargos, intentó volver a la conversación que estaban manteniendo. Le habían preguntado cómo imaginaba a la hija de su hijo.

—Me la imagino tímida, como su padre, también suave y cariñosa, como era su abuelo, y quizá también algo cabezota, como yo.

Creyó ver pena en la mirada de los agentes. Estaba claro que no pensaban que esas cualidades fueran las más destacables de Estela. Pero ¿qué podía decirles? La verdad, podría tener consecuencias imprevisibles, tanto para ella misma como para Estela.

—¿Puedo tomar una copa? —preguntó con tono seco.

Los dos policías se habían ido con la sensación de que Delia ocultaba algo. Estela había escuchado todo desde la habitación del fondo y, al ver que aquellos policías se iban sin haber conseguido atar ningún cabo, sintió una frágil sensación de seguridad. Delia se levantó y se dirigió a una alacena de nogal de la que extrajo una botella con un líquido oscuro.

—Es un licor de guindas que me regaló Rosa hace ya unos años. Espero que no se haya pasado...

—El alcohol no se pasa, si acaso se vuelve más fuerte. Como la mala hierba.

Estela dio un largo trago de aquel brebaje que ardía como si estuviera incandescente, lo retuvo unos segundos en la boca y después lo ingirió; sintió cómo súbitamente se despejaban sus sentidos. Paladeó y se sirvió otra copa. Al notar sobre ella la mirada de Delia, dijo:

—Cuando vives con mucha carga, o la aligeras o te hunde.

Delia asintió como si estuviera de acuerdo. En parte lo estaba. Había muchas maneras de aliviarla. Ella misma había escogido una muy diferente: el aislamiento, la consagración de la vida a la introspección, en parte para analizar los errores del pasado, en parte para vivir de recuerdos, algunos muy dolorosos, pero otros extraordinariamente dichosos. Estela interrumpió la senda por la que ya comenzaba a internarse y sorprendió con la gravedad de su voz.

—Ese día dejé atrás la niñez y, con ella, la felicidad. Desde entonces, no me he sentido feliz ni un solo día.

Se estaba refiriendo de nuevo al momento en que se enteró de que su madre trabajaba en un burdel. Hasta aquel día había sido una niña feliz, pero tras aquel punto de inflexión, su vida jamás volvió a ser igual y la desconfianza, la rabia y la indignidad fueron modelando su huraño carácter.

Cuando aquella tarde al volver del colegio le contó a Ioana lo que había pasado, esta se derrumbó, de manera literal, como si alguien hubiera cortado las cuerdas de su marioneta. Hierática, Estela exigió una explicación. No le importaba ver a su madre derrumbada, avergonzada, llorando en el suelo. Sentía que solo ella tenía derecho a estar ofendida y que era la única que merecía una reparación. No pensó en el dolor de su madre ni imaginó que sus palabras —«¿Cómo

puedes dedicarte a eso? ¡Es asqueroso!»— podían ser más lacerantes que los insultos de sus clientes, que los golpes de su chulo. Ioana le explicó con dulzura que no era lo que pensaba, que se trataba de charlar con los clientes mientras compartían una copa, con el único propósito de que estos se relajaran y aliviaran sus tensiones. Estela quiso creerla, necesitaba hacerlo. Ioana sabía que se trataba solo de un paréntesis, un breve tránsito para suavizar la caída al abismo. Pero consiguió retrasar la verdad unos meses, los suficientes para reorientar la vida de su hija. O eso creía ella.

Su madre tomó la decisión de inscribirla en otro colegio, pero en régimen de internado. No le costó nada convencerlo a él de que era lo mejor para todos. El local comenzaba a ser muy conocido entre los hombres de la comarca, que acudían, cada vez en mayor número, a por chicas jóvenes, algunas incluso menores de edad, que su proxeneta traía de países como el de Ioana. En los ojos de aquellas niñas reconocía su propia mirada, asustadiza e incrédula, y sentía tanto dolor que no podía siquiera acercarse a ellas. Prefería amputar sus sentimientos antes de que estos la desbordaran. Estaba segura de que si se detenía a pensar, a reflexionar en la deriva que había tomado su vida, terminaría matándose, y no podía hacerlo hasta que Estela estuviera a salvo, fuera de aquel antro y fuera del campo de actuación de aquel monstruo.

Para Estela, los años pasaron veloces entre la vergüenza de ser una hija criada en un burdel y la preocupación de que no se enteraran sus nuevos profesores, compañeros de clase y el resto de las personas con las que se fue relacionando a lo largo de su vida y con las que apenas estableció ningún vínculo afectivo. Recuerda aquellos años como lóbregos, colmados de una rutina cada vez más amarga y apagados por la desesperanza. Cada vez que volvía del internado para pasar unos días de vacaciones con su madre, se acrecentaba el miedo instintivo que había comenzado a sentir por su padre.

No había sido capaz de asimilar internamente el oficio al que se dedicaba su madre, pero mucho menos aún que su padre, no solo lo supiera, sino que además lo permitiera. La idea que tenía de aquel hombre al que llamaba padre comenzó a desdibujarse y en su lugar comenzó a emerger la de un hombre cruel y despreciable que casi siempre estaba borracho o drogado y que cuando traspasaba un determinado límite se convertía en un energúmeno que golpeaba a su madre mientras se abrazaba a las piernas de su hija asegurándole que ella no era como las demás. Había algo en el tono de aquellas afirmaciones, en el horror que veía en los ojos de Ioana cuando

escuchaba aquello, que le producía una repulsión automática. Se apartaba de él murmurando una excusa y se escondía hasta que se sentía a salvo de nuevo. Así pasó un tiempo largo, pero cuando cumplió los catorce, ya no pudo esconderse más. Aunque su madre hizo todo lo posible por mantenerla a salvo, él, cada vez más hundido en la decadencia de las adicciones, comenzó a verla, no como la niña que había sido hasta entonces, sino como una joven de gran belleza e inquietante personalidad. Comenzó a observarla de otra manera, a desear que esos ojos cristalinos no lo miraran con miedo sino con deseo, y su pensamiento abotargado se obcecó en conseguirla. Su madre lo notó e hizo todo lo posible por interponerse. Con ayuda de Charo, que también había percibido horrorizada el peligro que la niña corría, intentaron mantenerla escondida los escasos días de vacaciones que Estela debía pasar en el burdel. El colegio cerraba sus puertas durante la semana de Pascua y, aunque su madre había intentado por todos los medios dejarla allí, la dirección del centro se negó: en primer lugar, por la normativa; y, en segundo lugar, porque iban a acometer unas obras de acondicionamiento y debía estar el edificio completamente vacío. Al apreciar el tono de preocupación de Ioana, la directora inquirió si ocurría algo grave.

—Verá, si su hija no tiene donde quedarse, podemos hablar con el servicio de inspección. Ellos se encargarán de buscarle un alojamiento.

Colgó desesperada. Ioana no tenía papeles, ni los suyos ni los de la niña. Él los guardaba en una caja fuerte junto con la documentación de las demás chicas. Ni siquiera sabía si esa caja estaba en el burdel o en cualquier otro lugar, porque lo cierto es que nunca la habían visto. Pero, además, si alguien la descubría, corría un riesgo real de que él la matara. A ella y a su hija. Así que no tuvo más remedio que acogerla en el burdel y desear que pasara la semana de la forma más veloz posible.

El último día antes de volver al colegio cumplió quince años. Su madre le había comprado una cadenita con una lágrima azul que guardaba con esmero envuelta en un papel de seda. Deseaba con toda su alma que llegara la noche para darle el regalo y echarse junto a ella. Acariciar su pelo, sedoso y suave, repasar sus libros, comprobar si había metido todo en la maleta, planear las siguientes vacaciones y soñar con el día en que por fin pudieran escapar. Pero aquella fatídica tarde Ioana comprendió que todavía era posible sufrir más. Si pensaba que ya había tocado fondo, descubrió que, en realidad, la fosa que tenía bajo sus pies era profunda y negra como la muerte.

Él abrió de golpe la puerta del comedor en el que las chicas se

encontraban terminando de comer. Llegó gritando el nombre de la niña y Ioana enseguida se dio cuenta de que estaba drogado. Olía como un animal y su voz era agresiva y amenazante. Charo miró a Ioana de reojo e intentó deslizarse sin que él se diera cuenta para avisarla. Pero ninguno de los dioses a los que Ioana rezaba sin parar se detuvo a observar lo que ocurría en aquel mísero prostíbulo de la costa del Mediterráneo. Estela abrió la puerta en el preciso momento en que su padre se desgañitaba gritando contra su madre por haber mantenido oculta a la niña. Cuando lo vio y descubrió su turbia mirada, comprendió que estaba en peligro. Fue un fogonazo que vino acompañado de un chillido que debió de salir de su garganta sin darse cuenta. Intentó huir, pero fue en vano. Él la agarró por un brazo y la estrechó contra su pecho mientras lloriqueaba pidiéndole perdón. Ella no podía soltarse de ese abrazo perverso. Sentía su olor rancio y avinagrado, su saliva mezclada con lágrimas y sudor mojándole el cuello y sintió un deseo profundo de vomitar. Por fin, él la cogió en brazos y ella apenas pudo patalear mientras pedía ayuda desesperada.

De nada sirvieron los gritos histéricos de su madre, la cara desencajada de algunas de las prostitutas presentes en el salón, que no se atrevieron a entorpecer el camino de aquel monstruo que con Estela en brazos se encaminaba a su habitación mientras gritaba que todo lo que había allí le pertenecía. De nada sirvieron tampoco los lloros de Ioana, sus súplicas, sus ruegos, la promesa de que haría todo lo que le pidiera durante el resto de su vida. Como si no lo estuviera haciendo ya. Él la apartó de una patada y cerró la puerta de la habitación. Ioana se tiró al suelo, e intentó arrancarse los pelos de la cabeza a mechones. Charo la sujetó impidiéndole que se hiciera más daño, pero ella quería sufrir, ocasionarse un dolor insoportable que la anestesiara del que estaba sintiendo.

Él culminó aquella aberración mientras Estela escuchaba a su madre, impotente, llorar sin fuerzas, como un animal herido de muerte.

Cuando él se marchó, abrochándose el cinturón mientras abría la puerta, apartó a Ioana de una patada y le dijo que todo había sido culpa suya, por haberla puesto en su contra. Le advirtió que, si volvía a oír un grito, se cargaría de un navajazo a la madre y a la hija.

Ioana acunó a Estela, que no podía separar las manos de las rodillas. Tumbada en posición fetal, no era capaz de pronunciar ni una palabra. Charo y un par de compañeras más la ayudaron a lavarla y cambiarla de ropa. Le dieron dos orfidales y la metieron en la cama. Durmió durante cuarenta horas. En el transcurso de ese tiempo, su

madre intentó matar a su padre con un cuchillo de cocina. Pero no se lo clavó lo suficiente y apenas le hizo un rasguño, lo que provocó que este le propinara una paliza y la tirara por la escalera del sótano sin contemplaciones.

Madre e hija se recuperaron de sus respectivas heridas encerradas en su habitación atendidas por Charo y alguna otra compañera que, asustadas por la reacción de aquel salvaje, se movían como espíritus en cuanto entraban en el cuarto intentando hacer el menor ruido posible. Estela nunca habló de ello con su madre. Esta le dijo que hiciera todo lo posible por olvidarlo, que lo borrara de su mente, que fingiera durante el resto de su vida que aquello le había ocurrido a otra persona. Estela asintió sin decir palabra y comprobó que no era tan difícil. Durante unos días estuvo bajo los efectos de las pastillas que Charo y su madre le daban y llegó a confundir las pesadillas con la realidad.

Ioana volvió a postrarse a los pies de su proxeneta para reiterar que haría cualquier cosa, lo que él quisiera, con la condición de que le permitiera a su hija volver al colegio. Charo le había hablado de unas monjas que acogían como internos a niños y niñas sin hogar. Se había enterado por uno de sus clientes, que conocía bien el centro porque era uno de sus benefactores, y le había asegurado que esos niños no tenían por qué volver a casa en vacaciones, la mayoría eran huérfanos. Ioana comprendió que era la única solución. Milagrosamente, aquel bestia accedió. Si lo hizo arrepentido por su propia monstruosidad, Ioana nunca lo supo, pero él dijo algo así como «con tal de que me quites a esa pequeña zorra de mi vista, puedes hacer lo que te dé la puta gana».

Charo habló con su cliente esa misma noche quien, a su vez, se comprometió a trasladar la solicitud a las monjas, explicando los pormenores y la urgencia del caso del que habría tenido conocimiento a través de un amigo. Las monjas, horrorizadas por la historia de la joven, se compadecieron de ella y se comprometieron a acogerla y cuidarla, así que un par de días después, Estela se fue de aquel burdel, al que volvió en contadas ocasiones y siempre que él no estuviera presente.

Cuando Estela terminó su relato, Delia estaba fatigada, sentía cómo el oxígeno apenas podía circular por sus pulmones. Estela había hablado deprisa y ella, incapaz de asimilar la magnitud de lo narrado, había sentido cómo la ansiedad le impedía respirar con profundidad y le obligaba a tomar aire en forma de agobiantes jadeos. Se cubrió los ojos con las manos y sollozó en silencio incapaz de decir nada que

pudiera confortarla.

—El resto de mi vida no fue tan malo —dijo Estela para aliviarla—. Nada más llegar al colegio intenté matarme cortándome las muñecas con una cuchilla que había robado en el burdel. Pero las heridas fueron superficiales y las monjas fueron buenas conmigo. Estudié para esteticista y, cuando cumplí los dieciocho, como ya no podía quedarme allí, me fui a vivir con una amiga compañera del orfanato. Trabajé varios años en una peluquería. Me ocupaba de la manicura y el maquillaje de las clientas y me sirvió para ir tirando. Hace apenas tres meses me avisaron de que mi madre estaba muy mal. Yo la veía de vez en cuando. Siempre cuando él estaba de viaje. Pero tuvimos largas conversaciones en las que me contó cómo y por qué había acabado así.

Hizo una pausa, la miró con dolor, pero también con fiereza y le dijo en un tono casi confidencial:

—Si hubiera podido matar a mi padre lo habría hecho. Pero nunca tuve ocasión. Mi madre murió de un cáncer de útero. El médico dijo que era muy común entre las mujeres que se dedican a la prostitución, por el virus del papiloma humano. La noche en que murió —los ojos de Estela se empañaron—, me dijo que había hecho una promesa que no había podido cumplir: llevarme a conocer la tierra de la que provengo, y me pidió que si algún día visitaba la tumba de mis abuelos, les transmitiera de su parte que lo sentía, que sentía mucho no haberles escuchado, no haber comprendido que solo querían protegerla —su voz entonces se quebró, y añadió unos segundos más tarde—, pero también me rogó que les asegurara que no se arrepentía, no podía hacerlo porque la vida le había recompensado con una maravillosa y querida hija y que eso, en una balanza, pesaba mucho más que todo el dolor que había soportado: «Estela, tú has hecho que haya merecido la pena haber vivido cada uno de los días de mi vida».

Delia se secó los ojos con un pañuelo de hilo que guardaba en la manga de su chaqueta sin saber qué decir. Era tal la pena que sentía por aquella dulce mujer rumana a la que nunca conoció que se prometió a sí misma que haría lo que fuera por ayudar a esa hija a la que tanto había querido a cumplir con la última voluntad de su madre.

Estela, mientras tanto, también desbordada de emoción, la observaba en silencio. Su extraña mirada reflejaba inquietud, quizá porque todavía no le había dicho el verdadero motivo de su llegada a Aura.

—¿Cuál ha sido entonces el motivo de tu visita a esta Aura que no puede traer a tu recuerdo más que sufrimiento y dolor?

Estela reflexionó antes de contestar. No sabía en qué momento había tomado la decisión de revelarle todo a su bondadosa abuela, a la que sin embargo no conocía de nada. Quizá fuera el recuerdo de las últimas palabras de su madre sobre las que apenas se había detenido, porque el dolor seguía abrasándolo todo. O quizá lo fuera el hecho de haber recordado su desgraciada vida desde que salió de Rumanía, el inimaginable dolor que debió sentir sabiendo que no había futuro, que la esperanza se limitó siempre a que los días pasasen lo más rápidamente posible en una carrera desenfrenada por conseguir que su niña se hiciera mayor. El caso es que debía tomar una decisión y, aunque no tenía claro cómo iba a salir de la encrucijada en la que se hallaba, sentía que su madre estaba guiándola, llevándola de la mano por la dirección correcta.

Estela sabe que cuando su madre sintió que ella, por fin, estaba a salvo, dejó de luchar por su vida y se limitó a dejarse morir. Jamás pudo perdonarse no haber evitado aquel ultraje y, desde ese día, comenzó a marchitarse poco a poco hasta morir con apenas treinta y cinco kilos de peso y los ojos amarillos de tanto llorar. Charo la cuidó hasta el final y le juró que Estela sería feliz y que lograría superar el agravio de su padre, el recuerdo de los años en el burdel.

—Es una chica fuerte y lista —le decía— y ha sabido salir de esta ciénaga, ganarse la vida con un trabajo decente, rodeada de personas honestas. Eso hará que el mal se diluya y la historia de ese cabrón será como una pizca de sal en un gran barreño de agua. ¿No comprendes? Su capacidad para salar es nula.

No había sido ni estaba siendo tan fácil como Charo imaginaba, pero lo intentaba día a día, y hasta el momento, a pesar de la negrura que a veces la envolvía, lo estaba consiguiendo.

Jamás volvió a hablar con su madre de lo que había pasado, nunca hicieron referencia a aquel terrible episodio, pero flotaba siempre en el aire que compartían cuando Estela iba a visitarla. La enfermedad fue lenta y cruel. Le diagnosticaron el cáncer cuando Estela apenas llevaba interna en el colegio tres años, que se le habían pasado en un tris entre el refugio que encontró en los libros y el alivio de alejarse de su padre. Esos años también se distanció de su madre. Fue una etapa de introversión y renacimiento, imprescindible para seguir viviendo.

Mantenían contacto telefónico, pero en las fiestas especiales, como la Navidad, las monjas no ponían impedimento para que se quedara en el centro. De hecho, eran varias chicas las que permanecían allí todos los días del año.

Cuando su madre enfermó, se esforzó por ir a verla por lo menos una vez al mes, siempre eligiendo cuidadosamente los días o ratos en los que su padre no estaba en el burdel. Entrar en ese recinto le producía tal rechazo, tal sensación de angustia y asco que Ioana, consciente de ello, se afanaba por perfumar y asear la habitación en la que seguía viviendo sin que jamás hubiera al alcance de su vista ningún objeto, prenda o utensilio que pudiera incomodarla. Aun así, Estela sufría porque tenía miedo de encontrarse con alguna de las chicas, de cruzarse con algún cliente o de que su padre volviera de repente. Poco a poco fueron sustituyendo las visitas por las conversaciones telefónicas.

Con Charo también hablaba mucho. Ella era la que le contaba los terribles avances de una enfermedad contra la que su madre luchó durante años. Y lo hizo contenta, porque poco a poco fue perdiendo clientes, asqueados por su aspecto frágil y enfermizo. No podía dejar de trabajar, lógicamente, porque su proxeneta la habría echado a la calle sin contemplaciones, pero sí admitió una reducción bastante considerable en el número de servicios. Si alguna de las chicas nuevas se quejaba, él respondía:

—Cuando te hayas follado tú a todos los que se ha follado Ioana, vienes y me cuentas tu vida.

Y él la miraba ufano por su encendida defensa mientras ella sentía unos violentos deseos de vomitar.

El médico del club fue controlando la enfermedad, excepto cuando tenía que ir a que le prescribieran las pautas de tratamiento, para lo que se desplazaba hasta el hospital. En los estadios más avanzados de la enfermedad, un pequeño grupo de mujeres, voluntarias de una ONG que se dedicaba a acompañar a las víctimas de la trata, le hacían compañía, le sujetaban la mano y le mojaban los labios con una esponja. Esa misma ONG intentó demostrar que Ioana estaba allí retenida contra su voluntad, pero su empleador fue claro:

—Si dices algo a alguien, tu hija no vivirá más de 24 horas.

Así que ella las convenció de que había sido su voluntad ejercer la prostitución como una manera segura de ganar dinero para poder criar a su hija. Ioana sentía cómo su corazón sangraba, de manera literal, con esa mentira, pero sabía que era la única manera de salvar a Estela. Aquellas mujeres se convencieron de que allí no había caso que

denunciar (al menos respetaron su voluntad) y se limitaron a acompañarla en los últimos momentos de su vida.

Estela llegó a tiempo de despedirse de su madre y esta le pidió perdón por haberla tenido, por haberla obligado a vivir en un burdel y por no haberla protegido del monstruo de su padre, pero Estela, llorando, le dijo que le daba las gracias por haberse empeñado en que ella tuviera un futuro. Fue entonces cuando le hizo prometer que un día visitaría la tumba de sus abuelos y le dijo que, si hubiera podido volver a nacer, habría tomado las mismas decisiones, «porque tú Estela conseguiste que todo el dolor de mi vida quedara sepultado por la felicidad de verte cada día».

Hacía apenas tres meses de aquello y todavía llevaba prendida en el alma la mirada de su madre diciéndole que ella, su hija, había sido la razón de su existencia y su máximo orgullo. Moría feliz porque había conseguido darle a su hija algo que ella perdió en el momento en que dejó su país: un futuro, un porvenir.

Estela sostuvo su mano mientras la mirada de Ioana, perdida ya por la morfina y la enfermedad, volvía a las montañas en las que había sido feliz. Estela seguía el ritmo de su respiración, que poco a poco se fue apagando hasta convertirse en un leve susurro. En el último instante de su vida, Estela sintió una levísima presión de sus dedos ya famélicos y creyó verla sonreír. Los servicios funerarios de la Comunidad le entregaron una urna ovalada con los restos de su madre. Ella la guardó en su casa, en un piso que su madre nunca visitó. «Algún día —pensó—, la llevaré a su hogar, a Rumanía». Después de aquello se concentró en el trabajo y en intentar anestesiar el dolor que sentía cada vez que evocaba los últimos momentos de su madre.

No llevaba ni tres meses intentando borrar su pasado cuando este irrumpió de nuevo y rompió el frágil dique de contención que había logrado levantar en su corazón. La siniestra figura de su mal llamado padre se presentó una tarde de mayo en el centro de estética en el que trabajaba desde hacía ya un tiempo. Estela se encontraba haciendo una manicura francesa a una clienta. Estaba perfilando la punta de las uñas con un lápiz blanco en un trazado que requería una precisión milimétrica, levantó la cabeza para retirarse un mechón de pelo que le había caído sobre los ojos y entonces lo vio. La impresión fue tan grande que el pincel salió volando como lanzado a propulsión. Se disculpó como pudo con la clienta e intentó concentrarse. Pero fue imposible, el pulso le temblaba y no tuvo más remedio que pedir a la supervisora que le dejara marcharse a casa porque se encontraba mal.

—Quizá sea un virus de esos de veinticuatro horas —dijo su jefa solícita.

—Quizá —respondió ella.

Y se precipitó hacia la puerta como quien se encamina al cadalso. Una vez fuera, su padre se le acercó y ella por fin levantó la cabeza y confrontó su mirada.

—Dios. Se me habían olvidado esos putos ojos. Tu madre los tenía claros, pero eran mucho más bonitos. Los tuyos son inquietantes.

Sintió asco al oír su voz. Asco de que nombrara a su madre, pero no respondió y siguió andando hacia su domicilio.

—No te hagas la ofendida. Tenemos que hablar. Entremos en esa cafetería.

—Y fue allí donde me explicó el plan que había trazado y la razón de que esté hoy aquí.

Delia asintió y se levantó sin decir nada. Desde la cocina, le preguntó:

—Voy a hacer café, ¿quieres?

Estela respondió afirmativamente y se acomodó en el sofá cubriéndose las piernas con una manta. El fuego crepitaba vivaz, pero el frío de Aura se introducía por todos los rincones de aquella imponente casa.

Delia volvió con dos tazas de café.

—¿Y cuál era el plan?

Tras unos segundos de reflexión, Estela dijo:

—Un robo.

Delia la miró sin comprender.

—¿A qué te refieres? ¿Qué robo? ¿Es que vas a robar a alguien?

—Sí. A ti.

De nuevo, un golpe seco de la aldaba contra la puerta interrumpió la conversación de las dos mujeres que se miraron paralizadas. Un segundo golpe resonó aún más áspero. Por fin, Delia se levantó y se dirigió a la puerta. Desde el salón, Estela aguzó el oído. La oyó charlar con alguien. El tono parecía distendido. Por fin resonaron unos pasos en el zaguán y enseguida se encaminaron hasta el salón. Eduardo apareció con un gorro calado hasta las cejas y una fina capa de escarcha sobre los hombros. Se quitó los guantes y la bufanda mientras Delia explicaba su presencia.

—Dice que tiene que contarte algo con cierta urgencia. Le he dicho que estabas aquí. Espero que no te importe…

Estela la miró y una sonrisa, que quiso parecer simpática sin conseguirlo, se formó en su cara en señal de un asentimiento tiznado de resignación.

—No quiero molestar —dijo el diácono.

—No lo haces —respondió Delia—, ¿quieres café? Está recién hecho.

Eduardo sonrió complacido y Estela descubrió que cuando sonreía se le formaban miles de arrugas en torno a los ojos. Era joven, no tendría más de treinta años, pero parecía un hombre sensato, templado, incapaz de cometer un acto de violencia como el que... Rechazó inmediatamente la imagen que ya se abría paso en su cabeza y se encendió un cigarro con un ademán algo brusco que a él no le pasó desapercibido. La miró con serenidad, intentando transmitirle que podía confiar en él, pero ella rechazó su mirada y dijo con voz algo estrangulada por el humo:

—Dime. ¿Qué es eso que querías decirme?

—Se trata de tu padre.

La garra de la angustia atenazó el estómago de Estela dejándola casi sin respiración. No sabía por qué, pero le parecía hasta sacrílego que ese hombre, cabal, honrado, bondadoso, pudiera siquiera tener una idea de quién era su despreciable padre. Se sintió enfurecida, volvió a odiar a ese proxeneta despiadado que tanto daño le había hecho, no por lo que había sucedido en el pasado, sino porque seguía emponzoñando cualquier brote de vida que intentara abrirse paso. Le daba asco escuchar la palabra padre. Y le producía una incomprensible tristeza que Eduardo fuera precisamente el que la

estuviera pronunciando.

—¿Qué pasa con él?

—Nada, pero quería advertirte, avisarte...

Eduardo se esmeraba en buscar las palabras adecuadas. Se sentía algo cohibido pero a la vez resuelto a ayudar a aquella chica solitaria y dura.

—La policía te está buscando —soltó por fin—. Marcia me ha dicho que habías ido a reunirte con él y he pensado que a lo mejor estabas aquí. Estela... —y su tono de voz cambió—, no sé qué pasa, pero quiero ayudarte.

Estela apagó el cigarrillo contra el cenicero como si estuviera aplastándole la cabeza con su bota, sin ser consciente de que, a su lado, Delia se llevaba las manos a la garganta demudada.

—Mi padre está aquí. Lo he visto esta mañana en la Venta de Judas.

Y entonces Delia sintió que las piernas le temblaban y que una compuerta se abría para dejar que una catarata de recuerdos fluyera libre y descontrolada en lo más profundo de su mente. Vio sus manitas gordezuelas, sus ojos llorosos cuando algo le asustaba, sus deditos intentando atrapar una mariquita para luego depositarla con delicadeza sobre la hierba del jardín. Vio sus zapatos relucientes el primer día de colegio. Su abrigo abrochado, y la bufanda tapándole la boca, listo para salir con Moses al mercado. Recordó sus poemas, su risa cómplice, su interés por la música y la ebanistería... Le gustaba tanto el chocolate, la poesía. Lo vio allí, sentado junto a ella con un libro entre las manos y preguntando «Papá: ¿qué quiere decir deslumbrar?». El dolor fue creciendo y extendiéndose, fue brotando del lugar en el que permanecía encerrado y se diseminó por todos los poros de su piel. Consciente de que Estela la estaba mirando, intentó serenarse. Debía llegar hasta el fondo de aquel asunto. Debía saber la verdad.

—Estela: antes me has dicho que habías venido a robar. A robarme a mí. No vas a tener que hacerlo, tan solo dime qué quieres y yo te lo daré.

La joven permaneció quieta, pero miró a Eduardo, que observaba tranquilo la escena, como intentando aportar serenidad.

—Créeme, Estela. Puedes confiar en él. Es un buen hombre. Y creo que es necesario que aprendas que hay hombres buenos, Moses era uno de ellos y Eduardo es otro.

Este permaneció en silencio suponiendo y acertando que Estela había confiado a su abuela tribulaciones pasadas que seguramente tendrían que ver con algún malnacido. Y sin quererlo, algo se agitó en

su interior. Una mezcla de pena y rebeldía por que aquella chica, a todas luces desdichada, hubiera quedado marcada por el dolor.

Estela por fin decidió hablar.

—Un cofre con joyas. Las que te compró Moses con el dinero que hizo en América. Y quiero estar segura de que en tu testamento figuro yo como única heredera.

Delia respondió con calma, aunque por dentro los nervios apenas la dejaban respirar:

—¿Quién te ha dicho lo de las joyas? ¿Y quién te ha dicho lo del testamento?

—Él dice que el cofre de las joyas está bajo una tabla del suelo de tu habitación. En un escondite que fabricó Moses. También me ha dicho que Moses y tú lo desheredasteis cuando se fue y que soy yo, tu nieta, la heredera universal de todo. Quiero asegurarme de que esto es así.

—¡Por el amor de Dios, Estela! ¿Pero tú te estás oyendo?

A pesar de la brusquedad de sus palabras, el tono de Eduardo no era hostil, sino implorante.

—Acabas de conocer a tu abuela ¿y le hablas ya de joyas y herencias?

Estela entonces lo observó con tristeza. Había desaparecido el desdén al que los tenía acostumbrados y en su lugar se acomodó el dolor habitual, el sordo y lacerante desconsuelo que la acompañaba cada minuto de su vida.

—No lo entendéis —dijo en voz baja pero resuelta—. Tengo que conseguir las joyas y el testamento. En cuanto lo tenga, me iré de Aura para siempre y todo acabará.

—¿Y qué pasará conmigo? —preguntó Delia con un hilo de voz.

—No te pasará nada. Él solo quiere las joyas. Y asegurarse de que yo soy tu heredera.

—Es lo único que me queda de él. Y yo hubiera dado mi vida por entregárselas a mi nieta.

Delia no pudo más y comenzó a llorar en silencio, dejando que las lágrimas resbalaran por sus mejillas sin hacer nada por evitarlo. Ninguno de los tres se dio cuenta de que el gato se había erizado al percibir el frío de la puerta. Ninguno se fijó en que la llama del fuego osciló cuando recibió un golpe de viento. Ninguno percibió que Rosa había entrado en la habitación y se encontraba con una llave en la mano, la que había utilizado para abrir la puerta sin que ellos se percataran. Eduardo fue el primero en reaccionar.

—¡Rosa! Nos ha asustado. ¿Cómo ha entrado?

—Tengo una llave, ¿verdad, Delia? Ella también tiene una llave de mi casa. Por lo que pueda pasar.

Delia estaba rígida. Intuía con todo su ser que estaba a punto de desentrañar una historia que todavía se presentaba enredada y Rosa, sin pretenderlo, había interrumpido el momento de la confesión.

—No me mires así, Delia —dijo Rosa—. Siento haberos asustado, pero quería advertiros de que la policía ha estado en mi casa buscando a tu nieta.

Delia la miró extrañada porque había creído percibir un cierto sarcasmo en su voz.

—Pero hay algo más…

Y entonces lo oyó. Una voz que no había escuchado desde hacía por lo menos veinticinco años y que dijo con sequedad:

—Hola, mamá.

Delia se había quedado demudada. Por fin, consiguió vencer el miedo y enfrentarse a esa voz que, para su pesar, había reconocido a la perfección.

—Hola...

Rosa sonrió y sus ojos se estrecharon en una fina y dura línea que dejó traslucir, de golpe, años de desprecio y animadversión. La cara de Delia, como de un animal herido, le recordó a la de su marido y volvió a sentir el secreto placer que disfrutó cuando lo tuvo frente a ella derrotado, humillado, muerto a sus pies.

Qué fácil había sido todo. Desde aquel lejano día en que Estanis había llegado a casa borracho como una cuba, todo había ido como la seda.

—Es importante, Estanis. Es una cuestión de vida o muerte.

—Más te vale que así sea —amenazó mirándola con fiereza.

Ella sonrió solícita. Él pensó que había algo en su expresión, algo disonante que no encajaba con el patrón habitual, pero no supo ver qué era. Estaba demasiado borracho. Pero ella había atravesado ese punto de no retorno y no estaba dispuesta a dejarlo ir.

—Ha venido la policía hace un rato, Estanis. Querían hacerte unas preguntas.

A pesar de los vapores etílicos, pudo oler el miedo en su voz pastosa cuando este inquirió:

—Deja de mirarme con esa cara de arpía, mujer, y dime qué querían.

Ella volvió a sonreír con ese mismo ademán, ese aspecto entre relajado e inquietante. Se cruzó la chaqueta sobre el pecho sin dejar de sonreír.

—Ahora te cuento. Voy a hacer primero ese café bien cargado. Lo vas a necesitar.

Cuando volvió, él seguía abotargado, roncando en un duermevela contra el que luchaba, consumido por la inquietud de lo que habría averiguado la policía. Si no hubiera estado tan borracho, quizá le habría cruzado la cara para que hablara y se dejara de intrigas. Pero se había pasado con el vodka y se había quedado corto con la coca, de manera que la modorra estaba aletargando sus sentidos, ralentizando el mecanismo de sus pensamientos. Le ofreció una enorme taza de café

negro aderezado con un poco de canela.

—¿Qué mierda es esta? —atinó a preguntar Estanis arrastrando las vocales y suavizando la erre.

—Canela. Le va muy bien al café. Ya lo verás. Te despejará en unos instantes.

Se tragó el café, a pesar de que le ardía el esófago, pero lejos de sentirse mejor, a los quince o veinte minutos se encontraba mareado, confundido y con un intenso dolor en la base del cráneo.

—Habla de una vez. Dime qué te ha dicho la policía.

Ella lo volvió a observar con esa expresión extraña.

—¡Y deja de poner esa cara de boba, hostias! ¡Que pareces aún más tonta de lo que eres, con esa risita de los cojones!

Rosa, lejos de achantarse, rió con ganas. Se rió mirándole a los ojos. Se rió moviendo los hombros de arriba a abajo sin apartar su vista de la suya. Y entonces un piloto de alerta se encendió en el interior de Estanis.

—¿Qué has hecho, maldita ramera? —pronunció las palabras con una mezcla de odio y cautela—. ¿Se puede saber qué has hecho?

—¡Oh! Hacer, hacer, apenas nada. Tan solo endulzar tu café con un poco de canela, ya te lo he dicho. Bueno, y también con un buen chorro de anticongelante y un poco de cianuro.

Su voz, parsimoniosa, y su rostro, angelical, le conferían una belleza sádica.

—Debí haberlo hecho muchos años atrás.

Y su voz se convirtió en un siseo de serpiente.

—Verás. Dentro de unas horas vas a tener dificultades para respirar, es posible incluso que te ahogues en tu propio vómito, pero no te preocupes, no te dejaré en ningún momento. Voy a quedarme aquí para ver cómo te retuerces, para observar cómo tus miembros se vuelven rígidos y tus movimientos espasmódicos, cómo tu respiración se hace cada vez más agónica hasta que tu corazón o quizá los riñones colapsen y mueras. Hasta que la muerte nos separe, dijo el cura cuando nos casó. Y eso es lo que voy a hacer, estar contigo hasta que la guadaña te lleve con ella. ¡Oh! ¡No, querido! Nadie sospechará nada porque este veneno no deja rastro, salvo que tengan algún indicio, alguna suspicacia de que ha habido algo extraño en tu desgraciado deceso. Pero eso no va a suceder porque tu cuerpo aparecerá con una elevadísima tasa de alcohol en sangre sumergido en la bañera. Yo me ocuparé de que así sea. Por de pronto, te voy a dar cada dos o tres horas un buen vaso de ginebra con anticongelante.

La agonía duró treinta y seis horas durante las que Rosa, a

excepción de alguna cabezada, no se separó del lado de su marido, al que fue atiborrando de alcohol y anticongelante hasta que un fallo multiorgánico se lo llevó por delante con los ojos desorbitados de terror. En el último instante, quiso golpearla, obligarla como siempre había hecho a que obedeciera su voluntad, pero ella se había reído, se había mofado de él por orinarse encima, le había escupido y, por último, se había apresurado a embucharle una nueva dosis de anticongelante hasta terminar por fin con su miserable vida.

Como había anticipado, nadie sospechó nada. Su marido era tan odiado como querida era ella y, aunque cumplió con el papel de viuda afligida, en Aura se apresuraron a enterrarlo y a olvidarlo. Su hijo Emilio llegó justo para el sepelio y se marchó unas horas después asegurando que odiaba Aura y su oscuridad. A ella le dolió. En su fuero interno había fantaseado con que su hijo volviera a casa a vivir con ella. Aun así, no dijo nada. Se limitó a apretar los labios cuando él le dio un seco beso en la mejilla antes de marcharse precipitadamente a esa vida que se había construido a centenares de kilómetros de allí.

Todo había ido bien desde entonces. Porque nadie sospechó y porque ella jamás cometió ningún fallo. Tampoco ahora cometería el más mínimo error.

Sus ojos se encontraron entonces con los de Delia y por su expresión, horrorizada, supo que ella había empezado a comprender. Estela fue la primera en reaccionar:

—¿Qué haces aquí? —masculló dirigiéndose a Emilio—. Quedamos en que yo me ocuparía de todo.

Él no se dignó mirarla, seguía sosteniendo una sonrisa malévola mientras observaba la reacción de Delia, pero la mandó callar con desdén.

—¡Cállate! Sabía que no me podía fiar de ti, la hija de una vulgar ramera. Eres tan mentirosa como tu madre.

Delia encajó el insulto como si hubiera sido dirigido a ella:

—Cállate, Emilio —le dijo en voz baja, casi con pena—. No le hables así de su madre.

—¡Pero esta sí que es buena! —se burló él—, ahora resulta que le has cogido cariño a tu nieta.

Se acercó a Delia y con voz grave y amenazante le dijo:

—Será mejor que aclaremos esto. No queremos hacerte daño. Solo quiero las joyas y asegurarme de que Estela es tu heredera universal.

Eduardo, que asistía atónito a la conversación, intervino para intentar aclarar los términos.

—¿Y por qué, si puede saberse, debería Delia entregarte esas joyas?

Una risa estruendosa que terminó en un acceso de tos impidió a Emilio responder en un primer momento. Cuando por fin se sobrepuso, metió la mano en el bolsillo de su chaquetón y extrajo una pequeña pistola que acarició con lentitud.

—Creía que estaba claro a qué habíamos venido, pero se ve que siempre hay quien necesita más explicaciones de las debidas. ¿Vas a ser tú uno de ellos?

A pesar del desconcierto, Eduardo lo miró sin temor. Las fosas de su nariz se dilataron como si estuviera reprimiendo un intenso deseo de saltar sobre aquel animal. Estela se revolvió en su asiento y él, en un movimiento instintivo, la cogió de la mano. Quería infundirle tranquilidad, evitar que pudiera ponerse en evidencia con las terribles consecuencias que ello acarrearía.

—Vaya, vaya —dijo entonces Emilio con un tono entre sarcástico y amenazante—, ¿así que te atreves a hacer manitas con mi hija? ¿En mi misma jeta?

Y volvió a reír y toser mientras Estela soltaba la mano de Eduardo y siseaba:

—Yo no soy tu hija, afortunadamente.

—No soy tu padre porque tú no tienes padre conocido, hija de puta.

Eduardo se levantó como un resorte, pero Emilio le encañonó con la pistola.

—¡Basta ya, hostias! Que no quiero pasar aquí más rato del necesario. Quiero que me escuchéis atentamente. Dame las putas joyas, mamá, asegúrate de lo del testamento, y me iré de Aura de una jodida vez y para siempre. ¿Dónde tienes el joyero, Delia?

Los instantes se hicieron eternos mientras Delia se decidía por fin a responder. Cuando habló no se dirigió a Emilio, sino a su madre.

—¿Cómo has podido, Rosa? ¿Qué daño he podido hacerte yo?

La aludida endureció su expresión hasta convertirla en una máscara. También su voz se transformó, y adquirió un tono seco y agresivo.

—¿Que cómo he podido? ¿Sabes lo que es escucharte decir día tras día, año tras año, lo maravilloso que era tu hijo? ¿Tienes idea de lo que sufría cuando me leías sus cartas, cuando me dijiste que había nacido tu nieta, cuando me narrabas sus cambios de trabajo, la vida tan maravillosa que llevaban, la suerte que había tenido de marcharse de Aura? ¡No lo podía soportar! Me daba asco. Asco de que tú tuvieras siempre tanta suerte mientras yo me marchitaba aquí, sola, lejos de mi hijo, del que apenas sabía nada.

»Estanis siempre me lo advirtió: «Estás obsesionada con esa Delia y lo que te pasa es que te corroe la envidia, porque ella es guapa y con clase y tú no eres más que una aldeana fea e ignorante». Eso me decía. ¡Ah! Pero así se lo recordé en el instante de su muerte. Le miré a los ojos y le dije: «¿Quién es la ignorante, eh!? Dime ahora lo fea y tonta que soy…». El desgraciado se meó encima antes de morir.

»Todos estos años, Delia, he tenido que vivir soportando tu felicidad. Felicidad, sí. Porque tú sabías dónde estaba tu hijo. Tú tenías la ilusión de conocer a tu nieta. Vivías con la esperanza de volver a ser una familia. Y yo sabía que mi hijo sufría porque no le iban bien las cosas. Hace unos meses Emilio vino a verme. No te enteraste porque tú nunca piensas en los demás. Vives en un mundo que ya no existe, con el insulso de Moses y el desgraciado de tu hijo. Emilio me dijo que su negocio iba muy mal y que necesitaba dinero.

»No me mires así. Tú habrías hecho lo mismo. ¿Qué clase de madre deja caer a un hijo? Le di vueltas y más vueltas. No podía permitir que mi hijo terminara como su padre, siendo un matón de poca monta. Y entonces se me ocurrió. Así que le dije: «No te preocupes, Emilio. Sé lo que vamos a hacer». ¿Acaso mi hijo no merece una segunda oportunidad? ¿Acaso no debía hacer cualquier cosa, ¡cualquiera! por evitarle la ruina?

»Y ha sido todo tan fácil, Delia… La hija de una prostituta vino aquí haciéndose pasar por tu nieta. Todos en el pueblo saben ya quién es, la han visto contigo, la conocen bien, así que, el día que mueras, Estela heredará todo. Esta casa, desde donde me miras por encima del hombro, el jardín, las tierras de la vieja Aura, las que están al lado del pantano. Y por supuesto, las joyas. Esas se las vas a dar ahora a mi hijo porque necesita el dinero.

»Y te preguntarás… ¿Y qué pasa si aparece mi nieta, mi verdadera nieta? Las dos sabemos, Delia que eso es muy improbable. ¿Hace cuántos años que no sabes nada de ellos? Tú misma me has contado mil veces que dejaron de escribirte, dejaron de enviar postales. Hace ya mucho tiempo que no dan señales de vida. Sin embargo, Estela, que por cierto no se llama Estela, se llama Ionela, ya tiene unos papeles que atestiguan que es tu nieta. Están tan bien hechos que nadie descubrirá nunca la verdad.

»Y ahora dime, ¿dónde tienes el cofre de las joyas?

Estela miraba apesadumbrada a Delia. Era una mirada colmada de arrepentimiento, culpa, pesar. Ella lo entendió porque, a pesar de que sus ojos estaban anegados en lágrimas, sonrió con cariño. Había llegado a querer a aquella chica a pesar de que siempre supo que no era su nieta.

Delia, por fin, habló con tranquilidad dirigiéndose a ella.

—Sabía que no eras mi nieta —confirmó con suavidad— desde el primer instante en que llegaste a Aura. Pero créeme, Estela, daría cualquier cosa por que lo fueras.

Los ojos de Estela se deshicieron en lágrimas de gratitud y arrepentimiento.

—¡Mientes! —graznó Rosa—. No podías saberlo porque nunca conociste a tu nieta. Todos estos años dándome la tabarra con tu familia me han servido de algo. Por eso sé que nunca la has visto, ni siquiera en una foto. Sé que tu hijo te prometía una y otra vez que pronto vendrían a verte, pero que no lo hicieron nunca. Sé que, tras la muerte de Moses, ellos se distanciaron aún más hasta dejar de tener contacto. Entonces, dime, ¿cómo puedes saber que Estela no es tu nieta? ¿Cómo vas a demostrarlo?

Delia se mantuvo en silencio. Emilio estaba de pie, apoyado en la chimenea, fumando con parsimonia. Estela y Eduardo permanecían sentados y en silencio. La culpa había transformado a Estela, que parecía una niña desvalida. Eduardo no sabía cómo alentarla. De vez en cuando le susurraba alguna palabra, pero ella solo respondía con monosílabos, sin dirigirle la mirada ni una sola vez.

—¿Cómo sabías que no es tu nieta? ¡Dime!

Delia la miró y en sus ojos, trémulos pero sinceros, asomó una profunda tristeza.

—Porque yo jamás he tenido una nieta.

Y desveló entonces los detalles de aquella aciaga noche en la que todo terminó y que había comenzado con los insultos de Víctor por no tener más que unas cuantas monedas en el tarro de galletas donde su madre escondía el dinero. Cuando su hijo la tiró contra el frigorífico, cerró los ojos para no ver los de Moses, para no percibir en ellos el dolor y la aflicción que su propio sufrimiento le estaba generando, y se limitó a soportar los golpes que Víctor comenzó a propinarle. No sentía dolor físico. Solo quería morir allí, en el suelo de la cocina. Era

preferible la muerte a la visión de su querido niño en esas condiciones. Sentía la sangre brotar de una herida en la nuca, notaba su labio partido, pero no sentía dolor, tan solo un sabor metálico y dulzón.

Intentó protegerse la cara con las manos, pero en ese instante, escuchó un golpe seco y su hijo se detuvo de repente. Se quedó quieto, paralizado. Ella le miró a los ojos y en su interior volvió a ver al niño que había sido, lo vio desvalido, pidiendo ayuda, suplicando perdón. Lo vio mover los labios. Vio cómo en su boca comenzaba a formarse una palabra y sintió que todo su ser se derrumbaba cuando vio lo que él quería decirle: «mamá». Ella intentó levantarse, hizo lo posible por extender sus brazos y sujetar a su niño, pero él cayó al suelo como un fardo, como un muñeco de paja herido por un rayo.

Sin entender todavía qué había pasado, de pronto vio a Moses, con los ojos fuera de sí y sosteniendo con las dos manos la pala que utilizaban para retirar la nieve de la entrada.

—Moses —dijo casi en un susurro—, ¿qué has hecho, Moses?

Él soltó la pala y se agachó junto a su hijo, que había caído inconsciente golpeándose contra una de las sillas de la cocina. A Delia no le hizo falta comprobar que su hijo había muerto. Corrió a abrazar a Moses, pero no llegó a tiempo. En el instante en que su hijo Víctor murió, también Moses se fue. Se alejó de ella a la misma velocidad que lo hizo su pequeño y se quedó sola, sola en aquella cocina ensangrentada, sin saber qué hacer.

—Se ha ido, Moses. Se ha ido y ya no podemos hacer nada.

Delia sollozaba mientras acariciaba los cabellos de su marido quien, con la cabeza hundida sobre los hombros, parecía ahogar un grito de terror.

—Ha sido un accidente. Tú no querías, Moses. Ha sido un accidente. Él no era feliz. Nunca lo fue. Ha sido un fatal accidente.

Él seguía sin comprender. Miraba el cuerpo de su hijo y miraba sus manos hasta que, lentamente, comenzó a sollozar. Era un lamento profundo y desgarrador que emanaba de sus entrañas. Delia supo que debía actuar rápido. Le dijo que, mientras limpiaba la cocina, él se ocupara de cavar un hoyo profundo junto a la tapia del cementerio, que quedaba muy cerca de la casa. En apenas unas semanas, iban a anegar todos los terrenos de Aura y ellos deberían trasladarse a la nueva, así que lo importante era mantener el secreto tan solo unos días. Después, su vida, su hijo, quedarían cubiertos por toneladas de lodo y agua. Lo mismo que sucedería con su alma desde ese momento. Pero no podía culpar a Moses. Él la había defendido. Había intentado

frenarlo, pero Víctor estaba como loco. Quién sabe. Quizá de no haber mediado Moses, ahora ella estaría muerta. Había sido un mal golpe, un golpe de mala suerte que terminó con la vida de los tres.

Rosa la miraba como si no pudiera o no quisiera creer lo que Delia estaba narrando, pero esta prosiguió:

—Cavamos una tumba y enterramos en ella a nuestro querido hijo. Moses le talló una lápida en la que ponía que había muerto a los 16 años, en vez de a los veintitrés, porque los últimos años no era nuestro hijo. Era un extraño que se había apoderado de su cuerpo y de su mente, un parásito que se nutría de su organismo para sobrevivir. Enterramos la lápida con él, claro está, porque nadie podía saber que nuestro hijo había muerto.

»La noche antes de que anegaran Aura, no pude soportarlo. Quise desenterrarlo y entregarlo a los sepultureros para que se lo llevaran en uno de los carros en los que trasladaban los cuerpos al nuevo cementerio. Acudí sola. Recuerdo que limpié como pude las letras del nombre de mi hijo y que cavé sin descanso durante horas. Pero las horas pasaron casi sin darme cuenta y, justo antes del amanecer, me derrumbé exhausta sobre el ataúd que poco a poco había ido sacando de la tierra consciente de que jamás lo conseguiría y de que allí reposaría mi hijo para siempre. Le pedí perdón y le juré que jamás lo olvidaría. Pero alguien me vio aquella noche, alguien que siempre ha sabido lo que fui a hacer al cementerio.

—Michel —dijo Rosa en voz baja.

—Michel. Que siempre supo que Estela no era mi nieta, que no podía serlo, porque sabía que mi hijo había muerto.

El silencio se derrumbó de golpe sobre todos ellos y durante un momento que pareció eterno solo se oyó el suave ronroneo del gato. Pero de pronto Rosa estalló.

—¡Maldita seas! —rugió —. ¡Maldita! ¡Maldita seas! ¿Y qué pasa con las cartas? ¿Con las historias que nos contabas? ¿Es que te las inventaste?

—Todas y cada una de ellas. Comencé a escribirlas para intentar salvar a Moses de su estado de ensimismamiento. Me parecía que durante unos días, o a veces semanas, él olvidada lo que había pasado y hablábamos de Víctor como si fuera verdad que había conocido a una chica, como si fuera cierto que había tenido una preciosa niña a la que habían llamado Estela. —Y al pronunciar su nombre miró a la joven, que se mantenía serena, con una profunda expresión de afecto—. Nos sentíamos durante unos días como si todavía fuéramos una familia, como si en cualquier momento pudieran aparecer por la

senda que viene a esta casa. Pero cuando él murió, me cansé. Dejó de tener sentido sostener una mentira, una ficción que sabía que nunca se convertiría en realidad.

Rosa estaba demudada. La miraba de hito en hito, como si no la reconociera. Pero supo que decía la verdad.

—Por eso no querías recibir a Estela. Por eso tuve que empeñarme a fondo para que aceptaras conocerla. Tuve que suplicar al padre Anselmo que me ayudara a convencerte. Tuve que defenderte de las demás, que recelaban de Estela. ¿Por qué no dijiste nada?

—Estaba intrigada. Llegué a dudar entre la realidad y la ficción. No podía entender que una persona que únicamente yo había imaginado se presentara ante mi puerta. ¿Cómo podía ser? ¿Acaso una broma del destino? Después conocí a Estela y... —la miró con cariño antes de seguir—, quise saber quién era, y también quién podía ser capaz de hacerme tanto daño. Lo que nunca imaginé, Rosa, es que ese alguien serías tú, mi amiga más querida, mi…

—¡Calla! ¡Cállate! No quiero escucharte. Ahórrate tus mentiras. Tú has tenido la culpa de todo lo que ha pasado. Tus mentiras son las que han acabado con la vida de Michel y del entrometido del cura. ¡Por tu culpa me he puesto en peligro! ¡A mí y a mi hijo! Pero, créeme, Delia, esto me lo vas a pagar muy caro.

—¿Tú? —dijo Delia horrorizada—. ¡Tú mataste a Michel y al padre Anselmo...!

—¡Pues claro que fui yo! ¡Qué te creías! No podía tolerar que el plan se fuera al traste. El tonto de Michel, el pobre diablo del cura, los dos hacían demasiadas preguntas sobre Estela, los dos intentaban averiguar qué podía haber detrás. Todo se iba a estropear... Y no podía consentir que descubrieran el plan, un plan que…

—¡Basta!

Emilio interrumpió fastidiado la conversación.

—¡Cállate, madre! Delia: tú le dijiste a mi madre que habías desheredado a tu hijo y que habías nombrado a tu nieta tu heredera universal. ¿No es cierto?

—Lo es. Pero fue una mentira más. La ficción debía crecer, el relato debía fluir, sí, y me inventé eso como me inventé otras muchas cosas. Me aliviaba pensar que esa otra realidad podía haber sido la verdadera.

Rosa intervino chillando con odio:

—¡Mentirosa! ¡Puta mentirosa! Entonces esta casa...

—Jamás será de Estela. Por la sencilla razón de que Estela no existe. Moses está muerto. Mi hijo está muerto. Murió sin

descendencia. Le habéis hecho a Ionela los papeles de una persona que no existe. Que Dios te perdone, Rosa.

—Déjate de monsergas, Delia. Dios hace mucho tiempo que se marchó de Aura. Tanto Michel como el padre Anselmo han muerto por tu culpa. ¡Y si no llevaras toda la vida mintiendo, nada de esto habría pasado!

Sin que ninguno pudiera hacer nada por evitarlo, y mientras digerían el alcance de los dos crímenes que Rosa había reconocido, se levantó de un salto y fue hasta donde estaba Emilio, que había dejado la pistola en la repisa de la chimenea. La cogió y encañonó con ella a Delia, que la miró sin miedo.

—No me importa morir —le dijo quedamente—. Mi vida se detuvo aquella noche maldita. Todo lo demás no ha sido más que un mero transcurrir de los días.

Rosa, fuera de sí, intentó disparar, pero tenía puesto el seguro y la pistola no obedeció. Estela aprovechó ese momento para abalanzarse contra ella y quitársela mientras Emilio gritaba:

—Dame eso, hija de puta, dame la pistola y deja de apuntar a mi madre.

Estela se giró, lenta e implacablemente, dejó de apuntar a Rosa y encañonó directamente a Emilio, que le dijo:

—¿Es que no me has oído? Deja la puta pistola si no quieres que te muela a palos. ¡Haz lo que te ordeno! Sabes muy bien que soy capaz de hacer lo que digo.

Estela respiró con tranquilidad.

—Sé muy bien de lo que eres capaz —dijo.

Y recordó, como en un fogonazo, los años de vejaciones de su madre. Sus últimos días, debilitada por la enfermedad y el tratamiento y todavía con clientes que atender, porque su proxeneta, aquel a quien ella había llamado padre, había dicho que su burdel no era una oenegé y que todas debían contribuir a su manutención. Recordó la tarde en la que cumplió los quince años y él, borracho como una cuba, la violó. Volvió a ver a Ioana, esta vez con más intensidad. Recordó sus últimas palabras: «tú has hecho que haya merecido la pena vivir». Y sin pensar nada más, con los ojos de su madre sobre los de ella, quitó el seguro de la pistola, como él mismo le había enseñado a hacer cuando era una niña y todavía lo llamaba papá, apuntó con precisión a Emilio y disparó con las dos manos mientras sentía el chillido histérico de Rosa y el manotazo de Eduardo, que no intentaba protegerlo a él, sino salvarla a ella.

## 25 años después

Ionela ascendió con calma por la ladera que llevaba hasta el cementerio. Desde allí, se observaba el imponente paisaje de las montañas de Maramures, de cuyos valles emergían las pequeñas iglesias de madera con el característico campanario delgado y alto en su extremo más occidental. Amaba aquella tierra que llevaba visitando casi todos los veranos desde hacía 25 años. Le gustaba visitar la tumba de sus abuelos, donde reposaba también la pequeña urna que albergaba las cenizas de Ioana. Le gustaba pensar que su espíritu estaba allí, bajo ese cielo azul y esos picos escarpados que los Cárpatos habían conformado a lo largo de los siglos. Había llevado unas camelias que depositó sobre la tumba. Recitó una oración en rumano, un idioma que había aprendido hasta llegar a dominar casi a la perfección, sin rastro de acento, y después, sin pronunciar una sola palabra, habló con su madre.

Le contó que Delia había muerto, que había fallecido a los ciento dos años y que se sentía agradecida porque los últimos años de su vida habían sido muy felices.

Cuando Ionela disparó a Emilio, este la miró con odio, incapaz de creer que ella hubiera podido hacer algo así. Estela se mantuvo erguida, pero Eduardo, con su empujón, había logrado desviar el tiro y gracias a eso Emilio no murió, tan solo resultó herido leve.

Los agentes Rodríguez y Serrano, que se habían desplazado a Aura para investigar las muertes de Michel y el padre Anselmo, fueron condecorados porque destaparon, gracias a Estela y a su testimonio, el negocio de trata que Emilio mantenía en la costa del Levante. Su historia también sirvió para detener a Lazslo y a otros dos proxenetas. En la operación fueron liberadas más de trescientas mujeres, algunas menores de edad y casi todas procedentes de países del Este, que habían sido obligadas a prostituirse a cambio de amenazas, engaños y todo tipo de coacciones.

El viento sopló cálido en las montañas de Maramures y Ionela volvió a respirar agradecida de estar viva y de sentirse en paz. Emilio seguía encerrado en la cárcel. Rosa había muerto hacía muchos años. Debido a su edad, apenas había estado en prisión, pero vivió encerrada en su casa y sometida a vigilancia los escasos quince meses que transcurrieron desde la tarde en la que salió del penal hasta que falleció de un infarto cerebral.

—¿Vamos, mamá?

—Vamos, Ioana.

Se volvió y sonrió a una joven de cerca de veinte años y cabellos dorados que le devolvió una sonrisa feliz y dolorosamente parecida a la de su abuela.

Un poco más adelante, Eduardo las esperaba junto a un mocetón de su altura y ojos claros muy similares a los de su madre.

Todavía hoy no se explica cómo fueron capaces de reescribir su destino. Pero lo consiguieron. Para ambos fue un renacer, un comenzar su propia historia desde el principio, y lo hicieron en Aura, junto a Delia, con la que vivieron hasta su muerte, apenas unos meses atrás.

Todos los veranos los pasan en Maramures, donde tienen una casa muy cerca de la que fue la pequeña cabaña de los abuelos de Ionela. Muy cerca de allí, en la Universidad de Cluj-Napoca, estudia este curso Ioana, mientras su hermano, Miguel, continúa residiendo en Aura, feliz entre esas montañas negras en invierno, pero increíblemente verdes en primavera.

# Agradecimientos

Terminar un libro es abandonar también una historia que nos ha hecho sufrir profundamente. Por lo que cuesta escribirla, pero también porque durante meses, años incluso, nos absorbe, nos rodea y nos atrapa. Esto es lo que he sentido con esta historia tan dolorosa, pero a la vez, desgraciadamente, tan real en determinados aspectos.

Gracias a mi familia (Raúl, Ana, Jon, Itziar, Eva, Javier, Marisa) y a mis amigos más cercanos que, como siempre, han sido los primeros en leer el libro y en animarme con exageradas muestras de entusiasmo. Lo cierto es que confortan, y mucho, cuando las dudas comienzan a proliferar.

Gracias especialmente a mi editora, María Oset, que me ha ayudado muchísimo a perfilar mejor la historia, a centrar el interés en los aspectos más importantes y a repensar cada una de las páginas. Su opinión certera y profesional ha ayudado a que la historia sea más redonda.

Por último, este libro está dedicado a mi madre que falleció cuando yo estaba inmersa en la corrección final. Soñaba con que pudiera llegar a acompañarme en la presentación, pero al final no pudo ser. Aun así, estoy segura de que, como mi padre, de alguna manera sabe que este nuevo libro ya está concluido.

[1] 13 de mayo. Primer día en España.